



El encuentro

Anne Enright

**MAN BOOKER
PRIZE 2007**

Lectulandia

El encuentro, la aclamadísima novela de Anne Enright Bray, premio Booker de 2007, nos cuenta la oscura historia del clan Hegarty.

Cuando sus nueve miembros se reúnen en Dublín para el velatorio de su hermano Liam, todo parece indicar que la bebida no fue la única causa de su muerte. Algo le ocurrió de niño en casa de su abuela, en el invierno de 1968. Algo que su hermana Verónica siempre supo pero nunca se atrevió a admitir hasta ahora...

Lectulandia

Anne Enright Bray

El encuentro

ePub r1.0
Sarah 16.10.13

Título original: *The Gathering*
Anne Enright Bray, 2006
Traducción: Francisco Javier Calzada

Editor digital: Sarah
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Me gustaría contar qué ocurrió en casa de mi abuela el verano en que yo tenía ocho o nueve años, pero no estoy segura de si sucedió en realidad. Necesito dar testimonio de un hecho que no sé si es cierto. Siento bullir dentro de mí eso que tal vez jamás haya tenido lugar. Ni siquiera sé cómo llamarlo. Creo que podríamos decir que fue un crimen carnal, pero la carne desapareció hace mucho y no sé qué daño puede haber quedado en los huesos.

A mi hermano Liam le encantaban los pájaros y, como a todos los chicos, le gustaban los huesos de animales muertos. Yo no tengo hijos varones, así que cuando paso cerca de un pequeño cráneo o esqueleto vacilo y pienso en Liam, en lo mucho que admiraba su complejidad. Las alas viejas de una urraca entre el montón de plumas; regordetas, ligeras y limpias. Porque este es el adjetivo que aplicamos a los huesos: limpios.

Digo a mis hijas, por supuesto, que no se acerquen a los cráneos de ratón que puedan encontrar en el bosque ni al pinzón muerto que se pudre junto a la tapia del jardín. No sé por qué. Sin embargo, a veces encontramos en la playa el hueso de una jibia tan puro que me lo guardo en el bolsillo, y mi mano se conforta con el secreto de su blanco arco.

No se puede hablar mal de los muertos, creo yo, solo se les puede consolar.

Por eso ofrezco a Liam esta imagen: mis dos hijas correteando por el borde arenoso de una playa de guijarros, bajo un cielo plomizo, turbulento, con los hombros de sus abrigo encogiéndose a sus espaldas. Luego la borro. Cierro los ojos y me dejo envolver por la sonora quietud del mar. Cuando los abro, es para llamar a las niñas y decirles que vuelvan al coche.

¡Rebecca! ¡Emily!

No importa. No sé la verdad o no sé cómo contarla. Solo tengo anécdotas, pensamientos nocturnos, las súbitas convicciones que engendra la incertidumbre. Solo tengo delirios más bien. «¡Ella le quería!», digo. «¡Ella debía de quererle!» Aguardo la clase de sensación que produce el alba cuando no se ha dormido. Me quedo abajo mientras la familia respira en el piso de arriba y escribo, amortajo con frases hermosas mis limpios y blancos huesos.

Algunos días no recuerdo a mi madre. Miro su foto y ella se me escapa. O la veo un domingo, después de comer, pasamos una tarde agradable y cuando me voy siento que ella se me escurre, como el agua.

«Adiós», me dice, ya desvaneciéndose. «Adiós, hija mía», y acerca su suave y vieja cara para que la bese. Todavía me enfurece eso. La forma en que, en cuanto me doy la vuelta, parece que se desvanece y cómo, cuando miro, solo veo la silueta. Creo que podría cruzarme en la calle con ella sin reconocerla si se hubiese comprado un abrigo nuevo. Si mi madre cometiera un crimen, no habría testigos: es el propio olvido.

«¿Dónde está mi bolso?», decía cuando éramos niños, o bien preguntaba por las llaves o las gafas. «¿Habéis visto mi bolso?», haciendo sentir casi su presencia durante unos segundos, mientras iba del recibidor a la sala, a la cocina y volvía a salir. Ni siquiera entonces la mirábamos a ella, sino a cualquier otro lugar: era un revuelo a nuestra espalda, una especie de sentimiento de culpa colectivo, mientras buscábamos por la habitación, sabedores de que nuestros ojos no repararían en el bolso, que era marrón y grueso, aunque lo tuviéramos delante.

Al final Bea lo encontraba. Siempre hay un niño capaz no solo de mirar, sino también de ver. El más callado.

«Gracias, cariño».

Para ser sincera, debo decir que mi madre es una persona tan evanescente que es posible que ni siquiera se vea a sí misma. Es capaz de recorrer con la punta del dedo una fila de niñas en una foto antigua, y no reconocerse entre ellas. De sus hijos, yo soy la que más se parece a su madre, mi abuela Ada. Eso debe de resultar confuso.

—Ah, hola —dijo al abrirme la puerta el día en que me enteré de lo de Liam—. Hola, cariño. —Hubiera podido decirle lo mismo al gato—. Pasa. Pasa. —Plantada en el umbral, sin moverse para dejarme entrar.

Por supuesto, sabe quién soy, solo que no recuerda mi nombre. Sus ojos van de un lado a otro mientras va descartando los nombres de su lista.

—Hola, mamá —digo, más que nada para darle una pista.

Y me adelanto a ella para entrar en el recibidor.

La casa me conoce. Siempre más pequeña de lo que debería; las paredes más juntas de lo que recuerdo. El espacio es siempre demasiado reducido.

A mi espalda, mi madre abre la puerta de la sala.

—¿Quieres tomar algo? ¿Una taza de té?

Pero yo no quiero pasar a la sala. No soy una visita. Esta es también mi casa. Estaba cuando crecía; cuando el comedor penetró en la cocina, cuando la cocina se

tragó el jardín trasero. Es el lugar donde todavía tienen lugar mis sueños.

No es que piense en volver a vivir aquí. Toda la casa es una ampliación, no un hogar. Hasta el armario que hay junto a la puerta de la cocina tiene otra puerta al fondo, de forma que hay que abrirse paso entre abrigos y aspiradores para entrar en el aseo del piso de abajo. No es una casa que se pueda vender, pienso a veces, salvo como solar. Para demolerla y comenzar de nuevo.

La cocina sigue oliendo igual: un hedor que penetra en la base del cráneo, indefinido y repugnante, bajo el olor de la pintura reciente de color amarillo pálido. Armarios llenos de sábanas viejas; algo pegado y carbonizado en el revestimiento del calentador de inmersión; la butaca donde se sentaba mi padre, con los brazos desgastados, por los muchos años de desechos humanos. El olor me produce arcadas y luego ya ni siquiera lo percibo. Simplemente está. Es nuestro propio olor.

Me acerco a la encimera del fondo de la cocina y cojo el hervidor, pero cuando voy a llenarlo el puño de mi abrigo se engancha en el grifo abierto y la manga se llena de agua. Agito la mano y después el brazo, y cuando el hervidor está lleno y enchufado me quito el abrigo, vuelvo del revés la manga mojada y la sacudo en el aire.

Mi madre observa la extraña escena como si le recordara algo. Se acerca a la encimera donde los comprimidos hacen causa común en un plato. Se los toma uno tras otro con una flácida pasividad de la lengua. Echa la cabeza hacia atrás y traga las pastillas a palo seco mientras me froto el brazo mojado con la mano y después me paso la mano húmeda por los cabellos.

Por último ella se lleva a la boca una cápsula verde y se queda quieta mientras la traga. Mira un momento por la ventana. Entonces se vuelve hacia mí, remisa.

—¿Cómo estás, cariño?

«¡Verónica! —tengo ganas de gritar—. ¡Me pusiste el nombre de Verónica!»

Ojalá se volviera visible, pienso. Entonces podría agarrarla y acunar en ella la realidad de la situación, la gravedad de lo que ha hecho. Pero continúa difuminada, impasible, demasiado amada.

He ido a decirle que han encontrado a Liam.

—¿Estás bien?

—¡Oh, mamá!

La última vez que lloré en esta cocina tenía diecisiete años, demasiados para llorar, aunque tal vez no en nuestra familia, en la que todo el mundo parecía tener todas las edades al mismo tiempo. Paso el brazo húmedo por la mesa de pino amarillo, con su gruesa y brillante superficie de material plástico. Vuelvo la cara hacia ella y me dispongo a decir las palabras de rigor (hay cierto regodeo en ello, me doy cuenta), pero dice de pronto «¡Verónica!», y va —se precipita casi— hacia el hervidor. Pone la mano en el asa de baquelita mientras las burbujas se apiñan en el

interior cromado y lo levanta, enchufado aún, para verter un poco de agua en la tetera.

Él ni siquiera se llevaba bien con ella.

Hay una muesca en la pared, junto a la puerta, donde Liam lanzó un cuchillo a nuestra madre y todos nos reímos y le gritamos. Está entre otras hendiduras y marcas anónimas. Famoso, el agujero que hizo Liam después de que mi madre se agachara y antes de que todos comenzáramos a reír.

¿Qué pudo haberle dicho ella? ¿Qué hipotética provocación pudo haberle infligido esta dulce mujer? Luego Ernest, o Mossie, uno de los encargados de mantener el orden, lo sacó a empujones por la puerta de atrás, lo arrojó sobre la hierba y le propinó unas cuantas patadas. Nos reímos de eso también. Y mi difunto hermano, Liam, se desternillaba: el lanzador de cuchillos, aquel al que estaban pateando, se tronchaba de risa, y agarró por el tobillo a su hermano mayor para derribarlo sobre la hierba. Recuerdo que yo también me reía. Mi madre chasqueó la lengua al ver la escena y volvió a sus ocupaciones. Mi hermana Midge recogió el cuchillo del suelo, se asomó a la ventana, y lo blandió mirando a los que peleaban antes de arrojarlo al fregadero lleno de platos por lavar. Por lo menos, nuestra familia sabía divertirse.

Mi madre tapa la tetera y me mira.

Soy un amasijo tembloroso de la cabeza a los pies. Hace un calor tremendo, una flojera en las entrañas me impulsa a hundir los puños entre los muslos. Es una sensación desconcertante —a medio camino entre la diarrea y la excitación sexual—: un dolor casi genital.

La última vez que lloré aquí debió de ser por algún chico. Por lo común las lágrimas de la familia no significaban nada en esta cocina; solo eran parte del ruido general. Lo único que me importaba era: «Me ha telefoneado» o «No me ha telefoneado». Una catástrofe. El tipo de cosa que impulsa a arañar las paredes tras haber dado cuenta de cinco botellas de sidra. «Me ha dejado». Con el cuerpo doblado, apretando el estómago, berreando entre náuseas. «Ni siquiera telefoneó para que le devolviera la bufanda». El chico de los ojos azul turquesa.

Porque nosotros, los Hegarty, somos también —o eso creo— amantes apasionados. Contacto visual, sexo inmediato y nunca, jamás, abandonar. Con excepción de los que no podemos amar en absoluto. Lo que nos ocurre a todos, de algún modo.

—Es acerca de Liam —digo.

—¿Liam? —dice—. ¿Liam?

Mi madre tuvo doce hijos y, como me contó un día difícil, cuatro abortos. Las lagunas de su memoria no son culpa suya. Aun así, jamás le he perdonado ninguna. Simplemente no puedo.

No la he perdonado por mi hermana Margaret, a quien llamábamos Midge hasta que falleció, con cuarenta y dos años, de un cáncer de páncreas. No le perdono mi bella y descarriada hermana Bea. No le perdono mi hermano mayor, Ernest, que fue cura en Perú hasta que se convirtió en un cura no practicante en Perú. No le perdono mi hermano Stevie, que es un angelito en el cielo. No le perdono la larga y tediosa letanía de Midge, Bea, Ernest, Stevie, Ita, Mossie, Liam, Verónica, Kitty, Alice y los gemelos Ivor y Jem.

Estos son los épicos nombres que nos dio, entre nosotros no hay ni un Jimmy, un Joe o un Mick. Puede que asignara números a los abortos, como «1962» o «1964», aunque quizá les puso también nombre en su corazón (Serena, Aifric, Mogue). Tampoco le perdono esos hijos que no llegaron a nacer. Ni que no anotara los datos de sus hijos en un cuaderno, de modo que supiéramos quién tuvo qué, cuándo y qué vacunas. ¿Y si resulta que soy la única mujer de Irlanda que aún corre el riesgo de padecer poliomielitis? No hay forma de saberlo. No le perdono que siempre tuviera que llevar ropa heredada de mis hermanas, los pocos juguetes y que Midge nos zurrara porque mi madre era demasiado buena o estaba demasiado atareada, distraída o embarazada para molestarla.

Mi adorada madre. La chica eternamente joven...

No, en resumidas cuentas, no le perdono el sexo. La estupidez de tanto follar. Sin trabas y a ciegas. Consecuencias, mamá. Consecuencias.

—Liam —digo con firmeza, y en la cocina se hace un silencio mientras cumplo con mi deber, que es hablar a un ser humano acerca de otro ser humano, explicarle con tacto y pocos detalles cómo ha encontrado su fin—. Me temo que ha muerto, mamá.

—Oh... —dice. Es exactamente lo que yo esperaba que dijera. Es justo el sonido que yo sabía que saldría de su boca—. ¿Dónde? —pregunta.

—En Inglaterra, mamá. Donde estaba. Lo han encontrado en Brighton.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué quieres decir con eso de «Brighton»?

—Brighton, en Inglaterra, mamá. Es una ciudad del sur de Inglaterra. Está cerca de Londres.

Y entonces me da un cachete.

Creo que hasta ahora nunca me había pegado. Intento recordarlo más tarde, pero creo que siempre dejó a otros esa tarea: a Midge, naturalmente, que siempre estaba limpiando algo y nos azotaba con el trapo, como si nada, en la cara, el cuello o las piernas, y siempre me pareció el olor del paño mucho peor que los golpes. O a Mossie, que era un psicópata. O a Ernest, que tenía el detalle de pegar con la mano bien abierta. Cuando llegó el turno de los menores, la tunda perdió autoridad y fue menos entusiasta, aunque también a mí me tocó dársela a Alice y los dos gemelos, Ivor y Jem.

Mi madre apoya una mano sobre la mesa y gira sobre sí misma para darme con la otra en la cabeza. No muy fuerte. Nada fuerte, la verdad. A continuación retrocede, se agarra a la encimera y se queda suspendida entre esta y la mesa, con la cabeza gacha bajo sus hombros. Guarda silencio durante un rato, hasta que surge de ella un sonido terrible. Muy quedo. Parece brotar de su espalda. Levanta la cabeza y se vuelve hacia mí, de modo que veo la expresión de su rostro, que no volverá a ser nunca como antes.

«No se lo digas a mamá». Este era el mantra de nuestra infancia, o uno de ellos. «No se lo digas a mamá». Salía sobre todo de labios de Midge, pero también de los de cualquiera de los mayores. Si algo se rompía o se manchaba, si Bea no venía a casa o Mossie decidía instalarse en el desván, si Liam tomaba ácido, si Alice se acostaba con un chico o Kitty manchaba de sangre su flamante uniforme del colegio, si había llamadas telefónicas para informar de retrasos, atascos de tráfico, problemas con el dinero para el autobús o un taxi, y en una ocasión, calamitosa, para avisar de que Liam pasaría la noche entre rejas..., ninguno de estos mensajes llegaba a mamá. Conversaciones en voz baja en el recibidor. «No se lo digas a mamá», porque «mamá»... ¿qué? ¿Se moriría? No, porque mamá «se preocuparía». Lo que a mí ya me parecía bien. Después de todo, esta familia era su creación. Había salido —de uno en uno y con dolores— de ella. Mi padre era el que más lo repetía; sereno, galante: «No hay necesidad de decírselo ahora a tu madre», como si la realidad de su tálamo fuera la única realidad que cabía esperar que esa mujer aguantara.

Cuando mi madre me pega por primera vez —ella con setenta años y yo con treinta y nueve—, la cabeza me da vueltas, casi estalla ante semejante injusticia. Creo que moriré de injusticia; creo que deberá constar en mi certificado de defunción. Para empezar, la tarea ha recaído en mí porque soy la considerada. Porque tengo coche y una factura de teléfono que puedo pagar. Tengo unas hijas que no han de pelearse todas las mañanas antes de ir a la escuela por si una se ha puesto las bragas de la otra. Por eso me ha tocado ir a casa de mamá, llamar a su puerta y colocarme al otro lado de la mesa de la cocina en una posición adecuada para recibir un bofetón. Y no es que todas estas cosas —marido, coche, factura del teléfono, hijas— las haya conseguido por casualidad. Por eso estoy furiosa con todos y cada uno de mis hermanos y hermanas, incluido Stevie, que murió hace años, e incluida Midge, que murió hace poco, y estoy cabreadísima con Liam por haber muerto también, justo ahora, cuando más lo necesito. Estoy fuera de mí, literalmente. Estoy tan enfadada que tengo otra vista de la cocina, desde arriba: me veo con una manga mojada y remangada, el antebrazo desnudo apoyado sobre la mesa, y al otro lado de esta, a mi madre, con los brazos en cruz y la cabeza inclinada sobre el pequeño triángulo blanco de su cuello.

Es aquí donde está Liam. Aquí arriba. Siento a mi hermano como un grito en la habitación. Esto es lo que él ve: mi brazo desnudo y a nuestra madre haciendo el

avión entre la encimera y la mesa de la cocina. Volando bajo.

—Mamá.

El sonido apagado sigue saliendo de ella. Levanto el brazo.

—Mamá.

No tiene la menor idea de lo mucho que hemos hecho por ella en los últimos seis días, desde que recibimos la primera llamada de Inglaterra. Le hemos ahorrado todo esto: las vueltas de Kitty por Londres y las mías por Dublín en busca de informes dentales; su estatura, el color de sus cabellos y el tatuaje que tenía en el hombro derecho. No ha sido a ella sino a mí, a quien esta mañana una amable policía que ha llamado a la puerta ha leído estas respuestas, porque yo soy la que más quería a mí hermano. No envidio a las mujeres policías: su trabajo se reduce a parientes, prostitutas y tazas de té.

A mi madre le resbala un poco de saliva del labio inferior, un hilillo de baba. Tiene la boca abierta. Trata de cerrarla, pero sus labios se niegan a juntarse y se le escapa un «Ga. Ga».

Debo acercarme a ella y tocarla. Debo tomarla por los hombros y levantarla con suavidad. Le colocaré los brazos en los costados mientras la conduzco hasta una silla y le pondré azúcar en el té, aunque no toma azúcar. Haré todo esto por deferencia a una pena que es biológica, necia, intemporal.

Mamá lloraría de la misma manera por Ivor, algo menos por Mossie, más por Ernest, e inconsolablemente, como todos los demás, por el encantador Jem. Lloraría por cualquiera de sus hijos varones. Se me ocurre que algo no cuadra, porque soy yo quien ha perdido algo irremplazable. Ella tiene muchos más.

Liam y yo nos llevábamos once meses. Salimos de ella muy seguidos; uno detrás de otro, tan rápido como una violación en grupo, tan rápido como una infidelidad. A veces pienso que debimos de coincidir allí dentro, que él salió antes para esperar fuera.

—¿Te encuentras bien, mamá? ¿Quieres una taza de té?

Me mira: se la ve muy menuda en la enorme silla. Me lanza una mirada de resentimiento y con la cabeza hace un movimiento rápido. El gesto cae sobre mí como una maldición. ¿Quién soy yo para tocar, controlar y despreciar el amor de una madre?

Soy Verónica Hegarty. Estoy de pie junto al fregadero, vestida con el uniforme escolar, a los quince o dieciséis años, llorando por un amigo que me ha dejado, y me consuela una mujer que ni siquiera recuerda mi nombre. Soy Verónica Hegarty, de treinta y nueve años, y echo azúcar en una taza de té para la mujer más encantadora de Dublín, que acaba de recibir una mala noticia.

—Voy a telefonar a la señora Cluny —digo.

—¿Telefonarla? —dice—. ¿La vas a telefonar?

Porque la señora Cluny vive en la puerta de al lado.

—Sí, mamá. —Y de pronto recuerda que su hijo ha muerto. Me mira para confirmarlo y asiento sin demasiada convicción. No es extraño que no me crea. A duras penas me lo creo yo misma.

Las semillas de la muerte de mi hermano se sembraron muchos años atrás. La persona que las plantó murió hace mucho, por lo menos eso creo. Así pues, si quiero contar la historia de Liam, tendré que empezar mucho antes de que él naciera. De hecho, este es el relato que me gustaría escribir; la historia es un lugar romántico, con sus cocheros, sus pilluelos y las botas altas con botones a un lado. Ojalá permaneciera en calma, pienso, y se apaciguara. Ojalá dejara de darme vueltas por la cabeza.

De acuerdo.

Lambert Nugent vio a mi abuela Ada Merriman por primera vez en el vestíbulo de un hotel en 1925. Este es el momento que elijo para comenzar. Eran las siete de la tarde. Ella tenía diecinueve años y él, veintitrés.

Ella entró en el vestíbulo sin mirar alrededor y se sentó en una silla de respaldo ovalado que había cerca de la puerta. Entre el trajín de recién llegados y órdenes, Lamb Nugent la observó mientras ella se quitaba el guante de la mano izquierda y después el de la derecha. A continuación, sacó de debajo de la manga una pulserita y posó sobre su regazo la mano con que sujetaba los guantes.

Era hermosa, claro está.

Es difícil saber cómo era Lamb Nugent a los veintitrés años. Lleva tanto tiempo en la tumba, que cuesta recordarlo como un muchacho inocente o trabajador, cuando todo eso se ha convertido en polvo.

¿Qué vio ella en él?

Reconstruyámoslo. Clic, clac. Unos músculos bien ceñidos a los huesos y envueltos en grasa, todo ello cubierto de piel y enfundado en un terno azul marino o marrón..., algo especial en el corte de las solapas, tal vez que eran más puntiagudas de lo habitual, y el olor de sus manos debía de ser algo más agradable que el del fenol. Ya entonces había aplacado el adusto narcisismo del hombre vulgar y todos sus actos de amor propio eran sutiles y precisos. No se pavoneaba. Lamb Nugent se limitaba a observar. O, más que observar, dejaba que entrara en él el mundo, con todos sus matices de quién debía qué a quién.

Y eso es, supongo, lo que vio cuando mi abuela entró por la puerta. Sus ojos infantiles; las dos grandes pupilas negras, dentro de las cuales la doble imagen de Ada Merriman caminó y se sentó. Ella llevaba un vestido azul, o así me la imagino. Su imagen azul quedó impresa en las circunvoluciones grises del cerebro de Lamb Nugent y allí permaneció el resto de su vida.

Eran las siete y cinco. Las conversaciones en el vestíbulo del hotel versaban sobre la lluvia, qué hacer con el cochero y si deberían pedir un refrigerio. Después de lo

cual, el corrillo de recién llegados se estiró hasta formar una fila que cruzó la puerta del salón y los dos criados se quedaron allí esperando; ella estaba sentada en la silla y él, acodado en el mostrador de recepción, como un hombre en la barra de un bar.

Permanecieron así durante tres horas y media.

Ambos eran de extracción humilde. Esperar no era ningún problema para ellos.

Al principio Ada no dio muestras de fijarse en él. Puede que esto hubiese sido lo más educado, pero también pienso que él lo habría captado enseguida, ese ardid de no existir. Los arrebatos de ira que sufrió más tarde en la vida debían de ser, en 1925, la habitual sucesión de pasiones y esperanzas juveniles. Si Nugent padecía de algo en aquel tiempo, era de decencia. Era un hombre decente. No estaba acostumbrado a los hoteles. No estaba acostumbrado a las mujeres que se quitaban los guantes con movimientos tan rápidos y precisos. No había nada en su historia que lo preparara para Ada Merriman. Aun así, le sorprendió descubrir que de todas formas estaba preparado para ella.

Detrás del alto mostrador de recepción, el menudo conserje colgó una llave en el tablero y se alejó taconeando cuando sonó una campanilla. Regresó al mostrador, escribió una nota y se marchó de nuevo. Una doncella salió de la cocina con un servicio de té en una bandeja. Subió por las escaleras, enfiló el pasillo y no volvió a bajar. Estaban los dos solos.

Qué discreción. Porque Dublín estaba lleno de mujeres orgullosas y hombres decentes, y algunos lo proclamaban a voz en grito, mientras que otros, como estos dos, eran callados y tranquilos. En su atenta quietud, ambos se percataron de la fuerza del otro y del hecho de que ninguno de los dos sería el primero en marcharse.

Son pocas las personas a las que nos es dado amar. Quiero decirles esto a mis hijas: cada vez que alguien se enamora es importante, incluso a los diecinueve años. Sobre todo a los diecinueve. Y si a los diecinueve puedes contar las personas a las que amas con los dedos de una mano, a los cuarenta no te faltarán dedos en la otra. Son pocas las personas a las que nos es dado amar y todas se quedan prendidas en nosotros.

Así pues, ahí está Nugent, prendido en Ada Merriman antes de que las manecillas del reloj indiquen que ha pasado un cuarto de hora, y ahí está mi abuela, prendida en él, cabe suponer, aunque aún no lo sepa o parezca no saberlo. Mientras tanto, la luz disminuye y no sucede nada. La doncella que no había vuelto a bajar atraviesa el vestíbulo con otra bandeja, sube de nuevo por las escaleras y desaparece una vez más en la oscuridad del pasillo. Oyen cómo en la sala que hay detrás del mostrador de recepción se abre una puerta y alguien pregunta por una tal señorita Hackett. Y Ada Merriman mide con la vista la respetable distancia, mientras Lamb Nugent no cree ni una sola palabra de lo que ella dice.

El aire entre ambos está demasiado enrarecido para el amor. Lo único que puede

atravesar el aire de Dublín es una especie de grito burlón.

«Te conozco».

Pero es demasiado tarde para eso. Ya ha sucedido. Sucedió cuando ella entró por la puerta; cuando miró alrededor, pero sin ver más allá de la silla. Sucedió en la perfección con que se las arregló para estar allí pero sin ser vista. Todo lo demás fue solo agitación: para empezar, que ella advirtiera la presencia de él (y lo hizo: notó su quietud), y en segundo lugar, que lo amaría como él la amaba a ella, súbita, completamente y sin importar la condición social que les había tocado en suerte.

Ada lo mira con el rabillo del ojo. El vello de las mejillas se le eriza cuando piensa en todo lo que necesita saber del joven que está al otro lado de la estancia. Este descubrimiento le provoca un amago de rubor, pero Ada no se ruboriza. Mira su pulsera: una cadenita de oro rosa con una T en el cierre, como la leontina de un reloj de bolsillo. Juguetea con esta pequeña anomalía —un objeto masculino en la muñeca de una joven— y siente que le incomoda la incredulidad de Nugent. Alza levisísimamente la cabeza para decir: «¿Y?».

Con todo descaro.

Nugent podría odiarla ahora, pero con veintitrés años es demasiado joven para reconocer la emoción que crece en su interior y desaparece dejando a su paso un aire distinto. Algo abierto. Un céfiro. ¿Qué es?

Deseo.

A las siete y trece minutos el deseo respira en los jóvenes labios de Lamb Nugent..., ¡chist! Nota su terrible proximidad. Siente necesidad de moverse, pero no se mueve. Se queda en su sitio mientras, al otro lado del vestíbulo, la calma de Ada sale victoriosa. Ahora, si él adopta una actitud paciente, puede ser que la joven lo mire. Si se muestra muy humilde, tal vez ella exponga sus condiciones.

O quizá no. No han cruzado ni una palabra. Nadie se ha movido. Es posible que todo sea fruto de la imaginación de Nugent..., o de la mía. Quizá a sus veintitrés años ofrezca un aspecto patético, con su gorra de tweed torcida y la nuez marcada en la garganta, tal vez Ada no haya advertido siquiera su presencia al otro lado del vestíbulo.

Estamos en 1925. Un hombre. Una mujer. Ella debe saber qué les aguarda ahora. Lo sabe porque es guapa. Lo sabe por todas las cosas que han ocurrido desde entonces. Lo sabe porque es mi abuela, y cuando me ponía la mano en la mejilla yo sentía la proximidad de la muerte y eso me confortaba. No hay nada tan incierto como la caricia de una anciana, tan cariñoso o tan horrible.

Ada era una mujer fantástica. No se me ocurre otro calificativo. Por la firmeza de sus hombros y su forma de trotar por la calle, con la bolsa de la compra golpeándole la cadera. Nunca tenía las manos vacías, aunque nunca veíamos qué había en ellas: cualquier cosa que hubiera que doblar, lavar, colocar o limpiar. Tampoco la veíamos

comer, porque siempre estaba escuchando o hablando; la comida desaparecía sin más, como si no hubiera entrado en su boca. Sus modales eran impecables, en otras palabras, y se contagiaban. Con solo ocho años, yo ya sabía que mi abuela tenía encanto.

Pero ¿cómo lo supo Nugent cuando ella aún no había despegado los labios? Supongo que eso daba igual, hubo fases y etapas en su relación (después de todo, hasta las siete y cuarto la odió), cada una de las cuales debía reproducir después en ciclos más largos —de años o décadas—; debía pasar del amor al desdén, debía verse consumido por el odio y encendido por el deseo, debía encontrar al final la humildad para así enamorarse de nuevo. En cada uno de estos ciclos sabría más acerca de ella —más acerca de sí mismo, tal vez— y ese nuevo conocimiento no supondría ningún cambio. A las siete y catorce minutos vuelven a estar en el punto de partida.

Pero ¿qué hay del amor?

Nugent se mueve repentinamente. Baja la frente y se frota la línea del cabello. ¿Es posible que ella también lo ame? ¿Que vuelvan al instante en que cruzó la puerta y dejen a un lado las ramplonas consideraciones sobre intercambios y pérdidas?

«Ah, sí», dice el perfil de la cara triste de Ada. Y piensa en el amor durante un rato.

Nugent lo siente bullir en la raíz del pene: el futuro o el comienzo del futuro. Nadie los interrumpe ahora. Alguien ha estrangulado a la doncella en alguna habitación del piso de arriba; el conserje títere está desmadejado en una silla. Los separan cuatro metros y medio de alfombra. Nugent piensa en la turgencia de su glande al liberarse de su saco de piel y Ada piensa en el amor, mientras el mecanismo del reloj del hotel se desliza, chirría suavemente y da el cuarto.

¡Di, di, da, da!

¡Da, da, di, di!

Devuelto a la vida por ese sonido, el pequeño conserje entra en la penumbra del vestíbulo con una pequeña banqueta que coloca debajo de una lámpara de la pared. Se va otra vez y regresa llevando en alto una antorcha de papel retorcido, cuya llama queda casi eclipsada por las últimas luces del día. Se sube a la banqueta para retirar la pantalla de la lámpara, abre la espita del gas, acerca torpemente el papel encendido y, antes de que se apague, consigue prender el gas. La llama, de color azul, sisea suavemente, antes de adquirir el resplandor amarillo verdoso de la camisa de la lámpara, y la luz se derrama en la estancia. El vestíbulo se llena del penetrante olor del gas y del olor más agradable del papel quemado, mientras negras pavesas caen de la mano del hombre, que agita rápidamente los dedos. Después vuelve a poner la pantalla, coloca la banqueta bajo la lámpara siguiente y se va.

En su ausencia, la habitación va tornándose más oscura.

Y más oscura aún.

Reaparece el conserje. Nugent y Ada lo observan mientras lleva a cabo el ritual de la lámpara y la banqueta; sus entradas y salidas; la insoportable altivez con que camina junto a la pared hacia la cuarta y última lámpara, que se encuentra sobre la silla donde está sentada Ada. Deja la banqueta junto a los pies de esta, como si hiciera una reverencia, y desaparece otra vez. Al cabo de un buen rato vuelve con la llama encendida; podría haberla prendido en el fuego que arde en la chimenea, pero no lo ha hecho. Tal vez no haya querido inclinarse delante de ellos, pero no tiene el menor reparo en obligar a Ada a ponerse de pie. Se detiene ante ella y mueve de un lado a otro el papel encendido intentando proteger y avivar la llama. Observa el rostro de la joven y espera.

Al levantarse, el vestido de Ada se desliza de su falda hasta sus pies en un frufurú. También podría haber caído todo el vestido al suelo; podría estar hecho de agua, podría haber formado un charco de color alrededor de sus pies, tan desnuda parece ahora. Nugent la mira sin disimulo mientras ella junta las manos y baja la vista. Al principio la compadece; después ya no. Cambia por fin de postura para colocarse en el extremo del mostrador y se consuela con el olor que surge en una vaharada de debajo de su camisa. Da gracias a Dios. No ha sido cosa suya.

Por la mañana asistió a la primera misa en la catedral. Caminó en fila con otros hombres para recibir la sagrada comunión. Todos tenían cara de hambre, como indigentes que guardan cola para que les den un plato de sopa. Se arrodilló y cuando se levantó lo hizo como un hombre decente: lento en sus movimientos, cargado con el peso de su vida en esta tierra, triste por las personas a quienes amaba. Valiente.

Es Cuaresma. Nugent no toma lonchas de panceta, salchichas ni menudillos, y tampoco bebidas fuertes. Ha purificado su cuerpo mediante la edificación del alma: por eso el olor que emana de debajo de su camisa tiene algo del aire primaveral, la fragancia del jabón matutino, el discreto toque de una jornada de trabajo. El paño de su traje es de decente calidad, como decentemente limpio está el cuello de la camisa, y la vida que tiene por delante apunta decentemente a una mediana edad respetable. Con una pequeña excepción, porque no hay nada decente en el brillo de sus ojos infantiles cuando mira a Ada Merriman en el vestíbulo del hotel Belvedere.

Ella lo mira a su vez. De pie —como si estuviera desnuda—, con las manos enlazadas, ha levantado el rostro y lo ha mirado a los ojos.

Esta es la sorpresa. Toda Ada Merriman es una sorpresa. Sus pupilas se dilatan para recibirlo; se abren enseguida, y Nugent agradece el apoyo que le brinda el mostrador de madera.

Ambos sonríen. Sonríe Ada. Como si en el vestíbulo hubiera algo gracioso que deseara compartir con él.

Nugent la mira. Se pregunta qué parte de su cuerpo encuentra Ada tan divertida. ¿Acaso los pechos o la garganta? ¿No se da cuenta de que está desnuda —de hecho

está vestida—, o es que eso le trae sin cuidado? Tal vez se ría del hombrecillo que enciende las lámparas. O quizá se ría de él, que está ahí plantado como un pasmarote con un bulto en los pantalones. Los ojos de Nugent se soliviantan con esa injusticia y con la fuerza del amor negado.

Sin embargo —como bien podría decirle el hombrecillo que enciende las lámparas—, Ada todavía no le ha negado nada. No lo ha rechazado, en absoluto.

Las lámparas de gas borbotean y sisean levemente mientras el hombrecillo coge la banqueta y se retira, tras inclinarse, en un gesto de cínica cortesía hacia los dos amantes, como si ya lo previera todo: el apareamiento (los chupeteos), el dinero, las mentiras que ya han comenzado a decir. ¡Ay! Si fuera una canción se podría acompañar con el sonido de las cucharas. Especialmente en Dublín, en 1925.

Todo esto es mi novela, naturalmente. Todos hemos tenido una abuela hermosa..., tiene algo que ver con el color sepia y anaranjado de sus cabellos. Y también con la expresión firme de esos ojos de otra época. Ya no sabemos ser tan valientes como las novias de aquel tiempo. Tengo delante la foto de la boda de Ada: lleva el velo bajo de los años veinte y en la seda del vestido se ven las tiernas puntadas a mano alrededor del dobladillo. Era pura y ardiente. Ada Merriman, mi modesta y apasionada abuela, era lo que escribían los poetas en 1925.

Tenía mis pies. O yo tengo los suyos: largos, con dedos muy delgados. También he heredado los tobillos huesudos y las pantorrillas finas y largas que me hacían sentir tan desgarbada en la escuela, hasta que aprendí a sacarles partido. En 1979 me di cuenta de que tengo un cuerpo que sale caro. No tiene nada que ver con el sexo. Los abogados quieren vivir a mi costa y los arquitectos quieren que me siente en sus nuevos sillones Eames. No hay nada que destaque demasiado por delante, solo soy alta y delgada. Por eso visto bien, supongo; aunque nunca me pondría una falda que me llegara a mitad de la pantorrilla y dejara al descubierto mis tobillos de travestí y mis pobres pies con sus dedos sarmentosos.

Por eso hay algo patético en los grandes pies de Ada enfundados en zapatos de raso. Está casada. Es feliz. O eso imagino mientras vuelvo a guardar su fotografía en la caja de zapatos que contiene lo que queda de su historia.

Les tranquilizará saber que no se casó con Nugent. Se casó con el amigo de este, Charlie Spillane. Y no solo porque tuviera coche.

Pero Lamb Nugent nunca la dejó. Mi abuela fue su acto más imaginativo. Puede que yo no se lo perdone, pero es eso —la forma en que fue fiel a ese acto creativo— lo que mejor define al hombre, para mí.

Llamo a los servicios sociales de Brighton and Hove desde el teléfono del recibidor de mamá, y me facilitan el número de una funeraria donde, muy amablemente, toman nota de los detalles de la tarjeta de crédito que les comunico. Hay que pensar en el ataúd, por supuesto, y por alguna razón no muy clara, ahora sé que optaré por el acabado en madera de roble..., una decisión que se deja en mis manos por ser la persona que más lo quería. «¿Cuánto costará eso?», me pregunto en el momento de colgar el auricular.

Llega de la casa de al lado la señora Cluny, callada como ella sola. Revolotea por el recibidor y, finalmente, entra en la cocina y cierra la puerta. Al cabo de un ratito, oigo la voz de mi madre que habla muy bajo.

No tengo paciencia para emplear el viejo disco del teléfono, así que conecto mi móvil y me pongo a caminar por la casa mientras voy llamando a un montón de ellos, a Clontarf y Phibsboro, en Tucson, Arizona, para decirles: «Tengo malas noticias acerca de Liam. Sí. Eso me temo». Y, también: «Estoy en casa de mamá. Afectada. Realmente afectada». La noticia correrá a través de líneas demasiado leves y sutiles para detectarlas. Jem se la comunicará a Ivor, e Ivor llamará a la esposa de Mossie, Ita, quien a su vez será la fuente para el padre Ernest, en algún lugar al norte de Arequipa. Más tarde, todos ellos llamarán aquí —o lo harán sus esposas— para conocer fechas, razones y detalles morbosos y vuelos.

Recorro a oscuras las habitaciones de nuestra infancia y no toco nada.

Todas las camas están dispuestas y con la ropa a punto. Las chicas dormíamos en el piso de arriba y los chicos en la planta baja (teníamos nuestro propio sistema, ya ven). Un poco enmarañado. Las literas de los gemelos están en un cuartito a la izquierda de la puerta del recibidor, que fue donde murió el pequeño Stevie. Al otro lado de este cuarto hay una puerta que es una ampliación del garaje, en la que hay tres camas individuales, a un lado del pasillo que lleva al jardín: una con un simple colchón en el suelo, que era donde dormía Ernest, donde durmió Mossie, cuando Ernest se fue, y finalmente Liam, el último en ocuparla.

El techo inclinado del pasillo está cubierto con plexiglás ondulado. El colchón sigue aún allí, apoyado contra la puerta amarilla del jardín, con su ventanuco de vidrio blindado. Ha desaparecido el póster de Marc Bolán que tenía Liam en la pared, pero aún pueden verse tiras sucias de cinta adhesiva colgando en la pared a la que el póster estuvo pegado.

Yo fumé aquí el primer cigarrillo de mi vida.

Me siento en el colchón, cubierto ahora con una tosca manta azul, y llamo, finalmente, al más pequeño de mis hermanos.

—Hola, Jem. No..., todo va bien. Pero tengo que darte malas noticias..., acerca de Liam.

Y Jem, el menor de nosotros, el más fácil de trato y el más querido, me responde:

—Bien..., por lo menos, ha acabado ya.

Pruebo nuevamente con Kitty y oigo cómo suena el teléfono en su piso vacío de Londres. Me tumbo y contemplo el techo ondulado de plexiglás, mientras me pregunto cómo será posible deshacer todos estos cuartuchos y extensiones para devolver la casa al estado que un día tuvo. Si no sería preferible derribarla entera y volver a edificar el solar.

Cuando llega Bea, abro la puerta del recibidor, la tomo entre mis brazos y las dos nos quedamos así hasta que me lleva al oscuro recibidor. La sigo hasta la luz amarilla de la cocina, donde veo que mi madre ha envejecido cinco, tal vez diez años, en el rato que he tardado en hacer las llamadas telefónicas.

—Buenas noches, mamá. ¿Quieres tomar algo? ¿Quieres que llame al médico ahora y le pida que te recete algo para ayudarte a dormir?

—No, no. Gracias, pero no.

—Voy a ir allí, a arreglar las cosas —le digo.

—¿A Inglaterra? —pregunta—. ¿Ahora?

—Llamaré por teléfono. ¿Vale?

Su mejilla, cuando la beso, me parece terriblemente flácida. Miro a Bea, que me dedica una expresión oscura, llena de reproches.

«No se lo digas a mamá».

Como si todo fuera culpa mía.

Mi padre solía sentarse en la cocina para ver la tele hasta las once, con el periódico abierto distraídamente sobre sus rodillas. Al concluir las noticias de la noche, cerraba el periódico, lo doblaba, se levantaba de la silla, apagaba el televisor (sin importarle si alguien lo estaba viendo) y se iba a la cama. Aclarábamos las botellas de leche y las dejábamos en el peldaño de la entrada. Podía ser que hubiera que sentar a alguno de los gemelos en el orinal, para devolverlo a la cama después y arroparlo para que siguiera durmiendo. Después mi padre entraba en la habitación en la que dormía con mamá, que estaría ya en la cama, leyendo y suspirando desde las nueve y media. Seguirían el murmullo apagado de una conversación en voz baja, el ruido de las llaves y de las monedas al dejarlas en la mesita de noche y el de la hebilla del cinturón al caer al suelo. Finalmente, el de un zapato al golpearlo.

Después, silencio.

Había niñas en la escuela cuyas familias crecían hasta tener una vigorosa progenie de cinco o seis hijos. Otras tenían siete u ocho..., lo cual parecía demostrar bastante entusiasmo..., y había otras patéticas, como la mía, cuyos padres eran incapaces de evitar tenerlos y criaban de una forma tan natural como si defecaran.

En lugar de girar a la izquierda al salir de casa de mamá, doblo a la derecha para tomar la carretera del aeropuerto. No pienso adonde voy. Solo pienso en la lluvia, en el indicador de velocidad, en el roce por el cristal de las gomas del limpia-parabrisas. No pienso en nada..., porque no tengo nada en que pensar. Hasta que de pronto se me ocurre que me apetece beber algo. Nada del otro mundo: el acuciante gusanillo de un whisky, tal vez de una ginebra. Corro hacia él en mi flamante Saab 9.3: hacia la idea de la bebida que despunta en mi boca.

Siempre estoy sedienta cuando salgo de esa casa... Supongo que tendrá que ver con la sensación de injusticia que me causa. Pero no beberé... Todavía no. Kitty estaba tan aturdida cuando llamó antes, que lo único que pude oír a través de la línea fueron sus gañidos estúpidos:

—Owjz. Hizz —me dijo—. Hizz. Hizj im. Ohsfs. Hi.

De lo cual se supone que yo tenía que deducir que una mujer policía acababa de llamar a su puerta también. Y, sí..., pasó también un mal rato, aunque no muy largo. La cosa estaba —hubiera querido decirle a través del teléfono— en emborracharse después de recibir la mala noticia y no antes. Hay una leve diferencia, Kitty, pero a nosotros, en el mundo real, nos parece importante. Hecho/conjetura. Muerto/vivo. Borracho/sobrio. Fuera, en el mundo que no es el mundo de la familia Hegarty, pensamos que estas cosas no son la misma cosa.

No le dije nada de esto, naturalmente. Le contesté:

—Uh, huh, ¡oh, Dios!...

Y ella respondió:

—Ay ghay Ay Hijz.

Y yo, de nuevo:

—Uh, huh, ¡oh, Dios!...

Así siguió la cosa, hasta que se puso al teléfono un hombre y preguntó:

—¿Hablo con la hermana de Kitty? —con un perfecto acento del sur de Londres. Y yo tuve que mostrarme educada con él y pedirle disculpas porque a mi hermano se le hubiera ocurrido morir intempestivamente a primera hora de su tarde del jueves.

Me doy cuenta entonces que voy mal para ir a casa, así que detengo el coche ante un semáforo y llamo por el móvil a mi marido Tom, para decirle que no regresaré esta noche. No quiero que las niñas me vean, o se preocupen por mí, hasta que haya acabado con esto.

Tom me dice que todo irá bien, perfectamente. Que todo irá como una seda. Le tiembla un poco la voz, y me doy cuenta de que, si no pongo fin a la llamada, me dirá que me quiere: que esto es lo siguiente que va a decir.

—De acuerdo —le digo—. Ahora, adiós, adiós. —Vuelvo a meterme en el tráfico y en la carretera hacia el aeropuerto.

Hay algo asombroso en una muerte, en cómo cierra todo, y todo lo que pensabas

que era vital ni siquiera tiene ahora una vaga importancia. Tu marido puede ocuparse ahora de la comida de las niñas, sabe encender el horno nuevo, es capaz, después de todo, de encontrar las salchichas en el frigorífico. Y resulta que su importante reunión no era tan importante, ni muchísimo menos. Alguien recogerá a las niñas al salir de la escuela y las llevará de nuevo allí por la mañana. Tu hija mayor se acuerda de llevarse consigo el inhalador, y la más pequeña carga con su equipo de gimnasia; de manera que, como ya sospechabas, la mayor parte del trabajo que haces es meramente estúpido, realmente estúpido: que la mayor parte de tu tiempo lo dedicas solo a dar la lata, quejarte y chingar a personas que son incluso demasiado perezosas hasta para quererte, y no digamos ya de buscar sus zapatos debajo de la cama; personas que se revuelven y te acusan —a gritos, a veces— cuando tan solo han podido encontrar un zapato.

Estoy llorando ahora, pisando el acelerador a fondo en la carretera del aeropuerto, me escuecen los ojos tras el volante de mi Saab 9.3, porque incluso la trascendental reunión de mi marido no era importante (¿cómo se puede pensar ni por un instante que esas cosas son importantes?) y es capaz de buscarte en la cama a la media hora, o a la media de semana, de haber sabido que tu hermano está muerto.

Probablemente debería detenerme, pero no lo hago: conduzco entre lágrimas todo el camino. En Collins Avenue, un hombre atascado en el tráfico en sentido contrario se fija en mí, que estoy sollozando ahogadamente en mi elegante lata de sardinas. Lo tengo a sesenta centímetros de mí: ahí mismo. Me dirige una mirada de profunda simpatía y, después, se abre un hueco delante de él y se aleja. Nos ha ocurrido a todos.

Pero lo que me sorprende mientras avanzo por la autopista no es tanto el hecho de que todos perdamos a alguien, sino el de que todos amemos a alguien. Parece un enorme derroche de energía..., y lo hacemos todos, todos los que nos apretujamos entre las líneas blancas, mezclándonos, convergiendo, adelantándonos. Cada uno de nosotros amamos a alguien, aun a sabiendas de que morirán. Y seguimos amándolos incluso cuando no los tenemos aquí para amarlos. A mi modo de ver, no existe lógica en esto, ni sirve de nada.

Ya en el aeropuerto, doy vueltas y más vueltas en círculo en el aparcamiento, recorriéndolo piso por piso, hasta salir al exterior bajo la luz del crepúsculo. Liam solía reírse de mí por esto.

Todos solían reírse de mí. Por mi manía de aparcar siempre en el espacio más próximo a los aviones: un espacio que está arriba, en el tejado, en el exterior, bajo la lluvia.

Saco la llave de contacto y observo cómo las gotas caen sobre el parabrisas. La última vez que lo traje aquí no pude esperar a verlo partir.

En serio. La última vez que lo traje aquí, permanecí sentada un momento en este

mismo sitio, con la mirada al frente, hasta que se impuso en mí la notable sensación de su presencia, sentado junto a mí en el asiento delantero del coche. Y, cuando me volví con la intención de dirigirme al hermano que conocía desde nuestra infancia... ¡Señor...!, ¿podía ser él aquel individuo gris, con la camisa sucia..., aquel viejo cabrón horripilante? Desvié la mirada y le dije:

—Hay tiempo de sobras.

Lo acompañé todo el camino hasta las puertas de salida y lo seguí con la mirada cuando las traspasó. Me pregunté si le sería posible regresar, y se me ocurrió que, si lo hiciera, no infringiría ninguna ley. Puedes llegar hasta la puerta y cambiar de idea. Puedes, incluso, levantarte de un salto en tu asiento del avión, pensártelo mejor y retroceder por donde viniste, de regreso a Irlanda, donde puedas seguir un poco más amargando la vida a todo el mundo.

Normalmente, los hermanos se hacen menos importantes a medida que pasa el tiempo. Liam decidió no hacer eso. Decidió seguir siendo importante..., hasta el final.

Un avión ruge a baja altura sobre mi cabeza y, cuando se ha ido, sigo apoyada en el volante del coche, con la boca abierta. El coche y yo permanecemos así un largo rato, hasta que apoyo la espalda en el asiento y abro la portezuela.

Mientras lo hago —con una muda queja porque mi Saab descapotable vaya a quedar bajo la lluvia en el aparcamiento del aeropuerto—, puedo sentir la risa de Liam. O sentir su ausencia riéndose de mí. Porque en algún lugar, hacia un lado —en la parte que no puedo ver— él está y no está. Me doy cuenta de que no es desdichado ahora que está muerto. Pero lo que yo siento ahora de él como una sensación de calor en la base de mi espina dorsal no es meramente su risa: es su ser esencial, desaparecido, muerto. Es lo más íntimo de él, que se ha ido o está a punto de irse.

Adiós, Vero.

Adiós.

Adiós.

Abro la portezuela y salgo a la lluvia.

Aquí está mi abuelo, Charlie Spillane, conduciendo por O'Connell Street hacia su futura esposa, que está en el hotel Belvedere.

Son las diez y media de la noche de un martes. Es Cuaresma. Unas pocas parejas profanas salen del Gresham o del Savoy Grill para tomar el tranvía o ir caminando a casa, pero, por lo demás, en la ciudad reina el silencio. El coche de Charlie es gris oscuro y, cuando se desliza bajo una farola, se abre a la noche un charco de cuero azul. La capota está bajada, las piezas metálicas relucen y los cabellos de Charlie brillan. Es un coche precioso, pero en realidad no puede decirse que sea de Charlie; no obstante, hace tanto tiempo que lo tiene que damos por sentado que el hombre que se lo dejó no va a volver.

Es el coche que había en el garaje de Ada cuando yo era niña: un Morris Bullnose, cuya capota, vieja y rajada, parecía la de un cochecito de bebé gigante. Cuando lo vi, no quedaba gran cosa de él: hasta las puertas habían desaparecido. En la quietud de las tardes estivales, me sentaba en el asiento delantero y oía el corretear de los ratones por el motor.

O el «¡Bruum, bruum! ¡Bruum, bruum!» de Liam, cuando se sentaba a mi lado.

En 1925, sin embargo, el coche es aún una hermosa máquina. Charlie lo acelera con un increíble cambio de marchas y pedales. Nugent opina que no debería conducirlo, pues lo destroza con esa técnica de pisar a fondo el acelerador y hacer rechinar el embrague y las válvulas. Los frenos delanteros están ahora en una mesa de su habitación, rotos sobre un charco de su propio líquido. Claro que Nugent tampoco es el propietario del coche, aunque le encantaría serlo. Desde el vestíbulo del hotel Belvedere oye el ruido del motor, pero no lo reconoce. Entretanto, Charlie circula por Dublín con solo los frenos traseros; a saber adonde va.

Charlie disfruta con los virajes bruscos. No le gustan los finales. Ni siquiera le gustan los comienzos. Cuando se enamora es solo porque ve que el amor se le escapa. En otras palabras: se siente atraído por Ada justo en el momento en que ella da media vuelta para irse.

Pero Ada Merriman no conoce todavía a Charlie. Está de pie en el vestíbulo del hotel Belvedere mirando a Lamb Nugent, mientras Charlie Spillane circula por Great Denmark Street en dirección a la esposa que aún no conoce. Va a detenerse ante la puerta del hotel Belvedere; ya casi ha llegado cuando la aguja de la iglesia de Findlater le recuerda algo y se dirige haciendo rugir el vehículo hacia el pub The Hut, en Phibsboro, a saber para qué.

Nugent aguza el oído al captar el ruido del motor que se aleja. El sonido va apagándose y se hace un silencio, que penetra en el vestíbulo del Belvedere; el rumor

distante de las calles durante el día da paso a los sonidos de la noche mientras oscurece y la gente empieza a beber... en todas partes. Mientras las mujeres hacen callar a sus hijitos, los hombres se quitan las botas y las chicas que han trabajado durante toda la tarde se asean en habitaciones lejanas y se miran en un trozo de espejo antes de salir a trabajar de nuevo.

Al otro lado del vestíbulo, la respiración de Ada es tan tenue y superficial que se diría que es un ángel que habita, de momento, el cuerpo de una muñeca. Su cuello es una columna, como diría el poeta, y sus labios cerrados están esculpidos en la luz.

Un ascua de carbón crepita en la chimenea.

Aquí vienen los muertos.

Agazapados junto a las paredes, van en busca del último calor del fuego: Lizzy, la hermana de Nugent; su madre a la que no le gusta estar muerta. Los fantasmas de Nugent parlotean, con voz suave e inconsolables, en tanto que los de Ada no emiten sonido alguno.

¿Por qué?

Es huérfana, naturalmente.

Un rostro aparece al otro lado del cristal de la puerta y empuja para abrirla. Es un rostro pequeño, vivaz, huidizo, con barba. Mira alrededor y se retira. Los muertos se han dispersado, pero al cabo de un momento vuelven y Ada, como si no pudiera soportarlo, se levanta rápidamente, camina hacia el mostrador de recepción y toca el timbre.

¡Ding, ding!

Ahora Ada y Nugent están juntos —¡por fin!—, en el mostrador, y a ella le divierte eso. La libertad y desenvoltura de la joven son un insulto y una provocación para Nugent... Pobre Nugent, que percibe los cuarenta y cinco centímetros que los separan más agudamente que cualquier otra distancia que pueda medirse en el aire; que con gusto introduciría cualquier parte de él en cualquier parte de ella y encontraría así alivio; que desearía deslizar las manos por el vientre de Ada para sentir el calor y la tersura de sus entrañas.

No se burlen.

«¡La quiero tanto ya! —desea decirle—. ¡Tanto ya!»

—¡Hola! ¿Hay alguien?

El conserje sale de la oscuridad del cuarto que hay detrás del mostrador.

—¿No tendría usted algo para el cochero que está ahí fuera? ¿Un poco de ron caliente, por ejemplo? —Se vuelve hacia Nugent y añade—: No sé por qué hago esto por él. Jamás lo encuentro cuando lo busco. Supongo que para evitar que se vaya y me deje aquí plantada.

Dicho esto, regresa a la silla junto a la puerta. Después de todo, tiene solo diecinueve años. Y él solo veintitrés.

—Tengo un amigo que tiene un automóvil —dice él de pronto.

—¿De veras? —La joven se detiene, interesada y coqueta.

—Llegará en cualquier momento. De hecho ya debería estar aquí.

—Me encantaría dar un paseo en coche —dice Ada—. Me muero de ganas de dar un paseo en coche.

Y gira sobre sus talones para sentarse en la silla.

Quién tuviera una cuerda para tirar de la silla. Nugent cruzaría presuroso el vestíbulo para coger a la joven en sus brazos.

Se darían un beso en blanco y negro, ella se apartaría y aparecería el subtítulo: «¡Basta!».

Porque no solo es Cuaresma; también es primavera. ¿De qué otro modo podría explicarse esto, si no? Ada Merriman es guapa y Lamb Nugent no es mejor persona de lo que debería ser, y eso es todo cuanto necesitamos saber: cuando ella entró y se sentó con circunspecta elegancia en la silla de respaldo ovalado, él vislumbró una vida en la que nadie debía nada a nadie. Nada de nada.

Un automóvil se detiene fuera. Nugent oye el rugido del motor y dirige a Ada una mirada de dolor y despedida, como si la situación de ambos fuera de algún modo insostenible. Pero no lo es, y la alarma que sienten es tan solo una nueva clase de placer.

A partir de ahora no harán nada solos.

Juntos se vuelven hacia la puerta en el momento en que entra Charlie Spillane, un borrachín campechano, dado a romper promesas y a faltar a sus citas. Ve a Nugent apoyado contra el mostrador de recepción y mira alrededor hasta que repara en la figura azul sentada junto a la puerta. Oh.

—Señora —dice quitándose su (imaginario) bombín—, confío en que mi amigo haya sabido entretenerla.

Ada ríe.

Así de sencillo. Con un simple gesto, Charlie ha cambiado todos los planteamientos: de su futuro y de mi pasado.

Los dos amigos se despiden de Ada Merriman.

Charlie indica con un gesto la puerta del hotel a su compañero y sale. Se sienta en el Morris Bullnose y se pone los guantes de conducir. A continuación se frota la cara con las manos, como un hombre que deja de llorar después de haber llorado durante horas. Nugent toma asiento a su lado. Charlie abre el estérter, pisa el acelerador para superar el calzo que ha olvidado quitar y se aleja.

Conways está a oscuras. Bordean la rotonda y se detienen en Parnell Street, donde en una sala al fondo del Blue Lion —un pub impío— sirven bebidas alcohólicas fuera del horario permitido. En el aire se percibe que ha habido una pelea reciente y de las letrinas del patio llega un olor a quemado.

—Una botella de licor y una limonada —pide Charlie.

Beben un trago y observan con circunspección a la patibularia clientela del Blue Lion. Charlie hace algunas observaciones triviales acerca del coche, mientras Nugent observa las vetas de la madera del mostrador y el brillo de la barra de latón que bordea la parte inferior.

En el trayecto de regreso a casa, Nugent se levanta un poco del asiento para sacar la cabeza por encima de la ventanilla del coche y deja que el aire le lama la cara. Cuando pasan a toda velocidad por Green, mira a las muchachas que, incluso en Cuaresma, esperan a que los peces gordos salgan del Shelbourne; sus rostros, óvalos blancos, se vuelven como hojas mecidas por el viento cuando oyen que se acerca un automóvil.

Se deja caer en el asiento un poco antes de que se detengan a cierta distancia de su puerta.

—Échale un vistazo —dice Charlie refiriéndose al tambor del freno que está desmontado sobre la mesa de la habitación de Nugent.

—Claro —dice este, y se despide agitando la mano junto a la puerta.

Una vez dentro, Nugent recorre con la vista su cuartito: la cama estrecha, la ventana, con dos cortinas de encaje como una cabellera con la raya en medio sobre un rostro cuadrado y recogida a ambos lados... Mira la mesa, los frenos rotos del Morris Bullnose, bellos como un bodegón de manzanas a la luz de la luna. Comienza a desabrocharse la camisa a oscuras. Esta se abre botón tras botón y descubre un triángulo de carne del pecho. Cada vez más abajo. Por último se hinca de hinojos. Se quita la camisa arrodillado y se azota con ella de manera que los botones le golpeen la espalda, una vez, dos veces, y empieza a rezar sus oraciones nocturnas.

Entonces llega ella.

Lizzy.

Su hermana. Era menor que él. Murió. En la habitación donde ambos crecieron resonaban los estertores húmedos del pecho de la niña; el horrible borboteo de las flemas, seguido de la visión espantosa de la sangre. Nugent no olvidará nunca el rosario que rezaba por las noches a una pavorosa y prudente distancia del lecho de la enferma; cómo los pálidos dedos de Lizzy palpaban la colcha en busca de las cuentas pasadas, y la oscura luz de su mirada, que parecía atravesarle los huesos. La pubertad de Nugent pasó sin que nadie la notara —ni siquiera él—, mientras los senos despuntaban bajo el camisón de Lizzy. La niña se dirigía al mismo tiempo hacia la muerte y la madurez: sus pezones se agrandaban como moretones, sus pechos crecían, y finalmente dejaron de crecer, sobre unos pulmones enfermos. Al final murió.

¿Le basta con pensar en eso mientras está hincado de rodillas?

Cuando se masturba por la noche, el tacto de su pene le recuerda la piel de su

hermana; siempre húmeda, nunca sudorosa. Porque en aquellos tiempos vivían todos revueltos de una forma repugnante.

A sí es como vivo desde que murió Liam. Paso las noches levantada. Escribo, o no escribo. Doy vueltas por la casa.

Aquí nada se asienta. Ni siquiera el polvo.

La compramos hace ocho años, en 1990; una casa nueva de cinco dormitorios, unifamiliar. Es de ladrillo rojo estilo Tudor, con algunos toques reina Ana, aunque, gracias a Dios, no tiene porche, y he decorado el interior en tonos crudos, crema, arenisca y pizarra. Es una casa diurna, de modo que por la noche dejo todas las luces encendidas, con los reguladores de intensidad al máximo, y voy de una habitación a otra. Se comunican entre sí con verdadero arte. Y estoy sola. Las niñas son solo una presencia residual: una cinta de vídeo que sale de la ranura del reproductor, una barra de brillo de labios junto al teléfono. Tom, mi exigente marido, duerme en el piso de arriba y sueña con la exigencia de dolor y de redención en el mundo de las finanzas empresariales, que no tiene nada que ver conmigo.

Crudo, crema, arenisca, pizarra.

Cuando nos mudamos, empecé a mirar toda clase de galerías para cortinas y telas. Quería una con un estampado de flores grandes para el ventanal delantero..., ¿se lo imaginan? Cuando por fin encontré la tela, ya había cambiado de opinión y me había decantado por unos estores lisos, y ahora que el jardín está bien cuidado no deseo... nada. Paso el tiempo mirando las cosas y deseando que desaparezcan, quitando objetos de en medio.

Así es como vivo.

Paso las noches levantada. A las once y media Tom, si está en casa, asoma la cabeza por la puerta del estudio y dice: «No te quedes levantada toda la noche», como si no supiera que no pienso dormir con él durante una buena temporada, tal vez nunca más. Así comenzó todo esto, en cierto modo: con mi negativa a subir a la habitación con mi marido más o menos un mes después de la muerte de Liam, con mi incapacidad para dormir en una cama distinta de aquella que habíamos compartido; porque no quiero que las niñas me encuentren en otra habitación.

¿Qué otra cosa puedo hacer? No podemos permitirnos un divorcio. Además, no quiero dejar a mi marido. No puedo dormir con él, eso es todo. Así pues, mi marido espera que vuelva a acostarme con él, y yo espero otra cosa. Espero que todo se aclare.

De modo que no hacemos nada. Dividimos nuestro tiempo. Al menos eso hago yo. Aprovecho lo que Tom me deja del día —que es bastante— y vivo mientras él duerme. A las siete de la mañana, cuando suena su despertador, me meto en la cama; él se arrima a mí y se queja de que tengo el trasero frío.

—¿Has estado otra vez toda la noche levantada? —pregunta.

—Lo siento.

Como si ese fuera el problema. Como si fuéramos a hacer el amor de no ser por la frialdad de mi trasero y el escollo eterno e infernal de nuestros horarios.

Tom despierta a las niñas y las acompaña al colegio, de forma que duermo hasta las tres, cuando voy a rastras hasta la puerta de la escuela. Después las llevo a su clase de ballet, de danza irlandesa o de equitación, o simplemente a casa, donde a veces les dejo ver la tele antes de la merienda. Les limito la televisión, sí; digo que es por su bien, pero en realidad lo hago por mí. Me gusta hablar con ellas. Si no hablara con ellas, creo que me moriría de algo —de sutilidad, digamos—, que me iría apagando sin más.

Así que me siento en el sofá con alguna de mis hijas y la obligo a que me quiera un poco: a Rebecca, que es tan locuela y buena, o a Emily, la gatita, la niña mimada de papá, que es un poco desesperante, un poco fría, y cuyos ojos azules de los Hegarty son el lugar donde más zozobra mi corazón. Nos abrazamos las tres, armamos jaleo, charlamos; luego vienen los gritos —por los deberes, porque no quieren comer, porque se resisten a irse a la cama—, y a las nueve y media, cuando los chillidos y la confusión han cesado y ellas duermen, yo inicio mi ronda.

Creo que en realidad no me quieren. Se limitan a seguirme la corriente durante un rato.

Salón, sala de estar, comedor, cocina: un único espacio en torno a la escalera; el piso de abajo es una planta abierta con un pequeño estudio al otro lado de la puerta del recibidor. Cuando Tom llegue, me encontrará allí. Algunas noches me conecto a internet, pero la mayor parte del tiempo escribo sobre Ada y Nugent en el Belvedere, sin descanso, una y otra vez.

A las once y media, Tom asoma la cabeza por la puerta y dice: «No te quedes levantada toda la noche», y cuando dejo de oír sus pisadas el mundo es todo mío.

¡Y qué mundo más loco!

Hay ratos bastante largos en que no sé qué estoy haciendo o qué he hecho. En realidad casi nunca hago nada, pero a veces estaría bien saber de qué clase de nada se trata. En ocasiones me da un ataque de limpieza hacia las cuatro de la madrugada. Entonces me pongo a limpiar como si fuera un ladrón, conteniendo la respiración mientras froto las paredes para robarles la suciedad. Procuro no probar el alcohol antes de las cinco y media, pero nunca lo consigo y acabo bebiéndome una botella de vino desde el gollete hasta la última gotita. Es la única manera que conozco de hacer que el día acabe.

Bien entrada la noche, oigo voces a ráfagas, como sí alguien estuviera encendiendo y apagando una radio en otra habitación. Incoherentes, pero joviales. Historias que rebotan en las paredes. Retazos de vidas que se filtran. Susurros al girar

el pomo de una puerta. Pájaros en el tejado. A veces el pitido de un juguete infantil. Y en una ocasión, la voz de mi hermano, que decía: «Ahora. Ahora».

Agucé el oído por si decía algo más, pero ya se había ido.

Cuando abro el frigorífico, me expongo a sufrir sobresaltos y lapsus, como el escalón en que tropezamos cuando caemos dormidos. Presagios. Tengo la impresión de que el futuro se me echa encima y cuando miro no hay nada. Una soga. Algo que oscila dentro de una bolsa que no puedo tocar.

Me arrepiento de todo mientras me sirvo el vino y cojo el vaso.

A veces subo a la habitación para mirar mi cama sin mí en ella. Tom duerme boca arriba. No ronca. En ocasiones, cuando sueña algo triste, se pone de lado y junta las manos bajo la barbilla. Tiembla cuando sueña.

Tom mueve dinero electrónicamente. Cada vez que lo hace, una pequeña parte se pega a él. Día tras día. Hora tras hora. Minuto tras minuto. Un montón de dinero a la larga.

Mi hermano Liam pasó la mayor parte de su vida laboral trabajando de camillero en el hospital Hampstead Royal Free. Empujaba camas por los pasillos, metía tumores cancerosos en bolsas y llevaba al incinerador miembros amputados. Decía que disfrutaba con su trabajo. Le gustaba la compañía.

Yo era periodista. Escribía en la sección de compras (bien, alguien tiene que hacerlo). Ahora cuido a mis hijas..., ¿qué profesión es esa?

Tom me hizo el amor la noche del velatorio..., como si la muerte de Liam hubiera acabado con todas las telarañas: el jaleo, las niñas, el trabajo tan absorbente e importante, las noches agotadoras que había pasado sin dormir con otras mujeres. Pretendía volver al principio. Me dijo que me quería, me dijo que mi hermano podía estar muerto, pero que él seguía muy vivo. Ejercía su derecho. Yo quiero a mi marido, pero me quedé tumbada con una pierna a cada lado de sus danzarinas caderas de muchacho de campo, y no me sentí viva. Me sentí como una gallina a la que descuartizan.

Pero dejemos eso por ahora. Dejemos tranquila a la pobre gallina de momento. Estoy ahora en el tren camino de Brighton para recoger el cuerpo de mi hermano, o verlo, o decirle hola o adiós, o lo que quiera que se haga con el cuerpo al que una vez se amó. «Presentar tus respetos». Es un agradable día otoñal. Miro por la ventanilla y me sorprende que los Downs existan. Inglaterra siempre ha tenido para mí algo infantil.

Haywards Heath.

Wivelsfield.

Burgess Hill.

Hassocks.

Nombres tan tontos y cursis que por fuerza han de ser fruto de la imaginación. Siempre me sorprende que esta tierra sea de verdad verde y agradable. Que de verdad exista. Va quedando atrás, pero a distintas velocidades. En la media distancia los campos discurren despacio hacia delante, mientras que a lo lejos las colinas retroceden levemente en una franja estrecha. Trato de localizar la línea donde el paisaje se detiene y cambia de opinión, mientras pienso que viajar es algo distinto de lo que estoy haciendo, porque avanzar hacia un hombre muerto es no avanzar en absoluto.

En ese momento llama mi hermana Bea.

—¿Sí?

—¿Tienes servicio de itinerancia en el móvil?

—No lo sé.

—Si estás en Inglaterra, tienes servicio de itinerancia.

—De acuerdo, lo tengo.

—Procuraré que no te suba mucho la factura —me dice, y empieza a hablar.

Mi madre quiere que lleven el ataúd a casa antes del entierro, para que podamos velar a Liam en la horrenda sala. Pensándolo bien, no puede haber una alfombra mejor para un cadáver, como le digo a Bea, con todos esos rectángulos naranjas y marrones.

—No es más que una alfombra —dice Bea.

—Oh, vamos... —replico.

—Haz lo que digo —insiste.

—¿Que lo haga? —protesto, dando a entender: «Todo eso me va a costar un riñón».

—Es lo que hubiera querido papá —remacha, como quien dice: «¡Suerte que yo me encargo de mantener encendida la llama de la tradición!». Me enfado tanto con

ella que durante un rato no oigo lo que digo ni lo que dice ella, mientras el paisaje, con sus distintas velocidades y direcciones, discurre por la ventanilla, y poco a poco llevamos la conversación hacia temas menos espinosos.

Bea tiene razón, por supuesto. Papá se crió en el oeste de Irlanda: siempre sabía lo que había que hacer en cada situación. Tenía unos modales exquisitos. Lo que, si quieren saberlo, consistía sobre todo en no decir nada a nadie nunca. «Hola, qué bien estás», «Hasta la vista, cuídate». Todo lo relativo a las relaciones humanas debía seguir un ritual. «Siento mucho lo que te ha ocurrido», «Guarda ese dinero», «Eso es una perita en dulce», «Muy amable de tu parte». A mí todo ese control me aburría como una ostra. Su dignidad humana había quedado de alguna manera socavada por su desmedida tasa de reproducción. Papá murió de un infarto en 1986, y los asistentes a su entierro se rieron en el pórtico de la iglesia comentando que sin duda se había debido al agotamiento de tanto follar. «Se habría sentido muy orgulloso al veros a todos juntos —me dijo un vecino—. Orgulloso al veros a todos en fila por orden de estatura, escalonados». No dije nada, pero no estaba de acuerdo con él, en absoluto. Pensaba que mi padre no se hubiera sentido en absoluto orgulloso de nosotros.

Hablaba un irlandés precioso. La lengua era para él un lugar romántico, y es el lugar donde aún sigo queriéndolo.

No fue un mal padre. Daba clases en la facultad de magisterio, de modo que, entre las largas vacaciones y la corta jornada laboral, a menudo rondaba por la casa: nos ponía en fila, daba órdenes, dirigía el tráfico, se levantaba a primera hora de la mañana para traer cajas de verduras del mercado, como si estuviera a cargo de un campamento de verano, no de una familia. De todas formas, todo esto debió de terminar en algún momento, puesto que, cuando yo estudiaba en el instituto, enviábamos a los gemelos a la tienda de la esquina en busca de unas lonchas de panceta, y Ernest o Mossie hacían tintinear las monedas del cambio en el bolsillo para ver si quedaba dinero suficiente para un desayuno completo. Ningún Hegarty ha sido tacaño. Ni siquiera yo, la más práctica de la familia, lo soy. Es algo más que una norma social; es como un tabú religioso. Cuando veo a una persona tacaña, se me eriza el vello y tengo que volverme y mirar hacia otro lado.

¿A qué viene esto?

«Esto me está costando un riñón».

Una alteración del orden natural, eso es lo que soy.

Mientras tanto el tren traquetea a través de Inglaterra (tracatá, tracatá) y Bea sigue hablando, sentada en las rodillas de mi difunto padre, con una cinta en el cabello, como la buena niña que siempre ha sido, y yo miro las colinas intentando crecer, intentando dejar que mi padre muera, intentando dejar que mi hermana entre en la adolescencia (o la menopausia, qué más da). Pero nada de eso es posible. Nada de eso. En el paisaje hay una línea que, en lugar de avanzar se desliza hacia atrás, y es

ahí donde fijo la vista.

—Buena suerte en Brighton —dice Bea, y su voz me arrastra hacia los arbustos que se agitan al paso del tren.

—Gracias —digo—. Cuida de mamá. —Mientras cierro el móvil, me pregunto si en el agradable silencio inglés del vagón habré pronunciado las palabras «cuerpo», «ataúd» o «cadáver», y pienso que preferiría comer mierda a (¿qué?) comer con los vecinos ostras envueltas en lonchas de beicon en la vieja sala, alrededor del cuerpo de mi hermano.

¡Maldita alfombra!

Y no solo con los vecinos, sino también con lo que queda de Midge, Bea, Ernest, Stevie, Ita, Mossie, Liam, Verónica, Kitty, Alice y los gemelos Ivor y Jem. Los muertos, los piadosos y los directores de oficina (también amas de casa, ex periodistas, actrices fracasadas, anestesistas, jardineros paisajistas, alguien metido en telecomunicaciones y otro metido en lo mismo). Nos miraremos y diremos: «Uno menos». Uno menos. Entretanto la chiquillería correteará por toda la casa haciendo temblar el yeso de las paredes con sus gritos; Rebecca jugará con su prima Anuna, que es mi sobrina nieta, así que no sé bien qué parentesco tienen ellas en realidad.

¡Oh, el pobre estaba desesperado!, diremos. Era una calamidad. Tenía problemas. No encontraba el equilibrio. Tenía buen corazón. Era muy agradable estar con él, diremos. ¡Oh!, y era muy inteligente. ¡Y educado, de eso no cabe duda! Pero era muy sensible. El problema de Liam era la sensibilidad. Todos querían cuidar de él. No estaba hecho para vivir en este mundo. En absoluto.

«Sí —diré yo—. Era una calamidad».

El primer recuerdo que guardo de Liam, o en todo caso uno de los más claros, es de un día en que se puso a mear a través de una alambrada hacía un lago de agua helada que había al otro lado.

«¡Genial!»

Salpicaba la malla metálica y, cuando yo pasaba patinando, paraba. ¡Los patines! Al pensar en ellos ahora creo que Ada debió de consentirnos demasiado también.

Cuando yo tenía ocho años recién cumplidos y Liam casi nueve, nos enviaron con nuestra hermanita Kitty a pasar unos días con Ada en Broadstone. Ahora sé que estaba solo a unos pocos kilómetros de donde vivíamos, pero cuando éramos niños nos parecía un lugar tan remoto como Tombuctú. Era un mundo aparte: un pequeño enclave de casitas próximas al centro de Dublín, que encajaban unas en otras como piezas de Lego.

Creo que habíamos estado antes allí, cuando Kitty era solo un bebé. La actividad reproductora de mi madre se interrumpió por aquella época, y supongo que fue la de los niños muertos, la que la marcó y convirtió en la persona que conocí después.

No sé cómo llamaban entonces a estos episodios. Las mujeres solteras tenían «crisis nerviosas», y las casadas tenían más hijos o ya no tenían más. En todo caso, mamá volvió a tenerlos: primero a Alice, en 1967 (¡qué hubiéramos hecho nosotros sin Alice!) e inmediatamente después a Ivor y Jem. Supongo que la injusticia que representó el nacimiento de los gemelos pudo provocarle un último ataque de «nervios». Ciertamente, en su platito de píldoras siempre ha habido tranquilizantes entre el ibuprofeno y la warfarina, y desde que la conozco siempre ha padecido de temblores, molestias inexplicables y accesos de llanto.

A veces me pregunto cómo era mamá antes de que tuviéramos que marcharnos y si cada vez que volvíamos yo me daba cuenta de que algo había desaparecido; si nos habían cambiado a la mamá que bailaba con la escoba y besaba la tripita del bebé por el benévolo pedazo de carne humana que se pasaba los días enteros sentado en una habitación.

En casa de Ada reinaba el silencio. Era difícil olvidar el sonido de tu propia respiración —al inspirar, al expeler el aire—, hasta que los reparos hacían que casi te asfixiaras. Era el silencio de una casa sin niños, y las habitaciones estaban repletas de objetos. En las repisas de las chimeneas y en las mesas había pequeños objetos que no debíamos tocar. Había cajones llenos de cosas que no se utilizaban desde hacía lustros o que solo se utilizaban una vez al año. Cada una en su sitio, con un orden que jamás veíamos en casa.

Ada llevaba una vida muy diferente de la de mi madre. Se peleaba con Charlie o flirteaba con él en la cocina. Mis padres no flirteaban nunca, no parecían capaces.

«Sube el volumen de la tele para que papá pueda oír las noticias».

Se hablaban el uno al otro a través de sus hijos, como todas las parejas que yo conocía. No se decían palabras acarameladas, es cierto, pero tampoco se peleaban nunca, aunque en ocasiones aparecía en su conversación un tono chirriante que tal vez fuera indicio de cierta frialdad o disgusto privados. No sabría decirlo.

Tal vez esté equivocada. Puede que sí conversaran, pero en sus palabras había algo tan íntimo que yo no era capaz de captarlo o de retenerlo, de la misma manera que cuesta recordar la risa de una persona a la que hemos querido.

En todo caso, Ada flirteaba con Charlie. La recuerdo contoneándose mientras iba de la cocina a la mesa y canturreando cuando servía la cena a Charlie. Y recuerdo sus cosas: la cómoda del rellano de arriba, que estaba llena de muestras de telas y retales; libros de muestras cuyas páginas se podían pasar como las de un libro sin relato alguno, con solo una muestra tras otra. En la repisa de la chimenea de su dormitorio había un jarrón de cristal tallado lleno de plumas. Recuerdo el crujido de sus sombreros de paja, y el olor de los de fieltro, que guardaba en la parte inferior del ropero. Estos recuerdos probablemente procedan de mi fase de niñita repipi, a los ocho o nueve años, cuando me encantaba doblar y alisar las prendas guardadas. En cambio, el del olor de los sombreros, es anterior, de cuando tenía tres años.

Apenas estábamos en casa, pues pasábamos la mayor parte del día correteando por las calles o jugando alrededor de la Balsa, un lago artificial cuyas aguas habían servido en otra época para elaborar whisky. Fue precisamente esta circunstancia lo que llevó a Liam a mear allí, y esta es la imagen que guardo de él: a un chicuelo que levanta la pelvis para lanzar al aire un arco de pis, cómo este salpica en el alambre o atraviesa de pronto, con suma facilidad, un rombo de la alambrada.

Había también una fortaleza que asediar: la estación de autobuses de Broadstone, con su tapia oscura, como la pared de un precipicio, coronada por una estatua de la Virgen María. Merodeábamos por la puerta, y por fin un día conseguimos colarnos hasta donde estaban aparcados en filas los autobuses de dos pisos. Avanzamos agachados entre los vehículos, hasta que uno de nosotros —debió de ser Liam, porque yo no me hubiera atrevido jamás— tiró de la manija de una portezuela.

Chist.

El cuero sintético de los asientos parecía desprender el olor de las personas que se sentaban y al cabo de un rato se levantaban para que otros se sentaran y luego se levantaran —y así minuto tras minuto, día tras día—, todos cargados con sus compras y sus vidas corrientes. Aunque no rajamos los asientos ni ensuciamos el techo con pintadas, el autobús estaba tan inmóvil y vacío cuando lo recorrimos que nos hizo comprender a los tres cuán fuera de todo estábamos, entregados al cuidado de nuestra abuela, que de repente no significaba nada para nosotros, y echando de menos a nuestros padres, que cada vez significaban menos. Por un instante, cuando Liam abrió la media puerta del conductor, sentí vértigo al pensar que mi hermano era capaz de conducir aquel trasto; que bajaría a toda velocidad por Constitution Hill y atravesaría Phibsboro para llevarnos al lugar donde nuestra legítima familia aumentaba sin nosotros, y todavía más allá.

Entonces nos pillaron. Yo estaba en el piso de arriba y no oí nada, salvo, como me

di cuenta después, el ruido de las sandalias de Liam y Kitty mientras escapaban, y a Liam llamándome, aunque yo no entendía por qué su voz parecía proceder del exterior. En cambio, dentro del autobús se oía el sonido de los pasos de un hombre que subía por las escaleras. Vi su mano en la barandilla cromada mientras el desconocido ascendía lentamente, peldaño a peldaño, hasta que su torso ocupó el hueco de la escalera como un globo hinchado. Una vez arriba, se detuvo y me miró. Llevaba una gorra de visera y la camisa azul del uniforme, cuyos botones parecían a punto de saltar sobre la gran barriga, una de esas barrigas que parecen necesitar un cinturón que las sostenga, igual que hay pechos que necesitan un sujetador. El barrigón echó a andar por el pasillo y yo retrocedía de espaldas hasta que di con el último asiento y caí sentada en él. Entonces me aplastó con la enorme tripa; aunque dudo que esto sea cierto, sí recuerdo su sorprendente tirantez y elasticidad mientras me clavaba los botones blancos en la cara. Me retorcí y logré escabullirme bajo sus cortas piernas y el apestoso uniforme de gabardina de conductor de autobús. Corrí escaleras abajo y salí.

«¡Largo! —gritaba él—. ¡Largo de aquí!»

Varios empleados se volvieron a mirar mientras yo corría hacia la puerta de la estación y salía a la calle.

Solo había una forma de escapar: correr por Constitution Hill hasta perder el aliento, y así lo hice, convencida de que encontraría a Kitty y a Liam. Sin embargo, no los vi hasta que llegué a la puerta de una iglesia; por aquel entonces Liam ya intuía que podía ser un refugio, un lugar donde ni siquiera un conductor de autobús uniformado podía molestarnos.

Entramos a rezar —estoy segura de que esto sucedió el mismo día— y nos arrodillamos ante el altar, todavía temerosos de que el hombre nos persiguiera. Cuando nos sosegamos, nos miramos y reprimimos las ganas de reír para alzar la vista hacia una realidad más elevada y espiritual. Así pues, con un sentimiento de piadoso júbilo agradecemos nuestra salvación encendiendo cada uno una vela ante el altar de san Félix, y al no encontrar ninguna ranura donde depositar los peniques prendimos dos o tres más, hasta que un cura iracundo dejó en el brazo de Kitty un círculo de cardenales y, sin soltarla, pronunció un sermón acerca de la maldad. No recuerdo ni una palabra de lo que dijo, y tampoco lo que comentó Ada al ver el brazo magullado de Kitty, pero no he olvidado el color intenso de la cara vociferante del cura y su viscosidad, como un zumo de fruta sin diluir. Aunque el sentido común me dice que ambos episodios no debieron de suceder el mismo día, insisto en que fue así. Por eso, cuando muchos años después advertí que un individuo me seguía por los callejones de Venecia con el pene erecto en la mano, se me ocurrió esconderme en una iglesia sin pensar que podría esperarme algo aún peor. Sin embargo, no encontré nada: bancos vacíos, moho en las paredes y un trozo de papel pegado debajo de una

sucia pintura al óleo en el que alguien había escrito con bolígrafo: «di Tintoretto». Había una oscura capilla lateral con el cielo pintado en el techo que solo podía verse introduciendo una moneda de cien liras para que se encendieran las luces. Por lo demás, todo se veía destartado y tranquilo. No me aguardaba nada peor en su interior. Me arrodillé de espaldas al deslumbrante rectángulo blanco de la puerta abierta, pero el italiano de la calle no entró, ningún muchacho salió de un confesonario con las manos llenas de esperma y ningún santo se movió. Con la cabeza inclinada, recé como una mujer en una película de los años cincuenta; recé para que me abandonara el angustioso presentimiento de que moriría con la cara aplastada contra una mugrienta gabardina azul marino o negra, con la verga de un desconocido en la garganta y... ¿qué más, qué más?

Algo apuntándome al estómago. Un cuchillo. No; un cuchillo no.

No es real.

De pronto, un ruido metálico: «clink». Las luces de la capilla se encendieron y enseguida se oyó el lento chirrido de una moneda tragada por un mecanismo. Todavía de rodillas, vi que habían entrado unos alemanes e ingleses, quienes dedujeron para qué servía la caja de las liras e iluminaron el cielo del techo. Mientras tanto el italiano salido seguía, o no, junto a la puerta de la iglesia. (¿Qué pensaba hacer con esa erección?). Sea como fuere, no cruzó el umbral, y cuando concluí mi desesperada y atea plegaria me volví y vi que se había ido. Lo cual estuvo muy bien..., de no ser porque ahora, cuando camino por calles solitarias, lo veo en todas partes.

En general nos portábamos bien. Supongo que fuimos buenos niños durante aquellos días en Broadstone; un poco callados, algo apesadumbrados, quizá; Liam era propenso a los arranques y los cambios súbitos de humor, que a menudo eran tan hilarantes como terribles, y Kitty, aunque era un incordio, lo era de una manera infantil. No había maldad en ninguno de nosotros, eso creo yo; ¿por qué iba a haberla?

El hombre que está a mi lado en el tren de Brighton levanta un poco la pelvis del asiento y vuelve a reclinarse. Dormitando bajo la parpadeante y sexual luz del sol, acunado por el movimiento del tren. Noto cómo la sangre se le acumula en el bajo vientre, cómo su pene se desliza por la pernera del pantalón.

Vaya, otro que se excita.

De todas formas, no hay motivos para preocuparse —un joven hombre de negocios se ha empalmado junto a mí en un tren—, aunque acabe de perder a un ser querido. Dado mi estado de ánimo, encuentro más peculiar que de costumbre la hidráulica del asunto: que unas cosas tan pequeñas tengan consecuencias tan grandes. Me pregunto por un momento si Liam estaría aún vivo de haber nacido mujer en lugar de hombre.

Y ahí lo veo de repente, con una sonrisa picara detrás del carrito del té, un pañuelo en la cabeza y un sostén descomunal, a lo Dick Emery.

«¡Holaaa...! ¡Estoy vivo!»

«No, gracias», digo a la intachable mujer que ofrece «¿Algo para tomar?», mientras el hombre sentado a mi lado echa mano del periódico para cubrirse el regazo.

Inofensivo. Inofensivo. Inofensivo.

Cierro los ojos.

Liam vino a verme al hospital el día que nació Rebecca. Se presentó por la noche, con un ramo de flores rojas de la floristería que había en la planta baja. Tom se había ido a casa para dormir un poco, se habían acabado las llamadas telefónicas y las visitas se habían marchado para dejarme descansar, pero yo no cabía en mí de gozo; no hacía más que enseñar mi hijita a las enfermeras y mujeres de la limpieza, y me preguntaba si todos sus admiradores se habían quedado atrapados en un embotellamiento de tráfico debido a un partido de fútbol o un atentado terrorista.

Y de repente Liam apareció en el umbral, cuando yo ni siquiera sabía que había vuelto a casa. Y ahí estaba yo, reclinada contra un montón de almohadones y bañada en sudor, con una criatura —perfecta— en la cunita de plástico a mi lado.

Liam entró para ver a la niña, se inclinó con resolución sobre la representante de la siguiente generación y la examinó, como si la criatura fuera suya, los ojos, los dedos de las manos y los pies, y los minúsculos poros de la nariz, que estaban cubiertos de una sustancia amarilla que me infundía pánico solo de pensar que de mayor pudiera tener espinillas.

«¿Cómo te encuentras?», debió de preguntarme.

No creo que nos besáramos. Los Hegarty no comenzamos a besarnos hasta finales

de los ochenta, y solo en Navidad.

«Estoy bien», debí de responder.

Se sentó en la silla de las visitas y contempló el nuevo cuadro: madre con bebé.

«¿Ha ido todo bien?», recuerdo que preguntó, y recuerdo también que contesté: «Bueno, ahora todo va bien».

Las paredes estaban pintadas de amarillo, y desde que había nacido la niña parecía que la habitación rebosara de una luz del sol intensa y alegre.

Recuerdo que pensé que Liam tenía muy buen aspecto, que había engordado un poco y que, con lo guapo que estaba, debía de llamar la atención cuando caminara por la calle entre desconocidos. Estaba contento de ver a la recién nacida. Mientras la miraba se convirtió en alguien a quien yo conocía muy bien.

El parto me había devuelto el sentido del olfato, que, aunque resulte raro, había perdido durante la gestación, de modo que me había dado la vena aromática y había pasado toda la tarde con la nariz pegada a una copa de champán, que no quise beber pero que no dejé de olisquear. Notaba cómo hora tras hora se iba echando a perder al estar en contacto con el aire. Este era el lugar donde existía yo: el aroma que se desprendía de la superficie de un laguito de champán, comparado con el cual hasta la ropa de Liam olía fatal.

Le conté que nuestra madre había telefoneado y se había puesto a llorar.

—¿A llorar? —preguntó.

—Creía que todos éramos estériles —dije, y percibí en mis palabras cierto matiz de traición. Lo cierto es que me había alegrado recibir su llamada.

Charlamos un rato sobre ella.

Liam no dejaba de mirar la copa que había en la mesita al lado de la cama, y le dije que era solo un botellín de esos que dan en los aviones. De todas formas antes de marcharse se bebió el champán, caliente, sin burbujas y turbio como estaba debido a aquella sustancia acre que desprendían mis poros mientras me deshinchaba poco a poco en la habitación. No me importó. Le dije que me alegraba librarme por fin de aquel olor.

Sentada en el tren camino de Brighton, intento recordar cuándo comenzó el alcoholismo de mi hermano. La bebida no era su problema, pero acabó convirtiéndose en su problema, lo que representó un alivio para cuantos nos preocupábamos por él. «Me inquieta un poco que beba tanto», y al cabo de un tiempo dejamos de oír lo que decía.

Desde luego, fue una cagada. El alcohol lo destrozaba, como suele hacer. Pero intento determinar cuándo dejé de preocuparme por él para empezar a preocuparme, en cambio, por su alcoholismo. Tal vez fue ese día, mientras mi hija recién nacida abría los ojos una y otra vez, como si quisiera comprobar que el mundo seguía ahí. Seguro que fue en ese momento. Precisamente entonces.

Los alcohólicos no existen. Cuando dicen algo, es el alcohol el que habla por su boca. O solo existen a ráfagas. Sentado contra una pared amarilla, mirando a su hermana favorita, que acaba de dar a luz. Con una mirada como las de los viejos tiempos. Del resto no estoy segura.

Percibí el olor de la copa que había tomado antes de presentarse en el hospital; percibí el olor del vino que había bebido con la comida y el de la cerveza de la noche anterior. Sin embargo, también noté una especie de cambio metabólico, un olor dulzón en su sangre y en su aliento que no reconocí. Liam apenas comía por aquella época, su cuerpo funcionaba a base de alcohol. Ahora, sentada en el tren que va a Brighton, me pregunto si padecería de diabetes, si era eso lo que le pasaba. De pronto pienso que si se hiciera un análisis de sangre podríamos hacer algo al respecto, porque tal vez, después de todo, su problema no sea la bebida.

Enseguida recuerdo que está muerto.

Por supuesto, su alcoholismo fue una declaración existencial, ¿cómo he podido olvidarlo? Ciertamente no había nada metabólico en eso. No había causa alguna.

¿Estaría borracho cuando murió? Probablemente. Y ahora, ¿qué corre por sus venas? ¿Sangre, agua de mar, whisky? Estaba obsesionado con el whisky. Probablemente pensó que estaba nadando en dirección a la maldita Francia.

Cierro los ojos bajo la cálida luz del sol y dormito junto al adormilado desconocido en el tren de Brighton.

Aquí están Ada y Charlie en la cama un año después. Charlie, lustroso como una foca, con su abultado estómago; sus genitales, lánguidos y rosados, destacan sobre el grueso y blanco muslo. Es sábado por la mañana, y cualquier soplo de brisa, cualquier movimiento de Ada bajo el edredón excitan su miembro viril, hasta que alcanza un ángulo —digamos de cincuenta grados— que le parece lo bastante firme y agradable. Reflexiona sobre ello durante unos minutos —cuarenta habría podido considerarse incómodo, y cualquier ángulo inferior, mera torpeza o timidez—. Por otra parte, esta cuestión del grado es algo que ha de compartir. Bucea bajo las sábanas en busca de las flacas y largas piernas de Ada y ella se ríe y levanta las rodillas. Han hecho esto tantas veces en las últimas horas que cuesta distinguir entre fuera y dentro. Como también cuesta distinguir entre el edredón y el aire de la habitación, entre sus ropas y sus manos: todo parece acariciarlos. Son un manojo de nervios, crispados en las terminaciones. Se están gastando el uno al otro; asombrados ambos por la finura de la piel, por lo cerca que pueden estar, sangre contra sangre, de manera que después el latido del uno dentro del otro bien pudiera ser algo gracioso o una pulsación: sentir en las venas el latido del corazón de otro.

Por supuesto Charlie, que tiene treinta y tres años, es lo bastante sensato para no llegar hasta el final dentro de Ada si puede evitarlo (aunque en ocasiones no puede), y por eso se retira en el último momento para dejarse caer como un hombre medio ahogado que escupe agua de mar en el muelle. Y Ada no solo está escocida por el amor, sino también por el vinagre que se aplica con una pera especial francesa: un regalo que le hizo Charlie —qué extravagante y pícaro— después de prometerse. Son amantes. Aunque estén casados, son amantes. Nadie ha hablado de hijos: no ocurre nada en la oscuridad. Su noviazgo fue apasionado; el compromiso, por lo visto, solo una excusa para prolongar la dulzura, de manera que cuando se deslizaron los dos entre unas sábanas legítimas ya estaban cansados de todo y consideraban su noche de bodas un naufragio final. Ada se desnudó junto a la cama como una mujer que se dispone a tomar un baño, Charlie se acercó a la lámpara y dio cuerda al reloj. Con los ojos entornados. Después de lo cual, un coito rápido y espantoso —durante el cual Ada permaneció con los ojos abiertos de par en par— les hizo descubrir que, después de todo, aún les quedaba mucho por aprender.

«No te preocupes. —Parece que Charlie no ha dicho otra cosa desde el día que se conocieron—. No te preocupes. No te dolerá».

Ada confió en él sin saber por qué. E hizo bien. Y solo eso fue una especie de triunfo para ella, la flaca y práctica Ada, con sus ojos observadores. Confió en él

inmediatamente y jamás dejó de confiar en él, ni siquiera cuando, andando el tiempo, la policía se presentó en su casa. Ahora, este sábado por la mañana.

Ada le toma la mano y la apoya sobre su fatigado pubis, para que su peso y su calor la serenen de alguna manera. Todo le duele un poco. Aún no se les da demasiado bien. Tienen grandes presentimientos de lo que está por venir.

La cama es un gran mueble de caoba, con dos guirnaldas de florecillas talladas que se unen formando un lazo en el cabezal. Es demasiado blanda, lo que obliga a los amantes, en los momentos en que chirría en exceso, a revolcarse en el suelo. Pero es un lujo acostarse en ella y Ada se encuentra en su propiedad: su cama, con sus frasquitos y pociones en la cómoda, y todas sus cosas, los libros y el desayuno, alrededor. Está casada. Puede vivir en esta cama. Puede comer, leer y quedarse en ella cuando le venga en gana.

Y, si la cama es para ella un palacio, Charlie es su orondo y espléndido invitado. Sobre el edredón rosa, su vello rubio resplandece. Se extiende hacia abajo y se arremolina en torno a las cavidades de su cuerpo. Se detiene en una línea alrededor de cada tobillo antes de saltar, como un fuego que se propaga, en pequeños mechones a los dedos gordos de ambos pies. El vello dorado fluye hacia abajo por su vientre. Cae en incipientes rizos debajo de cada tetilla y brota burbujeante de las axilas. Ada jamás se cansa de él, de observar cómo forma ríos, como si Charlie acabara de salir de la bañera, y lo más gracioso se encuentra arriba, donde la cabeza está completamente despejada. Porque Charlie es calvo.

Es la clase de hombre del que se diría que debería llevar bombín, pero Charlie presume de su calva —cuando yo era pequeña, me cogía y me sentaba en sus rodillas para que se la acariciara— y a menudo va por la calle sin sombrero para que le dé el aire. Prefiere en cambio llevar bufanda, y tiene tendencia a gruñir y aclararse la garganta, y también a darse golpecitos en el pecho, a enrollarse la bufanda y ponerse bien una y otra vez las solapas de su abrigo de pelo de camello. Charlie casi nunca sale sin su abrigo. El solo llena cualquier habitación de una forma que resulta desconcertante porque, aunque da la impresión de ser bajo —por la calvicie o tal vez porque tiene los muslos cortos y regordetes—, en realidad es un hombre de elevada estatura, y su negativa a quedarse en los sitios puede obedecer al temor a que quizá no quepa. Charlie está siempre de paso. Jamás se queda a tomar una taza de té. Parece que tenga algo que contar, pero, una vez que se ha ido, a menudo cuesta saber qué era lo que quería decir. Su voz es grave, apremiante y muy agradable. Hace que los demás se sientan a gusto y al mismo tiempo inseguros, como si creyeran que va a engañarles, pero ¿de qué manera? Se miran las manos y ven que no les ha quitado nada; tampoco hay nada que quitarles. Así pues, no es por eso por lo que no acaban de confiar en él..., no exactamente. Su encanto es del todo gratuito. Y nadie sabe de dónde es Charlie.

Spillane es un apellido originario del condado de Kerry, pero el acento de Charlie es inglés, con un deje del condado de Clare, todo ello «dublinizado». Por su forma de comerse las vocales, no hay duda de que quería hablar como los demás..., a menos que deseara destacar de alguna manera. Aun así, nadie creía ni una palabra de lo que decía. Recuerdo que yo misma, cuando tenía ocho años, tampoco le creía.

Había alguna anécdota sobre un caballo (siempre había un caballo por medio). Estaban la historia de lord Leinster, la interminable serie de relatos acerca del hotel Shelbourne y la historia del Levantamiento de 1916, al que aludía muchas veces pero que nunca acababa de explicar. «¡Ah, sí, señor Spillane! —dice el tendero guiñándome el ojo tras el mostrador—. Eso debió de suceder en los días gloriosos».

¿Quieren saber qué me compró Charlie? Una bolsita de Sidral, naturalmente.

Lo recuerdo mejor con la piel. El creciente placer cuando se agachaba para susurrarme, su bigote hirsuto y la suciedad de sus prendas de tweed. Nos tentaba haciéndonos creer que tenía algo escondido en la mano o el bolsillo... y nunca había nada. Charlie jugaba al trile sin arriesgar el premio: solo le gustaba lucirse y después abandonaba el juego.

Pobre Charlie. Su cadáver fue el primero que vi; fornido e inmóvil bajo el edredón rosa de Ada. Por eso es una especie de blasfemia escribir acerca de su noche de bodas en aquella misma cama, aunque parece que lo único que hago aquí es blasfemar.

Me gustaría recordar cómo murió: si con un grito en la noche o en un prolongado silencio a primera hora de la tarde. Debió de ocurrir cuando estábamos en casa de la abuela. Tal vez fue esa la razón por la que volvimos con nuestros padres. En todo caso, se diría que los detalles y las fechas eran demasiado terribles para que un niño los asimilara, porque mi mente los ha borrado por completo. Solo recuerdo el día siguiente, cuando subimos a su habitación intentando contener la risa.

Debió de ser en febrero de 1968. Yo tenía aún ocho años y Liam, nueve, y subimos para decir adiós a Charlie. Creo que, a pesar de tener solo ocho años, ya sabía que uno puede despedirse tantas veces como quiera, pero que nunca obtendrá respuesta de alguien que está muerto. Liam me abría paso con el brazo entre las vecinas que rezaban el rosario en la escalera. En mi memoria aparecen todas arrebuajadas en chales y Ada, delante de nosotros, encorsetada en tafetán negro. Pero eso fue en 1968: seguro que había pañuelos estampados y abrigos con botones grandes que olían a lluvia. Ada debía de llevar el vestido azul marino de crepé de poliéster con ribetes blancos que se ponía para todas las ocasiones, con un bolero azul marino a juego y uno de esos sombreros que parecen una burbuja de fieltro pinchada en un lado.

Los pies de las vecinas sobresalían notablemente del escalón donde estaban arrodilladas: sus zapatos oscilaban en el aire, y había algo inestable e inapropiado en

esa otra escalera hecha de pantorrillas enfundadas en medias, la cual estaba reñida con aquella por la que subíamos.

Una mujer bajó rezando en voz alta. Vio que Liam y yo reíamos por lo bajo y nos dirigió una mirada de tristeza, como cuando no basta con una simple reprimenda. Recuerdo eso muy bien: cómo poco a poco me invadió la sensación de que era una mala persona e incapaz de cambiar. Entonces me di cuenta de que no quería entrar en la habitación de mis abuelos. De ninguna manera.

En el segundo tramo de escaleras había más personas arrodilladas, y más allá, a través de la puerta abierta, vi el extremo de la cama y el bulto inmóvil y desigual de los pies de Charlie. Recuerdo las líneas rectas de sus piernas a medida que se revelaban en el hueco de la puerta mientras me acercaba; las horribles cumbres de sus rodillas y la misericordiosa pendiente del edredón sobre la fantástica prominencia de su barriga. Tenía las manos sobre el pecho, nudosas, satisfechas y enlazadas con un rosario.

El rosario parecía demasiado apretado, las cuentas se clavaban en la carne. Las despiadadas formalidades del final; una especie de venganza contra él por haberse muerto.

Ada se volvió para comprobar que la seguíamos y se hizo a un lado para que lo viéramos mejor. Y verlo era precisamente lo que yo no quería.

A Charlie le gustaba irse.

«¡Adiós! ¡Adiós!» Nunca se sabía adonde iba. Se marchaba entre una miasma de explicaciones que no explicaban nada en absoluto. Así pues, al final se demostró que Ada tenía razón: era un hombre de lo más irritante. Se notaba por la forma en que la abuela se inclinaba hacia él con movimientos crispados, como para quitarle la caspa de la solapa. De hecho había algo ahí: una mosca caminaba por su cuello. Pensé que había salido de debajo del cuello de la camisa y me puse muy nerviosa al pensar en los gusanos, cosa que todavía me ocurre. En todo caso, se me borró la estúpida sonrisa en el acto, como si Ada fuera a darme un manotazo a mí, en lugar de a la mosca.

Observó cómo echaba a volar y se alejaba de él, chocaba contra el estor una, dos veces, y volvía a la cama. Yo, que estaba detrás de mi abuela, percibí su ira silenciosa al verla dar vueltas, desaparecer de la vista y posarse de nuevo en el cuello muerto de Charlie. Aterrizó y correteó por la piel, sin que le estorbaran las profundas arrugas de la carne blanda ni el vello ralo. Ada se acercó, o hizo ademán de acercarse, y la mosca volvió a huir hacia el estor; esta vez logró colarse por un resquicio luminoso en el borde y chocó contra el cristal de la ventana, donde se quedó zumbando y dando golpes. Durante un rato oímos el sonido de los que rezaban fuera el rosario y los golpes de la mosca contra el cristal. Ada estaba desesperada. Miró el cadáver de Charlie. No sabía qué hacer. De pronto pareció caer en la cuenta de que aquel era su

dormitorio, donde estaba su marido, muerto o no, y simplemente rodeó la cama. Cuando llegó a la ventana, levantó la mano y apretó el estor contra el cristal. El zumbido cesó al instante. Ada, el ama de casa, se encontró con una horrible mancha en el estor. Nosotros, los niños, expuestos ahora a la calva de Charlie, en contacto con la muerte.

Quizá piensen que hay cierta levedad en la muerte —¡a veces nos pesa tanto la vida!—, pero les aseguro que la marca que dejó en la almohada la cabeza de Charlie era algo vivo y profundo.

Lo recuerdo tumbado en el Phoenix Park; su cabeza parecía una roca sobre la hierba. Y recuerdo mi mano dentro de su boca —toda la mano—, mientras él farfullaba y se reía. Debía de ser muy pequeña entonces, pues mi mano desaparecía en aquella cara enorme y —en algún otro lugar, por lo visto— en el caos de su lengua húmeda y las suaves llanuras y puntas de sus muelas.

El cráneo es el hueso del cuerpo más cercano al aire. Lo comprendí mientras miraba la piel que cubría la cúpula de la cabeza de Charlie: era transparente, desprovista de sangre, y la pigmentación era superficial, una finísima película. Ada había vuelto de la ventana y nos instaba a mirar o a ver, o tal vez incluso a tocar, esa cosa fugazmente sagrada: nuestro abuelo muerto.

Y supongo que es sorprendente. El instante de verlos. Cuando han partido pero aún siguen ahí. Cuando no se está del todo seguro de lo que se está viendo.

Así pues, miré..., a él o a lo que fuera. Y todo estaba bien, todo era normal, salvo el bigote. Charlie, en vida, había lucido un maravilloso y poblado mostacho, con olor a limón y levemente torcido en las puntas. Mi abuelo era el único hombre que he conocido con un juguete en la cara: su bigote se movía, distraía y deslumbraba. Era un juego de prestidigitación de la boca. Pero ahora estaba inmóvil y no ocultaba nada.

No había ningún truco.

Eso fue lo que me hizo llorar: esperar que el bigote de Charlie se moviera y ver que no se movía. Después de todo, no había truco alguno. Ada, a nuestra espalda, susurraba: «Decidle adiós», y Liam, que era casi un año mayor que yo, dio un paso adelante y se paró, porque no sabía qué hacer.

«¡Chist! —me dijo Ada—. Deja de llorar».

Me pregunto si le habían sacado la sangre. Quiero decir, ¿lo habían embalsamado antes de amortajarlo, se hacía eso en aquella época? La sangre que se acumulaba en sus hombros y nalgas, la sangre que había fluido hasta la parte posterior de la cabeza, por efecto de la gravedad, que ya quería filtrarse a través del colchón; la sangre que se oscurecía o se espesaba dentro de él, mientras la parte delantera del cuerpo palidecía infinitesimalmente (es cierto) y nosotros estábamos ahí dejando que el abuelo se fuera. Esa sangre tan densa, pegajosa y terca..., me pregunto si aún estaba dentro de él, porque es la misma sangre, cuando menos en una cuarta parte, que corre

por mis venas. Si me hiciera un corte ahora, la vería fluir libre.

Es curioso, pero nunca he pensado en mí como un pariente de Charlie, aunque era mi abuelo. Era una persona original. Bailaba con Ada en la cocina. Jamás tuvo un trabajo que pudiera definirse como tal. No siempre estaba en casa.

Ninguno de los Hegarty ha heredado sus ojos castaños ni su nariz hermosa y prominente..., aunque es cierto que con los años todos sus nietos han acabado siendo calvos. Y esto es algo que Liam no pudo prever mientras estaba allí esperando a actuar como debía en cuanto averiguara qué debía hacer. No previo que moriría calvo como una bola de billar, aunque creo que los dos sabíamos, cuando se inclinó para tocar la mano yerta del pobre Charlie, que Liam moriría también.

Estaba en camino.

Si me preguntan qué aspecto tenía mi hermano una vez muerto, les diré que se parecía al Cristo en escorzo de Mantegna con un pijama estampado. Tal vez esto pueda decirse de todos los muertos en general, o quizá solo de aquellos que yacen en la alta mesa de un depósito de cadáveres con los pies hacia la puerta. Así es como supe que Liam estaba muerto, cuando finalmente lo vi en Brighton; tendido a una considerable distancia del suelo, sobre una superficie demasiado lisa y dura, porque los muertos jamás están incómodos, ni siquiera cuando nos aproximamos a ellos con el propósito de incomodarlos. Creo que no me fijé en su cabeza, que no pensé en su calva ni en nada en particular. Y me alegré de tener cierta práctica en eso —en lo de ver cadáveres—, porque, aunque quería a Charlie, mi cariño hacia él había sido el cariño espontáneo y ansioso de una niña, dispuesta siempre a querer a alguien.

En todo caso, vivo o muerto, nadie dedica mucho tiempo a examinar el cadáver de su hermano, su figura o sus partes, o la textura de su piel. Por eso ahora soy incapaz de recordar a Liam con detalle. Solo sé que muerto parecía diferente, no como Charlie, que se parecía muchísimo a sí mismo. Y mientras me asombraba de que le hubieran puesto aquel ridículo pijama estampado de segunda mano, comprendí por qué mi abuela nos había hecho subir por las escaleras en Broadstone, cuando yo tenía ocho años y mi hermano Liam apenas nueve. Ada sabía que llegaría este día. Lo había sabido siempre. Y quería que estuviéramos preparados.

O puede que su dolor fuera tan grande que tuviera que obligar a todos a compartirlo, incluso a nosotros, los niños. Quizá quería que el mundo entero lo viera y se horrorizara.

Yo no me sentía horrorizada; me sentía sola. Y no porque Charlie se hubiera ido —eso me traía sin cuidado, odiaba a Charlie y esperaba que estuviera criando gusanos debajo del traje—, sino porque no quería estar en esa habitación y a nadie le importaba lo que yo quisiera. Mis sentimientos eran irrelevantes... no solo en aquella ocasión, sino durante toda la vida.

En la escalera seguían rezando el rosario cuando Liam retrocedió y yo me negué a

moverme. La mano de Liam en mí antebrazo, ya lívida por la podredumbre; detrás de mí, Ada susurraba que me acercara.

No lo hice.

Mi abuela no tuvo paciencia. Se movió por mí y tendió la mano hacia el cadáver; la posó un momento en la muñeca y a continuación —de manera impulsiva, se diría— a lo largo de la mandíbula. La dejó allí, entre la oreja y el mentón, abarcando toda la longitud del hueso.

Al cabo de un rato nos dimos cuenta de que se había quedado pegada a él. Y unos minutos después alguien se acercó por detrás y separó la mano de Ada de la fría mejilla de Charlie, al tiempo que volvía la cabeza para decir: «Ya está bien».

Como si todo fuera culpa nuestra: la inconveniencia de la carne muerta y el amor que aún alentaba en el cuerpo de Ada, un amor que no sabía adonde ir.

«Ya está bien».

El señor Nugent. Por supuesto.

Ahora recuerdo que Nugent estaba allí, al fondo; tendría que haber recordado que estuvo todo el rato en la habitación, sentado junto al armario, de manera que, cuando la mosca escapó volando del cuello de Charlie, pasó a su lado antes de revolotear en busca de la luz y quedar atrapada entre la ventana y el estor. Estaba inclinado cuando entramos, con los codos apoyados en las rodillas y en las manos un rosario que se balanceaba cerca del suelo y la caoba del armario era casi tan negra como su traje.

Nunca me he fiado de los hombres que rezan. Las mujeres no tienen más remedio, naturalmente, pero ¿en qué piensan los hombres cuando están arrodillados? No creo que rezar sea propio de su naturaleza: son demasiado orgullosos.

En todo caso, ahí estaba él, murmurando avemarías cuando entramos todos en la habitación: yo, que se suponía estaba al mando; mi hermano, larguirucho y desgarrado con su jersey gris de la escuela, y Kitty, que subía detrás. Ahora, claro, debo añadir desde el principio a mi hermanita Kitty, que habría subido por las escaleras detrás de nosotros, porque también debía de estar allí. Kitty hizo lo que tenía que hacer igual que hizo su primera comunión: con la cabeza inclinada y una expresión piadosa. ¿Dejó una margarita en el pecho de Charlie, un ranúnculo en la almohada? No. Según recuerdo, Kitty se acercó, dijo «Adiós», dio media vuelta y salió. Tenía seis años. Le gustaba ser el centro de atención. Yo debería saberlo, puesto que todas las noches tenía que enrollarle los cabellos en unos trozos de tela para que no se le deshicieran los tirabuzones.

Nugent estuvo allí todo el rato: vio la valentía de Liam y la monísima piedad de Kitty y la enorme burbuja de egoísmo que se hinchaba y reventaba en mi pecho. Su maldito bramido, sonoro y miserable, me indicaba que yo estaba viva.

Recuerdo todo eso. Recuerdo los trozos de tela en el pelo de Kitty, aunque no consigo, por más que lo intento, dar la vuelta al recuerdo de mi hermana para ver su

carita a los seis años. Tampoco consigo, por más que lo intento, recordar la cara de Liam, aunque nunca olvidaré su mano tocando la mano exánime de Charlie: la de Liam con unas manchas moradas, mientras que la de Charlie estaba pálida, porque su cuerpo ya había olvidado que era invierno en aquella helada casa. Hay fotografías. Queda el indicio de la sonrisa de mi hermano en mi espejo, un tono de voz que a veces consigo adoptar. No creo que recordemos a nuestra familia en un sentido real. Más bien vivimos en ellos.

Lo único de lo que estoy segura es de las cosas que jamás he visto —mis pequeñas blasfemias—: Ada y Charlie en su cama de matrimonio, el pubis de mi abuela como la pechuga de un pollo desnutrido bajo la manaza de su marido, o el triste peso de los genitales de Charlie cuando Ada desliza la mano bajo su enorme barriga para atraerlos hacia sí. El sol en las cortinas floreadas.

La felicidad.

Un día antes de que Liam muriera, abrí la portezuela del coche a las niñas y por un momento vi mi reflejo en la ventanilla. Desapareció y me quedé mirando la oscura caverna del coche mientras ellas salían o volvían a entrar para recoger del suelo alguna chuchería de plástico rosa. Después el reflejo volvió a aparecer fugazmente en el cristal cuando cerré la portezuela. El sol se abría paso entre nubes bien delineadas, el cielo reflejado en la ventanilla era de un azul maravilloso e intenso, y en la fugaz imagen de mi rostro en el cristal se dibujaba una sonrisa. Recuerdo que pensé: «Así que soy feliz. Está bien saberlo».

Soy feliz.

Rebecca tiene ocho años, se parece a mí. Emily tiene seis, el pelo moreno y los ojos de ese azul claro que solo se ve en la costa atlántica —los ojos de los Hegarty, solo que aún más claros—. Creo que, si arreglamos los dientes a Emily y Rebecca deja de hacer tonterías y aprende a crecer, las dos serán guapísimas algún día.

Mis hijas jamás salen solas a la calle. Nunca han compartido una cama. Son de otra casta. Parecen crecer como plantas, estar hechas de tallos y flores, no de carne.

Sin embargo, sus padres las agobian. La última vez que fuimos de vacaciones, hubo una discusión sobre qué dirección debíamos tomar, y en un momento dado miré por el retrovisor y vi que Rebecca tenía la mirada fija al frente. Tenía los labios apretados y vislumbré, con una terrible clarividencia, cuál sería el defecto que tarde o temprano afearía su cara, lo que podría arrebatarse la belleza antes de que se hiciera mayor.

Me dije: Tengo que procurar que sea feliz. Tengo que estar enamorada de su padre y hacerla feliz, para que no le ocurra eso y se convierta en una de esas personas con las que todos los días me cruzo por la calle.

—¿Cómo conociste a papá? —pregunta Emily, mi rival—. ¿Cómo lo conociste?

—Lo conocí en un baile.

—¿Cómo ibas vestida? —pregunta su hermana, que está siempre de mi parte.

—Llevaba... —Ha pasado mucho tiempo. No recuerdo cómo iba vestida—. Llevaba un vestido azul —digo.

Probablemente no es cierto, pero a ellas les gusta. En cambio, sí es verdad que Tom llevaba un traje muy elegante cuando le sonreí cierta noche en Suzey Street; y seguí sonriéndole con un aire melancólico hasta que al final dejó de hablar y se acercó.

—¿Cómo supiste que era él? —pregunta Emily.

—¿Qué?

—¿Cómo supiste que era papá?

—Lo supe —respondo—. Lo supe sin más.

Lo cual es cierto, pero no de la forma en que ellas suponen. No puedo decirles que él vivía entonces con otra mujer y que cuando los vi a los dos juntos supe dos cosas: la primera, que no estaba hecho para esa mujer, y la segunda, que estaba hecho para mí.

Podía hacerlo feliz. Eso fue todo. Supe con certeza que podía hacer feliz a ese hombre.

—Supe que era vuestro papá porque era muy alto —añado.

Eso servirá. Y no es del todo falso. Me gustó asimismo la curva de su labio superior, y cómo se le abrió la chaqueta del traje cuando se inclinó para hablarme, el hueco que se formó en su tórax al encorvarse, su mezcla de arrogancia y deferencia, que se notaba en su forma de inclinarse.

Los hombres altos son desmadejados. Se derrumban, como si les hubieran quitado alguna charnela secreta.

Pero lo que no les dices a tus hijas diez años después es esto: que sus padres solo hacían el amor a salto de mata y que hubieron de pasar semanas antes de que pudieran quitarse primero la ropa. Que su padre se sintió tan torturado por el sentimiento de culpa que llegó a asustarme, hasta que dejé de asustarme. Que nos dejamos llevar. Que luego hablamos de ella. Que cuando dejamos de hablar de ella, cuando la otra mujer se hubo ido por fin, unos seis meses más tarde, su padre y yo, victoriosos, hicimos el amor tiernamente y después...

Después.

Llegó la hora de comprar una casa, supongo. Pero el desenfreno de los primeros momentos fue importante. Y la otra mujer fue importante también. Cierta crueldad. Un pacto. Sangre derramada. Porque sabíamos que habíamos encontrado la horma de nuestro zapato en términos de ambición, o de perjuicio —llámenlo como quieran—, sabíamos que algún día lo arreglaríamos todo con esto: dos lindas hijas en dos lindos dormitorios. Altas, sin duda, e inteligentes. Que estudiarían en el colegio privado que hubiéramos elegido para ellas, y nosotros les dedicaríamos toda nuestra atención, las analizaríamos, pensaríamos en ellas y las querríamos.

Al menos ese era el plan.

—Se habría sentido muy orgulloso de todos vosotros.

Al menos ese era el plan.

—¿Y qué ocurrió luego?

—Que nos casamos.

—¿Y después?

—¡Que os tuvimos a vosotras!

—¡Sí!

Y vuestro padre os miró y salió corriendo por la puerta. (Esto no es cierto, claro

está. Mirad, ¡sigue aquí!).

Tom estudió en los jesuitas, lo que, según él, lo explica todo. Es muy perspicaz para las cosas del mundo, pero se cuestiona a sí mismo constantemente. Se exige mucho y rara vez se siente satisfecho. Es un egoísta de tomo y lomo, en otras palabras, pero de la manera más elegante posible. Lo miro: un hombre corpulento, atractivo y desdichado, con el rostro pegado a un vaso de whisky, mientras intenta determinar cuál ha sido el cénit del fracaso que recorre su vida, que está escrito en todas sus páginas.

Y cuando mira a sus hijas no sé qué ve. Las quiere, pero son un estorbo para él. Y a mí no sé si me quiere o no, pero también soy un estorbo para él. Sin embargo, se equivoca. No soy un estorbo. Jamás lo he sido.

Puestos a hablar de eso, expongo los hechos: cuando Tom montó su negocio y yo acababa de tener a mi hija, la dejé con una niñera y trabajé día y noche para pagar la hipoteca. Sin embargo, cuando él comenzó a ganar dinero de nuevo, quedó claro que sus ingresos eran mucho más importantes que lo que yo pudiera ganar, que su trabajo era importante y que no cabía esperar que, teniendo tantas cosas importantes, se pusiera a cambiar pañales y a limpiar cacas, mocos y demás. Al final dejé de trabajar para que ni la niña ni yo le estorbáramos.

Aunque estos hechos son ciertos, no son del todo verdad. Por ejemplo, no echo de menos el trabajo. En absoluto. Todavía ahora me cuesta creer que desperdiciara tanto tiempo de mi vida escribiendo sobre toalleros. Un sinfín de palabras. Sobre la diferencia entre la piel de *mulberry* y la curtida. Sobre los colores crudo, crema, arenisca y pizarra.

Así es como discurría nuestra vida.

Entro en casa tras un día terrible en la oficina y beso a mi marido, que está destrozado después de una jornada de trabajo y de cuidar a la niña. Cojo a Rebecca de entre sus brazos, le cambio el pañal y le pongo crema en la piel irritada, y discuto con él por eso, o por el frigorífico vacío o por los platos sin fregar, y al cabo de un rato la niña ya está en la cunita y, cuando por fin se duerme, a eso de las nueve y media, bajo a la sala, me sirvo una generosa copa de vino y despotrico contra mi jefe, luego pongo orden en la casa y bebo un poco más de la cuenta, y me quedo levantada un rato más. A las once y media Tom recoge de la mesa de la cocina los papeles en que ha estado trabajando y me dice: «No te quedes levantada toda la noche»; al cabo de un rato dejo sobre el grifo el paño de cocina y subo al dormitorio.

Sé que él no es feliz. No hay duda de que mi marido no es feliz, pero también está nervioso por su nuevo negocio y lo más probable es que todo este jaleo no dure. Otras parejas tienen hijos. Otros padres no se sienten agobiados como él por la falta de dinero y el desorden, y por el hecho de que aquí no haya lugar para su considerable encanto.

Yo debería dejar espacio para su considerable encanto. Pego la cara a su espalda y lo rodeo con el brazo para cerrar la mano en torno a su pene, porque he bebido demasiado vino y creo que ahora me odia de verdad; soy la culpable de lo que le pasa.

Se vuelve hacia mí, o no.

En el ínterin comprendo que se acuesta con otra.

No. En el ínterin recuerdo lo mucho que quería acostarse con otra, cuando esa otra era yo.

Una semana después del entierro de Liam, observo el cuerpo de mi marido. Dormido. Vivo. Necesito verlo entero. Es una noche cálida. Retiro rápidamente las mantas y él se mueve y enseguida vuelve a quedarse quieto.

Tom está triste mientras duerme. Tiene las manos juntas bajo la barbilla. Sus piernas son tan largas y recias que, más que doblarse, parecen partirse a la altura de la rodilla. El hueco bajo las costillas asciende levemente hacia una barriga pequeña, y el cojín del escroto descansa en la V de sus muslos. Tiene la piel muy blanca.

Recuerdo haber hecho el amor con este cuerpo: una nube de vello alrededor del puente del pene, cuando lo miraba desde arriba; la pequeña bóveda de la axila, como una nave sin iglesia, cuando lo miraba desde abajo. Eso fue en los primeros tiempos, cuando nunca nos saciábamos el uno del otro y él seguía una línea de lunares alrededor de mi cuerpo, haciéndome rodar mientras avanzaba, hasta que yo caía de la cama al suelo.

Recuerdo el tamaño y la firmeza de sus clavículas bajo la camisa una noche de lluvia, en los primerísimos días, cuando no se trataba tanto de hacer el amor como de matar al otro o dejarse matar.

Y ahora está aquí, en nuestra cama, vivo todavía. El aire entra y sale de sus pulmones. Las uñas de los pies le crecen. Sus cabellos encanecen en silencio.

La última vez que lo toqué fue la noche del velatorio de Liam. No sé qué me pasa desde entonces, pero ya no creo en el cuerpo de mi marido.

Malas noticias para Bea y mi madre y todos los buitres que se congregarán en el 4 de Griffith Way para el velatorio: tendrán que esperar diez días más por lo menos para darse un festín con el pobre cadáver de Liam, debido al papeleo.

Me lo ha dicho un empleado de la funeraria que aparenta unos diecinueve años. Me cogió del brazo en el pasillo del depósito de cadáveres de Brighton y Hove y me llevó en un coche o un taxi; no recuerdo si me senté en el asiento trasero o delante. Pero sé que nunca olvidaré el interior de la funeraria, un edificio de color pastel en las afueras de la ciudad: un escritorio con una silla a cada lado y, sobre un atril giratorio, un catálogo plastificado de ataúdes; los hay de todas las clases, salvo, como descubro cuando pregunto tan solo por distraerme, el modelo de cartón para ecologistas militantes.

—¿Lo era su hermano? —pregunta el muchacho vestido de negro.

—No. Un poco.

Sé lo que quiero, lo he sabido desde el principio, pero no parece correcto precipitarse, así que paso las páginas con horrendos forros de seda, fruncidos y drapeados, como si te enterraran en el telón de una sala de cine en el momento en que el proyector se pone en marcha y se oye la sintonía de *Looney Tunes*. Se lo comento al empleado de la funeraria, que me escucha más o menos y no me apremia.

Tiene la boca de un color rojo violáceo que contrasta con la palidez de su piel y, en la oreja, un diminuto y húmedo orificio donde debería lucir un arete que no lleva cuando atiende a los familiares de los difuntos.

—No hay prisa —dice.

Me cae bien. Tiene ese algo que los jóvenes adquirieron cuando comencé a ser adulta. No finge. No juzga. Habla de los ataúdes como hablaría de cualquier otra cosa, como si se tratara de una compra más; las preguntas importantes pertenecen a otro ámbito.

—¿Este es el que quiere? —dice cuando señalo con el dedo un ataúd sencillo de roble. Pienso que tal vez una de mis hijas se casará con alguien como él, un hombre capaz de sentirse cómodo mientras está con una mujer en una habitación.

—No podré llevarlo conmigo en el avión —digo—. Es demasiado ...

—«Por favor, los pasajeros que necesiten ayuda para embarcar, pónganse al principio de la cola».

Me echo a reír, aunque no he entendido qué ha querido decir.

—Tranquila, irá en la bodega —añade.

No es guapo. Tiene la boca demasiado fofa, húmeda y carnosa; todo él es

demasiado blando e informe. Por lo demás, es un joven corriente. Le miro las manos y no me desagradan, y en sus párpados, cuando los cierra para señalar las ventajas del acero pulido frente al cromado, se dibuja una tenue red de venillas medievales. La ropa que lleva no falsea su cuerpo. Se le podría arrancar esa piel y seguiría siendo auténtico.

Tengo que preguntarle de nuevo cómo se llama. (Azrael).

Me cogió del brazo cuando yo estaba junto al cuerpo de Liam y me sacó de allí. Es la persona que se acerca cuando acabas de ver lo peor. Es el reposo de mi vida.

Cuando llegué a la estación de Brighton, di vueltas durante un rato pensando que debía reconstruir los hechos tal como sucedieron —tendría que empezar en el lugar donde Liam se adentró en el mar—, porque hay un orden que siempre debe respetarse. Por eso a la hora del almuerzo camino por el paseo marítimo y Liam todavía está residualmente vivo, e imagino el lugar en la oscuridad y cómo la negra agua salada me lame la cintura. Liam está en el aire. Los grafitis de su mirada emborronan las figuras que pasan; todo cuanto tienen se derrama o cuelga. Una criatura obesa con pechos...; un niño, parece. Un viejo con una costra bajo la nariz. Una mujer con un tatuaje enorme. Un desfile de braguetas caídas y pantalones sucios y tirantes de sujetador que se ven bajo otras tiras más finas. Los vivos, con todos sus olores y agujeros. Liam siempre fue un maestro en los agujeros de los demás y en saber quién metía qué en cada agujero.

Está en mi cabeza como un olor que se expande: un espacio que se vacía para permitirle ver a través de mis ojos y sentir repugnancia por los culos o las tetas, o «las tetas frías», incluso por la carne que nunca tiene la temperatura o el grado de humedad adecuados, porque es demasiado sudorosa, o carne flácida, o peluda, y en especial las mujeres, que habitan esta triste envoltura humana demasiado cobarde o demasiado bella (con excepción, quizá, de sus agujeros), y a fin de cuentas, ¿con quién te acuestas, a quién besas? ¿A gente que no tiene poros? Le digo esto a Liam en mi cabeza. Discuto con él sobre eso, pero no logro persuadirlo, no consigo vencerlo mientras me cruzo con ancianos y ancianas con arrugas eccematosas, o me inclino sobre la barandilla e inspiro el aire del mar para contener el vómito cuando pienso en la carne de mi hermano y en el aspecto que tendrá dentro de dos meses, dentro de tres meses.

Observo desde la barandilla como si examinara la densidad y variedad de las piedras marrones de la playa. Y ahí está: el aroma penetrante, la llamada, el olor del mar. Un milagro al final de la línea de Brighton, con la ciudad apiñada a mi espalda y, más allá, todo el peso de Inglaterra, cuya niebla y luces detienen aquí, justo aquí, el vasto olor del mar.

La primera vez que Liam y yo subimos al ferry, fue cuando él terminó segundo en la Universidad de Dublín y yo, primero. Íbamos a trabajar en Londres durante el

verano. Estuvimos sentados entre dos coches, desde Holyhead hasta Euston, y vimos cómo un hombre —que por una de esas casualidades de la vida resultó ser nuestro cartero— exprimía naranjas y vertía el zumo en una botella de vodka del *duty-free*. Compartía el vodka con una muchacha ya piripi que había conocido durante la travesía, y nos ofreció la botella también a nosotros, y no sé si bebimos o no, pero me gustó cómo nos guiñó el ojo antes de volverse de nuevo hacia la chica, que ya tenía una buena curda, como si estuviéramos con él en eso, en el empeño de la seducción, el empeño de: «¡Caramba! Ya la tengo en el bote».

Liam no nos dio una boda.

A los Hegarty nos encantaban las bodas, y unos pocos hemos celebrado la nuestra, modesta o por todo lo alto, y algunos hasta por lo civil, pero el elemento central de este acto decoroso es siempre un hombre honrado y una muchacha encantadora que folian, con la mayor ternura posible, entre gritos de «¡Vivan los novios!» y el tintineo de copas..., y esto es algo que Liam jamás aprendió a hacer: cómo conectar y desconectar del sexo, hablar de él o compartirlo, de modo que aunque tuvo novias, nunca las conocimos, o si las conocimos a él no le gustaba que nosotros, los Hegarty, habláramos con ellas, unos seres humanos espigados y lánguidos que iban cogidos de su mano y nos miraban por encima del hombro. A Liam le gustaban las mujeres guapas. Le gustaban las mujeres amables y educadas. Le gustaban las mujeres translúcidas. Y hacía bien en no compartirlas con nosotras, las hienas Hegarty, Kitty y yo, que cantábamos: «Es lo que llaman un amor de juventud», en cuanto salían de la habitación.

Lo curioso —aparte del episodio del cartero cachondo— de aquel primer viaje a través de la noche británica —desembarcamos, dimos nuestros primeros cincuenta pasos en suelo extranjero y luego pisamos el suelo metálico del tren— fue que durante todo el trayecto pensábamos que estábamos a punto de llegar. Mirábamos por la ventanilla y, tras un período de oscuridad, se veían tantas luces que dábamos por sentado que eran las luces de la ciudad de Londres. Pero no acabábamos de llegar. Nos parecía que Inglaterra era una sola ciudad de punta a punta, sin interrupción. Por la mañana, cuando por fin llegamos, nos quedamos quietos ante la boca del metro de Euston pensando que acababa de llegar un tren y que ya bajaríamos en cuanto se dispersara la muchedumbre de pasajeros. Al cabo de un rato comprendimos que la afluencia de gente no iba a disminuir, que no había un único tren. Londres era un flujo continuo carecía de límites, estaba en todas partes.

A Liam no le gustaban los ingleses, o eso decía. En apoyo de su opinión aducía el hecho de que los ingleses no se gustaban a sí mismos.

¡Qué listo era, Liam!

A mí tampoco me cae bien este tropel de gente que camina por el paseo marítimo de Brighton disfrutando del mar donde Liam se ahogó. Pero procuro no odiarlos, a

pesar de que ellos están vivos y mi hermano está muerto. Y me pregunto cómo me libré de ese odio gratuito que sentía Liam por tal o cual cosa: un año eran los homosexuales y al siguiente, los americanos.

¿A quién debería odiar yo?

Una noche estuvimos nadando no sé dónde. Cuando éramos jóvenes nadábamos por la noche, y ahora no recuerdo dónde fue.

Miro el vasto y cambiante mar, y por un instante pienso que, aun estando viva bajo la luz del sol, mi vida es más insignificante que la de mi hermano, que se ha adentrado en la oscuridad; sangre y whisky diluidos en agua salada. Liam, borracho, solamente la piel que lo separaba de su ser anhelante. Y por un momento me digo que es más heroico no ser.

Miro mis manos sobre la barandilla y las veo envejecidas, y pienso que mi cuerpo maltratado, del que en cierta manera me sentía orgullosa por las vidas que he traído al mundo, ya está alimentando la tumba, ¡alimentando la tumba! Quiero decírselo a voz en grito a los desconocidos que pasan. Quiero colocarme unos cartelones como una mujer-anuncio y tomar un megáfono para pedirles que pongan fin a la procreación..., aunque ahora me doy cuenta de que no hay muchos niños en este patio de recreo que es la playa de Brighton, no al menos en esta tarde de martes. Inglaterra, la tierra de los adultos.

En realidad me tiene sin cuidado esta gente. A quien amo es al empleado de la funeraria. Mi acompañante de catálogo, mi muchacho inglés. La naturalidad con que se comporta es casi espiritual. Me gustaría saber con quién vive —unos amigos o unos padres con los que se lleva bien— y cómo será hacer el amor con alguien como él. ¿Tendrá arranques de cólera?

Cuando hemos acabado y he sentido su mano inofensiva sobre la mía (vieja), salgo de la funeraria, me detengo en la acera y abro el móvil para llamar a mi marido, un hombre intratable y de mediana edad, cuando lo que en realidad me apetece es tenderme en el suelo allí mismo, ante la puerta, hasta que el muchacho salga y me levante.

Azrael.

—¿Cómo va todo por ahí? —pregunto a Tom, y él me dice que las niñas han ido a casa de unas amigas después de la escuela y que todo va bien. Tardo unos segundos en adivinar dónde se encuentra.

—¿Estás en el despacho?

—Claro. Estoy trabajando.

—Rebecca tiene clase de danza irlandesa —digo.

—Bueno, pues hoy no tiene.

—Tiene que preparar la función —me lamento en mitad de la calle, aunque sin demasiada convicción. Porque lo que Tom está diciendo (con toda razón) es que mis

preocupaciones no son importantes, que me las invento para mantenerme ocupada mientras él se dedica a cosas más serias como ganar dinero y vivir como es debido.

—¿Dónde estás? —pregunto.

—Ya te lo he dicho. Trabajando.

—Trabajando..., ¿dónde? ¿Dónde estás trabajando?

No puede colgarme el teléfono porque estoy en Brighton y acabo de perder a un ser querido. Hay una larga pausa.

—Vuelve a casa —dice—. ¿Cuándo vendrás?

—¿A ti qué te importa?

—Claro que me importa —responde—. ¿Qué crees tú?

Corto la conexión y cierro el móvil.

Mi muchacho de la funeraria está detrás de mí, con la puerta abierta.

—¿Necesita otro café? —dice—. ¿Quiere que llame a alguien?

Se ha puesto el pendiente en la oreja, un arete de oro.

—Estoy bien —digo—. Son cosas que pasan.

Ahora empiezo a darme cuenta de que me enamoré con veinte años, cuando conocí y me acosté con un chico de Brooklyn que se llamaba Michael Weiss. Había venido a Dublín para cursar un máster en estudios irlandeses, célticos o como se llamen; unos cursos que aquí despreciábamos porque eran algo que la universidad organizaba solo para atraer a norteamericanos con dinero, y por eso fue una sorpresa para mí enamorarme de Michael Weiss, y también fue una sorpresa porque no era un norteamericano alto y con grandes huesos de granjero, sino un tipo de estatura normal, que fumaba cigarrillos de liar y hablaba con una piedra de Brooklyn en la boca, en parte por su pronunciación y en parte por su actitud reflexiva.

En la cama era muy dulce, se incorporaba para mirarme y charlar. Le gustaba hablar mientras me tocaba, e incluso le gustaba fumar mientras me excitaba con aquellas caricias interminables y perezosas que me resultaban entonces tan novedosas. Yo tenía veinte años. No estaba acostumbrada al sexo sin un objeto específico. Supongo que no estaba acostumbrada al sexo sobrio y aquella cháchara me hacía sentir incómoda: creía que no le atraía. Veía cómo se movía su cara y solo deseaba que siguiera adelante..., el momento maravilloso, aquello para lo que nos habíamos reunido.

Creo que, con su lentitud e ironía, Michael Weiss sabía que no podría retenerme y que lo que hacía en aquellas tardes soñolientas era intentar guiarme, como a un gato encaramado a un árbol o a una azafata que ha de pilotar un avión. «¿Ves la palanca que hay a tu derecha? Bájala cuarenta y cinco grados».

Aunque tuvimos una sorprendente cantidad de eso —de sexo, quiero decir—, solo recuerdo mi fascinación por el paso del tiempo, mientras observaba desde su ventana cómo el día se convertía en crepúsculo en retazos y a trompicones. Era tal

vez un sentimiento adolescente: estar desnuda en la moqueta de nailon de su habitación de estudiante y percibir como algo inconcebible el cambio de la luz; era como si me arrancaran la piel a tiras mientras el día daba paso, con espasmos y acometidas, a la oscuridad.

El padre de Michael era un artista y su madre se dedicaba a no sé qué. Yo tampoco estaba acostumbrada a eso —la mayoría de los padres que conocía eran solo padres—, pero él tenía un padre semifamoso, una madre que daba citas, recibía gente y se vestía de punta en blanco para salir, de modo que Michael tenía que arrastrar esa carga. No acababa de saber qué sería de mayor, porque era mayor —o eso creo— desde que cumplió los diez años. Escribía poemas, y probablemente eran muy buenos, pero le preocupaba pensar que no llegaría a ninguna parte. La familia tenía dinero —no una gran fortuna, pero sí bastante—, y creo que ya entonces había decidido limitarse a existir y a verlas venir.

Así pues, ahora se limita a existir, como yo, aunque probablemente en algún lugar más interesante que Booterstown, Dublín 4. Estará en Manhattan, pongamos, o en los cañones de Los Ángeles, y lleva a su hijo a clases de saxofón o va a la función de danza de su hija un jueves por la tarde, y esas actividades le parecen importantes y divertidas. Salí con Michael Weiss durante dos años, intermitentemente; desesperada por su languidez, que me hacía sentir como una inútil, e impaciente al pensar en el mundo que se abría ante nosotros, lleno de cosas que hacer. No estaba segura de qué cosas eran esas, pero debían de ser mejores que pasar la tarde entera besándonos y fumando, charlando de..., ¿de qué?, de si Dirk Bogarde era guapo y de cómo ser, o no ser, judío.

Ahora, por supuesto, no paso las tardes viendo la televisión, así que sin duda hice bien al desconfiar de Michael Weiss y finalmente abandonarlo por una vida mejor y más trepidante, la que llevo ahora, cocinando para un marido que jamás aparece antes de las nueve y para dos niñas que pronto dejarán de aparecer también. Haciendo el amor entre lágrimas de higos a brevas con mi marido de mediana edad; sin saber si golpearlo o besarlo.

«Enciende la luz —quiero decirle—. Enciende la luz».

Sin embargo, no es solo el sexo, o el recuerdo del sexo, lo que me hace pensar que quiero a Michael Weiss, de Brooklyn, ahora, diecisiete años después, demasiado tarde. Es por la forma en que se negó a apropiarse de mí, por más que yo lo intentara. Fue porque no quería poseerme, sino conocerme tan solo, y aun eso siempre a medias.

Creo que ahora estoy preparada para eso. Creo que estoy preparada para darme a conocer.

Estoy sentada en la terraza de una cafetería tomando el que tal vez sea mi quinto café con leche del día, cuando pasan unos norteamericanos, dos chicas y un chico.

Una de las jóvenes está diciendo: «¿Sabéis lo que de verdad jode? ¡Esas braguetas con botones, cuando se te ha perdido un botón!», y el chico dice: «Entonces te pones... bueno... ya sabes, así», y cruza las muñecas delante de la entrepierna, como la imagen de un Cristo flagelado.

Así eran los norteamericanos que venían a estudiar a Dublín: directos, vocingleros e interesantes, al menos para sí mismos. Tal vez todos éramos así entonces, aunque en aquella época nadie llevaba camisetas de manga larga debajo de las camisetas de manga corta. Y no sé si lo de «joder» era entonces una palabra de uso común. Reflexiono sobre el gesto del chico y me pregunto por qué resulta tan horrible decir eso. Alguien que joda a otro debe de ser el peor tipo posible. Un aguafiestas. Ese eufemismo de origen callejero, creo yo, para designar una función muscular sumamente privada.

Así discurre mi mente mientras trato en vano de serenarme para volver en tren al aeropuerto y, en la ciudad que se extiende detrás de mí, mueven a mi hermano, lo transportan y embalsaman (el whisky debe de servir de ayuda). Entro en unas cuantas tiendas para probar la normalidad durante un rato, y al final me siento y me quedo inmóvil, chupando la larga cucharilla de café, mientras la vida, ruidosa, pasa a mi lado.

Cuando estudiaba en la universidad, me dio por pensar que Ada había sido prostituta. Debió de ser por la época en que murió. Recuerdo que comenté mi teoría a Michael Weiss, que la encontró muy interesante, aunque, como señaló, también era posible que hubiera sido una monja, lo que en su opinión venía ser lo mismo, probablemente porque era de Brooklyn.

Bueno, pues sí.

Michael Weiss era de esas personas que un día toman el té con leche y al siguiente optan por lo contrario, y sin duda con el tiempo habría acabado volviéndome loca. De todas formas, recuerdo que dijo algo cierto acerca de Ada, o acerca de la distancia que me separaba de Ada. Porque era como si yo también fuera de Brooklyn, mientras analizaba los misterios de la vida de Ada y elegía la única historia que diera cuentas de todos nosotros.

Creo que no estuve presente cuando se llevaron el cadáver de Ada —probablemente pasé la tarde en el bar de Belfield—, y me traía sin cuidado quién se quedaría con la casa y adonde iría a parar el dinero, una vez retirado el cuerpo. En cambio, de pronto quise saber quién o qué había sido la huérfana Ada Merriman.

Al entierro sí asistí. En la fila de delante, tengo los cabellos rizados de mi madre, flanqueada por mi padre y su hermana, la tía Rose. Ada había tenido un tercer hijo, Brendan, pero probablemente ya había muerto, de modo que estos eran los tristes restos de la buena suerte de Ada: Maureen, nuestra agotada madre, y Rose, la profesora de arte, que vestía un bonito traje de tweed verde esmeralda y azul cobalto. Los hermanos Hegarty estábamos sentados en la fila siguiente —los cuñados y los críos estaban repartidos en bancos más apartados— y hasta es posible que nos hubiéramos colocado por orden de edad; «escalonados», como decía la gente, aunque la escalera estaba entonces descabalada, con huecos y peldaños rotos y una clara desproporción entre un escalón y el siguiente. De adultos parecíamos lelos todos y cada uno de nosotros: todos teníamos pinta de chiflados.

Una vez fuera, me quedé un poco apartada de la multitud y observé con melancólica indiferencia cómo bajaban el ataúd de mi abuela. La Ada de los últimos años era una anciana que apuraba el período de tiempo que le había sido asignado. Era buena, por supuesto —era mi abuela—, pero no era la mujer que me despertaba a las cuatro de la madrugada para darme una respuesta que lo explicara todo: el enigma de los Hegarty, la razón por la que estábamos todos tan jodidos.

Lamb Nugent mira a Ada Merriman desde el otro extremo de la alfombra del hotel Belvedere y ella lo mira a él, y el resto, como suele decirse, es historia.

Cincuenta y seis años después, tomábamos té y emparedados en su casita de

Broadstone, y nos felicitábamos por lo bien que había ido todo: la segunda generación, que seguía creciendo; la tercera, incipiente; mi madre, entronizada tímidamente en la sala, y su hermana, quejándose en la cocina de todo cuanto veía. Ya entonces lo que desfigura el rostro de la gente, desfiguraba por completo el de ambas: la boca de Rose dibujaba un rictus de desaprobación, la mirada de mi madre era acuosa y vaga. Puede que Ada fuera buena con los hijos de los demás, pero sin duda fue terrible con los suyos. «Era encantadora», decían los vecinos y los pocos amigos que le quedaban: dos hombres —ahora caigo en la cuenta de que ambos eran gays— que fueron muy amables con ella y la hija de una actriz ya fallecida que salía en la tele. ¿Acaso Jimmy O’Dee no le enviaba siempre una cesta de fruta por su cumpleaños? Y Frank Duff, el presidente de la Legión de María, la visitaba todos los años por Navidad. Claro que sí: recuerdo que un día —debió de ser el año que pasamos allí— se presentó como un menudo Santa Claus solterón con una caja de bombones en una bolsa de macramé. Se la tendió a Ada y le apretó el antebrazo, como si ambos hubieran vivido ya demasiado tiempo para que les quedara algo por decir.

Aquella mañana del día de Navidad era clara y fría, como de costumbre; mis recuerdos no quieren que sea lluviosa. Tampoco quieren que estemos de vuelta en Griffith Way, porque ese fue el año en que nos mandaron a Liam, a Kitty y a mí con Ada, y no vimos a nuestra madre ni el día de Navidad, aunque por la tarde se presentó nuestro padre con una Bea de lo más ufana.

«Mamá todavía no está bien», explicó. Parecía aún más mojigata con su nuevo chaleco, que era de mohair con rayas frambuesa y azules. Al anoecer vino el señor Nugent con una caja de frutas confitadas, o de dulces en forma de frutas, dispuestos en semicírculos de color naranja, amarillo y verde.

Yo tenía estos hechos demasiado presentes para interesarme por ellos el año en que murió Ada. El pasado era una lata para mí, y la muerte de Ada me resultaba pesadísima mientras nos pasábamos los emparedados y nos asfixiábamos en el aire viciado de aquellas pequeñas habitaciones atestadas. Y los «Oh, qué buena era tu abuela», lo cual era cierto, sin duda. Lo único cierto. La gente tomó o rechazó una copita de jerez, tras lo cual limpiaron la cocina con un derroche de papel absorbente y se marcharon. Mi madre se quedó en la butaca de la sala, con mi «enamorado» padre a su lado, un tanto encorvado; la tía Rose había subido al baño para fumar el último cigarrillo junto a la ventana, porque seguía fumando a escondidas, aunque su madre estaba demasiado muerta para reprochárselo y, por otra parte, siempre había sabido que fumaba.

Fue entonces cuando, aunque parezca un poco indecoroso, nuestro padre nos envió al dormitorio de Ada con la indicación de que nos lleváramos todo lo que nos gustara, y de esa forma las chicas Hegarty disfrutamos disputando el partido más

estridentemente silencioso que jamás habíamos jugado, dominadas por la ira y odiando a las otras entre susurros. Yo me hice con unas sartas de cuentas azabache, las plumas negras de avestruz que había en la repisa de la chimenea de Ada y una manita de porcelana con un hueco en la palma donde guardaba los anillos. Otra se llevó los anillos, naturalmente; no tuve la oportunidad de cogerlos. Kitty siempre necesitaba las cosas más que nadie.

Bea era siempre quien más las merecía y la pobre Midge..., bueno, Midge siempre rechazaba lo que fuera, hasta que alguien la convencía de que arramblara con todo. Así pues, salí de la casa protestando por todo cuanto se me había negado, aunque no había nada que quisiera de verdad. Me había llevado, por puro capricho, los retales y muestrarios de tela de Ada, y a la luz del día me parecieron algo tan inútil que los arrojé a una papelería en la calle. No sabía cómo desear lo que mi abuela había dejado al morir. Solo quería salir de allí, nada más. Deseaba una vida más plena.

Liam se perdió todo esto porque, tras el verano que estuvimos trabajando en Londres, no regresó a Dublín. O, mejor dicho, aparecía de vez en cuando y asistía a algunas clases; me lo encontraba en el restaurante o el bar, y él siempre tenía algún lugar donde alojarse y al cabo de unos meses desenfrenados se marchaba.

Era su último año en la universidad. Yo perdía el autobús casi todas las noches y me quedaba con Michael Weiss en su apartamento de Donnybrook: dos habitaciones con sendos tabiques que no llegaban al alto techo alrededor del cuarto de baño y de la cocina. El dormitorio no tenía puerta y había un enorme y viejo ropero pegado a la pared. Me quedaba dormida entre estos dos espacios de oscuridad —el armario negro y el hueco de la puerta, a través del cual salían mis sensaciones—, con el sexo aún caliente y dolorido, y no había ningún lugar donde pudiera hallar descanso.

Ese año le conté a Michael Weiss cosas que no he contado a nadie desde entonces. Era 1981. Nada había ocurrido aún en Irlanda —es curioso decir esto, ¿no?—. Nada había ocurrido aún en mi vida, salvo la necesidad de huir de ella. Obligué a Michael Weiss a beber whisky —echándole teatro—, lo obligué en una ocasión a llevarme a rastras por la habitación y luego arriba y abajo por la calle para que se me pasaran los efectos de una sobredosis —reconozco que pequeña— de paracetamol. Hice pasar un mal rato al pobre Michael Weiss, cuando lo único que él quería era estar tendido con la cabeza sobre el brazo, mirarme a la cara y hablar.

La imagen que guardo de esas noches es la de una mujer (yo misma) tumbada en una cama, con la espalda arqueada y la boca abierta, cuya mano busca a tientas la pared. Sin sonido.

Pienso en ella cuando lavo los platos. Por supuesto, tengo lavavajillas, así que, si alguna vez me entran ganas de llorar, no lo hago en el fregadero, silenciosamente, como Ada. El fregadero era el lugar donde lloraba. Mientras miraba por la ventana, al pensar en el enorme montón de patatas que debía pelar o en el mísero jardín trasero, Ada, como tal vez todas las mujeres, a veces sorbía por la nariz y a continuación, plinc, plinc, unas lágrimas caían en el agua del fregadero. Como todas las mujeres, Ada tenía a veces que limpiarse la nariz con el antebrazo, porque tenía las manos mojadas. No tiene nada de extraño. Sea como sea, debo decir que tengo un lavavajillas Miele de acero inoxidable. Y si me entran ganas de llorar, lo hago como es debido, delante de la tele.

Ahora sé que la vida fue dura para mi abuela. Lo extraño es que no se pasara el día llorando y que siguiera adelante.

Ada creía en muy pocas cosas. Creía en una casa limpia. En cambio, no creía, ni siquiera llegó a decir nunca, que si se comía las semillas de una manzana, le crecería un manzano en el ombligo. Dudo que hubiera creído en mi retrato de «la huérfana Ada Merriman», aunque es estrictamente cierto que sus padres fallecieron cuando era niña. Pero a Ada no le iba eso. Imaginar hechos, o incluso recordarlos, le parecía un tanto desagradable..., como los chismorreos, solo que peor. Últimamente, por supuesto, yo apenas hago otra cosa. Y es por culpa suya. Porque si pienso dónde comencé a imaginar, me doy cuenta de que fue en el fregadero de Ada, en Broadstone.

Tenía un estropajo de plástico rojo para la suciedad difícil, un grueso trapo verde para la limpieza delicada y una esponja para el acabado. Para limpiar el hule tenía un paño de algodón blanco que jamás se empleaba para secar los platos. Y tenía una bayeta para el suelo, que jamás dejaba sobre el hule. Yo debía saber todo esto porque era la niña mayor de la casa. Me cuidaba del fregadero y de lavar los platos.

No me importaba demasiado. Me gustaba estar junto a ella.

Pero imaginaba cosas. En Belfast, de pie ante el fregadero, desde donde se veían el jardín y la puerta verde del garaje, imaginaba a Ada con su maleta a los nueve o diez años, o a la edad que tuviera cuando murió su madre y hubo de enfrentarse sola al mundo. Intentaba imaginar un padre para ella, pero no lo conseguía. Imaginaba que mi madre moría en la casa de Griffith Way —una y otra vez, de hecho—; mamá moría y mi padre lloraba y se moría también, y después, una vez enterrada, Liam y yo vivíamos grandes aventuras ahora que éramos huérfanos también.

Mientras tanto, Ada me hacía aclarar los platos en el agua caliente y Charlie me guiñaba el ojo cuando ella estaba de espaldas.

Una mañana me llamó a su habitación. Tenía que salir y se estaba arreglando. Recuerdo que llevaba un dedil de gasa rosa que sujetaba con una banda elástica atada a la muñeca. No sé por qué creo que había tenido un accidente con la máquina de coser, pero me parece demasiado brutal para ser cierto. No recuerdo ninguna uña pinchada, gritos o alboroto en el pequeño trastero. (Y el hecho de que evoque esto ahora —la aguja desbocada, el dolor de la mujer a la que arrancan de la máquina— me hace pensar que Ada tenía razón: había algo inmoral en mi imaginación).

El caso es que llevaba el dedil y me llamó para que fuera a su habitación. «Ven», dijo volviendo la cabeza para mirarme y levantándose un poco la falda por detrás. «Abróchame», y puso la pierna de un lado.

Tenía el muslo delgadísimo y un mapa como trazado a tinta de venillas rotas bajo la media, que estaba doblada arriba sobre una gruesa banda de color naranja. De un lugar que yo no veía, o no quería ver, colgaban unas cintas blancas en forma de acordeón, y tardé un siglo en comprender qué quería que hiciera. Tuve que agacharme junto a los paños góticos de su corsé y sujetarlos a las medias. Recuerdo el suave chasquido de los automáticos de goma al cerrarse sobre el nailon, que no quería estarse quieto; el frescor de su pierna, y el olor acre de su respetabilidad. E imaginé que todos los hombres que llamaban a su puerta conocían los huecos secretos que ocultaba su ropa, la sorprendente delgadez de sus piernas y la estrecha bóveda de su corsé, abierto del todo por debajo.

Y quizá sí los conocían.

Por eso cuando Frank Duff llamó a la puerta pensé que también iba tras ella.

«Solo un detallito, Ada. No, ¡insisto! Es un detalle nada más».

Frank Duff en persona, el presidente de la Legión de María, una organización religiosa que en 1967 se dedicaba a la fatuidad y a ofrecer té.

«Que Dios os bendiga. ¡Feliz Navidad a toda la familia!»

Y me acarició cariñosamente la mejilla y me pellizcó el mentón.

El señor Nugent vino después con la caja de frutas confitadas. Sin saludar siquiera a Ada, se puso a conversar con los niños. Era el día de Navidad: nuestra fiesta.

De hecho, Frank Duff se había dedicado en sus primeros años a recoger prostitutas de las calles de Dublín. Lo que este hombre encantador y astuto hacía en 1925 era organizar misiones. Hablaba a las muchachas de los burdeles, sobornaba a las mujeres que los regentaban y les buscaba un refugio. Esta fue la primera gran tarea de la Legión de María. En la Cuaresma de 1925, cuando Ada conoció a Charlie, Frank Duff no se limitaba a rezar.

Descubrí eso hurgando en las estanterías de la biblioteca de la universidad, cuando preparaba un ensayo para la evaluación final, que titulé (sin el menor asomo de ironía, supongo): «Pagar por el sexo en el Estado Libre de Irlanda». Porque de

pronto me enteré de un montón de cosas, entre ellas, que las personas follaban, que esta era una de sus actividades: los hombres follaban a las mujeres —nunca al revés—, y este sorprendente mecanismo iba a cambiar no solo mi futuro, que veía cada vez más limitado, sino también el vasto y acabado mundo de mi pasado.

Así pues, durante cierto tiempo imaginé que Ada era una de las prostitutas reformadas de Duff. No una sucia puta, naturalmente; era una huérfana. Apenas podía decirse que era una prostituta. Era una pobre chica, que volvía la cara hacia la pared cuando tintineaban las monedas en su mesilla de noche y la silueta oscura de un hombre salía de la habitación.

Quedémonos con esto. Una enagua de satén, con el encaje un tanto roto. Una estampa de la Virgen guardada en un cajón, hasta que él se va. Una novela de amor. Y escalofríos en la sala de espera del médico, cerrando con la mano el cuello del abrigo de lana, donde falta un botón. Una gris fantasía de clase media, de medias arrugadas y de tuberculosis, y de alguien que se agacha para lavarse en una palangana colocada en el suelo.

Así pues, aquella noche de Cuaresma hay curas en el salón del hotel Belvedere y una madama, y también está nuestro hombre de la caja de bombones, Frank Duff. Están sobornando a la dueña del burdel. En voz baja. Para que cierre su negocio.

En el vestíbulo, Ada y Nugent escuchan, y después dejan de escuchar el hilillo de conversación que sale del salón. Por un momento se quedan sentados el uno frente al otro: el hombre de la Legión de María y la pequeña modista-prostituta. ¿Qué tiene de particular? Ella es guapa. Y él no es mejor de lo que debería ser. La ciudad está silenciosa y reina el silencio en el hotel y no hay nadie que le diga a Lamb Nugent que se pasará el resto de la vida sentado en el salón de esta mujer con una tacita de porcelana en la mano a la espera de: «¿Le sirvo más té, Lamb?».

Nadie, es decir, hasta que entra Charlie Spillane.

«Señora —dice quitándose su inexistente bombín—. Confío en que mi amigo haya sabido entretenerla».

Michael Weiss, como he dicho, la encontró interesante, pero en cuanto me di cuenta de que le parecía interesante cambié de opinión. En cuanto él pronunciaba la palabra «prostitución», mi teoría, que, como un caracol, intentaba asomarse al mundo, volvía a esconderse. Él no conoció a Ada. No tenía la menor idea de qué le hablaba. Yo hablaba acerca de la familia. Acerca de lo que hacíamos él y yo tres veces cada noche. Acerca de la flor carnosa de mi coño bajo su mano.

Entretanto Liam reapareció y volvió a marcharse. Tenía una habitación en un tugurio de Stoke Newington y estaba nervioso por los exámenes; nuestro padre se ponía rojo como la grana cuando hablaba de cómo desperdiciaba su talento y del dineral malgastado en la matrícula de la universidad.

—Dile eso a tu hermano, si lo ves. Dile a tu hermano que venga a verme si se

atreve. Díselo de mi parte.

—¿Qué, papá? ¿Qué quieres que le diga?

—¿Cómo que qué quiero que le digas?

—De acuerdo. Se lo diré.

—¿Qué?

—Se lo diré.

—¿A quién? ¿Decírselo a quién? —intervenía mamá.

La parte norteamericana de Michael Weiss pensaba que la familia Hegarty era un desastre. De vez en cuando coincidía con Liam en el bar de Belfield y los dos congeniaron enseguida como suelen hacerlo los hombres: el hombre con el que te acuestas y tu hermano, por ejemplo, se miran, asienten y se entienden. A mí me sacaba un poco de quicio ver que se ponían a jugar una partida de billar mientras yo me quedaba sola con una caña de Satzenbrau.

Pero pasamos noches divertidas, los tres, mientras Liam y yo poníamos en práctica algo que habíamos empezado a hacer el primer verano que estuvimos juntos en Londres: contar anécdotas de nuestra familia que eran todas inventadas. Dedicamos una sesión doble a la ordenación de Ernest: el feo color amarillo de la planta de sus pies mientras yacía de bruces frente al altar; cómo nuestra madre, una vez acabada la farsa, se acercó con paso vacilante para vestirlo con los hábitos, y cómo después, en una especie de banquete nupcial, los dos, mi hermano y mi madre, cortaron el pastel al alimón y se besaron.

«No me lo creo. ¡Vuestra madre! ¡No me lo creo!», dijo Michael Weiss, y a continuación debió de contar algo sobre su *bar mitzvah*, que nosotros, claro está, no escuchamos.

Lo cierto es que no le hacían ninguna gracia algunas de las cosas de nuestra familia que a nosotros nos parecían divertidas. Como lo de mi hermano Stevie, que murió cuando solo tenía dos años.

«Fue ella —dijo Liam—. Le puso una almohada sobre la cara», y nos desternillamos de risa. «Si siempre estaba preñada. Siempre».

«¿No lo habrías hecho vosotros?»

No pasó mucho tiempo antes de que Michael quisiera conocer a mis padres. Yo no sabía cómo explicarle que a nadie le importaba que fuera a verlos o no, pero que todos se reirían de él durante un año si se presentaba ante la puerta. Al final llamó al timbre con un ramillete para mí en plan norteamericano la noche del baile de disfraces de la universidad, entró de inmediato en el recibidor como Cary Grant y cruzó la sala de estar ampliada en dirección a la cocina, mi padre se levantó de la silla para estrecharle la mano y mi madre dijo: «Oh. Hola», como diría, como tal vez dirá, al alienígena teletransportado a su suelo de linóleo o al yonqui que la amenaza con una navaja; o como dirá en su lecho de muerte a la enfermera o al túnel con la luz al

final.

—Oh, hola.

—Michael Weiss, señor —dijo Michael Weiss tendiendo franca y varonilmente la mano a mi padre, que tuvo la delicadeza de tragarse las ganas de preguntarle si era un apellido judío, aunque luego me lo preguntó a mí.

«Ese apellido, Weiss..., ¿verdad que es judío?», e insistió en que nadie puede ser antisemita si no conoce a ningún zopenco judío.

«Bien, pues ya conoces uno».

Esto ocurrió antes de que yo adquiriera la costumbre de dormir fuera de casa y comenzaran las peleas. No sé de dónde sacaba mi padre la energía necesaria. Tenía un temperamento colérico, pero rara vez perdía la paciencia con sus hijas. La perdía con sus hijos, pero solo cuando se enfrentaban a él. Ni que decir tiene que se encaraban con él continuamente, pero, en lo tocante a sus hijas, le traía sin cuidado que regresáramos a casa a altas horas de la madrugada, siempre y cuando no le pidiéramos dinero para el taxi; nos dejaba entrar borrachas, siempre y cuando fuéramos derechas a nuestra habitación, y se hacía el sordo cuando vomitábamos en el cuarto de baño, siempre y cuando lo limpiáramos luego, pero si nos pedía un cigarrillo y, como una colegiala torpe, sacábamos del bolso un paquete de Durex, entraba en erupción, y así continuaba, como el géiser Oíd Faithful, hasta que encontrábamos «un alojamiento alternativo».

Y es que los condones eran ilegales. Todo el mundo los tenía. Los necesitáramos o no.

No hubo nada que papá no dijera. Carecía del sentido de la distancia. Era casi como si hablara consigo mismo. Que si yo «andaba ejerciendo de puta por todo Dublín». Que si era «mercancía de segunda mano». Que si me «estaba convirtiendo a mí misma en un retrete» —lo que oyen—, aunque creo que lo que en realidad quería decir era que «no estaba haciendo lo que se me había dicho que hiciera».

Los gritos comenzaron dos o tres meses antes de mis exámenes finales. Y, aunque todo resultó un poco cómico en cierto modo, afectó a mi rendimiento y yo me tomaba muy en serio los exámenes. Tal vez por eso me sentía como si aquello no fuera conmigo: estaba sentada en la cocina, pensando en Robespierre, y por supuesto en Frank Duff, mientras mi padre hervía de cólera —era un hombre bajito—, y supongo que yo también solté unos cuantos gritos, pero una parte de mí se limitaba a mirar cómo echaba chispas, con el cuello congestionado y el rostro blanco como el papel; después se le puso roja la piel en torno a los ojos y de pronto toda su cara enrojeció mientras despoticaba. También era digna de ver la cúpula colorada de su calva. Recuerdo que pensé que ni él mismo se creía lo que decía y que era esa incredulidad suya, combinada con la mía, lo que lo empujaba a tales extremos.

Ya en Belfield me enteré de que la madre de Deirdre Moloney, mi mejor amiga,

acababa de echarla de casa por una nadería: era más bien modosita, solo había hecho el amor dos veces. Por todo Dublín había hijos a los que habían echado de casa. Nuestros padres se volvieron locos en aquella época. En cuanto olían que nos hacíamos mayores, perdían el juicio.

Durante unas pocas semanas papá ni siquiera me miró, y eso me dolió allí donde papá quiere a su hijita, que es el lugar de la confianza y el flirteo. No obstante, me di cuenta de que tenía heridas más antiguas que aquella, y así es como sobreviví. Así es como sobrevivimos todos: vamos siempre a la cicatriz más antigua.

Lo que ahora me duele es que papá esté muerto. Murió en 1986. Así que nunca entró en una tienda de esas que tienen los condones junto a la caja registradora. Jamás tuvo que cambiar de mentalidad, ni siquiera un poco. Pienso en él también cuando acaricio el hueso de jibia que Rebecca encuentra en la playa, porque me recuerda la semilla del mango, el hecho de que, cuando falleció papá, nadie comía mango en Irlanda, aunque creo que por entonces hacía furor el kiwi. Y creo que debo consolarlo por los mangos. Debo consolarlo por la distancia que hemos recorrido desde el lugar donde él se quedó.

Por cierto, a su espíritu le tendrá sin cuidado con quién me acuesto. Su espíritu está más allá del sexo. Y a veces pienso que el mío también.

Pero volvamos a Michael, antes de la tormenta; estrecha la mano de mi padre, que se abstiene de preguntar: «¿Weiss? ¿Qué apellido es ese?».

Entro en la cocina con un precioso vestido de Jenny Vander color bronce, muy guapa, creo yo. Y los dos salimos de la casa donde crecí; Michael, loco de alegría.

«No me lo puedo creer —dijo—. No me lo puedo creer. Todo lo que me habías contado es verdad».

Y yo me sentí —y aún ahora, mientras escribo esto, me siento— avergonzada.

La puerta del recibidor de Ada daba directamente a la calle. No había jardín ni sendero de acceso, de modo que la gente pasaba por delante sin llegar a entrar. Esta disposición era tan implacable como la propia Ada, e igual de estimulante. En mi imaginación siempre había un malentendido entre mi abuela y el mundo.

En verano la puerta se cubría con una lona de color crema, y rayas marrones gruesas y finas. Tenía una abertura horizontal para el buzón, otra alargada para la aldaba y un agujerito redondo para el timbre. Si se levantaba la cubierta de lona, se veía la puerta pintada de verde botella.

La casa se hallaba en una hilera de casitas idénticas, cada una simétrica a la siguiente, de forma que las puertas quedaban unidas de dos en dos. Nosotros dormíamos en la parte trasera. Recuerdo que pasaba mucho tiempo ante la ventana del dormitorio mirando el pequeño garaje que se levantaba al final del jardincito de Ada y el callejón que había detrás. Teníamos dos camas para los tres: una ancha donde dormíamos las niñas y otra estrecha para Liam. El papel pintado repetía un motivo de flores azul verdoso en forma de bulbo y de tonalidad un tanto metálica, que hacían que la habitación se retorciera bajo mi mirada de niña.

Aquí estoy, a los tres años, con la oreja pegada al costado de metal beige de la lavadora, o mirando su interior por encima del borde para ver cómo gira y se arremolina la ropa; Ada pasa las prendas por la máquina de escurrir («¡No la toques!»), y los últimos restos de jabón sisean mientras un vestido destrozado se desliza lentamente y sale entre los rodillos, para ir a parar al cubo de la basura como un zurullo de poliéster.

Aquí estoy comiéndome el gorro de baño de Ada, cuyas famosas flores amarillas aparecieron en mis pañales al día siguiente. Aunque supongo que debían de ser los pañales de Kitty, dudo que yo todavía los llevara a los tres años. Ada llamó a gritos a Charlie, que echó un vistazo y exclamó: «¿De dónde ha salido una niña tan lista?».

Por supuesto, yo tenía celos de mi hermanita, pero también la quería muchísimo. No es extraño que le robe los recuerdos y los haga míos. De todos modos, ahora que lo pienso, ningún hombre metería jamás las manos en un pañal sucio, como recuerdo que hizo Charlie, para sacar un ramillete de flores amarillas llenas de mierda.

Aquí estoy yo, ahora sin género de dudas, poniéndome sobre la cara el gorro de baño. Lamo su interior salado, hasta que se queda pegado a mi rostro..., el olor de los cabellos de Ada en el mar. Empiezo a ahogarme en la luz rosa, que estalla en suaves flores de un rojo vivo y, curiosamente, de un negro vivo.

¿Sucedió de verdad? El mundo duele cuando me arrancan el gorro; Ada, fuera de

mí, grita. Me atrae hacia su pecho, que huele a lana y a detergente Lux.

Lo más probable es que fuera Liam quien me puso el gorro sobre la cara y a punto estuvo de matarme. O tal vez fuera Kitty quien casi se asfixia por culpa de nosotros dos. Jugábamos siempre a desmayarnos, de modo que el gorro —aquel encantador y fantástico gorro de baño rosa, con las flexibles flores amarillas— cuadraría más en el mundo de una chiquilla de ocho años que en el de una niña de tan solo tres.

A veces, en las tiendas de ropa de segunda mano, busco objetos como estos pensando que, si pudiera coger el gorro, sí pudiera estirarlo y olerlo, sabría quién era quién y qué era qué, aparte de Kitty, Liam y yo.

La segunda vez que nos mandaron a casa de Ada, nuestro padre nos llevó en coche una tarde y atravesamos una ciudad por la que no pasaba ni un solo vehículo —debía de ser domingo— con el equipaje en el maletero. Lo que más me asombró fue que mi padre conociera el camino.

Es en este punto donde sobrevino el silencio, cuando estaba en la habitación de atrás mirando el garaje y el callejón. Era un silencio abrumador, como si el aire estuviera hecho de madera y las flores bulbosas del papel pintado se retorcieran un poco y estuvieran quietas al mismo tiempo bajo mi mirada de ocho años.

Y, aunque no sé por qué debería encajar esto aquí, recuerdo a mi padre en la cocina de Griffith Way, quizá seis años después, agarrado a la mesa de madera como si fuera una Biblia, diciendo a gritos a Liam: «He querido a tu madre desde el día que la vi. Beso la tierra que pisa».

Liam, que tendría entonces unos trece años, debía de haberle dicho algo insultante. Mi padre tenía los labios muy rojos y apretados, y su pecho trabajaba como un fuelle mientras soltaba las frases con un bramido.

«He querido a tu madre desde el día que la vi. Beso la tierra que pisa».

Mossie, entretanto, leía el periódico, yo hacía los deberes y Midge protestaba por alguna otra cosa y preparaba una taza de té.

Era sincero, sin duda. Mi padre temblaba instantes antes de que algo saliera volando o se rompiera. Probablemente entonces Liam le dijo que era tonto del culo:

«¡Eres tonto del culo!».

Y salió corriendo de la habitación para evitar que lo pillara y le pegara un guantazo.

Mi padre era un hombre bajito. Y el pecho siempre le silbaba y zumbaba. Y no recuerdo nada con tanta claridad como el silencio que se hizo cuando cerró la puerta de la casa de Ada, se sentó al volante del coche y se marchó.

Probablemente el jardincillo de Ada no era más que un patio, pero a nosotros nos parecía un lugar fabuloso, con manzanos silvestres y ortigas; la puerta del garaje a veces estaba abierta y a veces cerrada con cerrojo, y el hecho de que nunca supiéramos si el señor Nugent estaba dentro hacía que el lugar resultara aún más

interesante. Liam utilizaba las herramientas del banco de trabajo o jugaba en el viejo coche que se guardaba allí. A mí me gustaba sentarme en el asiento delantero de cuero azul, tirante en algunas partes y reventado en otros. Nunca intenté conducirlo: los mandos del salpicadero me parecían muy raros. Me limitaba a deslizarme por la tapicería, a tenderme sobre las líneas de pespunte y a hablar a voces al conductor, ya fuera real o imaginado.

Dos puertas dobles se abrían al callejón de atrás, donde había otro coche levantado sobre unos bloques, una máquina azul pastel y cromo, con grandes alerones al estilo norteamericano. Aún hoy, cuando veo un coche abandonado, siento una punzada. El señor Nugent entraba y salía por estas puertas, trasteaba en el banco de trabajo o metía la cabeza bajo el capó del monstruo americano si hacía buen tiempo. Un viernes, sin embargo, llamó a la puerta principal y, como siempre, trajo golosinas para los niños. Llevaba sombrero, que se quitó cuando Ada le abrió. Esto ocurrió muchos años antes de que yo me preguntara a qué se debía esta formalidad o qué se traían entre manos.

Ada lo llamaba Nolly, aunque nosotros sabíamos que debíamos llamarlo «señor Nugent» si alguna vez nos dirigíamos a él, cosa que nunca ocurrió. En ocasiones lo llamaba Nolly May, pero solo cuando él se había marchado. «¡Oh, Nolly May!», y arrimaba a la pared la silla en la que él se había sentado. El simplemente se quedaba allí sentado, soportando el feísimo papel pintado, pero siempre sudaba un poco y carraspeaba a menudo, y era evidente lo mucho que quería a la abuela.

La abuela era una mujer de modales exquisitos. Le gustaba llevar las cosas en una bandeja. Tenía ideas muy claras acerca de los terrones de azúcar y dónde había que dejar la galleta entre mordisco y mordisco, todo lo cual hacía que me sintiera incómoda, pero muy querida. Confeccionaba vestidos en el trastero de arriba y a veces trabajaba para el teatro, razón por la cual todo tenía que ser tan respetable. Contribuía a crear un ambiente de complicidad entre ella y los actores que acudían a veces a probarse los trajes. Era como si urdieran algo entre ellos, hasta que —¡oh, vamos!— la habitación se llenaba de insinuaciones. Cuando el visitante se iba, recogía la vajilla y me decía que la vida teatral era interesante, pero te convertía en una persona amargada. O me decía cosas curiosas y memorables, como: «El sexo no te lleva a ninguna parte en este mundo. Recuérdalo bien: el sexo no te llevará a ninguna parte».

Como Charlie se ausentaba a menudo, nosotros hacíamos compañía a Ada, y a veces una actriz, si tenía función en la ciudad, dormía en el trastero, acurrucada entre el maniquí de modista y la máquina de coser eléctrica. Por lo menos, creo que dormía allí. Yo imaginaba que el maniquí hacía cosas raras; ni siquiera ahora, en mi imaginación, me atrevo a abrir esa puerta para mirar dentro.

Peggy McEvoy, así se llamaba la actriz y estaba prometida con alguien de la tele.

Y recuerdo a Nolly en la sala, carraspeando y tragando saliva, mientras nosotros comíamos las galletas VoVos y las barritas de Blackjacks que nos había traído. Yo lo conocía por el sabor de los dulces y por el brillo de sus gafas, por lo mucho que le pesaban los bolsillos y por el peculiar bultito que tenía en la oreja. Apoyaba las manos en las rodillas y se inclinaba ligeramente, sin recostarse nunca en el respaldo de la silla. Al recordarlo ahora, me doy cuenta de que se sentaba como alguien que apenas tiene relaciones sexuales, y su mirada era demasiado superficial, de una forma que también ahora reconozco. Pese a que tenía un aspecto más bien sombrío, estaba casado con una mujer llamada Kathleen, a la que nunca vimos, y tenía cuatro hijos. Cuando Ada salía de la habitación, Nolly se levantaba de la silla y apagaba el televisor. Después volvía a sentarse y nos miraba. Al cabo de un minuto sacaba algo del bolsillo.

«No es un juguete».

Sin embargo, siempre era algo interesante. Un día sacó del bolsillo un ratón blanco —o debía de ser una rata— con los ojos rojos y la cola rosada, me remangó un poco el suéter y me lo puso en la muñeca para que me subiera por dentro de la manga hasta el pecho. Ada entró en ese momento y se puso a chillar.

Ada servía el té en una de esas mesitas que tienen debajo otras dos. «Pon un mantel en la mesita nido», me decía, y a continuación explicaba a Nolly May que «Charlie dice» esto y «Charlie dice» lo otro, mientras dejaba la bandeja en la mesa o le tendía una taza de té. Así hablaba de nuestro abuelo Charlie, quien, cuando Nugent ya se había marchado, preguntaba: «¿A qué hora se ha ido? ¿Le has visto coger el dinero del estante?».

No creo que Charlie bebiera (hasta sus vicios eran anticuados), pero sí hacía otras cosas. O nada, tal vez. Resultaba difícil saber qué hacía, aparte de ausentarse. Y en ocasiones regresaba vestido con una ropa diferente de la que llevaba al salir.

«¡Oh, la trataba como a una reina!», comentaba la gente el día de su entierro mientras comían fiambres. Ada y Charlie vivieron un relato en el que ambos interpretaban los papeles principales, y cuando ella cruzaba la habitación para acercarse a él se notaba cuán predestinados se sentían, como si su amor fuera para ellos una gran carga, además de una alegría.

En cierta ocasión entré en la sala y me los encontré sentados en el sofá, cada uno en un extremo; Ada tenía un pie sobre el regazo de Charlie, que se lo masajeaba por encima del fino tejido de las medias.

Ignoro a qué se dedicaba Nugent, aunque se me ha metido en la cabeza que era un corredor de apuestas, o el empleado de una oficina de apuestas, que de vez en cuando se ponía un abrigo de cachemir gris y subía a un coche negro que lo llevaba a las carreras. Lo único que sé a ciencia cierta es que empleaba el garaje de la abuela para guardar sus viejos cacharros y que nunca se sabía si estaba allí o no. Yo pensaba —si

es que pensaba algo por aquel entonces— que Ada le permitía utilizarlo porque ella no tenía coche y en aquella época Charlie no conducía.

Aquí están pues, dirigiéndose a las carreras por fin. Es Lunes de Pascua y todos los coches de Dublín avanzan en caravana hacia el hipódromo de Fairyhouse; hay una hilera de autobuses a lo largo de O'Connell Street y trenes que salen cada veinte minutos de la estación de Broadstone.

Los tristes días de Cuaresma han acabado, la misión de la Legión ha sido un éxito, la policía ha hecho redadas en los burdeles y Frank Duff los ha rociado con agua bendita, ha pagado sobornos y los ha clausurado. Se ha celebrado una gran procesión religiosa y él mismo ha colocado una cruz en Purdon Street, para lo cual se ha subido a una mesa de cocina y ha clavado el clavo con un martillo enorme. Han llevado a veinte chicas al albergue de Sancta Maria y las han desintoxicado por ambos extremos. Todo el mundo ha rezado día y noche, noche y día, hasta hartarse, la ciudad entera está aburrída de eso, han sufrido las cenizas y besado el crucifijo y se han sentido verdadera, profunda, espiritualmente purificados: comienza la Pascua, gracias sean dadas a Jay, y una vez que han comido y reído y visto los narcisos se van a la cama y hacen el amor (cuarenta días son muchos días), duermen profundamente y a la mañana siguiente van todos a las carreras.

Es Lunes de Pascua, un tiempo todavía tierno. Es el día en que Cristo dice a la mujer del huerto: *Noli me tangere*. No me toques. Es demasiado pronto también. Demasiado pronto para ser tocado.

¡Oh, Nolly May!

Aunque tal vez Ada lo intenta. Tal vez olvida por un instante que Charlie es el único al que querrá siempre y hace lo que puede con Nugent. Después de todo, es él quien la ha invitado: la ha esperado después de misa para proponerle la excursión. Ni que decir tiene que ella hubiera ido de todas formas, así que lo que él le ofrece no es tanto una cita como una vuelta en coche.

—Dijiste que te gustaría dar un paseo en coche —dice él con la vista clavada en el sendero que discurre entre ambos.

Ella baja también la mirada y enarca las cejas para preguntar:

—¿Puedo ir con una amiga?

Así pues, Nugent es el amante, Charlie es el vehículo, Ada es el espectro y Lilith la joven hermosa la perdida la triste puta la pobre huérfana la apuesta segura, según se mire, y con ella está Ellen, que hace compañía a Charlie y es solo una criada.

Nugent y Ada se sientan en la parte trasera del Morris. La luz del día favorece a Ada. Hay sangre joven en sus mejillas, el viento agita su espesa cabellera y él se siente estúpidamente a gusto a su lado, tiene la impresión de que podría hablar con ella; Ada es tan comprensiva... Un hombre puede hablar con una mujer como esta y

sentirse mejor persona, puede olvidar al mismo tiempo los pensamientos nocturnos y los debates de su conciencia, la enorme herida del alma que se abre en su pecho cuando sueña por la noche o sueña despierto.

Esta sensación de desasosiego ha desaparecido, se ha disipado con la festiva excursión en el coche descapotable, que avanza en caravana con todos los demás automóviles de Dublín ahora que la Cuaresma ha acabado y comienzan las carreras de caballos. La mano de Nugent es firme y la muchacha sentada a su lado es sincera y poética como un animal, de forma que está a salvo. Con Ada, Nugent se siente a salvo.

Así pues, siguen su excursión: avanzan por Navan Road y dejan atrás las instalaciones de la Guinness, donde Charlie levanta su imaginario sombrero para lanzar un vítor por la apetitosa cerveza.

—¡Hip, hip! —grita—. ¡Hip, hip!

Y ahora se lo pasan en grande entonando una canción, ¿cuál es?, «The Harp that Once», «Silent O Moyle», canciones magníficas para entonar al aire libre. Charlie canta a grito pelado con su hermosa voz de barítono inglés, mirando a todos lados salvo a la carretera, y Ada ve sus omóplatos cubiertos de grasa por encima del asiento, la bufanda que ondea y casi la roza, las puntas enceradas del bigote que de vez en cuando transmiten joviales pensamientos de masculinidad y pulcritud y, si se piensa en ellas lo suficiente, una sensación cosquilleante en la entrepierna.

Pero Ada, naturalmente, no piensa de esta forma. Ya ha sufrido bastante nuestras acusaciones. Se vuelve hacia Nugent mientras este habla de las carreras que se celebrarán, de las posibles apuestas y de la necesidad de que el ministro de Hacienda intervenga en el negocio, porque a todo el mundo le gusta apostar, es un derecho de los irlandeses tanto como de cualquier otro cristiano.

Sorprende oírle hablar tanto de una tirada. Ada tiene la impresión de que Nugent lo suelta todo de golpe o no habla. Es de esa clase de hombres a los que, según se decía en aquel entonces, las mujeres debían arrancarles las palabras: trabajosos, en otros términos, pero una presa terriblemente fácil.

Puede que sea la compasión, o cualquier otra cosa, lo que la mueve a tocarlo en el coche descapotable. O quizá la inconsciencia. Solo intenta atraer su atención, pero ¿hacia qué? Hacia el automóvil de lord y lady Talbot de Malahide, que circula contra dirección y cuyo chófer hace sonar continuamente la bocina con su mano enguantada. O tal vez hacia algo más silencioso, un caballo de paja en el campo de un granjero con un letrero que reza: «Se venden bebidas».

También podría ser una reacción ante algo que él ha dicho: «Lo han puesto todo patas arriba», refiriéndose, claro, al gobierno del Estado Libre; o a un comentario más íntimo, como: «Personalmente, me da igual que llueva un poco».

Sea como sea, Ada ha sentido el impulso de tocarlo.

¿Cómo lo hace? Debe de ponerle un dedo en el brazo. Tal vez toda la mano. O, después, puede que lo coja del codo con el gozne de su muñeca y vayan del brazo hacia las gradas. En cualquier caso, notará cómo Nugent se estremece.

Ahora Charlie está delante de ella y se inclina para ofrecerle la boca abierta de una bolsa de caramelos.

«Oh, confortadme con manzanas», dice, antes de acordarse de Ellen, la agradable doncella con papada, y volverse hacia ella para darle la oportunidad de ser la primera en elegir.

Durante el resto de la tarde Lamb Nugent mira a Ada, mientras las articulaciones de la mandíbula de ella segregan dolorosamente jugo por los caramelos de manzana de Charlie. Apuesta un penique con Myrellson de Dame Street, quien lo conoce bien y se refrena. A las tres corre Pride of Arras y Ballystock-hard va en cabeza durante toda la carrera, y Ada no para de preguntar: «¿Es el mío? ¿Es el mío?», y Nugent de decirle: «No; no es el tuyo». Durante toda la tarde ve cómo la suerte le rehúye, Street Singer, Con Amore, Daisy's Boss..., ¿a quién se le ocurriría apostar por esos jamelgos? Oh, pero tienen que apostar por Ellen's Bean para el Trofeo de Fairyhouse, tienen que hacerlo, y cuando el caballo cruza la meta en segundo lugar Ada no es tan tonta como para preguntar: «¿A qué viene eso de “en el clavo”?». Coolcannon cae en la penúltima, y con él todas las esperanzas de Nugent, y al final Ada tiene suerte con Knocknageena.

¡Bien!

En ese momento todo el grupo está tan agotado por las expectativas y las decepciones de las carreras, y por la espera interminable entre una y otra, que cuando Ada da un salto y levanta los puños a nadie se le oculta nada. Podría quedarse así — Ada en ascensión—, congelada en su momento de triunfo, desde las manos cerradas hasta la punta de los zapatos. Cuando vuelve a apoyar los pies en el suelo, todo está claro: uno de los dos hombres desea que ella gane y el otro desea que pierda.

Y ella lo sabe.

El caballo de Ada ganó la carrera. Pero no era más que un caballo; no es exactamente culpa de ella. Así pues, puede que sea su sentido de la justicia lo que la haya movido a escoger a Charlie, que se alegra por ella, en lugar de a Nugent, quien se siente ofendido por su buena suerte. Sea como sea, está claro que Ada ha elegido.

En el trayecto de vuelta, Ellen canta en el asiento de delante y el viento transporta hacia los pasajeros sentados detrás jirones de su adorable voz, «When Other Lips», «I Dreamt I Dwelt». Todos los ocupantes del coche se entienden perfectamente. Reflexionan sobre lo que significa lo ocurrido: Charlie ha ganado a Ada, Nugent la ha perdido. Y esto suscita en ellos otros pensamientos.

Charlie, por ejemplo, está pensando en todas las muchachas a las que ha llevado al borde de la perdición antes de soltarlas. Está diciendo adiós a la cautivadora,

sórdida e interminable *tris-tesse* de una mujer u otra, de una mujer u otra, hasta que un hombre tenía que hablar a su miembro como si este fuera un perro babeante: «¡Ya basta, señor! ¡Ya basta!».

Ellen está pensando que nunca se casará.

Nugent trata de reconstruir el sueño que tuvo anoche, convencido de que le anunciaba que había perdido antes de probar suerte siquiera. Era un sueño acerca de su alma, una brecha que se abre en su pecho, una niña —porque el alma es femenina— que florece dentro de él, que lo atraviesa, un agujero del que mana néctar justo encima de su corazón y que se abre a su mano —precisamente allí—, el lugar donde están todas las cosas buenas, como la esperanza y la ternura, un lugar donde puede hallar reposo, y entrar o dejar que entren, una y otra vez, una y otra vez, para descubrir en cada ocasión el dulce éxtasis del alma, hasta que despierta y se queda horrorizado por sus pensamientos blasfemos, el último temblor de su miembro y su simiente desperdiciada, y espera en la oscuridad a que se enfríe la porquería.

Ignoro qué pensó Ada en el coche durante el camino de vuelta. Probablemente echaría cuentas, se preguntaría por qué había tenido que enamorarse del que tenía un agujero en el bolsillo. Aun así, tiende la mano a Charlie y le dice: «Gracias por el agradable paseo». Y a Nugent: «Gracias por este agradable día».

Mira a Nugent a los ojos. Y sabe lo que él ve. Pero le da igual.

Ignoro por qué Ada se casó con Charlie, cuando era Nugent quien la había calado. Podría decirse que no se casó con Nugent porque no le gustaba, pero no es suficiente. Porque no siempre nos gustan las personas a las que amamos; no siempre tenemos esa opción.

Tal vez ese fuera el error de Ada. Pensó que podía elegir. Pensó que podía casarse con alguien que le gustara y ser feliz con él y tener hijos felices. No comprendió que toda elección es fatal. Para una mujer como Ada, toda elección es un error en cuanto la ha hecho.

Cierto día, Ada preparó una cesta y nos llevó a la playa en tren. O quizá debería decir que envolvió unos cuantos sándwiches en papel parafinado y los metió en la bolsa de malla que utilizaba para comprar...; durante un minuto parecería un personaje salido de un programa de la BBC, mientras caminaba, vestida con una falda larga, por un sendero y los mosquitos y las motas de polvo danzaban a la luz del sol alrededor de sus cabellos. Pues no. Aunque este fuera el tono general, o el de mis recuerdos, de aquella expedición, Ada no llevaba una falda larga y mangas abullonadas, sino un vestido (qué apuro recordar esto ahora), un vestido con un estampado de florecitas lilas muy parecido al de una bata de estar por casa, de no ser por el fondo, que era negro. El cuello y los puños estaban ribeteados con el mismo motivo floral, pero en este caso las flores eran azules, lo que daba a la prenda cierta distinción, aunque no dejaba de ser un vestido corriente, con pinzas en el talle, falda bastante ancha y un ligero apresto en el algodón que susurraba cuando se movía.

Estuvimos sentados en el tren a su lado durante todo el trayecto hasta Donabate, que está junto al mar, y nos entretuvimos jugando con el tirador de cuero de la ventanilla o abriendo la puerta para mirar el pasillo del vagón y cerrándola de golpe. Tras dejar atrás la montaña de Howth, el tren siguió hacia Malahide, y se adentró en la llanura arenosa del norte de Dublín, que, como sabíamos todos los Hegarty, era sinónimo de «horticultura», al igual que Navan significaba «alfombras» y Newbridge «cuberterías y cuerdas». Mirábamos con curiosidad por la ventanilla preguntándonos cómo sería la «horticultura», jugábamos en nuestros asientos y éramos, supongo, completamente felices.

Nos dirigíamos a un lugar llamado Saint Ita's y luego iríamos al mar. El primero era un destino curioso. Teníamos una hermana llamada Ita, que ya entonces era la que peor caía de todos los hermanos, lo que quizá les ocurría a todas las chicas cuando empezaban a crecerles los pechos.

Santa Ita fue una monja irlandesa de los primeros tiempos que, por amor al Niño Jesús, pidió a Dios el don de la lactancia..., «y la leche llegó». No era, pues, a un lugar adonde nos dirigíamos ese día en tren, sino a la idea confusa de «lactancia», fuera lo que fuese que significara para mí a los ocho años: una mujer limpiando tiernamente con una gasa la boca de un bebé, o una enfermera que aguardaba sonriente, y en esta imagen había un no sé qué extraño y hermoso tras el reloj colgado del cuello y la tela de algodón blanco sobre el pecho. Así pues, hacia la blancura viajábamos, traqueteando. Y es la blancura lo que recuerdo cuando por fin llegamos: un cielo calcinado y blanco, que se unía a lo lejos, en un último estallido de blancura,

con el gris del mar.

Mientras tanto, yo estaba sentada en el vagón junto a la falda floreada de Ada, tal vez sacando de entre los labios apretados un collar de cuentas de plástico que a continuación volvía a meterme en la boca. Debió de durar a lo sumo cuarenta minutos aquel fantástico e interminable viaje en tren. Kitty y yo con vestidos de cuadros pero de diferente color, rosa para ella y verde para mí, y Liam, como todos los chicos, de azul marino y gris. Mientras el tren traqueteaba, brincábamos sobre los asientos de muelles, todos juntos, como actores en el escenario. Luego, ¡todos abajo! En la estación, el vapor silba y Ada vuelve a llevar las mangas abullonadas mientras subimos por unas escaleras que nos conducen hasta el pueblecito y el puente encorvado, desde donde se ven las vías que cortan el paisaje hacia el norte en dirección a Rush y Lusk. Hay una tienda de helados y se percibe el olor del mar, pero Ada tiene que ir más lejos y esperamos en una parada de autobús, hasta que un desconocido que conduce un automóvil verde se para y subimos a la parte de atrás. «¿Van al hospital?», pregunta el hombre sentado al volante, y Ada responde: «A Saint Ita's, sí...», con un largo suspiro. El desconocido permite que esta palabra grávida se quede con nosotros en el coche. Dice que no nos dejará justo en la puerta, pero sí bastante cerca. Es evidente que suele recoger a gente en esta parada de autobús y, por la forma en que ha dicho «hospital», deduzco que Saint Ita's no lo es. Si fuéramos a un hospital, Ada lo hubiese dicho.

Hay una niña sentada junto al conductor, de unos cinco años. Tiene los ojos muy redondos, no lleva zapatos ni camiseta, y va la mar de feliz delante junto a su padre. Cuando el coche se para, nos miramos las dos, y cuando bajamos sigue mirándonos, como si quisiera venir con nosotros, a pesar de su buena suerte. Una parte de mí se va con ella cuando el automóvil se aleja.

Otra parte de mí sigue aún, al cabo de los años, caminando por la carretera donde el desconocido nos dejó. Es larga y recta, una carretera rural, aunque cuenta con un buen arcén asfaltado en un lateral, por el que caminamos los cuatro: los tres niños y la mujer con su bolsa de malla. Hay una zanja junto al arcén y, más allá, un extenso trigal tembloroso. Al otro lado de la carretera hay una hilera de árboles viejos e imponentes y una franja de terreno pantanoso. En mitad del campo se alza un bungalow, y esperamos a ver si hay un sendero que lleve a él o si está abandonado en medio del trigal.

Mucho más adelante —a los ocho años, esta era la carretera más larga y recta que yo había pisado— hay un hombre que camina apoyado en dos muletas: alza un hombro sobre una de ellas y luego el otro, mientras sus piernas curiosamente se oponen o siguen este ritmo, como si solo llevara las muletas para impresionar. Es bajo y fornido. Tuerce la muñeca cuando baja el hombro y la muleta tal vez oscila un poco antes de que haga avanzar la otra mitad del cuerpo. Alzar, torcer, oscilar, paso.

Alzar, torcer, temblar, paso. Por lo que veo, a sus piernas no les pasa nada, salvo que son lentas y la carretera es muy larga. Alzar, torcer, guiñar, paso. Hombro, mano y tal vez, sí, pierna. Ya tendríamos que haberlo adelantado, pero la carretera es demasiado larga y Ada se detiene a cada momento por culpa de alguno de nosotros, y con la distancia que nos separa y la emoción del día pienso que al hombre de las muletas debe de pasarle alguna otra cosa, algo que no sabremos hasta que le demos alcance: una deformación en el rostro o una expresión que aún no vemos. Estamos más cerca, pero aún no hemos llegado a su altura, mientras él sigue ganando terreno y avanzando más deprisa de lo que cabría esperar de un hombre con dos piernas malas, y de hecho lo habríamos adelantado de no ser porque Kitty ha saltado a la carretera y porque Ada se ha detenido para manipular y colocar bien el contenido de la bolsa de malla, donde no solo lleva sándwiches de huevo envueltos en papel parafinado, sino también algo más: paquetitos demasiado buenos para nuestro picnic, meticulosamente envueltos con papel de regalo y cinta adhesiva; uno de ellos parece una caja de After Eight y el otro, que tiene una forma bastante rara, podría ser cualquier cosa. Ada ha escrito en ellos un nombre con bolígrafo y ha metido cada uno en una bolsa de plástico. Va a visitar a alguien en el hospital y después iremos todos a la playa. Naturalmente, sé desde el principio que vamos a ver al tío Brendan, pero, como solo tengo ocho años, no entiendo que mi tío es hijo de Ada, y tampoco sé muy bien qué significa eso de ser «hijo». Pero lo cierto es que sé desde el principio que vamos a visitar al tío Brendan en Saint Ita's, que no es precisamente un hospital, y que después vamos a mojarnos los pies en el mar.

Liam en particular es juguetón y solitario, quiere caminar por el otro lado de la carretera para ver mejor el terreno bajo que se está transformando en un pantano, pero Ada no se lo permite: Liam debe ir por el arcén, porque para eso está, ¿y qué diría nuestra madre si Ada se lo devolviera destrozado por un coche? Al oír mencionar a nuestra madre, todo se complica un poco, porque ¿qué es para mí Liam sino un «hermano» y qué es para mamá sino su «hijo»? Entonces veo que el viejo de las muletas ha desaparecido, que hemos dejado atrás la larga brecha que se abría en el trigal, si es que había semejante brecha, y que el bungalow flota en el centro del campo a nuestra espalda, rodeado de un mar dorado.

No recuerdo el hospital. Supongo que Ada no nos dejó entrar. Había una pista de frontón en las instalaciones y nos quedamos ahí jugando entre las paredes de hormigón. Detrás de la pista había una loma con una torre redonda —como la torre redonda irlandesa de las tapas de nuestros cuadernos escolares— y al lado lo que parecía una enorme jarra de piedra, tal vez de unos treinta metros de altura, que servía de depósito de agua: ambas montaban guardia sobre la colina, como una mujer gorda y un hombre flaco, mirando hacia el mar. Ahí estaba, al pie de la loma, un mar recio, bajo un cielo blanco. Podríamos haber bajado corriendo hasta él, pero Ada nos había

ordenado que no nos moviéramos de allí, de modo que pasamos el rato jugando en el frontón, sin hacer nada especial, solo porque nos gustaba la forma que tenía: pared del fondo y las dos laterales descendentes, como si hubieran cortado el extremo de una caja de zapatos. A un lado se alzaban la torre redonda y el depósito del agua, y al otro, un muro de ladrillo rojo. Nosotros no miramos en ese muro ni las sucias ventanas sin barrotes, tras las cuales estaban los locos, y tampoco pensamos en lo que hacían los locos en cuanto veían niños —comérselos, creía yo, sorbían los sesos y tuétanos por las orejas—, así que jugamos como unos niños buenos a la vista de los chiflados hasta que regresó Ada con su bolsa de malla medio vacía, complacida de vernos allí tan tranquilos.

«Vamos», debió de decirnos, y nosotros no le hablamos del loco que habíamos visto subir por el camino que llevaba al mar, lento, estúpido, sucio y aterrador, y que nos había mirado fijamente cuando pasó a nuestro lado arrastrando los pies.

Después debimos de ir a la playa. Ada nos llevó a tomar una limonada en un pub que tenía el tejado negro con grandes letras blancas escritas a lo largo. Supongo que luego subimos al autobús en la parada que había delante del hospital para volver a la estación y regresamos en tren a casa.

Por aquella época Liam comenzó a tener miedo por la noche y, aunque en la cama grande dormíamos Kitty y yo, venía a oscuras y, tras deslizarse entre las dos, empujaba a Kitty con el codo y le susurraba que se fuera a la otra cama. Kitty parecía una niña victoriana con su camisón, los tobillos y los talones blancos sobre el suelo de madera y el cabello revuelto alrededor de la cara hinchada por el sueño. Yo casi la echaba de menos, la tranquilizadora quietud de su respiración en la almohada contigua, ocupada ahora por el rostro de Liam, que tenía los ojos como platos y no dejaba de parpadear mientras movía las manos bajo las sábanas para hacerse un hueco. Nunca estaba quieto. Levantaba la cabeza de la almohada y me miraba, o se reclinaba contra el cabezal, se removía y se retorció, o se quedaba inmóvil, aterrorizado: acabo de ver una cara en la ventana, o imagina que hay un volcán bajo Dublín, o que te caes en un hoyo y se te llena la boca de gusanos. Lo decía con delectación, así que, aunque todo cuanto contaba era terrible, guardo muy buen recuerdo de aquellas noches de charla hasta el amanecer. Debía de ser mucho más menudo que yo entonces, puesto que siempre acababa acurrucado allí donde mi cuerpo descansaba sobre el colchón, y yo me despertaba para apartarlo.

¿De qué hablábamos? ¡Ojalá lo supiera! En nuestra adolescencia nos escribíamos cartas ocurrentes y divertidísimas cada vez que nos separábamos, como el verano que estuvo en los condados de lengua gaélica o la temporada que pasé en Francia en un intercambio escolar.

«Entretanto —me escribió desde Gweedore cuando tenía catorce años— se nos está quedando el culo entumecido de tanto estar sentados en la playa y no beber vodka, o “bhodhca”, como lo llaman aquí. A Billy Tobin lo han enviado a casa por hablar inglés, así que Michael y yo hemos inventado una forma de hablar inglés (como si en realidad fuera irlandés), que es muy divertida y no demasiado inteligible. Tendrías que probarlo alguna vez».

De los dos, él era el que más hablaba, pero a mí no me importaba. Ojalá recordara qué me contaba exactamente, pero las conversaciones con Liam no se quedaron grabadas en mi memoria. Jamás charlamos sentados frente a frente como es debido, en una casa, un restaurante o un bar. Hablábamos como supongo hacen todos los hermanos, mirando a cualquier otra parte, o sentados en el suelo, fumando, con la espalda apoyada en la misma pared, y observando a la gente que pasaba y pensando en mil cosas. Hablábamos mucho en la oscuridad, colocados de diferentes formas: tendidos en la cama grande en casa de Ada; uno con la cabeza a los pies del otro un par de veces en casa, o en perpendicular en el tugurio de Stoke Newington, donde había dos camas cuyos cabezales se juntaban en una esquina. Yo veía el resplandor

amarillo alrededor de su boca cuando daba una calada y el cigarrillo crepitaba, y luego la punta roja describía un arco, como si la arrojara al suelo. Eso me ponía un poco nerviosa, temerosa de verme atrapada y, al mismo tiempo, permanecía inmóvil. El fuego me da mucho miedo. Era verano, y a veces charlábamos hasta el amanecer, pero no recuerdo de qué conversábamos. Digo un nombre en el dormitorio, «Joan Armatrading», por ejemplo, y pienso: Nunca hablábamos de ella. Supongo que hablábamos de la familia, aunque con cierta reserva. ¿De qué más?, ¿de mecánica cuántica?

Hablábamos de todo y de nada, tal vez, y el día que arrojé mi maleta por las escaleras del antro de Stoke Newington supe que no volvería a tener esas conversaciones acerca de todo y nada.

Era el segundo verano que pasaba en Londres. Liam no se había presentado a los exámenes finales y yo ganaba algo de dinero para mi último curso trabajando en Elephant and Castle. Él había encontrado el antro donde nos alojábamos: un edificio de tres pisos y sótano que parecía no tener dueño. En la sala de estar reinaba un olorillo penetrante, mezcla de PVC, sardinas y orines, y al final descubrimos que procedía de los enchufes, que echaban chispas y destruían cualquier aparato que estuviera conectado a ellos. Unos rastros negros de humo manchaban el plástico blanco y, cuando nos agachábamos para mirarlos y olisquearlos, la moqueta nos dejaba óvalos de humedad en las rodillas. No recuerdo cómo era la ropa de cama sobre la que, en habitaciones contiguas, cada inquilino gozaba del sexo de los pobres, y cuerpos que yacían después en abandono pictórico sobre las ondas y las arrugas de las sábanas cada vez más grises.

Éramos jóvenes, así que supongo que es posible que fuéramos también guapos; de todas formas, la pobre muchacha con los guantes de malla sacaba de quicio a todos, y el joven australiano caía mal por su bronceado y todos querían que se callara o se largara de una vez; ambos, tal como los recuerdo ahora, encantadores a más no poder: ella, alzando los blancos hombros de huesos duros y pequeños mientras fumaba sus Gitanes, y él, con el torso desnudo en la cocina; la línea de vello que le recorría el pecho se interrumpía sobre el ombligo para luego brotar, hasta ir a hundirse en una maraña rubia, bajo sus alegres shorts australianos. Estos eran los diletantes claro está, los turistas como yo, los que no temblaban ni gritaban ni daban puñetazos, los que no lanzaban bolsas de basura por la ventana en mitad de la noche porque habían olvidado por un momento dónde estaban. Había un camello en el sótano, pero poca droga dentro del edificio, o tal vez fuera que nadie me la ofrecía a mí; por mis cabellos rubios y mi cara fina ya entonces debía de estar claro que no iba de ese palo. Tampoco nadie intentó follar conmigo, aunque una noche el australiano y yo nos lo montamos, solo porque tuvimos la oportunidad.

Pienso algunas veces en aquel encuentro —cuando, por ejemplo, me digo que

debería volver a salir por ahí y «hacerlo»— y lo recuerdo como si fuera una escena de película: cuerpos moviéndose juntos a la luz del atardecer, miembros que forman lentos ángulos, lenguas que se arquean hacia fuera. Y eso que estoy segura de que lo hicimos en la oscuridad, después de beber unas copas de vino malo a la luz de las velas en el descuidado jardín trasero. Hubo algo en aquel encuentro que hacía pensar que lo experimentábamos casi enteramente desde fuera; mi joven cuerpo, su joven cuerpo, todas las posturas y movimientos y, por encima de nosotros, mi mirada atenta, quizá su mirada atenta, o ambas unidas. Eramos tan maravillosa y limpiamente pornográficos, y tan amigos, que fue casi como bailar, y no sentí nada más que lo que debe de sentir una bailarina, aparte de cierta tensión mientras me aferraba al australiano, deseosa de que la escena, con todas sus cuidadosas variaciones, durara un poco más.

Nos despedimos con una sonrisa que hizo las veces de apretón de manos, y volví a mi cama y me acosté. Me duró un día, tal vez dos, la sensación de libertad y caos de follar con cualquiera al que echara el ojo, la claridad de ideas a este respecto, hasta que de pronto quedé postrada y muda de amor por el australiano; me pasaba las horas tumbada escuchando todos los sonidos de la casa, los pasos, las voces y los susurros e intentaba distinguir entre ellos el sordo gorjeo de su voz. Me di cuenta también de que no estaba enamorada de él, pero sí condenada a una vida de pasiones falsas; supe que amaría a cualquier hombre con quien me acostara para no aborrecerme a mí misma, y de pronto me resultó insoportable la miseria de aquella casa: la humedad y el moho, las disputas cuando alguien se comía los cereales de otro, la lenta distancia entre Liam y la chica de los guantes de malla, la angustia y las tergiversaciones de la habitación contigua, y el camello del sótano, al que hacían mamadas como si aquel antro fuera un burdel para un solo cliente, mientras otra chica aguardaba temblando en la escalera.

Y sigo tumbada allí, temerosa en las sábanas de no sé quién, esperando a que el australiano llame a la puerta o a que cambie el tiempo; esperando a que algún lejano engranaje se mueva y haga avanzar mi vida. Creo que entonces podría haberme perdido...; no es que ahora me haya «encontrado», en absoluto, pero creo que si mi vida se hubiera detenido allí me habría perdido de una forma más desastrosa.

Oficialmente la habitación era de Liam, así que, durante los dos o tres días en los que ni comí, ni podía pensar y solo me levantaba en mitad de la noche, una de las cosas que miraba era su cama, que formaba un ángulo recto con la mía: una manta de lana amarillenta con una ancha franja rosa en la parte superior. Liam no estaba nunca allí, y tal vez ese fuera uno de los efectos de nuestra estancia en casa de Ada: si formaba un hogar, era solo para abandonarlo. No sé por qué no me importaba: envidiaba su libertad, ciertamente, pero creo que incluso entonces me daba cuenta de que el lugar adonde iba era siempre menos interesante que el que había dejado, o más

terrible. Liam era propenso al tedio y la decadencia; era demasiado inseguro e inquieto para hacer de sí mismo, incluso entonces, un objeto trágico.

Iba a decir que yo era demasiado de clase media para Stoke Newington —en las infinitas gradaciones que implican estos conceptos—, pero no es del todo cierto. No. Cerraba los párpados en la habitación y, cuando los abría, esperaba que hubiera desaparecido, que hubiera desaparecido todo, quiero decir: las guirnalda marrones del papel pintado, los zócalos color turquesa, el suelo con un pedazo mal cortado de moqueta a manera de alfombra. Cuando abría los ojos, deseaba que la habitación hubiera desaparecido o se hubiera despojado de todo, que la casa se hubiera vaciado, que sus inquilinos estuvieran muertos y que el guapo y aburrido australiano —Greg, así se llamaba— se hubiera convertido en polvo. Deseaba que Liam saliera del montón de mantas para decirme: «Ostras, Vero, vamos a tomar una taza de café. Volvamos a casa».

Y sin embargo sabía que Liam jamás regresaría a casa, ni a esa cama ni a la de Griffith Way, ni a ninguna otra cama que hubiera hecho para sí mismo, con las almohadas ahuecadas y el embozo de la sábana bien colocado.

Además, se peleaba con la gente, y en Stoke Newington eso empezó a irritarme por primera vez. Hubo un problema con el alquiler; según me explicó, había deslizado el sobre por debajo de la puerta, un sobre alargado, con el nombre del tipo escrito con un «bolígrafo rojo». Cuando Liam entraba en detalles, yo sabía que mentía y que trataba de convencerse a sí mismo de lo que decía; seguro que veía el bolígrafo y se veía a sí mismo escribiendo con él, una vez que había recordado que era rojo. Esas disputas sin objeto solo conducían a más follones y gritos: al final sacaban a rastras a Liam de tal o cual habitación a las cuatro de la madrugada o a las dos de la tarde con un «Que te den por culo. ¡Vamos, hombre!».

Nunca se peleó conmigo. Yo era su hermana. Estaba de su parte.

Sin duda debió de pensar que lo del australiano había sido una mala pasada, y yo también lo sabía mientras yacía rígida, en la habitación que compartíamos, durante tres días que no logro recordar, hasta que salté de la cama, hice la maleta y la arrojé escaleras abajo.

He dicho que no salí de la habitación durante tres días, pero alguna vez tendría que beber o ir al baño. Había un problema con las puertas de la casa: la gente siempre ponía cerrojos, pero estos acababan invariablemente rotos, y por eso la puerta de nuestra habitación, según recuerdo ahora, no cerraba del todo, y era esa rendija lo que me atormentaba mientras estaba tumbada en la cama, el hecho de que, cuando abría los ojos, seguía ahí.

Dejé a Liam con aquella puerta que no cerraba y todo cuanto hubiera detrás. Algo tedioso y horrible: la muerte, esa violadora que entra y camina de aquí para allá, y no dice qué quiere hasta que se lo lleva. Ojalá recordara qué me impulsó a levantarme de

la cama, meter mis cosas en la maleta y marcharme: quiero pensar que fue el trino de unos pájaros a lo lejos; la sensación de que alguien me llamaba para que volviera a casa. Pero la única persona que podía llamarme era Liam, y yo no sabía dónde estaba.

La maleta era azul marino, dura, con las esquinas redondeadas. Era de Deirdre Moloney, mi compañera de universidad, aquella cuya madre la echó de casa tres meses antes de los exámenes finales. En aquella época era todavía bastante cursi, es decir, que siempre tenía a mano cosas como maletas, botas de montaña y demás. Así pues, la maleta que lancé por la escalera era como la de una azafata de líneas aéreas y estaba llena, como la de cualquier azafata, de ropa sucia, tubos casi apurados de gel espermicida y, en medio, una botella de ginebra medio vacía.

Pan, pan, patapán, pan.

Liam estaba en otra casa, que debía de ser como esta o peor, y no se estaba dando un atracón de sexo, de drogas o de conversaciones profundas de colocados. Era el tipo que se pegaba como una lapa, el que nunca se largaba. Era el tipo del que nadie podía fiarse, el liante. «Mick», lo llamaban. «¡Eh, Mick!», o con el suave acento de los rastas: «¡Hola, irlandés!».

Yo quería una ducha. Quería ser una chica. Quería tener un polvo que significara algo. Quería licenciarme en arte con sobresaliente. Había un camino, pensaba — estaba convencida de que debía de haber un camino—, y Liam se había salido de él y yo no pensaba ir a buscarlo; esta vez no.

No fue esta la primera vez que abandoné a mi hermano, y tampoco sería la última. En sus últimos años de borracheras, lo abandoné cada vez que llegaba. Incluso antes de que empezara a darle a la botella había ocasiones en que me limitaba a poner los ojos en blanco y marcharme.

Los problemas con Liam nunca eran por algo grande. Los problemas con Liam consistían siempre en un centenar de cosas pequeñas. Tenía cigarrillos, pero no cerillas; ¿no tendría yo una caja? Sí, pero el fósforo se rompe, el fósforo no se enciende, no hay forma de prender estos fósforos baratos albaneses. ¿Tengo un encendedor? Maldita sea, ha tirado las cerillas al suelo. ¿Cómo es que no tengo encendedor? Va a buscar uno y revuelve todos los cajones de la cocina. Se va y deja abierta la puerta trasera. Vuelve al cabo de veinte minutos por la puerta de delante con un encendedor que ha encontrado en la calle —justo enfrente de casa—, pero está mojado. Enciende el horno con el piloto, prende el cigarrillo en la llama del horno y se quema la mano, que tiene un rato bajo el agua del grifo, luego revuelve el armario en busca de un molde metálico, deposita en él el encendedor —uno barato de plástico— y lo mete en el horno, y cuando le suelto un chillido me grita a su vez y reñimos junto a la puerta del horno. Después está enfurruñado durante una hora porque no me fío de que pueda secar el encendedor en el horno sin prender fuego a la casa. Y después del enfurruñamiento viene la discusión.

Liam es listo.

No. Liam está muerto.

Debería decir que Liam era listo.

Qué más da. Para ser alguien que casi siempre metía la pata estúpidamente, mi hermano era muy astuto. Y su astucia residía en conocer la vida de los demás, sus flaquezas y esperanzas, las pequeñas mentiras que nos contamos acerca de por qué hemos de levantarnos de la cama todas las mañanas. Este era el gran talento de Liam: sacar a la luz la mentira.

La bebida lo volvió despiadado, pero puedo dar fe de que incluso cuando estaba sobrio se olía lo que ocurría en una habitación. Un día, poco después de la muerte del padre de Tom, no hizo más que hablar de la putrefacción. Vi cómo Tom lo miraba con cara de póquer, mientras Liam disertaba sobre lo mucho que tardaban los cadáveres en descomponerse en la actualidad, debido a que todos estábamos atiborrados de aditivos y conservantes. No estoy segura de si le había comentado que mi suegro se estaba muriendo, pero él se lo había olido. Liam podía ser un ser humano de lo más desagradable, pero era difícil saber qué hacía exactamente para conseguir que te sintieras descolocado.

«¿A qué ha venido esto?», me preguntó Tom cuando Liam se marchó, fingiendo no haber entendido ni una sola palabra; porque donde mi hermano trabajaba mejor era bajo la piel del otro. No creo que lo hiciese a propósito. Era como un microbio; Liam tenía ideas contagiosas.

Y después tomaba unos tragos.

«Verrugas genitales», soltó una vez con sorna en el aire limpio de nuestra sala de estar familiar, y a continuación explicó entre carcajadas cómo a partir de un brote de la enfermedad habían descubierto una cadena de infidelidades entre el personal del hospital Hampstead Royal Free. «Las llamábamos verrugas libres», añadió, tras lo cual hizo bromas acerca de las salas de lavandería del hospital y las atónitas esposas de los médicos especialistas. Y también sobre pacientes en coma a las que se habían follado, por supuesto, o que despertaban con semen en los cabellos... ¡Vaya, Liam! Cómo nos haces reír a todos, es fantástico tenerte aquí.

Cuando estaba sobrio, perdía autobuses, se equivocaba al hacer los transbordos y extraviaba o robaba cosas. Sin embargo, Liam no robaba en realidad, para él se trataba de un problema intelectual: no comprendía por qué los demás tenían algo y él no, así que la única solución era birlarlo, aunque fuera una fruslería. A veces dinero, a mí por supuesto, y probablemente a Kitty, aunque nunca comentamos nada al respecto, pero también cosas curiosas. En 1989, por ejemplo, se llevó el teléfono de pared de mi cocina, sin tener en cuenta —o precisamente por eso— que yo vivía entonces en un piso alquilado. Lo más estúpido de todo es que los teléfonos irlandeses no podían conectarse a la red de British Telecom. Claro que Liam debía de conocer a alguien capaz de adaptarlo, de modo que solo Dios sabe cuánto tiempo estaría el maldito trasto con los cables al aire en su habitación. Solo sé que durante los seis meses siguientes, cada vez que yo llamaba, no contestaba nadie, ni irlandés, ni británico. También sé que se lo llevó porque presentía que iba a estar fuera mucho tiempo y deseaba tener algo mío. Quería mantener el contacto.

Es decir, que yo lo abandoné a él y él me abandonó a mí. ¿No les ocurre eso a todos los hermanos? La primera vez fue cuando fuimos a la escuela de Saint Dymphna's en Broadstone. Él entraba por una puerta y yo por otra, y aunque seguíamos durmiendo en la misma cama, durante el día él era un chico y yo una niña, y no estaba bien que lo vieran hablando conmigo en el patio. Así pues, ¿quién tuvo la culpa?

Eso fue en 1967, el año en que superé en altura a Liam, como siempre desde entonces. Aparte de la gran aventura en la estación de autobuses, poco más sucedió en Broadstone. Nos pasábamos el día dando vueltas por las calles; dos críos de cabello azabache y ojos azulísimos, y una tercera larguirucha y con el pelo del color de la arena, que era yo: fue precisamente el año en que empezó a desagradarme mi pelo, que encontraba estropajoso y sucio. Hubo otros indicios de adolescencia. Una

vez sumergí la cara en el lavabo del piso de arriba para averiguar cómo era la sensación de matarse, y otro día me cosí las yemas de los dedos con una aguja de Ada mientras Liam jugaba con sus cigarrillos. De todas formas, creo que esto debió de suceder más tarde, en la sorprendente primavera, cuando todavía no habíamos regresado a casa.

En principio habían de ser solo unas vacaciones de verano. Un día la calle estaba llena de niños y al día siguiente todos se habían ido, y Liam, Kitty y yo dedujimos que la escuela había empezado sin nosotros. Que nos habían abandonado. Caminábamos por las calles junto a casas donde ahora reinaba el silencio. Parecía que podíamos ir a cualquier parte. Pero preferíamos volver con nuestra abuela y sentarnos un rato.

Hubo alguna conversación esporádica acerca de qué hacer con nosotros. Ada debió de comentárselo a una vecina ante la puerta de casa. «¿Conoces a alguien en Saint Dympna's?» Al final nos llevó a Kitty y a mí a ver a la monja que se encargaría de buscarnos un hueco en la escuela, la hermana Benedict: una mujer de ojos negros, vehemente, que nos plantificó un vigoroso beso y apretó contra su pecho nuestras mejillas infantiles, y nos acarició mientras hablaba con Ada y nosotras oíamos el murmullo de su voz y los fuertes latidos de su corazón.

Al bajar la vista me llamó la atención su rosario, que caía hasta el suelo, así como la sencillez de sus pies, calzados bajo los hábitos en sandalias monacales.

Me apartó un poco, se arrodilló delante de mí y tomó mi cabeza entre sus manos. En realidad las puso sobre mis orejas, de modo que fue de nuevo el eco de su cuerpo lo que oí cuando me dijo que era una niña preciosa y que en la escuela estaban muy, muy contentos de contarme entre sus alumnos. Me explicó que iría a su clase y que sería uno de los soldaditos de Dios, y así es como recuerdo el tiempo que pasé con la hermana Benedict, como un tiempo de desfiles, con nuestros pupitres dispuestos en fila: teníamos a Jesús en nuestro corazón, a un lado a la Virgen María, que nos miraba, al igual que nuestro Ángel de la Guarda, Dios lo veía todo desde lo alto y el Espíritu Santo arrojaba sobre la raya de nuestros cabellos bombas que estallaban en una inofensiva lengua de llamas. No había lugar para el demonio, que era una sombra oscura detrás de nuestro hombro izquierdo, donde no podíamos verlo ni con el rabillo del ojo.

Lo mejor de la hermana Benedict era su nombre. Nos contó que lo había elegido ella misma en recuerdo del monje que fue alimentado por un cuervo en el desierto, porque, cuando era niña, el pan tenía moho y criaba bichos. La escuela debía su nombre a Dympna, una antigua princesa irlandesa que se negó a casarse con su padre. Cuando su madre, la reina, murió, el padre de Dympna buscó esposa por todo el reino, pero no la encontró. Fue entonces cuando se encaprichó de su hija. Dympna huyó a Bélgica con su padre confesor, pero su padre el rey le dio alcance y le cortó la

cabeza. Una historia fantástica. La hermana Benedict nos explicó que santa Dymrna era la patrona de los locos, porque su padre tenía que estar loco para querer casarse con ella. Faltaría más.

Mi nombre, Verónica —que siempre me había parecido muy feo porque me sonaba al nombre de una pomada o de una enfermedad—, era uno de los favoritos de la hermana Benedict. Santa Verónica enjugó el rostro de Cristo camino del Calvario y El dejó Su rostro en el paño. O la imagen de Su rostro. Fue, según nos contó, la primera fotografía de la historia.

Me encariñé mucho con ella: una figura que descollaba entre la multitud, suplicante y tierna a la vez. Aún pienso en la hermana Benedict cada vez que me ofrecen toallitas húmedas en los restaurantes chinos y en las líneas aéreas clásicas. Hemos perdido el arte de la ternura pública, esos pequeños gestos de lavar y enjugar; hemos olvidado con cuánta abyección agradece el cuerpo un contacto formal. Yo sabía que mi destino estaba ligado al de Verónica de alguna manera. Tal vez sería fotógrafa. Tal vez llegaría un día en que saldría de entre la multitud para luego volver a ella..., nada más. Pensaba que de mayor podría ser una enjugadora de cosas: de sangre, de lágrimas, de todo eso.

Confundía a Verónica con la mujer de los evangelios que sufría hemorragias, la que hizo que Cristo preguntara: «¿Quién me ha tocado?», y también con la mujer a la que dijo: *Noli me tangere*, después de la resurrección. «No me toques».

¿Por qué no?

¿Por qué no debía tocarlo? Lo tocó, a Tomás lo invitó a meter las manos en sus heridas. Estas cosas me parecían muy importantes a los ocho años.

Durante un tiempo practiqué con mis heridas y costras, y en cada ocasión me sorprendía la viveza del rojo sobre el papel higiénico blanco que empleaba en lugar de los paños de cocina de Ada. Los niños no entienden el dolor; experimentan con él, pero casi podría decirse que no lo sienten, o que no saben cómo sentirlo, hasta que son adultos. Y aun entonces parece que solo sintamos dolor por lo que no lo merece. O así ha sido siempre en mi caso.

No soy Verónica. No obstante, en su momento enjugué lo que me correspondía, y es cierto que me atraen las personas que sufren, o los hombres que sufren, como mi sufriente marido, mi sufriente hermano o la sufriente figura del señor Nugent. Por desgracia la felicidad, en un hombre, no me va.

Recuerdo una tarde despaciosa practicando acupuntura en mi muslo con las agujas de la cesta de costura de Ada, probando cuánto se hundía en la grasa y la carne hasta llegar al cartílago o el hueso, o tal vez tengamos un tendón ahí, no lo sé, nunca me ha interesado saber qué hay en cada sitio. No me interesan los médicos, los trocitos ni las ternillas... Pónganme anestesia general, digo, pónganmela ya, antes de que algo falle. Y recuerdo también cierta noche con Michael Weiss en que me dio por

rajarme la cara interna de la pierna con un bolígrafo nada menos, y después reseguí con un cuchillo de cocina las infructuosas líneas azules. Y recuerdo la frialdad del tajo.

Y al cabo de un rato...

Al cabo de un rato, el mundo lejano rezumante, perlando los bordes, espeso y rojo; brotó para unir e inundar la brecha, y luego desbordó poco a poco los labios de carne con una gota henchida, deliciosa. El mundo entero retornó sangrante, un mundo que primero se componía de Michael Weiss, o al menos de su voz, que decía: «¿Quieres parar ya, quieres hacer el favor de parar de una puñetera vez?».

Qué repugnancia. Una repugnancia extrema y absoluta. «¿Ya estás contenta?» El bueno, el amable, el humano de Michael Weiss.

Color crudo, crema, arenisca, pizarra.

Aquí no hay sangre. No hay sangre en esta casa. Pero a mí me queda un residuo de interés, podría decirse. Siento un interés residual por el rostro sangrante de Cristo y por la mujer que tal vez existió pero sin duda no se llamaba Verónica, la que enjugó la sangre y, de ese modo, parte del daño hecho.

No voy a misa ahora y he transmitido poco de eso a mis hijas, aunque Rebecca, a sus ocho años, pasa una etapa piadosa, probablemente para llevarme la contraria. Me sorprende lo altos que son los críos de ocho años. Me sorprende que sean como personas de verdad. Claro que los hijos son siempre de verdad para sus padres, lo son desde el principio, pero hasta los hijos de los otros parecen personas cabales a los ocho años, y mi hija de ocho años, como si hubiera comprendido eso, ha vuelto hacia Dios su rostro nuevo y plenamente humano.

A Liam le gustaba santa Catalina de Siena, la lamedora de llagas. También tres santos romanos de nombres muy raros, a los que pusieron cabeza abajo y metieron leche y mostaza por la nariz, lo que al parecer provocó su muerte. Por lo que recuerdo, a Kitty no le interesaba.

Mientras escribo, miro por la ventana y consulto con el cadáver que tengo sentado en el Saab aparcado a la puerta de casa. Está siempre ahí (siempre es un hombre), una figura hundida en el asiento delantero que, al observarla bien, resulta ser el reposacabezas reclinable. Aunque lo sé, me siento atraída por su cara disecada e inexpresiva, y me pregunto por qué se muestra tan paciente. Tiene la mirada clavada en el salpicadero, como un hombre que oye la radio y no quiere entrar en casa. Un síntoma de la soledad de los hombres y de su obstinación. No entrará en casa el cadáver de mi coche, el maniquí de prueba de choques del asiento delantero. Espera los últimos resultados del fútbol.

En realidad yo no lo quiero en casa, pero eso no significa que me alegre ver siempre en mi coche a ese hombre que me habla, con absoluta franqueza, de la paciencia y la capacidad de soportar. Y de la posibilidad de que las personas no se preocupen por los demás —o no de verdad— y que lo que más les guste en la vida sea el juego.

Puedo quedarme levantada con él o subir a la habitación para dormir con mi marido.

Las noches son muy largas.

Estoy paranoica. Todo empezó tras el funeral, tal vez la semana siguiente, después de que Tom intentara resucitarme tendiéndose junto a mi cuerpo, besándolo, acariciándolo y todo lo demás. Pero yo pasaba de eso..., lo había olvidado. De nuevo iba y venía de la escuela, pasaba el aspirador y telefoneaba a otras madres para hablar de cosas típicas de madres, como fechas de fiestas o dónde comprar los zapatos de danza irlandesa para Rebecca. Todo era triste, pero estaba bien: buena comida, aire fresco, algunas copas de vino de más, y a la cama. Y entonces...

Aquí llega: la voz que me despierta a las cuatro de la madrugada. Nace dentro de mí y me despierto con un temor lento, escurridizo y ululante. ¿Qué es? «Está acostándose con otra». No, esta no es la voz de las cuatro de la madrugada. La voz de las cuatro de la madrugada tiene que ver con algo mucho más antiguo y también más terrible.

No siento el peso de mi cuerpo en la cama. No noto el contacto de mi piel en la sábana. Me balanceo a unos centímetros del colchón y no creo en mí misma —en que respiro o me doy la vuelta— ni creo en Tom tendido a mi lado: que esté vivo (a veces me despierto para encontrarlo muerto, solo para despertar otra vez). Tampoco creo que me quiera. Ni que compartamos ningún recuerdo. Está tendido ahí, a cierta distancia, mientras yo pierdo la fe. Duerme boca arriba. Y una madrugada, sí, a las cuatro, me despierto y veo una tumescencia lívida en su cuerpo tumbado de espaldas:

una cosa morada al borde de la descomposición. Tom yace boca arriba, dormido como un santo muerto o como un niño. Duerme profundamente, con las palmas de las manos vueltas hacia el cielo en los costados y una sonrisa tensa en la comisura de los ojos, como si lo que ve en el centro de su frente fuera convincente, fugaz, arrebatador. Lo observo durante un rato —qué estupidez despertarse para ver esto—, pero no puedo comprobar si es verdad lo que en sueños he visto en el cuerpo de mi marido dormido; una verga tan morada y maciza sería una carga para él. Descansa la espalda sobre el colchón para sostener esa cosa insoportable que está clavada en él y sale de su cuerpo mientras duerme. Sin poder evitarlo. Lleno de pensamientos agradables.

Me doy la vuelta y me arropo, y la cosa con que mi marido está follando en sueños se aleja poco a poco. Una cosa que podría ser yo.

O podría no ser yo. Tal vez sea Marilyn Monroe, muerta o viva. O quizá sea una de esas chicas de plástico que no merecen la menor confianza, o una compañera de trabajo, o una niña..., ¿por qué no su propia hija? Hay hombres que, dormidos, harían cualquier cosa y no sé qué los detiene cuando están despiertos. No sé cómo establecen el límite.

Otra escena. Tiene lugar en casa de Ada, en Broadstone, mucho después. Años más tarde. Es una escena en la que Ada trata de consolar a Nugent porque a este la vida no le va bien. La vida de Nugent es un desastre y, aunque no dice nada, Ada lo sabe por el olor que emana y porque tiene los hombros rectos mientras el resto de su cuerpo se encorva; sabe que el paso de los años, con todas sus decepciones, no sienta bien a Nugent.

No está segura de que a ella misma le siente bien.

Cuando le tiende la taza de té, el platillo tiembla, y él lo coge sin decir nada y lo deja sobre la mesa. Las pastas, dadas las circunstancias, están fuera de lugar. Con su esponjosa capa de coco blanco sobre el merengue rosado, las pastas no hacen al caso. Ada sabe que él está triste, pero aún no se compadece de él. Lamb Nugent tiene esposa, Kathleen, y cuatro hijos sanos. No tiene motivos para quejarse. Lo que pide es algo que Ada se niega a dar por encima de todo: le pide que crea en su pena, la pena corriente de un hombre con una esposa a la que no quiere demasiado y cuatro hijos a los que, de momento, no entiende; la pena habitual de los hombres cuando se dan cuenta de que no han hecho nada y no les queda nada por hacer. Quiere que lo compadezca por tener una vida perfectamente agradable que no le pertenece, por ser un fantasma en su propia casa, con una mujer que lo saca de sus casillas y cuatro hijos que le roban el aliento en cuanto sale de su boca. Mientras tanto, está sentado con una mujer demasiado mayor para llevársela a la cama, la guardiana de sus tesoros, la mujer que no lo amaré, aunque ella sabe que debería amarlo.

¿Y dónde está Charlie? A saber adonde se ha marchado.

Ada se come todas las pastas, una tras otra, mientras inspecciona la habitación para comprobar que todo está en su sitio, que el tiempo mejora y que el periódico sigue doblado sobre el brazo del sillón, a la espera de que alguien lo lea. Tiene cuarenta y siete años, y Nugent, cincuenta y uno. Dada la época, son ya un par de viejos.

Nugent está sentado en la sala de Ada y sufre. No hay nada sorprendente en esto: Ada aplasta con el índice las migajas de las pastas en el plato y se las lleva a la boca. ¿Por qué debería ser peor para él que para cualquier otro? En todo caso, es peor, insiste. Ahora está cansado de Ada.

Ella dice algo que él no oye, o tal vez simplemente decide no contestar. En todo caso, se hace un silencio, un vacío en el aire entre ambos, y Ada, el ama de casa, se mueve sin pensar en llenarlo: se levanta y se ocupa un instante de la bandeja, y se vuelve de nuevo esperando una respuesta a lo que sea que ha preguntado —la fiesta de la primavera o la calidad de la playa de Port Salón—, y cuando Nugent trata de

hablar, pero no puede, Ada le pone la mano en el hombro.

Eso es todo.

Le pone la mano en el hombro y él, al modo de una persona que la conoce desde hace muchos años, alza la vista y apoya la mano en su cadera. Se quedan así un momento, hasta que Ada se inclina para coger la bandeja y se dispone a salir de la habitación.

O bien la bandeja se ha caído y los dedos de Nugent han desabotonado la blusa de Ada y los dos están medio en el suelo, medio en la silla. ¿Qué debe de sentir al ver el cuerpo de Ada después de tantos años? No están acostumbrados a la desnudez; no tienen en la cabeza un surtido de cuerpos de gente corriente, como el que tendríamos nosotros con solo estar sentados en una playa un día de verano. Así que el pecho que él rodea con su boca de cincuenta y un años podría ser bonito o no, ninguno de los dos sabría decirlo; no juzgan por criterios de edad o de estética, o por ningún otro, el pequeño seno de Ada, con el pezón erecto y duro, pues su sorpresa al verlo de pronto al descubierto los absorbe, del mismo modo que a nosotros podría absorbernos un accidente de coche en la carretera, de manera que lo que sigue es lento, absoluto y ajeno a cualquier orden: el roce de la piel íntima de él con la piel íntima de ella, la arremetida del pene contra... ¿la pierna, la ingle, el vientre? ¿Es lo bastante hábil para conseguir que ella se tienda en el suelo? ¿Hay un instante, como tal vez lo hubiera en aquellos tiempos, en que es preciso tomar una decisión o formular un ruego —porque es lo que exige el procedimiento—, u ocurre sin más? Ella está tumbada, sin que él la haya empujado, la haya ayudado o se lo haya pedido, y ya lo han hecho, Lamb Nugent se ha corrido, fuera o dentro de Ada Merriman. Se arreglan la ropa y no cruzan palabra —¿es esto posible?—, no dicen que ya les resulta difícil recordar lo que acaba de suceder entre ambos; ¿acaso en el futuro no recordarán quién quiso qué o cuándo dio el primer paso, salvo, de vez en cuando, una imagen fugaz mientras miran a ambos lados para cruzar la calle, o mientras meten la llave en la cerradura; una convulsión distante de la mano y el pecho, la sensación íntima de boca contra boca, y ojos que se niegan a abrirse por temor a que la luz del día interrumpa lo que ocurre de nuevo, mientras salen de casa o bajan a la acera?

Debe de haber sido un placer retozar así; Nugent ha subido el corsé de Ada para correrse en el sedoso hueco de una entrepierna que, teniendo en cuenta la época, es ya la de una vieja. Sin embargo, me gustaría darles más. Ada tiene tres hijos, Nugent cuatro, y aunque es posible soportar estos fenómenos corporales como si los viviera otra persona (es lo que habría hecho mi madre), no creo que Ada ni Nugent fueran tan inocentes.

Así pues... Hay un cambio en la conversación. Nugent se calla. Ada se pone en pie para toquetear el contenido de la bandeja. Tiende la mano para consolarlo, él pone la suya en la cadera de Ada y la vida de ambos se bifurca ante ellos. Pueden mantener

las manos donde las han posado o dejarlas caer a los costados. Son jóvenes de nuevo; han retornado a ese momento de la vida en que el cuerpo de otro es un camino que puede tomarse, sin posibilidad de volver atrás.

Saben también que el momento pasó hace tiempo, que ya no son jóvenes y que no hay nada fatídico en una unión sexual cuando llega demasiado tarde. Lo que tienen delante no es tanto una bifurcación en el camino como una pequeña área de descanso. Podrían hacerlo y no pasaría nada. No cambiaría nada, ni el futuro ni el pasado. Nugent seguiría queriendo a Ada, o deseándola, y Ada seguiría deseando a Charlie, tanto si lo quiere como si no; tanto si quiere a alguien como si no. A sus cuarenta y siete años, le resulta difícil responder a esta pregunta, que es la única que se plantea cuando Nugent pone la mano en su cadera: si ha amado alguna vez a alguien, al vagabundo de su marido, a sus hijos, a ella misma o a los padres que nunca conoció.

¿Qué decir al respecto? Ada, más que querer a los demás, los alimenta y los mantiene limpios, y esta es también una forma de amor, pero ese hombre con cuatro hijos sanos y una esposa agradable ha sopesado ese amor doméstico y lo ha encontrado deficiente, y por un instante Ada no reconoce la mentira: que todas las mujeres son crueles porque son deseadas. Por un momento permanece inmóvil y piensa que es cierto (y tal vez lo sea) que nunca ha querido a nadie. Está sola. No hay nada que pueda hacer.

Cuando se mueven, todo ha acabado. El amor de Ada ha sido puesto a prueba y ha resultado deficiente, al igual que el de Nugent y el amor en general; los dos están de acuerdo en eso. Así pues, no hay nada reconfortante en la mano que Ada desliza sobre la nuca melancólica de Nugent ni en el tirón que da este para ponerla de rodillas mientras se deja caer de la silla para unirse con Ada en el suelo, y hay algo de torturado en la forma en que Ada levanta la barbilla para que él ponga la cabeza sobre su hombro y el rostro sobre su cuello. En esta posición se mueven los dos, con pausas trémulas y arranques pausados, a través del ajedrez corporal, hasta que Ada está preparada, en el suelo de su sala de estar, esperando.

Me gustaría pensar que sucedió algo más cuando él la penetró. Pero no sé qué. Tal vez se enamoraron de pronto. O sintieron dolor. ¿O qué?

Pasaron un buen rato.

Hicieron que la casa se viniera abajo: Dios roto en pedazos en el hogar; la historia, hecha jirones y adornando, como las medias de Ada, los utensilios de la chimenea.

El corredor de apuestas se folla a la puta... (me había olvidado de que era una puta) y nos acercamos a la verdad, estamos llegando a la verdad —de la condición esencial del hombre como jugador y de la mujer como puta—, nos abrimos paso hacia ella del mismo modo que Nugent se abre paso dentro de Ada: la bajeza moral de ella, el hecho de que ella también desea hacerlo. ¿Basta con esto? ¿No necesitaría

Nugent algo más para demostrar que está en lo cierto?

Puedo retorcerlos tanto como quieran aquí, en esta página, hacerlos experimentar toda clase de dilaciones, placeres, inconsciencia, abyección, liberación. Puedo doblarlos y reconfigurarlos de las formas más obscenas posibles, pero no me atrevo; es tan poco original lo que ocurre tras las puertas cerradas, esas terribles transgresiones que, después de todo, no son más que sexo.

Nada más que sexo.

Me gustaría abandonar mi cuerpo. Quizá de ahí vengan esas preguntas acerca de qué orificio o el orificio de quién, los fluidos correctos en los lugares equivocados, esas confusiones infantiles y pequeños gestos de sadismo: son una manera de salir a la fuerza de esta carne (a mí me gustaría salir nadando, salir disparada como una palabra de mi boca y desaparecer con un leve coletazo), porque hay un límite en lo que se puede follar y con qué: Nugent abre el vientre de Ada con sus dedos malvados y recios, hurga en sus cavidades, toma con prudente deseo los bellos lóbulos de sus pulmones, los acaricia. —«¡Oh!», gime ella, mientras nota cómo le falta el aire—, aprieta con fuerza sus rosados pulmones.

«¡Oh!»

Llego al final de lo que puede que hagan, de lo que puede que hicieran, y todo se reduce a esto:

Ada pone la mano en el hombro de Nugent y él, al modo de una persona que la conoce desde hace años, levanta la vista y apoya la mano en su cadera. Se quedan así un momento y al cabo de un instante Ada se inclina para recoger la bandeja, y se dispone a salir de la habitación.

Hay ciertas circunstancias de la muerte de Liam que habría preferido no conocer. Con tantas cosas como he olvidado en mi vida, resulta que no consigo olvidar estos pequeños detalles. He olvidado el día en que cumplí veintiún años y también el día en que cumplí dieciocho. He olvidado casi todas las Nocheviejas, salvo un par; he olvidado la cara de mi difunto hermano cuando tenía nueve, diez, doce años, pero jamás olvidaré los tres detalles que las buenas gentes de Brighton me explicaron acerca del cadáver que sacaron del mar.

El primero es que, cuando murió, Liam llevaba puesto un chaleco amarillo fluorescente como los que usan los ferroviarios y los ciclistas.

El segundo, que tenía los bolsillos llenos de piedras.

El tercero, que no llevaba calzoncillos bajo los tejanos ni calcetines bajo los zapatos de piel.

En Brighton las mareas son rápidas y abarcan una amplia distancia. Se puso el chaleco para que lo vieran entrar en el agua y encontraran fácilmente su cuerpo. Liam, que era incapaz de volver a meter las cerillas en su caja cuando se le caían, se mostró en esa ocasión muy metódico.

Las piedras se explican por sí mismas.

Es el hecho de que no llevara calzoncillos lo que más pena me da. Liam nunca fue una persona muy equilibrada, pero sí limpio y, aunque vivió en diversos tugurios, todos contaban con agua corriente y él siempre sabía dónde estaba la lavandería más próxima. Empleaba una pastilla de jabón rosa que ya nadie usaba y que tenía cierto olor industrial, no sé cómo se llamaba. Recuerdo que una vez estuve un buen rato en el supermercado olfateando todas las pastillas a través del envoltorio, para acabar comprando una sin apenas fragancia que al final no usaría. Se lavaba el cabello con champú de brea y se enjuagaba las encías con Listerine. Se espolvoreaba el cuerpo con polvos fungicidas y siempre pedía que hubiera toallitas húmedas junto al váter. Se limpiaba los dientes con hilo dental. El desodorante que utilizaba habría servido para decapar pintura.

Liam se quitó los calzoncillos porque no estaban limpios. Se quitó los calcetines porque no estaban limpios. Es muy probable que, mientras el agua fría inundaba sus zapatos, tuviera pensamientos de limpieza.

Mientras escribo acerca de estas circunstancias, el chaleco, las piedras y la falta de ropa interior, sé que estos tres detalles me obligan a abordar los hechos. Es hora de poner fin a las historias cambiantes y las ensoñaciones. Es hora de poner punto final a la novela romántica y limitarse a contar lo que ocurrió en casa de Ada el año que yo tenía ocho y Liam apenas nueve.

Esta es la sala de estar de Ada, en Broadstone. La puerta está pintada de esmalte blanco, que ya amarillea, y las paredes, empapeladas de un rosa grisáceo. Hay un sofá desvencijado y dos sillones de orejas muy duros, pero Ada ha colocado un fantástico surtido de cojines sobre las fundas oscuras y, en lugar de cuadros, ha colgado en las paredes fotografías enmarcadas de actrices de teatro con su autógrafo. La sala da a la calle, por lo cual la ventana cuenta con una persiana beige, visillos de encaje y, a los lados, del suelo al techo, cortinas rojas como las de los teatros. La ventana es lo primero que se ve al entrar y, a su lado, todo lo demás parece oscuro, salvo el espejo colocado sobre la repisa de la chimenea, que refleja un trozo iluminado de la habitación. La puerta se abre hacia dentro y está cerca de la puerta del recibidor, de modo que hay que entrar para ver quién hay dentro: Charlie dormido en el sofá — algunas veces en pijama—, o Ada leyendo en el sillón de orejas que está junto a la ventana para aprovechar la luz, o el señor Nugent, sentado en el otro sillón, un viernes, mientras Ada, que evita su compañía, está en la cocina poniendo pastas en una fuente.

Algunas semanas Ada no estaba para él. No sabíamos dónde se metía. No andábamos siempre pegados a las faldas de Ada, que tenía un genio bastante vivo y siempre tenía algo que hacer. Le gustaba disfrutar de su taza de té, y cuando se sentaba a tomarlo podíamos charlar con ella tanto como queríamos. El resto del tiempo, como todos los niños en aquella época, no hacíamos más que «estorbar».

Por eso yo pasaba la mayor parte del tiempo yendo de una habitación a otra, buscando o evitando algo, aunque no supiera qué.

«¿Qué haces ahí? —me decía Ada—. ¿Qué estás haciendo ahí?»

En la casa reinaba el aburrimiento más absoluto y yo no lograba librarme de él. El tedio acechaba en los rincones, en el camino que llevaba al garaje y en el pequeño patio trasero. Aquel día en particular, me había aburrido de diversas maneras en la escalera, en la mesa del comedor o en el recibidor antes de que comenzara a aburrirme de nuevo y decidiera entrar en la sala.

Lo que me impresionó fue el carácter insólito de lo que vi al abrir la puerta. Era como si el pene del señor Nugent, que emergía erecto de su bragueta, hubiera crecido de manera extraña y de su punta hubiera brotado una flor voluminosa que tenía forma de chico, y el chico era mi hermano Liam, que, como vi entonces, no era una extensión del miembro viril del adulto plantada misteriosamente en el suelo delante de él, sino un niño de nueve años asustado (claro que estaba asustado, yo acababa de abrir la puerta), y el miembro viril no era tal, sino el antebrazo desnudo del niño, que formaba un puente de carne entre él y el señor Nugent. Tenía la mano hundida en la ropa y agarraba algo oculto en ella. No eran un único ser, unidos desde la ingle de uno hasta el hombro del otro, sino dos personas a las que yo conocía: el señor Nugent y Liam.

Intento recordar cómo era Liam, pero es difícil evocar el rostro de tu hermano cuando era niño. Y aunque sé que es verdad que esto sucedió, no sé si la imagen que guarda mi memoria es auténtica: la peculiar excrecencia en la punta del pene del señor Nugent, el puente de carne entre el hombre y el niño. En la imagen hay demasiada luz amarilla, se proyectan demasiadas sombras alargadas. El señor Nugent está ligeramente recostado y tiene las manos apoyadas en las rodillas. Creo que podría ser un recuerdo falso, porque hay un terrible embrollo de cosas contra las que tengo que luchar para llegar hasta allí en mi memoria. Y también porque resulta insoportable. El señor Nugent está repantigado en el sillón, con la barbilla hundida en el cuello y la cara encendida de placer, o de dolor. Parece un anciano granjero al que le frotan los pies.

Ignoro por qué su placer es lo que me resulta más terrible de esa habitación. Sus entretelas. La mueca que provoca, como un hombre que intenta contener una ventosidad o el que se entera de una noticia terrible que, sin embargo, le resulta divertidísima. Lo insoportable es la lucha que se refleja en el rostro de Lamb Nugent, la lucha entre el hombre que no aprueba semejante placer y el que es demasiado débil para rechazarlo.

Desde entonces me he acostado con hombres así: no se delatan hasta el final y entonces lloriquean como si hubiera sucedido algo terrible. El placer los pilla desprevenidos, como si fuera una especie de emboscada. Y tú te sientes culpable, claro está. Piensas que todo ha sido culpa tuya.

Digo que me he acostado con «hombres», pero es solo una forma de hablar, porque lo que quiero decir es que, cuando me acuesto con Tom, a veces se comporta así, con ansia cuando se retira y odio en la acometida y me pregunta: «¿Qué estás mirando?», o algún extraño comentario sarcástico durante una cena con los amigos acerca de si me corro o no, aunque claro que me corro —al menos eso creo—, y después me doy cuenta de que lo que mi marido desea, lo que siempre ha deseado y lo que yo jamás le daré, es mi aniquilación. Así funciona su deseo. Corre parejo con el odio. Y a veces son la misma cosa.

«¿Qué daño te he hecho? —grito—. Aparte de amarte, ¿qué te he hecho?» Pero mi pregunta le parece demasiado estúpida para merecer una respuesta.

Sé que no todos los hombres son así. Hay cien mil Michael Weiss que acompañan a sus hijos e hijas a las clases de saxofón o piano, que viven una amable película norteamericana, donde los hombres son hombres y tienen un corazón apacible. Sé que esos hombres existen, incluso he conocido a algunos, pero no soy capaz de amarlos, por más que lo intente. Me enamoro de los que sufren y ellos me quieren a mí. Quieren verme sentada en sus preciosos muebles italianos y quieren verme llorar.

Sé que todo esto es una bobada. No se mata a una persona haciendo el amor con ella. Se mata con un cuchillo, una soga, un martillo o un arma de fuego. Se la

estrangula con sus medias. No se mata con un pene. Por lo tanto, todo —el te odio, te amo, te odio— es un sueño de matar y morir, así lo entiendo; cuando la pareja se da la vuelta en la cama para dormir, el sueño se acaba hasta otro día.

También hay que considerar el placer del niño. Hay que preguntarse a quién odiaba o a quién amaba. Sin embargo Liam, en este recuerdo o imagen, tenía la cara de siempre, franca y pálida, con las pestañas negras alrededor de unos ojos tan abiertos que parecían de color azul marino.

Estaba aterrado.

Y aun antes de que yo acabara de entender la escena recuerdo que pensé: «Así que este es el secreto». Lo que esconden los pantalones de un hombre..., es lo que hace cuando se enfurece: crece y adopta la forma de un pobre chiquillo.

Recuerdo que hacía mucho frío. Uno recuerda el frío en una piel imaginaria que no coincide con la suya, y es esa piel en la que yo me estremezco al recordar la humedad del aire aquel día en la sala de Ada.

Hay también un olor a antiséptico, a Germolene en concreto, que será para siempre el olor de las cosas que no van bien.

A menudo recuerdo la mirada de Nugent cuando advirtió mi presencia en la puerta. La mano del niño (que seguramente se estaba moviendo) se ha parado y Nugent, reclinado en su espinoso placer, tarda un poco en notarlo. Por un segundo quiere que la mano del niño continúe, la imagina moviéndose una vez, dos veces, hasta que cae en la cuenta de la obstinada inmovilidad, abre entonces los ojos y me ve.

«¡Lárgate de ahí!», dice, y, cuando Liam saca su pobre mano de la bragueta del hombre tengo la sensación de haberlo fastidiado todo.

Hago una pausa mientras escribo, me llevo la mano a la cara y lamo la piel de la palma con una lengua de niña. Respiro. El extraño consuelo de la carne. De ser yo.

Percibí una terrible desolación en los ojos de Liam aquel día y muchos otros después, pero cuando Nugent me miró —una niña con uniforme escolar, agarrada al pomo de la puerta—, la expresión de sus ojos era de una vulgar irritación.

«¡Lárgate de ahí!»

Y lo hice. Cerré la puerta y subí corriendo al lavabo, tenía ganas de orinar y de ver salir el pipí; de hurgarme, arañarme o frotarme cuando hubiera acabado y oler mis dedos después. Al menos supongo que eso hice, si tenía ocho años, pero quizá me limité a abrir los grifos y mirar el agua, o a deslizar la yema de los dedos por las burbujas del cristal del baño o a recorrer el espacio con la mente en blanco para escapar del vértigo de la taza del váter y de la blanca bañera, tan misteriosamente llenos de aire.

Miro a mis hijas y pienso que a los ocho años ya lo sabemos todo. Pero tal vez esté equivocada. Lo sabemos todo a los ocho años, pero se nos esconde, está sellado,

de manera que hemos de cortarnos, de abrirnos, para descubrirlo.

He adquirido la costumbre de conducir de noche. Fue mi fantasma del reposacabezas lo que primero me hizo salir de casa: lo miré hacia allí de reojo y por un instante pensé que se había ido. Después observé que estaba inclinado sobre el salpicadero, paciente como un jubilado acongojado que intenta no mearse encima. Yo había echado el asiento hacia delante para meter detrás la bici de Emily y no lo había enderezado al regresar a casa. El asiento había sufrido un pequeño pero terrible contrat tiempo en la vía pública. Miro el reloj: son las tres y media de la madrugada. A las cuatro menos cuarto el asiento continúa en la misma posición. Hacia las cuatro ha dejado de fingir que se resiste y está irremediablemente caído hacia delante. Una media hora antes del amanecer saco de la nevera mi botella de vino blanco y, en un impulso, tomo también las llaves del coche. A continuación, con una copa, la botella y el sacacorchos salgo bajo la lluvia al encuentro de mi fantasma del reposacabezas.

Abro la portezuela del acompañante y, cuando tiro de la palanca, el respaldo del asiento salta hacia atrás, sorprendido y aliviado. Por un momento se queda mirando al frente. Sigue siendo intrépido, mi fantasma del reposacabezas, como un millar de amigos mecánicos en un millar de dibujos animados. Me siento. La tapicería está helada. Descorcho la botella y tras servirme una copa la dejo en el asfalto y cierro la portezuela. Me relajo en el frío abrazo del asiento y bebo, contenta; la lluvia hace que el encuentro sea íntimo.

Durante la semana siguiente hago lo mismo varias veces. Salgo de casa y bebo en el coche. En ocasiones no llueve y tengo miedo mientras camino sola en la oscuridad; nuestra pequeña urbanización parece desprotegida de noche. Los vecinos, cada cual con su chifladura, duermen en fila. No importa. El niño de la silla de ruedas del número siete, el vecino del letrero de «Se prohíbe aparcar aquí» del número diez y mi exigente marido, en el número cuatro, duermen y tienen sueños de lo más normales.

Metó la llave de contacto, solo por tener la compañía del aire acondicionado, y pongo la radio muy baja. La tentación de conducir es muy fuerte, pero la copa de vino, cuando lo intento, no se mantiene derecha en el sujetavasos. Aun así —puesto que ahora estoy mal de la cabeza, soy un ama de casa chiflada—, separo el coche del bordillo y, sin dejar de beber, circulo en primera por la urbanización. Tengo ganas de lanzar la copa vacía al jardín de algún vecino, pero naturalmente no lo hago. Me paro junto al bordillo, la deposito frente a la botella, al otro lado de la calle, y cruzo esta estrecha puerta de cristal, dejo atrás la roca de granito labrado que señala la entrada de nuestro enclave y me dirijo hacia la ciudad.

Soy presa de un temor casi absoluto mientras conduzco hacia el centro de la

ciudad; miro hacia atrás para comprobar que no hay nadie más en el coche, mientras enfilo calles en las que nunca había entrado, siempre en dirección al mar. Voy aferrada al volante y freno con excesiva brusquedad en un semáforo. Me subo al bordillo de una isleta central y, cuando la sacudida me despeja la cabeza, me doy cuenta de que ya estamos, el coche y yo, en dirección hacia el norte por la bahía de Dublín. Disfruto al ver la colina de Howth y, mientras circulo por la carretera llana que lleva hasta ella, tengo la impresión de que estoy avanzando sobre arena, de que la marea reclama el suelo que pisan las ruedas. Estaciono en un aparcamiento que hay en lo alto de la colina, me quedo sentada y espero a que me llegue la muerte.

Todo se está complicando un poco. A veces me prohíbo salir de casa durante varias noches seguidas, y otras cojo mis cosas en cuanto todo está tranquilo y me voy. Lo hago tal vez tres o cuatro veces, y cuando vuelvo en mí, estoy en la carretera de Sugarloaf, o circulando a toda velocidad junto a la cerca de una cuadra en Kildare. Conducir no es ilegal, pero tengo la sensación de que está prohibido para mí, el ama de casa del Saab, que ha abandonado a sus hijas mientras duermen, dejándolas desprotegidas en su sueño.

Una noche, caigo en la cuenta de cuál es el lugar que estoy evitando y, haciendo girar el volante con unos movimientos amplios y deliberados, venzo la resistencia natural del coche y voy directamente a Broadstone.

Las calles son minúsculas. Las casas son de juguete, casas infantiles. Es imposible que viviéramos ahí. ¿Dónde cabíamos? Antes de que me dé cuenta estoy en Constitution Hill, frente a una tapia baja con una Virgen María gris plantada sobre una bola del mundo gris, pero esta no es la fortaleza que recuerdo, con los autobuses aparcados en filas. La estación de autobuses está más abajo, aunque en lo alto de una pendiente y mientras descendo hacia el río veo a mi izquierda la iglesia donde nos pillaron robando velas. Es un monasterio de capuchinos, según reza un letrero, y pienso que aquel cura horrible no pudo salir de él, porque los que aquí viven son frailes, gente amable que incluso en pleno invierno calza sandalias. Sin embargo, «¿por qué no?». Bien podría ser que hubiera ocurrido en un monasterio.

Vuelvo a subir hacia Broadstone y no tardo en encontrarme junto a la pequeña verja de la Balsa, donde aparco y salgo del coche. ¡Aquí es! Este es el lugar donde Liam orinaba..., no a través de una malla metálica, como ahora veo, sino entre los barrotes de una reja antigua, aunque el resto sigue igual. Todo sigue igual. El agua es la misma. Y el sendero. Aquí es donde sucedió.

Regreso al coche y conduzco sin encender los faros hasta la casa de Ada. Aparco en el primer hueco que veo y me quedo sentada por espacio de quince, veinte minutos, evocando recuerdos terribles, hasta que me doy cuenta de que esa no es la calle, aunque el número que hay en la puerta es el mismo.

Tom me pilla en la puerta. Le tiemblan las aletas de la nariz cuando percibe el aire

fresco de mi abrigo, y da media vuelta.

—¿Dónde están las niñas? —pregunto.

—¿Dónde estabas tú? —pregunta a su vez.

Me echo a reír. «¡Ja, ja!» Ríe entre dientes mientras dejo el bolso, me quito el abrigo y lo cuelgo en la percha que hay al pie de las escaleras. Ha llevado a las niñas a la escuela y ha vuelto a casa para echármelo en cara. A juzgar por su semblante enfurruñado, creo que sería capaz de darme un tortazo.

—¿No has ido a trabajar para esto? —le pregunto.

—¿Dónde estabas? —repite, y me encantaría decirle que he estado por ahí, del mismo modo que él está siempre por ahí. Planeando, haciendo, siendo... o incluso follando. Me gustaría decirle con tono desenfadado: «He estado por ahí follando». No quiero pensar en la palidez que ha adquirido mi cuerpo desde que me he aficionado a la noche. Pongo cariñosamente la mano en la pechera de su camisa y el gesto me parece tan espontáneo que me lleva, con suma facilidad, a la hebilla de su cinturón, que desabrocho con la otra mano, y así, apartándolo y tirando de él hacia mí, hago una felación a mi marido en nuestra propia cocina. En un día lectivo.

«Esto es real —pienso—. Esto es real».

Sin embargo, no estoy segura de que lo sea. Cuando hemos acabado, Tom me da un beso seco y considerado en la frente. No puede decir que lo he engatusado para no tener que dar explicaciones —no cuando acabo de proporcionarle el que ha sido siempre su placer favorito—, pero sabe que lo he engatusado. Y eso lo enfurece.

—Sigo sin saber de dónde vienes —dice. Una frase muy empresarial en labios de mi marido empresario.

Una vez que se ha marchado, voy al piso de arriba y me acuesto en la cama de Emily. Enseguida me levanto, retiro el edredón y me tumbo otra vez. No sé cómo huele mi hija: es como un perfume que se ha llevado durante demasiado tiempo, todavía está demasiado dentro de mí. Por eso no puedo percibir su olor, pero sé que está aquí mientras estoy tumbada pensando que la tengo a mi lado. Quiero deslizar la mano por su delicada espalda y por su encantador culete. Quiero comprobar que tiene todo en su sitio, que es feliz, que sus músculos se adaptan a sus huesos. Quiero encontrar a la persona que hice con la materia de mi propio cuerpo y que ha crecido gracias a diez mil platos de salchichas ecológicas y legumbres bajas en calorías, y quiero apretar todas sus partes, hasta que esté moldeada. En definitiva, quiero acabar la tarea de hacerla para que, cuando esté acabada, sea fuerte.

Tomo el tren en Brighton y en el aeropuerto voy en busca de Kitty, con quien he quedado en un pub del Gatwick Village para tomar juntas el vuelo de regreso a casa. El lugar es desagradable, con las habituales manchas de las jarras de cerveza y los ceniceros, pero sobre mesas tan minúsculas que no hay espacio para los carritos de las maletas, las mochilas y las bolsas de viaje; algunos hombres dormitan junto a sus cervezas, sin afeitarse y tristes. El pub en sí no es más que un simulacro de pub, un rincón pintado en la terminal, con el suelo de otro color. No tiene puertas. Me abro paso entre montones de equipajes y vidas demoradas para llegar hasta Kitty, una mujer que guarda un extraño parecido con mi hermanita, pero mucho mayor.

Cuando llego a la mesa, veo las copas vacías y le pregunto:

—¿Son todas tuyas?

—Oh, no me jodas —responde.

—Solo preguntaba.

—Dos son mías; las demás, no. ¿Vale?

—¿Te apetece otra?

—Sí, gracias.

Doy media vuelta para ir hasta la barra y la oigo decir:

—Bunny. Así me llamaba cuando era niña. Me vuelvo para abrazarla, con la espalda torcida y el torso apartado, mientras ella se levanta a medias para recibir el abrazo, con los muslos atrapados bajo la mesita de madera. Sus cabellos parecen postizos, como una peluca, pero creo que sigue teniéndolos rizados bajo el tinte y la crema antiencrespado Frizz-Ease. Desde cierta distancia parecían tan morenos, ensortijados y bonitos como siempre, pero cuando me fijo en su cara veo que ha cambiado por completo, que la alegría de sus ojos azules, los pómulos traviosos y la sonrisa irresistible —todo lo que tenía de ardilla celta— se han fundido como cera y que la carne está pegada a los huesos, huesos, huesos.

—¿Cómo estás? —le pregunto.

—¿Que cómo estoy?

—Sí. ¿Cómo estás?

—Bien. Estoy bien.

—Por cierto, ¿qué quieres tomar? —le pregunto.

—Un gin-tonic, gracias.

—Sí, lo suponía.

—Ya.

Creo que hace años que no he pedido una bebida en una barra. El camarero

parece no verme durante un buen rato. Tengo ganas de gritarle que soy una mujer adulta y que voy a pagar. Quiero decirle: «¡Mi hermano ha muerto! ¡Atiéndame de inmediato!», pero... ¿y qué? Hay personas que no ven a sus hermanos durante veinte años.

Consigo el gin-tonic de Kitty y otro para mí.

—Medidas inglesas —dice ella sosteniendo el vaso en alto y moviéndolo, como si me hubieran engañado.

Kitty siempre está con la matraca de que cuando era pequeña todos le pegábamos, aunque lo cierto es que era una mocosa consentida: volvía siempre a por más y a menudo lo conseguía; no solo de mí y de Liam, que de hecho la queríamos, sino también del psicótico de Mossie, que la provocaba y la enfurecía hasta convertirla en un trasunto de Shirley Temple. Había algo trascendental en sus berrinches de los seis o siete años: ponía el cuerpo rígido y su cólera zumbaba por toda la habitación, hasta que de alguna manera conseguía dominarla y reprimirla. Después estallaba como una niña repipi arrojando fuego por la boca, como una hermanita de dibujos animados, mientras golpeaba con los puños el pecho de Mossie, lo cual era buscarse problemas, porque con Mossie no había que llevar las cosas demasiado lejos. Por lo menos Liam y yo solo lo hacíamos en plan de broma.

Reconozco que me siento culpable al recordarlo ahora y que no creo que esté bien pegar a nadie, pero todavía siento una punzada de algo más que diversión cuando, como ahora, se comporta como una cursi imbécil. Al ver cómo mueve la cabeza, con esos aires de superioridad, pienso que ojalá volviera a tener seis años.

Levanto un poco el vaso en su dirección y digo:

—A tu salud.

Se echa a llorar en cuanto subimos al avión y sigue llorando durante todo el vuelo. Litros de lágrimas. Pasa del llanto silencioso a los suspiros, las arcadas y los temblores, y vuelta a empezar. Tengo la sensación de que, más que llorar de verdad, está practicando. Miro por la ventanilla mientras la azafata le ofrece amablemente echar un poco de brandy en su café y después le cobra cinco libras esterlinas.

—¿Está usted bien? ¿Seguro?

El hombre sentado a su lado ya sabe que alguien ha muerto. Se pregunta si no será una asistente social o tal vez una funcionaria de prisiones, y por qué no la cojo de la mano. Yo también me pregunto por qué no le cojo la mano, mientras contemplo la lejana piel del mar de Irlanda. «Dormimos en la misma habitación durante veinte años —quiero decir al hombre—. ¿No le parece suficiente, no es más que suficiente?»

Liam, mientras tanto, está sentado una fila más allá, al otro lado del pasillo. En su fantasma hay una amenaza inerte que me hace comprender cuánta indiferencia sentía cuando se alejó de nosotros caminando hacia el mar. Noto su mirada sobre la piel de

la mejilla cuando se vuelve para mirarme, misterioso y muerto. Sé qué está diciendo.

La verdad. Los muertos no quieren otra cosa. Es lo único que piden.

Levanto la vista enseguida, y ya ha desaparecido.

Hay un caserón blanco en la isla de Lambay, georgiano, creo, que debe de valer una fortuna. La primera vez que lo vi debió de ser desde la playa, el día que fuimos con Ada a visitar a Brendan, el tío loco. De repente me viene a la cabeza la historia del hijo de Ada abandonado al Largactil y a la miseria. ¿Cuántos años hace de eso? Probablemente murió preguntándose quién era en realidad.

Sigo la costa con la mirada en busca de una playa, un puente, un estuario, diviso un promontorio... y allí está: una torre redonda que parece un lápiz, un depósito de agua en forma de jarra y al lado, de nuevo, un grupo de edificios rodeados de árboles. En cuanto los distingo, los pierdo de nuevo, pues el avión se inclina y ofrece una vista del cielo.

—¿Qué fue del tío Brendan? —pregunto a Kitty alzando la voz para haceme oír por encima del ruido.

—¿Que qué fue del tío Brendan?

—Sí, el tío Brendan.

—¿Para qué quieres saber qué fue del tío Brendan?

El avión abre su vientre y aguardamos a que despliegue el tren de aterrizaje. Endereza sus piernas y clava en la pista los talones.

Kitty cede por fin.

—Murió —dice.

—¿Murió?

—Me caía muy bien.

—¿De veras?

Estaba segura de que yo no había llegado a conocerlo, y de repente aquí está, sentado a la mesa en Navidad, en Griffith Way, un rostro increíble, con las mejillas caídas, las aletas de la nariz bordeadas de rojo y los ojos..., recuerdo que tenían una expresión cansada y desagradable, como si la locura fuera algo tedioso, casi tan tedioso como las navidades. Mi recuerdo le planta en la cabeza un gorro de papel naranja, y una copa de brandy en la mano temblorosa, pero en nuestra casa no había alcohol hasta que Liam comenzó a introducirlo de matute, y tampoco había gorros de papel entonces.

Es de Brendan de quien heredamos los ojos: los ojos de los Spillane, que al unirse al azul atlántico de los de mi padre nos dieron ese azul puro, ojos de alcohólico, hermosos, patológicos y en cierto modo ausentes, o distraídos, hasta que «los encendemos», es decir, hasta que percibimos la presencia de alguien y decidimos mostrarle la plenitud de su azul.

(Los míos son como los de Ada, de un tono grisáceo que en irlandés se denomina

liath, palabra que se utiliza para describir el color de los muros de piedra o el mar. Alice también tenía esos ojos lluviosos, igual que Ivor y Midge. Nosotros no éramos Hegarty de verdad, eléctricos, sino una subespecie; los Firbolg de Griffith Way).

Del tío Brendan heredamos también la vena matemática, que en realidad es una prosaica facilidad para memorizar números de teléfono y reprender a las cajeras del supermercado cuando nos cobran de más por la verdura. Ninguno de nosotros tiene lo que tenía el tío Brendan —eso lo sabíamos— porque él sabía matemáticas de verdad. Siempre nos dieron a entender que el hermano de nuestra madre valía demasiado para vivir en este mundo.

Y aunque mi hermano Ernest estudia la teoría de cuerdas a la luz de una vela en las montañas de Perú, la mayoría de los Hegarty más listos son solo eso, listos, lo que equivale a decir que irredimibles; ganamos más o menos dinero que el vecino y somos dados a soltar comentarios ocurrentes. Mientras aterrizamos pienso que la vida en el Saint Ita's no debía de ser romántica, sino más bien algo sucio e interminable: ver cómo se acumulaba la orina en tu regazo y adivinar qué estás pensando, de vez en cuando.

«¡Sé en qué estoy pensando! —exclama el loco de mi mente dando una palmada en el brazo de madera de su silla—. ¡Sé en qué estoy pensando!», y la enfermera que pasa a su lado le dice: «¡Me alegro por usted!».

La terminal del aeropuerto comienza a deslizarse al otro lado de la ventanilla y parece más bien la foto de un edificio; el ritual del aterrizaje es tan cinematográfico y falso que durante un buen rato no me lo creo. El tío Brendan no está muerto ahora, o no del todo, y hay algo tan caprichoso en la cinta transportadora, en las escaleras mecánicas y en las cintas del equipaje, algo que todavía no se adhiere al suelo irlandés, que cuando por fin saco el Saab del aparcamiento y llego a la rotonda, giro en dirección norte, en lugar de hacia el sur, por la carretera del aeropuerto.

El lugar se encuentra a solo unos kilómetros. El puentecillo sigue ahí, y también las vías del ferrocarril, que cortan el paisaje en su camino hacia el norte. Tras esto hay un súbito vacío en mi mapa mental y la carretera se desenreda delante de mí. Comienzo a perder la esperanza, cuando de pronto voy a parar a la carretera que recuerdo; sí, es la misma, larga y recta. A la izquierda hay un arcén asfaltado, a la derecha una hilera de árboles viejos, y detrás, una zanja que da paso a un campo anegado, donde, aquí y allá el verde intenso y húmedo de la hierba se inclina hacia el agua.

Más allá de los árboles se divisa la luz blanca del cielo sobre el mar.

Es aquí. No hay ninguna diferencia entre mi recuerdo y lo que ven mis ojos. Trato de aflojar el ritmo de mis recuerdos, pero discurre tan deprisa que no los alcanzo.

—¿Te acuerdas de esta carretera? —pregunto a Kitty.

—¿Qué carretera?

—Esta por la que circulamos.

—¿Qué pasa con ella?

Se ha comido la mitad del pasado. La mitad de mi vida se ha perdido antes de que mi hermana se decida a entender.

—¿Que si la recuerdo? —dice Kitty.

—¡Señor...! —exclamo.

—¿Qué ocurre?

Pasamos junto al bungalow que se alza en medio del trigal, ahora reducido a rastrojos bajo el sol del otoño.

—¿Y el hombre con las dos muletas?

Y aunque con esto bien podría haber atado cabos, Kitty se limita a decir:

—Oh.

—¿El que caminaba por aquí?

—¿Por aquí? —repite Kitty—. No; no fue aquí.

En ese momento freno y giro a la derecha para tomar el camino que lleva al hospital.

Es como si circularáramos a través de una niebla repentina, al otro lado de la cual se hallara el pasado. Avanzo en segunda, inclinada sobre el volante, mientras pasamos junto a la hilera de casitas de los vigilantes, el que tal vez sea el edificio de dirección y por último el hospital, que es de ladrillo rojo Victoriano y tiene las dimensiones de una pequeña ciudad.

«Asistencia a Discapacitados» reza el letrero, y pienso aliviada que ya no quedan locos ahí. Los locos, siguiendo el curso natural de las cosas, se han convertido en polvo. Las personas ya no enloquecen. Los locos son solo un residuo de piel en estas estancias; piel arañada, rajada o tal vez simplemente mudada: un millón de escamas de piel, cierta laxitud bajo las tablas del suelo, una cualidad de la luz.

Pasamos por un patio donde hay una gran chimenea y un edificio bajo que alberga las calderas, ambos contruidos con ese extravagante ladrillo rojo industrial tan llamativo. El edificio de las calderas tiene unas curiosas ventanas redondas, con la Estrella de David entre los batientes.

—¡Dios santo! —exclama Kitty pensando, como yo también pienso por un segundo, que ahí quemar a los enfermos mentales con objeto de mantener calientes los radiadores del hospital.

Me detengo junto al frontón, con el motor al ralentí, y contemplo la torre redonda y el depósito de agua detrás. Pero no me veo con ánimos de poner el freno de mano y salir al aire del psiquiátrico, cuyas filas de ventanas siguen observando. Desciendo hacia un bungalow situado junto al mar, oigo rechinar los gruesos neumáticos sobre la gravilla y doy media vuelta con tres giros del volante.

De nuevo ante la verja, recorro a toda prisa los centenares de metros que nos

separan del mar, el mar público, el mar donde la gente se baña. El agua salada siempre me ha hecho sentir cuerda, a pesar de la altura de las olas, del roce de los peces, de la enorme presión sobre el fondo marino. Hay una pequeña urbanización que llega hasta la playa, un niño en bicicleta que nos mira con curiosidad y, tras una curva al final de la carretera, una tapia gris en torno a un pequeño campo. En el recinto, que es muy reducido, hay una cruz celta con una leyenda.

Salgo del coche para leerla:

1922-1989

*ROGAD EN CARIDAD POR LOS RESIDENTES DEL
HOSPITAL SAINT ITA'S
ENTERRADOS EN ESTE CEMENTERIO
DESCANSEN EN PAZ*

Solo una cruz, muy nueva, al final de un caminito central. Una doble fila de arbolillos prometen futuros serbales. No hay lápidas ni tumbas separadas. Me pregunto cuántas personas fueron depositadas en la tierra de este campo y me doy cuenta, demasiado tarde, de que el lugar está repleto de cadáveres, de que el suelo está tejido de una maraña de huesos.

Me vuelvo impotente, hacia Kitty, que sigue en el asiento delantero del coche.

Me tienen agarrada por los muslos. No sé qué sensación es esta que me impide moverlos. Una especie de viento. Se aferra a mí, se mete entre mi ropa y mi piel. Me revuelve el cabello. Me raspa los labios. Y se va.

En cierta ocasión vi en misa a un hombre aquejado de sífilis terciaria. Estaba sentado en el banco de delante, enfrascado en sus pensamientos, hasta que Mossie lo señaló, porque Mossie sabía de estas cosas. Tenía las orejas roídas, con la piel arrugada y reseca, como plástico fundido. Cuando volvía a medias la cabeza, se veía que el puente de la nariz estaba aplastado sobre el rostro y solo quedaba un bulto carnoso abajo con los orificios nasales. Su respiración era trabajosa y fuerte, pero no parecía loco... Mossie explicó después que los afectados por esta enfermedad siempre acababan locos. En todo caso, llevaba grabadas en el rostro las huellas de su historia.

Kitty se refirió a él en el coche cuando volvíamos a casa después de la misa. Debía de tener unos once años. «El hombre que estaba sentado delante de nosotros tenía sífilis terciaria», dijo.

Mi padre hundió la cabeza en el cuello mientras conducía y su espalda pareció ensancharse. Al cabo de unos segundos mi madre dijo: «Oh».

La historia es pura biología..., eso pienso yo. Espigamos y seleccionamos los hechos de nuestra vida..., como de dónde somos y lo que eso significa. Estoy sentada limpiándome las uñas y pienso en la última manicura que hizo a Liam el amable joven inglés de la funeraria, en la roña negra que se le habría quedado de la barra de los bares: barniz y sudor, cerveza derramada y piel de otra gente. Lo que está escrito del futuro se escribe en el cuerpo; el resto consiste solo en seguir el rastro.

No sé cuándo se escribió el destino de Liam en sus huesos. Nugent fue el primero que puso en ellos su nombre, pero no creo que fuera el último. No es que yo viera algo más, pero así acaban estas cosas. Por supuesto, nadie sabía entonces cómo acabarían. Mirábamos a los que eran como Liam y teníamos una interpretación diferente de su historia, una retahíla de palabras distintas.

«Diablillo», «dejado», «payaso», «matón», «incorregible», «inútil», «loco», «liante».

Ahora que ha muerto, tengo que reconocer que Liam tuvo también una época glamurosa.

Mi hermano era muy guapo a los quince años, es decir, cuando yo estaba aún en la etapa de los granos y el crecimiento de la adolescencia. «¿De dónde has sacado esas colas de rata?», decía Ita refiriéndose a mi cabello, o «¿Por qué tienes tan rojos los párpados?, ¿no habrás pillado alguna infección?».

Ita iba a ser «guapa», iba a «conquistar a un hombre», de manera que había algo indestructible en su aspecto desde temprana edad. Mientras tanto, mi cara me resultaba cada semana más indescifrable. «¿De dónde has sacado esa narpia?», me

decía mi hermana. Era una buena pregunta, Ita, una excelente pregunta, gracias.

Liam tenía una graciosa pelusilla, que despuntó extraña y curiosamente sobre sus labios cierto día cuando tenía catorce años. Pero, como era menudo y, supongo, «lindo», la adolescencia le duró más o menos una semana. A los dieciséis años era guapo y malo, y el azul de sus ojos era embriagador. Y aunque al final su carácter inquieto no le permitió adaptarse al mundo adulto, en los últimos cursos del instituto Liam era un principito, un rompecorazones y se saltaba todas las normas.

En cuanto Mossie se marchó de casa, Liam se instaló en el pasillo que daba al jardín, cuyas paredes estaban encaladas y el suelo cubierto de linóleo mal cortado. Aquel espacio tenía la ventaja de contar con una puerta exterior, por lo que nunca sabíamos si Liam estaba dentro. Tenía un grupito de amigos que de vez en cuando saltaban el muro de atrás y miraban por la ventana de la cocina; al principio eran casi todos chicos, y al cabo de un tiempo se sumaron unas cuantas chicas. Su mejor amigo se llamaba Willow, con quien compartía andanzas y experimentos, la mayoría de los cuales parecían consistir en llenarse de cosas los bolsillos de los pantalones y mirarme con cara de bobo cada vez que yo abría la puerta.

A mí me tenía sin cuidado. En aquella época era demasiado mayor para ellos. Me entretenía garabateando en la tapa de las carpetas escolares poemas de amor dedicados a Tanner, el hermano mayor de Willow. Los escribía en francés, de modo que nadie los entendía, salvo, por supuesto, la señora Gogarty, que era la profesora de francés. *Mon amour est un petit oiseau brun / blessé par toi / Tanner.*

Ella los leía aunque estuvieran al revés, me miraba con afecto y sonreía. Yo la odiaba por eso. Aborrecía que me descubriera y que me tuviera cierto cariño (o eso parecía). El caso es que en nuestra familia, pese a ser tan numerosa, había una gran privacidad. Nadie tocaba las cosas de los demás si no era para robarlas o echar pestes. Nadie se compadecía de los otros, o «les tenía cierto cariño», excepto tal vez Ernest, cuya compasión era, incluso entonces, demasiado premeditada para tenerla en cuenta. Y estábamos convencidos de que esa era una forma honrada de vivir. Yo aún lo creo, en cierto modo.

Por aquel entonces yo tenía dos amigas que venían conmigo a casa al salir de la escuela, y lo pasábamos bomba, hasta que un día Liam entró en la cocina y se lo pasaron aún mejor: Fidelma, que no me importaba, y Jackie, mi mejor amiga, que sí me importaba. Aparte de todo lo demás, me parecía que Liam era demasiado bajo para ella. Una vez, en Semana Santa, mientras en la iglesia se celebraba la vigilia Pascual, nos sentamos en un solar donde iban a construir un colegio y nos dedicamos a pasarnos una botella de vodka que mezclábamos en la boca con un trago de refresco de naranja. Dejé a disgusto que aquello ocurriera, aunque sabía que tenía que suceder. O no era disgusto..., ¿cuál era el sentimiento? Soledad. Ver cómo Liam se volvía en la oscuridad hacia la serenidad del rostro de mi amiga Jackie. Mientras tanto, Willow

y yo, que nos habíamos sentado a cierta distancia, tragábamos ruidosamente. En la iglesia se pasaban el cirio pascual de vela en vela hasta que pareció que todo el templo estaba en llamas: entonces encendieron los fluorescentes.

Hace años que no bebo vodka; incluso ahora encuentro su olor dulce, como a entrepierna, una vaharada de tierra y adolescencia que sale del vaso y me da de lleno en la cara. Jackie me llamó por teléfono y se puso a llorar, después Fidelma hizo otro tanto, hasta que dije a gritos a Liam que dejara a mis amigas en paz. Después de lo cual empezó a salir solo los sábados por la noche y yo me enganché a John Noventa —le llamábamos así porque tenía treinta años—, un hombre que, ahora me doy cuenta, tenía tantas ganas de metérmela que, cuando me besaba, se apartaba un instante para apoyar la frente contra la pared. Eso me encantaba. A Joe Noventa le gustaba que me pusiera elegante y me llevaba a pubs, mientras Liam se alejaba poco a poco de mí para deslizarse en una juventud desperdiciada.

Una noche Bea descolgó el teléfono del recibidor.

—Sí. Sí, es aquí —dijo, y todos en la casa nos paramos a escuchar. Pasó el auricular a papá.

—Sí, es aquí —dijo él—. Bien. Bien. De acuerdo. —Subió por las escaleras con paso cansino, se puso la chaqueta y la corbata, y salió a la oscuridad otoñal cerrando la puerta tras de sí.

Jamás salía de noche.

Una hora después regresó como se había marchado, triste e inexpresivo. Tras él entró Liam, que se encogió de hombros y levantó las manos para indicar que no hacía falta ningún comité de bienvenida. Más tarde nos contó que papá había ido a pagar la fianza para que lo dejaran salir de la comisaría local, o más bien lo había sacado a la fuerza, y que no había sido nada: le habían dado un par de bofetones y lo habían enviado a casa.

Jamás averiguamos qué había ocurrido. Papá nunca habló de ello ni entonces ni nunca y empezó a tratar a Liam con un desprecio absoluto. Todo había acabado para ellos: los gritos, las amenazas de papá, que tenía la costumbre de apuntar con el índice a los chicos y clavárselo en el hombro.

«¿Y eso? ¿Quién soy yo? ¿Qué te estoy diciendo?»

Estocada. Estocada. Estocada.

A veces me pregunto cómo es que en esa cocina no hubo nunca un asesinato...

«Te estás pasando, papá. Deja de empujarme».

Pero papá ya ni siquiera se molestaba en empujar a Liam. La policía había telefoneado a casa y eso era una vergüenza tan grande que no había nada que decir.

Cuando lo recuerdo ahora..., todo aquel jaleo. Luego en la cocina, Liam se apartó el pelo para mostrar una mancha de sangre seca y una marca roja que iba de la mejilla al cuello; se la había hecho al golpearse contra la manija de la puerta de la celda. Lo

recuerdo todo en tecnicolor: sus cabellos color azabache, la marca muy roja y sus ojos de un azul puro. Contó que «solo le habían pegado un poco» y que le habían propinado «unos cuantos puñetazos».

«No seas idiota», le dije.

Él me miró.

Creo que lo que yo quería decir es que, si le habían dado una paliza, tenía que haber sido por su culpa. También quería decir que, puesta a elegir, no creería nada de lo que dijera, aun cuando lo que contara fuera la pura verdad.

Si he de decir en qué momento traicioné a mi hermano, creo que debió de ser este. Vi la carne hinchada de su mejilla y preferí no darle crédito, si es que la cuestión era creer o no creer. Eso fue todo.

Decidí que mi hermano no merecía el menor crédito.

«No seas idiota», le dije.

¿Qué más?

Solíamos reírnos de algunas cosas: curas nerviosos, testículos de niños pequeños, «Ven a sentarte en mi regazo, hombrecito», niños de coro ingleses, traseros de gays y todo lo que tuviera que ver con la inocencia y los culos, aunque nunca mencionábamos —me doy cuenta ahora, mientras escribo la lista—, nunca mencionábamos las palabras «cojones», «polla», «hacer una mamada». ¿Por qué? ¿Por qué todo eso nos parecía divertido, pero solo en cierto sentido casi ritual?

Estas conversaciones se sucedieron durante un par de meses en verano y después cesaron. A mí me gustaban. Me gustaba el silencio que seguía a nuestras carcajadas. El silencio de Liam era como si se hubiera meado encima sin que nadie lo hubiera notado; o sea, que, como por arte de magia, todo estaba bien. Y mi silencio era la menor posibilidad —planteada y luego descartada— de señalar la mancha húmeda.

Un placer, pequeño pero intensísimo, que me gustaría se me perdonara. Y quería que se me perdonase ahora, porque me arrepiento de haberlo sentido.

Si creyera en la confesión, iría a confesarme y diría que no solo me reí de mi hermano, sino que además permití que él se riera de sí mismo durante toda su vida. Esas risas se prolongaron durante la etapa de embriaguez alegre y durante la etapa de embriaguez vocinglera, y solo remitieron en la fase final de embriaguez repugnante, pero jamás renunció a ellas por completo..., a la idea de que todo era un chiste hilarante.

Liam nunca soportó la autocompasión, ni la propia ni la ajena. Cuando alguien estaba triste —Kitty, por ejemplo—, era por algo que no lo merecía, según pensaba él. No me malinterpreten: Liam quería a los que sufrían —a los pobres, los indigentes, los solitarios, los alcohólicos—, sentía lástima de cualquiera que tuviese un problema, siempre y cuando no se compadecieran de sí mismos. Una postura que no considero muy justa. Una postura que considero cercana al orgullo.

Sé que pareceré una resentida, y daría cualquier cosa por no ser tan mala pécora a veces, pero mi hermano me criticó durante veinte años o más. Me criticaba por tener una casa preciosa con las paredes pintadas de un blanco precioso, y dos hijas preciosas con sendos dormitorios preciosos, uno lila y otro rosa. Me criticaba por tener un marido aficionado al golf, aunque solo Dios sabe cuántos años hace que Tom no tiene un rato libre para jugar un partido entero. Me trataba como si yo me hubiera vendido, aunque no sé a qué..., porque Liam tampoco aceptaba los sueños. Mi hermano tenía ideas claras sobre la justicia, pero se mostraba desagradable con cualquiera que intentara quererlo, sobre todo con las mujeres con las que se acostaba, y sin embargo, tras una vida entera haciendo sufrir a cuantos lo rodeaban, se las arreglaba para criticarme. Y no me sentía culpable. ¿Por qué?

Así es la vergüenza. Esta es la anatomía y el mecanismo de una familia —de un maldito país— que se ahoga en la vergüenza.

Y, sí, en ocasiones contemplo mis preciosas paredes y, como Liam, digo: «Échalo todo abajo». En especial después de haberme bebido mi magnífica botella de magnífico Riesling. Como si el mundo estuviera edificado sobre una mentira y esa mentira fuera muy secreta y sucia. Sin embargo, no creo que los imperios, las ciudades y las casas unifamiliares de cinco dormitorios se construyan sobre la sórdida realidad de que las personas copulan; pienso que se construyen sobre la sórdida realidad de que las personas tienen hipotecas. En cualquier caso, mi marido me echa un polvo la noche del velatorio de mi hermano y yo agito la botella vacía sobre la butaca italiana de ante artificial y digo también: «Deja que todo se venga abajo».

Una de las últimas veces que Liam estuvo aquí, encontró la casa patas arriba; estaban derribando los tabiques de la parte de atrás y nos habíamos instalado en la mitad de delante, y nos alimentábamos a base de comida preparada. Creo que casi eché la culpa a Liam, no a los albañiles. Llegó cuando todo estaba lleno de escombros, acompañado de una mujer triste y demasiado alta que parecía no tener opinión sobre nada, ni siquiera acerca de lo que quería comer. Liam no paraba de beber. Al cabo de cinco días partieron hacia el condado de Mayo y yo confié en no volver a verlo más.

Guardo una foto de aquella visita, de Liam con Emily sentada en su regazo una noche después de bañarla. Él es un hombre gris y achaparrado, repantigado en un sillón cubierto con una sábana para protegerlo del polvo. Emily tiene dos años: está desnuda, más tiesa que un palo y guapísima. Liam la sujeta por la cintura con las manos, que son grandes y gordas. El culito de Emily es bonito y respingón; está sentada a horcajadas en el muslo de mi hermano. La tela de los pantalones de Liam se arruga y forma una bolsa en la entrepierna, que es un misterio que a nadie interesa ya. Tiene una expresión risueña.

Liam entendía a Emily..., los dos se caían bien. De Rebecca, que se parece más a

mí, dijo: «¡Lástima de dientes!».

Supongo que tengo que perdonarle eso también.

«Lástima de dientes».

Poco después de que la policía lo detuviera y nuestro padre lo sacara de la comisaría, lanzó a mi madre el cuchillo del pan en la cocina, cuando ella probablemente solo intentaba decirle algo agradable, y toda la familia se arrojó sobre él y lo pateamos en el jardín de atrás.

—¡Eres un verdadero idiota!

—¡Has fallado, imbécil!

Recuerdo que aquello nos produjo una gran satisfacción. Como una postilla que había que arrancar. «Se lo tenía merecido».

(Y quizá, más secretamente, también ella).

Durante mucho tiempo me pregunté por qué lo había detenido la poli. Pensaba en ello a menudo. Tal vez por haber roto el cristal de una ventana, por robar bebidas alcohólicas en una licorería o solo por la expresión de su mirada. O quizá fuera por algo que yo ni siquiera podía adivinar. Había una chica, Natalie, que aquella noche no paró de llorar y gritar en la esquina de la calle..., tal vez fuera por ella. Se me ocurrió que podría haber habido un malentendido que mi padre había tenido que aclarar facilitando más información sobre aquella chica, sus costumbres desordenadas y la longitud de la falda que se ponía para salir las noches de sábado.

Al final se lo pregunté directamente. «¿Fue por Natalie? ¿Fue por esa pánfila?», le pregunté, y él se limitó a mirarme.

¿Y si la había violado? ¿No es acaso una de las cosas que hacen los hombres? ¿Y si ella tenía sangre en la pierna y lágrimas en el rostro? Mocos. ¿Qué más?

Yo tenía dieciséis años y no sabía nada del sexo. ¿No es extraño? Lo que sabía de su mecánica estaba fuera de mi alcance, por decirlo de alguna manera. Ignoraba cómo funcionaban esas cosas. Se diría que los años de mi adolescencia fueron de creciente inocencia, porque a los dieciséis era tan apasionada como pura. Creía que todos seríamos poetas, que amaríamos con toda el alma y que Liam, con su ira, cambiaría el mundo.

Con todo, había algo que se me escapaba: algo que parecía muy relevante y que necesitaba saber. Al final tuve que preguntárselo.

—Aquello que pasó con la poli... ¿fue por Natalie?

Liam se quedó mirándome. Y la brecha que se abrió entre nosotros fue la que existe entre un hombre y una mujer —o eso pensaba yo a los dieciséis años—: la diferencia entre lo que un hombre puede hacer, o necesitar, desde el punto de vista sexual, y lo que una mujer puede solo intuir al respecto.

—¿Te liaste con ella? —insistí.

—No seas burra —respondió mi hermano.

Una vez paseamos juntos por un bosque. Era otoño, quizá aquel mismo otoño. Los troncos de los árboles eran grises y brillantes, y las hojas que aún quedaban en las ramas eran de ese naranja tan espectacular que solo las hojas pueden adquirir. Creo que el camino discurría entre hayas, cuyas raíces se alzaban imponentes de la tierra.

Eso es todo.

Era una escena romántica —pasear por aquel camino sembrado de hojas anaranjadas—, de modo que es posible que pensara en Tanner, en Joe Noventa o en quienquiera que ocupara mis pensamientos aquella semana; puede que pensara en el hombre desconocido que estaba destinada a amar. Sin embargo, en la belleza de aquel paisaje, quien me acompañaba era mi hermano.

A lo lejos se divisaban unas montañas imponentes, cubiertas de rocas y brezo. Caminábamos bajo un cielo alto y pálido, nos sentíamos muy pequeños en aquel paraje y no había nadie que pudiera juzgarnos. Eso es todo. En el lugar reinaba una sensación de algo pecaminoso, lo que dio a todo un aire divertido: a las montañas y al cielo pálido y a las hojas demasiado anaranjadas que se resistían a caer, en aquellos últimos días de nuestra impía alianza.

¿Cuál fue la mejor época?

Cuando Liam contaba unos catorce años, como él tenía una bicicleta y yo no, me llevaba sentada en la barra a las tiendas o a la piscina local. No sé cómo se las arreglaba para ver por encima de mi hombro. Siempre discutíamos a propósito de la dirección de la bici, porque yo me agarraba al manillar con firmeza y él trataba de dirigirlo hacia un lado u otro, con la barbilla clavada en mi espalda y mis cabellos en los ojos. Pedaleaba con las piernas arqueadas y yo me sentaba con las mías juntas a un lado; así pues, formábamos una maraña de codos y rodillas, mientras se nos clavaban los mangos del manillar y los pedales de acero inoxidable nos daban golpes atroces. Cualquiera pensaría que lo hacíamos por diversión, pero era una lucha de principio a fin.

Una vez en la piscina, nos separábamos en razón del sexo y no volvíamos a dirigirnos la palabra; si no había otros muchachos con los que pasar el rato, él nadaba solo, y si no había chicas, yo hacía otro tanto. A veces no conocíamos a nadie, pero nunca hablábamos entre nosotros para no dar ocasión de que nos identificaran como hermanos. Y si él se acercaba a mí, con el escuálido pecho mojado y manchas rojas en la cara, me enfadaba con él por haberme desenmascarado. Porque ¿quién puede ser una criatura misteriosa de las profundidades cuando hay por ahí un hermano que va diciendo: «Tienes un moco»?

—¡Cierra el pico!

—Es grande y verde.

—No, es mentira. ¡Lárgate!

—Lo tienes ahí.

—¡Vete a la mierda! ¡Largo!

Arquea hacia atrás su escuálido cuerpo. La boca, amoratada, desaparece bajo el agua. Sus pies me salpican agua en la cara mientras nada para reunirse con los horribles chicos que hay al otro extremo de la piscina.

Natalie también solía ir: una chiquilla de diez años, bajita y gorda, con unos pelillos en el pubis como los de la barbilla de una anciana; se le caía la braguita del biquini cada vez que saltaba al agua desde el borde de la piscina. Cuatro años después, pregunto a Liam si se lió con ella y él me mira desde una distancia que no sé cómo salvar.

Ahora lo sé.

Ahora sé que la mirada de Liam era la de quienes saben que están solos. Porque el mundo nunca se enterará de qué les ha sucedido y con qué han de cargar de resultados de ello. Ni siquiera su hermana —su salvadora, en cierta manera, la chica que está de pie bajo la luz del recibidor—, ni siquiera ella recuerda lo que vio. Porque creo que entonces yo ya lo había olvidado por completo.

Durante los veinte años siguientes el mundo cambió y yo recordé al señor Nugent. Jamás hubiera realizado ese cambio por mí misma... si no hubiera escuchado la radio, leído el periódico y oído contar lo que ocurría en las escuelas, las iglesias y los hogares. Había sucedido justo delante de mis narices y no había comprendido qué era. Esa es otra de las cosas de las que ahora me arrepiento.

Emily me mira con sus ojos de gata.
 —¿Cómo murió el tío Liam? —pregunta.
 —Se ahogó —digo.
 —¿Cómo se ahogó?
 —Porque no pudo respirar en el agua.
 —¿En el agua del mar?
 —Sí.

Es importante hablar abiertamente sobre estas cosas: Emily necesita desmontar el mundo para poder montarlo de nuevo. La mente de Rebecca es una máquina más imprecisa, los nervios la llevan a la deriva. A veces desearía que se centrara, pero ¿quién puede decir cuál es la mejor manera de ser?

—Yo sé nadar —dice Emily.
 —Claro que sí, eres una gran nadadora.
 —¿El tío Liam no sabía nadar?
 —No quiso nadar, cariño.
 —Ah.
 —¿Te doy un abrazo?
 —No.
 —No... ¿qué?
 —No, gracias.

—Bueno, pues yo necesito un abrazo. Ven y abraza a tu pobre madre.

Y se acerca con los brazos extendidos y una gran sonrisa fingida para la pantomima de la «pobre mamá». Debería pensar que es egoísta, pero no lo pienso; la encuentro guapísima con su egoísmo.

—Yo creo que está bien matarse —susurra pegada a mi pecho—. Cuando la gente es vieja, quiero decir.

Cuesta recordar que los niños no tienen intención de hacer daño... o que no saben que lo hacen. La alejo un poco de mí y con la voz empañada por las lágrimas, y un tono de «debería darte vergüenza», le digo:

—Tu tío Liam no era viejo, Emily. Estaba enfermo. ¿Me oyes? El tío Liam estaba enfermo... de la cabeza.

Emily se queda junto a mi rodilla y hace dibujos con la uña del dedo sobre el liso nailon de mis medias.

—¿Como cuando alguien se mareo?
 —Oh, dejémoslo, ¿vale? No lo pienses más.

Salta para darme un abrazo, su victoria se impone a mis preocupaciones. Luego se

marcha a jugar.

Durante una semana, compongo un discurso poético para explicar a mis hijas cómo algunas ideas minúsculas que tenemos en la cabeza pueden crecer hasta devorar la mente. Pensamientos insignificantes, que son como un cáncer, y no se sabe cómo se desencadenan o a quién atacarán, ni por qué afectan a unos mientras otros son inmunes a ellos.

Les digo que esto es fruto de mi tristeza, que no me entiendan mal. Mi cerebro funciona con toda normalidad. Pero a veces nos llenamos, como esos comederos para los pájaros que se colocan en lo alto de un poste, nos llenamos de tristeza hasta que... ¡plof!, caemos en la bebida.

Aproximadamente un mes después del funeral, Tom vuelve a casa como de costumbre, lanza el abrigo sobre el sofá, donde deja también el portafolios, y se acerca a la zona del comedor mientras se afloja la corbata, se quita la chaqueta y la cuelga del respaldo de una silla; rodea la mesa para coger una fruta del cuenco y yo pienso: «No ha pasado nada, Liam no ha muerto, todo sigue igual». En lugar de eso, suelto:

—Te follarías a cualquiera.

—¿Qué? —dice.

—No sé dónde comienza y dónde acaba, eso es todo. Te follarías a la camarera de diecinueve años, o a la de quince que aparenta diecinueve.

—¿Cómo dices?

—Que no sé dónde están los límites, eso es todo. No sé dónde sitúas tú la frontera. ¿En la pubertad, es esa la frontera? Porque ahora algunas chicas tienen la regla a los nueve años...

—¿De qué estás hablando? —pregunta.

—No hablo de con quién te lo montas, por supuesto, sino solo de tus deseos. De lo que te gustaría hacer. ¿Existe algún límite acerca de con quién deseas follar?

Me he vuelto loca.

—¡Santo cielo! —exclama Tom.

Coge la chaqueta de la silla y se dirige a la puerta de entrada, pero yo también he cogido mi bolso y llego antes que él.

—Tú no te vas —digo.

—Déjame pasar.

—Tú no te vas. Me voy yo. Soy yo quien se va al maldito pub.

He abierto la puerta y lo que sigue a continuación es un patético tira y afloja en el porche... ¡Hola, Booterstown! Tom se da cuenta de que está a punto de golpearme y levanta las manos al aire. Y supongo que ahí tengo la respuesta a mi pregunta acerca de sus impulsos y sus acciones y la brecha que existe entre ambos. Si pudiera verla. Pero no quiero.

—Lleva a las niñas al colegio por la mañana —le digo.

Porque aquí es donde acaban todas nuestras emociones, en quién se encarga de llevar y recoger a las crías y quién les prepara el desayuno... Al menos así era antes, hasta que me di por vencida e intenté salvar mi matrimonio haciéndolo todo. Dios mío, qué resentida puedo ser.

—¿Qué quieres decir con eso de «por la mañana»?

Lo miro con dureza. Él se lleva la mano a los labios, como si tuviera algo pegado

en ellos, lo que me da el medio segundo que necesitaba para cruzar el umbral y alejarme de él por el camino de entrada.

—¿Adonde vas?

—No lo sé —respondo.

Y voy al hotel Shelbourne, a cuenta de mi tarjeta de crédito.

Es un error.

El establecimiento está lleno de gente que se divierte. Están sentados, beben, conversan y ríen. Da la impresión de que no caben en sí... de lo que quiera que sea. Del hecho de ser ellos mismos. Ahí está Dickie Kennedy, tomando una copa en un rincón, y me viene a la memoria la historia de cómo logró que acusaran a su esposa «de abandono del hogar» y se quedó con la casa.

Debería haberme puesto la falda de tweed verde que me queda ajustada a los muslos..., así podría lucirlos. Debería haber venido con uno de esos elegantes modelos que tengo. En esto pienso, a punto de perder mi matrimonio (o la cordura), sentada en el bar del Shelbourne. Me digo que la ropa puede cambiar las cosas.

Cojo el pesado vaso con el gin-tonic y, mientras lo bebo a sorbitos, me doy cuenta de que a una mujer como yo se le ofrecen pocos caminos.

Hace dos años recibí una carta de Ernest. Me escribía para decirme que dejaba el sacerdocio, pero que había decidido quedarse en su pequeña escuela perdida en las montañas. Como su obispo tal vez pondría algunos reparos, no pensaba comunicarle —de hecho, no pensaba informar a nadie más que a los amigos y a la familia (¡pero no se lo digas a mamá!)— que dejaba de ser el «padre Ernest» para volver a ser simplemente Ernest. Quien se ordena sacerdote es sacerdote para siempre, claro está, de modo que no faltaría a la verdad si mantenía la boca cerrada. «No me queda ningún otro lugar donde vivir que mi propio corazón», escribía, con lo que quería decir que llevaría la misma vida que antes, pero con reglas distintas, dictadas por él mismo.

Aunque en su momento me pareció la cosa más descabellada que había oído, ahora, sentada en un taburete ante la barra del Shelbourne, me he preguntado qué sucedería si siguiera comportándome como de costumbre, no dijera nada a nadie, y no cambiara nada, pero decidiera no estar casada.

Y me he preguntado cuántas de las personas que me rodean viven, duermen y ríen con sus cónyuges sobre esta misma base, y si eso les entristece. No mucho, a juzgar por su aspecto. No les entristece en absoluto.

La última vez que vi a Dickie Kennedy fue en su fabulosa casa de Glenageary. Debió de ser poco después de que naciera Rebecca. Era un verdadero bruto. «Ya veo que Brian se ha dado un buen lote», dice al ver que una pobre mujer se alisa la falda sobre unas posaderas rollizas, porque no parece haber forma de que salga corriendo de la habitación. Nos sentamos a la mesa y seguimos oyendo cosas de este tenor

mientras comemos un *risotto* con setas, seguido de merluza en una deliciosa salsa verde. La cena es excelente. Emer, la mujer que la ha preparado, tiene la piel curtida por el exceso de sol y de cremas. Me fijo en el escote de su blusa cuando se encoge de hombros para ver cómo se le mueve y arruga todo. Me hace algunas preguntas, buenas preguntas, a las que respondo, de manera que la cena discurre a satisfacción de todos. Emer es muy ocurrente. Se emborracha un poco. Cuenta entonces una anécdota acerca de cierta mujer a la que todos conocemos, que en cierta ocasión se quitó la blusa en el despacho de Dickie —no podéis haceros idea de lo espantosa que era su ropa interior—, y él volvió a casa temblando. Y todos nos reímos con ganas. Después nos vamos a casa.

Más tarde incluso Tom, en el coche, tiembla un poco, como si no pudiera dar crédito a la escena que se nos ha contado esa noche.

—¿De qué iba todo eso?

Cuando regreso de llevar a la canguro a su casa, me lo encuentro sentado a oscuras en la sala, bebiendo whisky.

O tal vez esto fuera otra noche. Durante un tiempo todas las noches eran iguales.

—¿Quieres que encienda la luz?

—No, gracias.

—¿Vienes a la cama?

Ya estamos una vez más. Tras unas cuantas copas, pero a veces incluso estando sobrios, llega el momento del juego de la infelicidad, una y otra vez, interminablemente. Ding, dong. Dale que dale. Sin pausa.

—No, me quedaré un rato sentada aquí.

—Como quieras.

—Sí.

Tú me empujas yo te estiro. Ven y te diré cuánto te odio. Aguanta un minuto mientras te dejo. En todo momento somos conscientes de que estamos eludiendo lo esencial, sea lo que sea. Sin embargo, de pronto lo sé, porque arriba la pequeña grita en sueños. Voy hacia la puerta.

—Gracias —dice Tom.

—¿Cómo?

—Gracias por seguir conmigo.

—¡Oh..., por el amor de Dios!

—Lo digo de veras.

O alguna otra versión de lo anterior...; rara vez nos gritamos, Tom y yo, solo nos odiamos.

—Vuelvo en un minuto —digo.

Y una noche —bien pudo ser esta, después de la merluza en salsa verde, la rolliza mujer de Brian y el adefesio con la horrenda ropa interior, y las victorias y las

derrotas—, Tom se saca el cigarrillo de la boca. Lo sostiene en alto, justo debajo de mi barbilla, y lo aplasta con el puño. El olor, cuando abre la mano, es agudo y terrible.

Me despeja la cabeza.

Si subo a ver a Rebecca y la beso, ella será feliz. Si me siento en el brazo de la butaca y doy un beso a Tom, él no será feliz. Así pues, me quedo con él solo un momento más, entre el olor a chamusquina de su autodesprecio. Apoyo su cabeza contra mi pecho, hasta que los gritos de Rebecca alcanzan ese punto que siempre me obliga a levantarme. Entonces subo a verla.

Las niñas nos unieron, al menos por un tiempo. Creo que Tom dejó de odiarme cuando dejé de trabajar. Por supuesto, él dirá que jamás me ha odiado, que siempre me ha querido. Pero conozco el odio cuando lo veo. Lo conozco porque hay una parte de mí que desea que la odien.

Debe de ser eso.

Qué más da.

Con los años las cosas se han vuelto más fáciles, pero en realidad no se han solucionado del todo.

Pensaba en esto mientras estaba sentada en el bar del Shelbourne: que estaba viviendo una vida entre comillas. Podía coger las llaves y volver a «casa», donde podría «hacer el amor» con mi «marido», igual que tantas otras personas. Eso era lo que había hecho durante años. Y hasta que mi hermano murió no parecieron importarme las comillas ni me di cuenta de que estaba viviendo entre ellas.

Llego a la conclusión de que los británicos solo entierran a las personas cuando están tan muertas que hace falta otra palabra para denominarlas. Posponen durante tanto tiempo el funeral que la gente no se congrega tanto para llorar al difunto como para quejarse de que el cadáver siga aún dando guerra. Hay cola, me dicen por teléfono (a los británicos les encantan las colas). No se reúnen hasta que la emoción ha desaparecido.

¿Cómo, si no, debo interpretar los diez días que hemos de esperar por el papeleo? El certificado de defunción y el permiso de traslado, que seguirán caminos distintos hasta reunirse en un sobre que acompañará a mi hermano en su regreso a casa.

Entretanto, mientras los ordenadores aguardan y las impresoras se atascan, mientras los secretarios judiciales van al gimnasio y los funcionarios del registro civil batallan contra las averías de sus sistemas de calefacción central, Liam yace en cualquier cámara frigorífica extranjera y yo —todos nosotros— sigo con mis cosas. De vez en cuando, mientras doy vueltas por la casa, me asalta el pensamiento de que he olvidado algo vergonzoso: un tampón que ha quedado flotando en el agua del inodoro de abajo, media galleta en el brazo de una butaca, o una taza de té sin acabar. Noto cómo se va enfriando en mi boca mientras la busco, y al final encuentro la taza vacía.

Todos los días voy a Griffith Way y paso un rato sentada, con cierta formalidad, con mi madre y Bea, si está allí, o Kitty. Hablamos de cosas corrientes. A veces dejamos a mamá delante del televisor y nos encerramos en la cocina, donde Kitty —donde todas nosotras— parece empequeñecida, una niña grande. Me sorprende la cantidad de productos que necesitamos, nos acicalamos y maquillamos hasta no dejar una superficie sin cosmético, ya sea mate o brillante. Es lo que les ocurre a las mujeres de mediana edad cuando están en el lugar donde una vez fueron niñas, y ahora, a pesar de los reflejos en el cabello, volvemos a ser tratadas como niñas, no tanto por nuestra madre como por la propia muerte. Solo que ahora somos todas muy buenas niñas.

Soy una buena hija. Soy una hija buenísima. Y en un detalle típico de clase media voy a Kilkenny Design y compro un hermoso chal de cachemir finísimo de color crema para mi madre.

Ella lo saca de la bolsa, embelesada un instante por la idea de que parecerá una anciana dama de las que salen en la tele.

«Conque esto es lo que te dan cuando se te muere un hijo».

Permite que se lo ponga, pero sus hombros redondeados lo rechazan, igual que el gesto de su barbilla. Lo deja sobre su regazo, diciendo: «Será una preciosa toquilla de

bautizo, ¿verdad? Ciara espera uno». Porque, aunque no nos distingue del todo cuando nos ve en carne y hueso, mi madre cuenta su progenie y la progenie de esta hasta la tercera generación, y dice sus nombres con soltura y placer.

«Lo espera para febrero, ¿no? Hará mucho frío».

Todos los bebés Hegarty reciben el bautismo, porque lo contrario sería arrebatarse a esta mujer lo que le corresponde por derecho, su pequeño tesoro de almas, de modo que todos caminamos obedientemente hasta la pila bautismal con nuestros hijos. A mí no me importó, pero pensaba que Jem se había pasado. ¿Quién sabe en qué creen los Hegarty? Mossie el psicótico va a misa todos los días durante la Cuaresma, pero solo lo sabemos porque nos lo cuenta él, que es un psicótico. Los demás rezamos solos.

Le quito el chal, lo doblo y mientras lo guardo en la bolsa de papel digo: «Por una vez podrías quedarte algo para ti, mamá». Me mira con expresión severa, como diciendo: «¿Qué? ¿Quieres que sea como tú?».

No sé qué tiene de malo ser como yo. Tampoco sé si le gustaría que fuera mejor, en el caso de que se acordara de mi nombre. Mamá siempre ha sido libre de elegir a quiénes quería y a quiénes no. A los niños primero, naturalmente, y después, a cualquiera de las niñas que eran buenas.

Yo no lo era. No sé bien por qué. No es que hiciera alguna vez algo indebido. Es solo que no me lo tragaba, y tampoco Liam. No nos tragábamos el cuento de los Hegarty sobre la «pobre mamá».

La pobre mamá está sentada viendo el programa de sobremesa de la tele, como hace siempre y siempre hará, antes y después de la muerte de cualquier otro ser humano. Es imposible saber en qué está pensando. Cuando habla, cuenta cosas que ocurrieron hace mucho tiempo, antes de que nosotros viniéramos al mundo: la aventura del caballo del lechero, el día que prendió fuego a la alfombra de la sala de estar en Broadstone, los apuros que pasaba su madre Ada a final de mes, cuando preparaba un estofado que tenía solo verduras; estofado de la selva, como lo llamaba, en el que las zanahorias eran «carne de tigre» y las chirivías, «bocados de camello».

La casa está vacía y en mal estado; un laberinto de tabiques, que se va al traste con los fantasmas de los niños que fuimos antaño. Tres han muerto..., ahora somos casi una familia normal. Un par de más, y tendríamos el tamaño ideal.

En cierta ocasión vino a casa un chico para limpiar las alfombras y me contó que era el último de veintiún hermanos. Todas las familias grandes son iguales. A veces coincido con alguna en fiestas o en un pub, nos damos a conocer y después nos lamentamos —a Billy, que está en Boston, y a Jimmy-Joe, que vive en Johannesburgo, les va bien—, primero los muertos, después los perdidos y por último los locos.

Siempre hay algún borracho. Siempre hay uno que sufrió abusos sexuales. Siempre hay un éxito colosal, con varias casas en diversos países, a las que nunca se

invita. No falta la hermana misteriosa. Son solo pautas generales, claro, y, como todas las pautas, cambian. Porque nuestras familias lo contienen todo y, al final de la noche, todo cobra sentido. Nos compadecemos de nuestra madre, por lo que ha tenido que aguantar en la cama o en la cocina, y la aborrecemos o la veneramos, pero siempre lloramos por ella..., al menos yo. El imponderable dolor de mi madre, contra el que he endurecido mi corazón. Solo una copa de más y daré un golpe en la mesa, como los demás, y lloraré por ella también.

Esto es lo que ha hecho mi madre durante años:

1) Tazas de té.

En el curso de su vida mi madre ha preparado miles y miles de teteras..., jamás ha hecho otra cosa, a decir verdad. Y siempre ha sido motivo de discusión entre nosotros. A Midge le gustaba cargado; a Ernest, flojo. A Mossie le gustaba agitar bien la tetera, pero fue Ita quien me salpicó una vez al hacerla girar trazando un arco... Aún recuerdo la sucia cinta de agua serpenteando hacia mí, la línea dolorosa en mi abdomen y lo frío que estaba el algodón de la camiseta cuando quise quitármela.

«¿A quién le gusta el té?»

Es extraño que solo tuviera dos hijos alcohólicos, de la variedad ¿has ido alguna vez a Alcohólicos Anónimos? Pero todos los Hegarty somos personas sedientas. Todos mataríamos por una taza de té decente.

2) Descendientes.

La mayoría de las Hegarty somos callejones sin salida genéticos —¿quién puede reprochárnoslo?—, salvo Midge, que tuvo seis hijos. Los tuvo muy joven y seguidos; el primero coincidió con el último de mamá (no se trata de una competición, entiéndanme). Jem tiene dos críos preciosos. Y Mossie, el psicótico, tiene tres hijos muy sensatos, que jamás han salido del hogar familiar en Clontarf.

3) Dinero.

Ninguno tiene un trabajo como Dios manda, excepto Bea, que es gerente de una importante agencia inmobiliaria de la ciudad, y Mossie, que es anestesista (nos tememos que cualquier día deje salir un poquito más gas del necesario). Los demás solo tenemos eufemismos. Ita, por ejemplo, es «ama de casa», Kitty es «actriz», yo soy «un ave nocturna», Alice es «jardinera». Ivor y Jem trabajan en «multimedia», que es el mayor eufemismo de todos. Ernest es «sacerdote» (ya lo he dicho todo).

4) Heterosexuales.

«¿Sois todos heterosexuales?», me preguntó en cierta ocasión mi amigo Frank con tono de incredulidad.

«Hummmmm...», dije.

¿Midge? Qué más da, ¿no? Una vez que estás muerta. O, si no, una vez que te has casado con el gerente de un pub y te has comprado una casa en Churchtown. Midge

era madre; era una fregona, una pegona, una alarmista, una acaparadora de males, en especial del más grave y definitivo. Puede que fuera gay o heterosexual o aficionada a cepillarse ovejas; es demasiado triste para pensar en ello. Lo que Midge deseaba jamás importó un ápice. En cuanto a los demás, la mitad de los novios de Bea son gays, pero no creo que ella lo sea. Ernest es célibe. Kitty se acuesta con montones de hombres, se enamora de cada uno de ellos y todos están casados. ¿Es eso una orientación sexual? Debería serlo..., la mala pécora. Solo folla con el sueño imposible.

Nadie sabe nada acerca de Alice. Pero todos estamos al corriente de que los gemelos Ivor y Jem mantienen relaciones sexuales muy gratas y normales (¡hurra!), no el uno con el otro, me apresuro a añadir, sino con sus respectivas parejas: una chica de Surrey y un simpático productor de radio alemán.

Mientras tanto, el pequeño Stevie disfruta del sexo de los ángeles en el cielo, desnudito como el resto de los querubines.

Es un marica de tomo y lomo. Cuando se besan hacen ruiditos que suenan igual que su nombre: «Putti. Putti. Putti».

Ninguno de nosotros es normal. No es que los Hegarty no sepamos lo que queremos, sino que no sabemos cómo quererlo. En nuestro deseo hay algo que se descarrió sin remedio.

Esto es lo que percibo cuando miro las escaleras que conducen a la habitación donde nos concibieron: el caos de nuestro destino —o no tanto un caos como cierta imprecisión—, nuestra imposibilidad de encontrar una senda. Y recuerdo lo orgullosos que nos sentíamos. Lo leales que éramos. Y cómo formábamos una piña. ¿No era maravilloso?

Siempre sabía dónde estaba cada uno. Me sentaba en el alféizar de la ventana de nuestra habitación, ovillada contra la frágil lámina de vidrio, y los situaba en la casa: Ita ante el espejo del cuarto de baño. Midge en el fregadero. Mossie rascándose el cuero cabelludo y dejando caer las escamillas entre las páginas de su libro de biología. Liam en compañía de alguien en la habitación del pasillo que daba al jardín. Incluso por la noche podía decir dónde estaba cada uno: las habitaciones frías, cada una con un hedor diferente, mientras la amargura de todo un día se filtraba por la piel de mis hermanos dormidos; el olor de las pastillas de mi madre en el lavabo de arriba después de que hubiera orinado.

Ahora se están despertando. Vendrán a casa.

Bea, Ernest, Ita, Mossie, Kitty, tal vez Alice y sin duda los gemelos Ivor y Jem.

Atronarán el cielo instalados en la enorme panza de un avión. Ivor desde Berlín y Jem desde Londres; Ita desde Tucson; la misteriosa Alice desde Dios sabe dónde. El padre Ernest, quizá tocado con un gorro típico de listas de colores, procedente de Lima vía Amsterdam.

Una hueste de Hegartys. ¡Dios nos valga!

Haremos lo que hacemos los Hegarty. Nos mostraremos valientes, decentes y cariñosos, y lloraremos y sufriremos. No habrá gilipolleces, porque los Hegarty no hacemos gilipolleces. Lo bueno de revivir un pasado doloroso es que no hay a quien reprocharle nada. Campamos a nuestras anchas. Somos seres humanos al desnudo. Algunos sobreviven mejor que otros, eso es todo.

El cuerpo no ha llegado aún.

Tom deja sobre la mesa de la cocina el suplemento del periódico dedicado a los anuncios inmobiliarios, donde ha marcado con círculos y recuadros propiedades en ruinas del centro de la ciudad. Subraya las palabras «A reformar». Supongo que esto va por mí. Y supongo también —gracias, Tom— que es algo estupendo a lo que dedicarse cuando se te muere un cuñado.

Salgo a cambiar el chal de mamá y a dar una vuelta por la ciudad, y al cabo de un rato me encuentro llorando en las escaleras mecánicas de los grandes almacenes Brown Thomas, que en definitiva no es más que una tienda. Lloro porque aquí no hay nada que no pueda comprar. Puedo comprar ropa de cama o una cama. Puedo comprar tejanos de moda para las niñas o una chaqueta «Miu-Miu» para mí, si no es demasiado entallada. Puedo comprar los botes de plástico Brabantia que estoy viendo ahora en la tercera planta, y que me vendrían bien para la pasta, el arroz, las lentejas, las pipas de calabaza y demás frutos secos, en especial los que nunca empleo para cocinar, que guardo en la balda más alta del armario. Echo cuentas. ¿Debería tener uno para la polenta, que lleva cinco años en su paquete, a la espera del día en que necesitemos todos los alimentos no perecederos que podamos reunir? ¿Y qué hay de los garbanzos? Los botes están a mitad de precio. «Necesito nueve», pienso. Y mientras los voy apilando en el pliegue del codo izquierdo lloro un poco más al pensar en la inundación, la epidemia y la bomba nuclear que nos han obligado a encerrarnos en casa y comer una polenta de hace cinco años. Si alguien me pregunta, diré que estoy llorando por el fin del mundo. Y de repente me entran ganas de lanzar al aire los nueve botes de Brabantia y gritar, o plantarme ante la caja registradora, vaciar mi bolso en el mostrador y exclamar: «¿Y qué pasa con los niños que se mueren de hambre en África, con el vientre hinchado y los ojos llenos de pus?», porque puedo comprar todo lo que venden en esta tienda. Mi hermano acaba de morir y yo puedo comprar todo lo que se me antoje.

«Necesitas un reto», me dice Rebecca con una formalidad impropia de sus ocho años. Y yo le digo: «¡Pues claro! Para eso ya te tengo a ti».

¿Son buenas niñas? ¿Son seres humanos decentes? Por regla general, sí. Aunque Emily tiene algo de gato, y siempre he pensado que los gatos solo saltan a tu regazo para comprobar si estás lo bastante fría para comerte.

A veces me pregunto qué habrá sido de Michael Weiss, si también habrá sucumbido a una esposa exigente y unos hijos que viven el sueño de la clase media, pero con avidez como mis hijas. E intuyo que él sería capaz de desenvolverse bien en el mundo de color de rosa, con Barbies que le gustarían pero no mucho, que

compraría o que ni siquiera se molestaría en comprar.

Liam jamás va de tiendas.

Así que, en honor de Liam, dejo los botes donde estaban y mientras regreso a casa en coche le señalo las novedades, ahora que está muerto.

«¡Fíjate en esa hilera de farolas!» le digo.

No le convencen.

De hecho es algo que hacía cuando estaba vivo: le señalaba los pequeños cambios y estorbos, los aparcamientos residenciales, los puntos donde se producían atascos, los siete millones de conos de color naranja que había hasta Kinnegad, porque él vivía a ochocientos kilómetros. Y aunque venía de vez en cuando y pasaba las vacaciones en el oeste, todos estos cambios se producían en su ausencia. No es que significaran gran cosa, pero me entristecía la forma en que él se quedaba atrás. Liam vivía en los años setenta, en cierto modo. En realidad, puede que fuera más cosmopolita que nosotros —que cocinara *curries* en Londres, que tuviera toda clase de amigos interesantes—, pero, cuando volvía a casa, siempre parecía un poco trasnochado, un paleta.

Mi hermano emigrante se convierte en un fantasma anticuado; cuando murió, le calcé unas botas de goma, como si los años setenta irlandeses se hubieran confundido con los cincuenta en mi mente.

Esperaba encontrar la casa llena de gente, pero Bea niega levemente con la cabeza al abrirme la puerta.

—Solo nosotros. Y unos pocos vecinos.

«¿Qué esperabas? —tengo ganas de decir—. ¿Quién va a venir a ver un cadáver en nuestra sala de estar, cuando ni siquiera hay en toda la casa una copa de vino decente?», pero me lo callo. Tom está detrás de mí. Me ha asido por el codo, que mueve como si fuera un *joystick* para hacerme pasar junto a Bea, y ese gesto debería hacerme enfadar, pero es... tan anticuado... Nadie coge a las mujeres así hoy día, excepto Frank, un compañero de trabajo, que era gay y ahora está muerto.

«Está todo en los ojos», me dijo en cierta ocasión mientras me llevaba a alguna horrible fiesta de empresa. «¡Pobre Frank! —digo para mis adentros—. ¿Por qué no lloré la muerte de Frank?» De pronto pienso, con gran convicción, que tengo que enmoquetar el piso de arriba; Frank se habría mostrado de acuerdo.

Y contratar de nuevo una señora de la limpieza. Necesito una señora de la limpieza que combata la acumulación de pelusilla. Entonces me acuerdo del asma de Rebecca —como me ocurre siempre cuando llego a este punto—, y mientras sigo pensando en eso me encuentro ante el cuerpo de Liam en la sala.

«¿No nos hemos visto antes?»

Ya sé qué color quiero para la nueva moqueta: «madera vieja», creo que lo llaman.

«¿Por qué me sigues a todas partes?»

La habitación está casi vacía. No hay nadie con quien pueda hablar de los pulmones de los niños o de colores de moquetas, de tejidos, nudos, urdimbres o porcentajes de lana. Vivo o muerto. A Liam le tienen sin cuidado esas cosas. Tomo asiento. Le han puesto un traje azul marino y una camisa azul, como si fuera un agente de la policía irlandesa. Le habría gustado.

¿Quién lo ha vestido?

El joven inglés de la funeraria, de labios carnosos y con el *piercing* en la oreja, mientras habla por el móvil con su novia, levanta la pesada cabeza para ponerle la corbata.

Seguro que el traje figurará en la factura.

Esperaba que colocaran el féretro atravesado en la sala, pero no hay suficiente espacio. La cabeza de Liam apunta hacia las cortinas, que están corridas, y detrás hay unas velas colocadas en altos candelabros. Desde donde estoy sentada no le veo bien la cara. La madera del ataúd forma un ángulo que le tapa la mejilla. Veo el hueco en el hueso donde deben de estar los ojos, pero no me levanto para comprobar si el

huevo está lleno o si tiene los párpados cerrados. La subida y descenso del hueso es cuanto necesito ver de él por ahora, muchas gracias.

Han apartado las butacas y el sofá, pero la señora Cluny, que está rezando, ha preferido sentarse en una de las duras sillas traídas de la cocina. Kitty está de guardia junto a la pared del fondo, por si se diera la indecorosa circunstancia de que alguno de los que han acudido al velatorio se quedara a solas con el cadáver, o la indecorosa circunstancia de que el cadáver se quedara solo. Me mira mientras me siento en el brazo de la butaca y pone los ojos en blanco. Al cabo de un minuto se acerca y susurra:

—¿Vas a quedarte?

—No —respondo. No entiende nada. No entiende que para mí todo eso es algo acabado y más que acabado. Solo quiero que entierren los dichosos restos y los quiten de en medio—. Iré a buscar a Ita —añado— o a algún otro. No. No puedo. Tengo las niñas.

—Oh, las niñas... —repite alzando un poco la voz.

—Sí. Las niñas.

En ese instante Rebecca entra en la habitación y camina de espaldas hacia mí hasta que choca con mis rodillas.

—¿Dónde está tu padre?

Al alzar la mirada veo que Emily está jugando con el pomo de la puerta, sin apartar la vista del ataúd, y golpeando la pintura con el zapato.

—Deja de hacer eso —le digo.

No hace caso.

—Para de una vez, o dejarás la puerta de la abuela llena de marcas.

Entonces caigo en la cuenta de dónde estamos.

—Sí —le digo—. Está muerto. —Lo cual, ahora que lo pienso, no es lo más tranquilizador que podía decir.

Con un súbito ondear de falda escocesa y cabellos color arena, Rebecca va hacia la puerta y desaparecen las dos. Las oigo reír en el pasillo y luego subir corriendo por las escaleras, por más que no deberían correr. Me da un arrebató de rabia contra Tom, que ha insistido en traer a las niñas pero no se molesta en cuidar de ellas, ni aun habiendo un difunto en la casa, tras lo cual alguien vuelve a pulsar el botón de «silencio» y pasa un rato antes de que me dé cuenta de que Kitty se ha ido y soy la única Hegarty viva que queda en la sala. No sé cuánto tiempo sigo así, pero se me hace largo, atenta a los susurros histéricos de las niñas en el piso de arriba: atada a ellas, adondequiera que vayan, y atada a estos restos en la habitación delantera. La parte de atrás de la casa está poblada del sonido de personas a las que no deseo ver, y por eso me quedo donde estoy y decido no quejarme.

Así es como me encuentra Ernest cuando entra en la sala, recién llegado del

aeropuerto. Es él, no cabe duda, mi hermano mayor. Me lo quedo mirando durante unos segundos y retrocedo para ver qué aspecto tiene ahora. Lo encuentro bien. Su ropa es un poco triste, pero sobre el anorak y los pantalones de poliéster está su cabeza, grandota, con una cara saludable y más atractiva con el paso de los años. Observo que es la calva del abuelo Charlie la que brilla a la luz de las velas, y las manazas del abuelo las que estrechan la mía, y mientras Ernest me abraza no sé si este es un abrazo de sacerdote o de abuelo; en todo caso, los pechos no se juntan: en este abrazo, mis pequeños pechos no están en medio.

¿Cómo lo hace?

Es su trabajo. Mi hermano tiene un corazón entrenado; la compasión es un músculo para él; inclina la cabeza cuando le hablan. Apenas mira el ataúd, pero capta enseguida la expresión de mis ojos. Después se vuelve ligeramente hacia el cadáver.

—No les digas a los demás que estoy aquí, por favor —dice—. Todavía no. —Y con un gesto de la cabeza me indica que salga. Como es lógico, este es el motivo de que también lo odie a él, su «franqueza» sacerdotal..., la farsa. De todos modos, Ernest siempre se portó bien conmigo. Nos separaba la distancia adecuada.

En el recibidor, presto atención a las voces de la cocina: una con marcado acento americano, que debe de ser la de Ita. Y la mujer de Mossie, que manda callar a sus hijos perfectos.

Me vuelvo y subo en busca de las mías.

—¡Rebecca! ¡Emily!

Las escaleras son más estrechas y empinadas de lo que recordaba. Las oigo reír arriba, como niños escondidos en las ramas de un árbol, pero cuando llego al descansillo se han ido.

Hacía mucho tiempo que no subía aquí. Era el piso de las chicas: Midge, Bea e Ita dormían en la habitación de atrás; Kitty, Alice y yo, en la de delante, con vistas a un cerezo en flor, cables negros inclinados y una farola blanca. No parecía pequeña entonces. El bolso de viaje de Kitty está sobre su cama; en las otras dos no hay nada. Enmarca la ventana el laberinto de estantes y puertecitas de armario que nuestro padre montó con piezas de aglomerado blanco compradas en los almacenes MFI. En un estante quedan unos pocos libros escolares, ninguno en inglés; tal vez por eso no acabaron en la basura. *Das Wrack*, de Sigfried Lenz, y relatos de Guy de Maupassant, entre ellos, uno titulado «La Mer», en el que, como recuerdo de la escuela, un marinero conserva en un barril de sal su brazo amputado para llevarlo a casa. Los libros, más que leídos, parecen sucios, pero lo cierto es que los leímos:

Tá Tír na nóg ar chúl an tí Tír álainn trina chéile.

La tierra de la eterna juventud está justo detrás de la casa, una tierra hermosa

contenida en sí misma.

Me vuelvo y veo a las niñas en la puerta.

—Venid. Vamos abajo.

Y estas niñas, que jamás hacen nada de lo que les pido, dan media vuelta y comienzan a bajar delante de mí por la escalera. Al llegar abajo, Rebecca me coge de la mano y me conduce hasta la cocina, como si yo fuera un gigante perdido que hubiera encontrado en el vestíbulo.

Mossie nos hacía una cosa en la mano. Nos apretaba los huesos, de modo que las nudillos quedaban montados unos sobre los otros, hasta que gritábamos. Ahora está en la cocina, con Tom, junto a la mesa: los dos profesionales en la misma habitación, hablando de hombre a hombre. «¿Por qué los hombres no se sientan nunca?», me pregunto, y enseguida caigo en la cuenta de que todas las sillas están en la sala con el difunto. Miro alrededor. Ita está apoyada contra el fregadero. Parece más menuda. Hasta su cara parece más pequeña; tal vez sea la luz de la ventana que tiene detrás lo que la empequeñece. No obstante, se conserva muy bien y, cuando la beso, experimento la repugnante sensación de estar tocando el cuerpo embalsamado de la habitación contigua.

Después me abrazan los gemelos, uno por cada lado, como tienen por costumbre; siempre han sido cariñosos y apenas se dejan ver. Busco con la mirada a Kitty y veo que está fumando, en el jardín. La misteriosa Alice no está. Puede que esté loca, se me ocurre de pronto. La misteriosa Alice probablemente ha estado siempre loca.

Los hijos de Midge están juntos y me vuelvo hacia ellos con expresión de gratitud, pero Bea me lanza una mirada echándose hacia atrás su morena melena.

De acuerdo. De acuerdo.

Voy hacia donde está sentada mi madre y me quedo de pie al lado de su sillón de orejas, mientras una vecina le dice las frases de rigor.

—Sí. Muchas gracias. Sí.

La vecina, la señora Burke, está inclinada y le susurra al oído algún secreto importante, al tiempo que le acaricia la mano.

—Sí —dice de nuevo mamá—. Muchas gracias. Sí.

Cuando la señora Burke se aleja, doy un beso a mi madre.

Ha sucedido. Durante los diez últimos días ha estado sentada delante de la televisión, esperando algo que ahora ya ha llegado. Algo que, como dicen, la ha «dejado destrozada». Como si fuera un camión. No queda mucho de ella.

Mamá, que siempre ha sido evanescente, se ha desvanecido ahora por completo. La miro a los ojos para tratar de encontrarla, pero guarda en lo más profundo de sí lo que queda de ella. Mira el mundo desde ese lugar remoto y deja que todo pase sin saber bien de qué se trata. Cuesta adivinar en qué medida entiende lo que ocurre, pero rezuma serenidad.

—Oh. Hola —me dice, y su voz denota cierto cariño... por mí, por la mesa repleta de comida, por todos los presentes.

—Mamá... —digo. Me inclino para besarla en la mejilla y, aunque nunca le ha gustado besar ni que la besen, no se aparta, sino que inclina el rostro como una debutante para recibir el infantil fruncimiento de mis labios. Sospecho que no sabe quién soy, pero de pronto me coge la mano, la toma entre sus delicadas palmas y me mira.

—Siempre fuisteis buenos amigos —dice.

—Sí, mamá.

—Os queríais mucho, ¿verdad? Siempre fuisteis buenos amigos.

—Gracias, mamá. Gracias.

Noto la mano caliente de Tom en la base de mi espalda. Al menos, creo que es su mano, pero cuando vuelvo la cabeza no está allí. ¿Quién me ha tocado? Me incorporo y los miro a todos. ¿Quién me ha tocado? Quiero preguntarlo en voz alta, pero los Hegarty y las esposas de los Hegarty y los vástagos de los Hegarty están a cierta distancia de mí: se mueven charlan, comen, sin darse cuenta de nada.

—¿Estás bien aquí, mamá? —pregunto antes de marcharme.

—Necesito ver a las niñas —dice.

—¿Qué? ¿Cómo dices?

—Las niñas —repite—. Necesito ver a las niñas.

—Están arriba, mamá —digo—. Bueno, no están aquí. Voy a buscarlas, mamá. Te las traeré.

Ahora Tom sí está a mi lado. Se agacha para tomar la mano de mi madre en una expresión muda de condolencia, se incorpora luego y me coge del codo otra vez, para conducirme a través de la habitación.

—¿Has entrado a verlo? —pregunto.

—Parece... —Tom se interrumpe—. No es él.

—No sabría qué decir, la verdad —digo.

Los dedos de Tom me aprietan el brazo. Son dedos muy codiciosos. Sin duda no me soltarán. Este es el hombre que me follará dentro de poco para recordarme que aún estoy viva. Mientras tanto dice:

—Parece un agente inmobiliario.

—Es por la camisa —digo.

—Ah. Nos pasa a todos.

Aparecen entonces las niñas: Rebecca, Emily y Róisín, que es la pequeña de Mossie, a la que tantas veces ha visto en fotos y tan pocas en persona. Es una monada. Se planta delante de mí y mueve su barriguita de un lado a otro.

—¿Vas a decirle hola a tu tía? —le pregunto—. ¿Vas a decírselo o hago que chilles como un ratoncito? Chilla, chilla.

Le pellizco la barriguita con mis manos de bruja. Después me enderezo y susurro a Tom:

—Mamá dice que necesita ver a las niñas.

—Me parece bien.

—Vete a tomar por culo —replico.

—¿Qué?

—¿Por qué necesita ver a las niñas?

—Bueno... —dice Tom.

—Las niñas no están para eso —digo hecha un basilisco. Entonces me mira con repentino interés antes de coger a las niñas por los hombros y llevarlas hasta donde se encuentra su abuela.

—Id a dar un beso a la abuelita, vamos.

Las niñas se quedan de pie ante mi madre. Es posible que Emily se limpie la boca delante de ella..., dice que no le gustan los besos húmedos, solo los secos, «como los de su papá». Sin embargo, al final no hay ningún fluido por medio. Mi madre levanta la mano y la posa sobre la cabeza de Rebecca, después se vuelve con solemnidad y hace lo mismo con Emily, quien recibe el gesto con los ojos como platos.

Presencio la escena como si me hallara a una gran distancia. Es como si no me uniera nada a ellas. Pero algo hierve ruidosamente en mi sangre.

—Entonces, ¿para qué están? —pregunta Tom.

—No están para nada —contesto—. Simplemente son.

Y en verdad lo pienso.

Rebecca viene hacia mí. Tiene la cara llena de lágrimas no vertidas y me la llevo fuera un minuto. La otra habitación está ocupada por el féretro, así que no queda otro lugar adonde ir que las escaleras, donde nos sentamos, y mi dulce y desconcertada hija llora en mi regazo por algo que no entiende. Después se anima un poco.

—Quiero ir a casa —dice, cabizbaja aún.

—Dentro de un ratito.

—No es justo. Quiero volver a casa.

—¿Por qué no es justo? —le pregunto—. ¿Qué no es justo?

Mi hija, que es tan joven, está ofendida por la proximidad de la muerte, que está dando al traste con sus ideas de formar parte de una banda de chicas, tal vez..., o al menos eso creo yo, que siento el repentino impulso de llevarla hasta el ataúd, hacerle que se arrodille y obligarla a pensar en las cuatro postrimerías.

Dios mío. ¿De dónde me ha venido esta ocurrencia? Tengo que calmarme.

—Esto no va contigo, ¿entiendes? Las personas mueren, Rebecca.

—¡Quiero volver a casa!

—Y yo quiero que te comportes como una niña mayor. ¿De acuerdo?

Así están las cosas.

—Ni siquiera me caía bien —confiesa con un último y sonoro sollozo, y eso me hace reír de tal modo que deja de llorar para mirarme.

—A mí tampoco, cariño. A mí tampoco.

Emily viene en mi busca, seguida por Tom. Así pues, nos ponemos en pie, nos sacudimos el trasero y volvemos, una vez más. Con mis hijas y mi marido, regreso a otra reunión familiar; todos están ocupados con los bocadillos de jamón y pan de molde sin corteza, la mantequilla, la ensalada de repollo y zanahoria con mayonesa, y las patatas fritas con sabor a queso y cebolla que servirán de acompañamiento. Hay salchichas de cóctel y porciones de quiche, así como macedonia de frutas para Mossie, que se queja del exceso de grasas hidrogenadas. Hay galletitas saladas Ritz con paté de salmón y una gamba encima, y otras con una ramita de perejil sobre la superficie untada de crema de queso. Hay humus para Kitty o Jem (quienquiera de los dos que sea vegetariano esta semana), junto con guacamole y taramasa-lata, en un juego de tres cuencos. Están el salmón ahumado que he traído yo y la lasaña de Bea, y una fantástica gelatina temblorosa en pequeños boles de cristal, que mi madre preparó ayer con callada lentitud y dejó reposar toda la noche.

No hay vino.

No, miento. En esta ocasión, por primera vez —quizá en honor del prodigioso aguante para el alcohol que tenía Liam—, hay dos botellas en la mesa: una de vino tinto y otra de vino blanco. Todos saben que están ahí, pero nadie beberá de ellas. Mossie hace ademán de servir un vaso a la señora Cluny, quien casi le estampa el bolso en la cara. «¡No, no, no podría! —dice—. ¡De ninguna de las maneras!»

Es magnífico rondar los cuarenta y ser adicto al refresco de naranja.

Jem va a la habitación contigua en busca de sillas, Bea se encarga de que las fuentes vayan pasando de uno a otro y nos disponemos a comenzar el espectáculo. Durante un rato procuro tener controladas a las niñas, pero después me desentiendo de ellas. Me apoyo contra la pared y observo cómo come mi familia.

Cuando éramos jóvenes, Mossie insistía en que no hiciéramos ruido al masticar. Decía que no le importaba sentarse con nosotros y que podíamos hablar tanto como quisiéramos, pero no soportaba oírnos mascar; cualquier ruido al sorber o tragar nos valía un pescozón. Comía con la vista fija en la mesa, pero al menor sonido se movía con rapidez y sin mirar. No sé cómo lo aguantábamos —supongo que porque también debía de ser divertido—, pero al ver a mi familia engullir el ágape fúnebre casi entiendo a qué se debía esa actitud.

Ernest, el célibe, ofrece un espectáculo particularmente lamentable. Incluso mi madre come con repentina avidez, como si hubiera recordado la manera de hacerlo. Alguna evocación la impulsa a coger una galleta Ritz tras otra: se adelanta a los demás, que por un brevísimo instante se sienten ofendidos. Los vecinos se sirven un poco en el plato, lo dejan en la mesa y al cabo de un rato se desmadran de tal modo

que se lo zampan todo. Un hombre al que acabo reconociendo como un hermano de mi padre se sirve directamente con sus gruesos dedos. Trabaja con pragmática rapidez, divertido por el despliegue de canapés, y solo le preocupa llenarse el estómago con una cantidad decente de comida antes de que finalice la velada.

Papá era del condado de Mayo, que es lo mismo que decir que dejó el condado de Mayo cuanto tenía diecisiete años. Liam sentía querencia por las tierras del oeste de Irlanda, pero no creo que papá la tuviera, y yo tampoco. En cambio, siento cariño por mi tío Val, o eso me parece. Lo observo y pienso que, si lo miro con suficiente intensidad, mi infancia aflorará para encontrarse con él. Por otra parte, me gustaría saber qué clase de hombre es, ahora que he conocido a muchos otros en el ancho mundo.

Val es un granjero soltero de sesenta y tantos años, de modo que debería de estar medio chiflado. Pero parece una persona bastante alegre. E inteligente también. Hace las cosas de una en una, que es lo más notable de él. Se limpia los dedos con una servilleta de papel y busca un lugar donde dejarla, y al no encontrar ninguno hace una bola con ella y la mete bajo el borde de su plato vacío. A continuación se queda mirando a alguno de nosotros, como si intentara escudriñar algo de nuestra vida: cómo nos ha ido y qué destino nos espera. Al tío Val le encantaban los finales. Le atraían sobre todo los suicidios. Nos hablaba de los vecinos y nos decía quién se había pegado un tiro y quién se había colgado de una soga. Una vez le contó a Liam la historia de un hombre de la localidad que, cuando su esposa se negó a tener relaciones sexuales con él, fue a buscar un cuchillo a la cocina y se castró delante de ella. «Toda una barraca de tiro —decía—. Las obras de los tiros».

—Tío Val. —Le estrecho la mano temiendo que me dé un ataque de pánico solo de olfatear el olor de su ropa.

—Verónica, ¿verdad? Lo siento mucho. Era un buen chico. Creo que siempre fue mi favorito.

—Sí —digo.

—Y fue siempre una magnífica compañía.

—Sí.

Me doy cuenta de que he sentido afecto por el tío Val desde que tenía seis años.

—Le gustaba mucho ir a visitarte —digo—. Se lo pasaba muy bien contigo.

—Ah, ya —dice Val—. Lo hicimos lo mejor que pudimos.

Y al oírlo pienso que no soy yo la única que intentó salvar a Liam: este hombre también lo intentó y este hombre, atado a su granja de Maherbeg, siempre se sentirá culpable por no haberlo conseguido. La palabra «suicidio» flota en el aire por primera vez: la forma en que todos fracasamos. Gracias por eso, Liam. Un montón de gracias.

Ita tiende la mano hacia atrás para coger un vaso de agua que ha dejado en el fregadero. Su actitud me ha irritado durante toda la tarde. ¿Por qué tiene el vaso ahí?

Entonces me doy cuenta de que no es agua, sino ginebra. Increíble. Parece la misma que cuando llegué, aunque tiene el rostro un poco más hinchado e inexpresivo. También me llama la atención su nariz, que sin duda es diferente, más americana. Ita nos mira sin disimular su rabia. Tal vez porque somos muy feos. Pero no soy la más indicada para quejarme, dada mi reacción al ver cómo comen los Hegarty.

Mientras tanto, Tom está hablando con Mossie de nuevo. Para él, como dice todos los años por Navidad, Mossie es «el único cuerdo de toda la familia». No le falta razón; cuando miro a mí hermano, parece de lo más normal. Tiene un buen trabajo, una buena esposa y envía con regularidad a todos los hermanos una bonita carta para contarnos cómo le va a su pequeña familia. «¡Demos todos la bienvenida al bebé Darragh!» A decir verdad, Mossie no ha dado muestras de ser un psicótico en veinte años. Aun así, en la habitación contigua, Liam se carcajea, mientras Tom, mi marido profesional, entabla con Mossie, mi hermano profesional, una conversación sobre política y la buena marcha del país. «Ja, ja, ja», dice el cadáver en la sala de al lado.

Quiero emborracharme. Enseguida. Es un deseo de lo más desafortunado, pero no puedo negarlo. Quiero librarme de mis hijas y de mi marido para pillar una curda como es debido por una vez, ya que Dios sabe que jamás he pillado una curda como es debido. Y ahí está Kitty, que me mira desde el otro lado de la habitación y pone los ojos en blanco. ¡Ita! Me acerco al fregadero (porque los alcohólicos son siempre útiles cuando apetece pasar un buen rato).

—Necesitamos una botella de lo que sea. ¿Hay alguna para después?

E Ita responde entre dientes:

—Voy a echar un vistazo.

Hay movimiento en la habitación. Es hora de trasladarse o de irse. Tengo que hablar con las hijas de Midge enseguida, antes de que se marchen con los niños, los bebés y los pequeños. Mi sobrina Ciara está embarazada de cinco meses y su rostro se ha llenado de manchas rojas debido a los calores.

Le doy unas palmadas en el antebrazo y ella me pone la mano en la muñeca, porque las mujeres embarazadas necesitan tocar y ser tocadas, y sé que mi expresión es vehemente cuando le pregunto:

—¿Tienes sueño? ¿Has comprado ya una cama?

Ciara se acaricia el vientre y a continuación agita las manos.

—Señor... ¡Dormir en un futón! —exclama.

—Ese marido tuyo... —digo—. Deberían fusilarlo.

—Es por su espalda.

—Sí, sí... —Y las dos nos reímos pícaramente, como si estuviéramos hablando de sexo.

Tom está a mi lado, oyéndonos divertido. Me vuelvo para saludar al tío Val, a quien la señora Cluny acompaña, con aire tétrico, a la habitación contigua. Cuando

Ciara se dispone a marcharse, Tom le ordena la bolsa de los pañales y coge a Brandon, su pequeño. Después se vuelve hacia mí.

—¿Recuerdas que cuando estabas embarazada de Rebecca te negaste a ir al cementerio? No sé de quién era el entierro. El caso es que no fuiste porque decías que la criatura podría nacer mal.

—*Cam reilige*.

—¿Qué?

—Así es como lo llaman. En irlandés.

—Qué divertida eres —dice.

—Sí —replico—. Soy la monda.

Cam reilige significa en gaélico «la deformidad de la tumba».

Me alejo de él sintiendo una vez más la sombra de un hijo dentro de mí, el descenso en picado del futuro en mi vientre, negro y abierto.

Me llevo la mano al estómago. Es casi como un dolor.

—Bueno, lo cierto es que funcionó —oigo decir a Tom a mi espalda—. Tiene un par de chiquillas preciosas.

«No hace falta que me lo digas». Me doy la vuelta para decírselo. «No hace falta que me lo digas», pero, en lugar de ver a mi marido, solo veo el círculo abierto de sus ojos. Si deseábamos otro hijo, nos está esperando. Casi puedo verlo. Así pues, no es solo culpa suya que más tarde hagamos el amor. No es el único culpable de que yo no lo disfrute solo como sexo.

Mientras tanto, me hace un gesto con la cabeza.

—Me llevaré a las niñas —dice—. Dentro de un momento. Tú ven cuando quieras.

—No me esperes despierto —le digo.

—Tal vez sí —dice él.

Era el entierro de mi hermana Midge, de hecho, y yo estaba gorda como un tonel. Mi sobrina Karen había dado a luz un mes antes, con veintiún años. Recuerdo que mientras estaba sentada en la iglesia yo no hacía más que mirar al diminuto y lloroso bebé, que hacía pucheros sobre el hombro de su madre, con una diadema blanca en la cabecita. Anuna —todos los nietos de Midge tienen nombres ridículos— está aquí, vestida con un abrigo acolchado de color rojo y es una niña guapísima con los ojos asustados de los Hegarty, fríos, indómitos y azules.

—Buenas noches, Karen. Vigila bien a esta.

Se miran unos a otros, de azul a azul, como desconocidos y figurantes, mientras se disponen a marcharse. Bea ayuda a mamá a levantarse del sillón.

—Estás muy cansada, mamá.

—Sí.

—Vamos, te acompañaré arriba.

—Sí.

—Te subiré una taza de té.

Sin embargo hay algo que mamá quiere hacer antes de irse. Se zafa de Bea y se acerca a la mesa. Pone las manos sobre la madera para que todos sepamos que hemos de guardar silencio, y con su voz amable y dulce dice:

—Se habría sentido muy orgulloso de todos vosotros.

Sabemos que no se refiere a Liam, sino a nuestro padre. Ha confundido los funerales. O tal vez sea que todos los funerales son el mismo.

—Sí —añade con terrible convicción—. Vuestro padre se siente muy orgulloso de todos vosotros.

Bea la hace volverse para salir de la habitación.

—Así es, mamá.

—Buenas noches —dice mi madre.

—Buenas noches, mamá —decimos, con el sonsonete de la familia.

—Buenas noches.

—Que duermas bien, mamá.

—Que descanséis.

—Noches noches... —Todos desacompasados como las primeras gotas de lluvia.

—*Coladh sámh* —dice Ernest, que está junto a la puerta, y mi madre se vuelve para que la bendiga, lo que el maldito cura renegado y ateo, hipócrita y mentiroso, no duda en hacer (en gaélico, por supuesto), y ella se marcha feliz. Al menos «feliz» es la expresión de su rostro. Feliz. Está satisfecha de la familia que ha creado. Está feliz.

Una vez que se ha ido, guardamos silencio durante unos minutos. Mossie se sienta. Ita bebe un trago de su agua y a continuación su boca se crispa en respuesta a la callada conversación que mantiene en su cabeza. Kitty enciende un pitillo, lo que a todos nos molesta un poco. Y yo pienso: «Jamás he contado a mamá la verdad. Nunca les he contado la verdad».

Sin embargo, ¿qué he de contar? Que un hombre ya muerto metió la mano en la bragueta de otro hombre todavía más muerto, hace treinta años. Sin duda hay otras cosas de que hablar. Otras revelaciones que hacer.

¿Como qué? ¿Como qué?

Me levanto para ayudar a Bea con los platos, mientras Kitty lleva una pila de fuentes al fregadero.

—¿Qué haces? —le pregunta Bea.

—Recoger —responde Kitty.

—Oh.

—¿Qué?

—Oh. Nada. Sigue, por favor. Sigue recogiendo.

—Que te den por el culo.

—Siempre hay una primera vez.

—Vete a la mierda.

—Primero tira los restos. Los tiras, ¿vale? Los tiras y dejas las fuentes allí.

Kitty levanta una bandeja por encima de su cabeza como si fuera a estrellarla contra el suelo. Nadie la mira. La sostiene así un buen rato; después niega con la cabeza y la lleva, ceremoniosamente alzada, hasta el cubo de la basura. Se dispone a arrojar las sobras, pero no puede contenerse y tira todo a la basura; bandeja y comida.

—¡Joder! —exclama mirando el cuchillo que tiene en la mano, como si goteara sangre.

Yo miro al techo: mamá se mueve en el piso de arriba; aún no se ha acostado.

—¡Oh, joder, joder, joder! —dice Kitty lanzando al cubo el arma asesina, y sale corriendo al jardín para acabar su cigarrillo.

—Bea... —digo.

—¿Qué? —pregunta Bea hecha una furia mientras saca la fuente del cubo—. ¿Qué?

Y sé lo que quiere decir. Quiere decir: «¿De qué nos sirve ahora la verdad?».

Ita regresa de la habitación donde está el cadáver y deposita en medio de la mesa de pino amarillo una botella de un whisky un tanto raro.

—Es lo único que he encontrado —dice. La botella tiene un gracioso nombre irlandés. Parece en cierto modo un objeto decorativo.

—Si queréis voy a la licorería —susurra Jem.

—No, no. No te preocupes.

La descorchamos y servimos el whisky en unos vasos, donde se asienta, denso y dulce. Este ritual nos resulta extraño porque, aunque todos los Hegarty bebemos, jamás lo hacemos juntos.

—Mirad la lágrima que forma en el cristal —dice Ivor, al tiempo que agita el vaso y lo alza hacia la luz. Bebemos, paladeamos el whisky y, de pronto, Jem coge las llaves del coche y se va entre un torrente de comentarios e indicaciones acerca de si el vino ha de ser tinto o blanco. Los Hegarty hemos tenido un día muy largo.

Bea, que todavía está en plan de dar lecciones a todos, hace el primer turno en la sala, mientras los demás nos quedamos en la cocina yendo de aquí para allá y charlando. Ernest examina el contenido de los armarios, bastante a conciencia, por cierto: hunde el dedo en una conserva de mango de hace tiempo y olisquea la mostaza. Mossie diserta, como de costumbre, sentado a la mesa de pino, mientras Ita le hace compañía apoyada contra el borde de la encimera, demasiado aletargada por la bebida para fregar un solo plato.

Es como una Navidad en el Hades. Es como si estuviéramos todos muertos y nos pareciera la mar de bien.

Uno tras otro vamos acabando y nos sentamos, listos para descorchar el vino en

cuanto llegue. Y cuando por fin llega no brindamos por el muerto, sino que nos limitamos a beber y charlar, como haría la gente normal y corriente.

Hablamos un rato sobre la misteriosa Alice, y también sobre la sorprendente aparición del tío Val, que tiene un aspecto muy pulcro.

Entonces Ivor dice que está pensando en comprar alguna propiedad en el condado de Mayo.

—¿Qué? —dice Kitty, que con el vino ha recuperado el acento irlandés—. ¿Un pedazo del viejo terruño?

—Bueno, quizá no precisamente allí.

—¡Joder...! —Kitty se queda mirando al frente, como si viera algo. Necesita un ángulo de ataque. Todos lo necesitamos. Hablamos durante un rato sobre tipos de interés y vuelos al aeropuerto de Knock.

Ernest comenta con tono afable:

—Allí está todo muy barato.

—Sí, creo que esa es la clave —conviene Ivor. Y se da cuenta de que ha empezado con mal pie.

—No sé —digo—. No creo que yo pudiera hacer toda esa mierda de los turistas de oh qué bonito es este lugar y qué guapos somos todos.

Kitty monta en cólera.

—Con lo que has pagado por esa chaqueta el tío Val podría vivir un mes entero. ¿Cuánto te ha costado esa mierda de chaqueta?

—Además, lo que pasa es que eres gay, idiota —suelta Jem—. Maherbeg es adonde van los homosexuales a pegarse un tiro en el granero.

«Oh, así que es allí...», dice Liam. Me echo a reír y me doy la vuelta para verlo, pero no está ahí. Está muerto. Yace en la habitación contigua.

Se hace un silencio, rápido como el clic de una puerta al cerrarse.

—La chaqueta es bonita —reconozco.

—Gracias —dice Ivor, que trata de asimilar lo ocurrido. Hasta ahora ningún miembro de la familia lo había llamado gay. Nunca, ni una sola vez. Como la botella que hay en medio de la mesa, esas cosas solo pasan fuera de casa.

Mossie enarca las cejas e inclina la cabeza hacia el vaso. Sin levantarlo, pregunta:

—¿Qué, es un modelo de Paul Smith?

—Mmm —balbucea Ivor, que mira el bolsillo interior. Como si no lo supiera.

Tampoco hablamos nunca de dinero: de que alguno de nosotros, o incluso un tío nuestro, pueda ser pobre o rico, o de que eso tenga alguna importancia. A esta familia le ha sucedido algo. El nudo se ha aflojado. Entonces Ita se pone en pie y le da un tirón.

—Sí —dice—. La chaqueta es bonita.

Ha llegado el momento. Ita lleva tanto rato bebiendo que el alcohol ha hecho que

se ponga seria, la ha vuelto torpe y violenta. Tiene alguna terrible revelación que hacer y me pregunto qué será. «Jamás me dijisteis que era guapa». O tal vez algo peor: «Me robasteis mi mejor diadema en 1973» (en efecto, fui yo). Pecados de familia y heridas familiares, la incesante comezón de algo que nos cuesta nombrar. Nada importante, solo lo habitual: «Me has destrozado la vida» o «¿Qué hay de mí?», porque en el caso de los Hegarty una declaración de infelicidad es siempre una acusación.

—¿Qué? —pregunto—. ¿Qué?

Y lo que quiero decir es: «¿De qué nos sirve ahora la verdad?».

—Voy a sentarme un rato con Liam —dice al final Ita, porque a los Hegarty también nos gusta una pequeña dosis de elevados principios morales. Se levanta con esfuerzo de la mesa en el ángulo adecuado para llegar a la puerta. Adivino que lo que quiere es la ginebra. Su solemne salida es solo una excusa para hacer una incursión en su escondrijo.

Cojo la botella, presa del pánico, y me sirvo otro vaso. Liam me mira y se toca la nariz, sin embargo, como Liam está muerto, tengo que hacerlo por él. Así que me toco la nariz tres veces.

—¿Qué haces? —pregunta Kitty.

—La nariz —digo.

—¿Qué?

—Ita. Se ha operado de la nariz.

—¡Anda ya! —replica.

—La inclinación —insisto—. La inclinación.

—Estoy de acuerdo —dice Ivor, que está malhumorado por haber perdido su casa en el campo.

—¿Cómo se dice? —continúo—. ¿Respingona?

—¿De qué estáis hablando? —interviene Mossie.

—De la nariz de los Hegarty —dice Kitty—. Ita se ha operado la nariz.

—Creo —dice Mossie.

—¿Cómo?

—Creo que es su nariz. ¡De momento!

Y nos echamos a reír, no sé por qué.

Cuando dejamos de reír, Kitty y Mossie se miran de hito en hito, sentados a la mesa. Ya basta, pienso. No tengo ganas de volver a lo de Mossie. Sí, Kitty, Mossie nos pegaba. Tenía quince años. Nos pegaba a todos.

Me levanto para ir al baño y me cruzo con Bea al salir.

Ita la ha reemplazado y vela al cadáver. Al pasar la veo apoyada en el quicio de la puerta de la sala, con un vaso de agua espesa en la mano. Está llorando. O quizá solo deja que fluyan las lágrimas. No se vuelve mientras subo por las escaleras. De

espaldas, parece atractiva. De espaldas se parece a Lauren Bacall.

Entro en el cuarto de baño, orino, me lavo las manos y miro el espejo del armario que ha reflejado mi cara durante casi treinta años. La capa de azogue se está descascarillando en los bordes. «¿Quién tiene la culpa?», pienso. Y doy media vuelta para reunirme con mis hermanos en el piso de abajo.

Al salir veo que la puerta de la habitación de mi madre está abierta, solo una rendija.

—¿Bea? —dice su voz por el resquicio—. ¿Bea?

—No, mamá. Soy yo.

Voy hacia allí. Cuando abro la puerta de par en par, veo que está sentada en Ja cama, en una postura extraña, como cuando se ha hecho avanzar deprisa una cinta de vídeo y de pronto se aprieta la tecla de pausa.

—¿Necesitas algo, mamá? ¿Te encuentras bien?

—Creía que eras Bea —dice.

—No, soy yo, mamá. ¿Quieres que la vaya a buscar? ¿Es eso lo que quieres?

Pero mi madre ya no recuerda qué quería.

—Vamos, métete en la cama, mamá. En la cama.

Y obedece como la niña sumisa que siempre ha sido. Duerme en su lado de la cama, observo. Deja mucho espacio libre.

—Se han ido todos —dice tras apoyar la cabeza sobre la almohada.

—No, mamá.

—Se han ido todos.

—Yo estoy aquí, mamá. ¿Quieres que me siente aquí contigo? ¿Que me quede un rato?

No hay ninguna silla en la habitación. Me siento en los pies de la cama y le froto el tobillo y el pie por encima de la colcha.

«Ssss, ssss», inspira como si llorara. «Ahhhh», exhala el aire.

«Ssss, ssss. Ahhhh».

«Ssss, ssss. Ahhhh».

Y así, a trompicones, se va quedando dormida, mientras me envuelven los olores de su vida: a crema Nivea, a perfume Je Reviens y a vejez; de los viejos tiempos; también el olor de mi padre, aún mínimamente perceptible, tal vez en la chamuscada lana de la manta eléctrica y en la rancia cola que mantiene el papel adherido a las paredes.

Descubro que estoy llorando. Mi madre no está dormida, sino mirándome. Mientras me observa por encima del embozo y las mantas, sus ojos son grandes y jóvenes.

—Lo siento, mamá. —Me pongo en pie para irme.

—¿Qué ocurre?

—Nada —respondo bajo su mirada profundamente inteligente, que no sabe muy bien quién soy.

Ya en la puerta, ni siquiera me vuelvo a mirarla cuando le pregunto:

—¿Te acuerdas del hombre que iba a casa de la abuela?

—¿Qué hombre? —Esperaba una pregunta, y esta no le gusta.

—No sabría decirte. Un hombre que iba a casa de la abuela y los viernes nos traía dulces. ¿Cómo se llamaba?

—¿El casero?

—¿Era el casero?

—Nosotros siempre lo llamábamos así —afirma, y me mira fijamente.

—¿Por qué?

—Porque lo era.

Y, nerviosa de pronto, echa hacia atrás las mantas y saca las piernas por el costado de la cama; su cuerpo, indescifrable bajo el camisón, se desliza mientras se levanta del borde del colchón y se pone a caminar. Se acerca al armario, abre la puerta y vuelve a cerrarla. Después regresa a la cama y mira de soslayo la parte superior del armario, como si hubiera algo allí.

—No sé... —dice—. ¿Qué me estás diciendo?

—Nada, mamá.

—¿Qué me estás diciendo?

La miro a la cara.

Lo que estoy diciendo es que el año que nos enviaste a casa de la abuela abusaron de tu difunto hijo, cuando tú no estabas a su lado para consolarlo o protegerlo, y que ese abuso bastó para mandarlo por la senda que conduce al ataúd. Esto es lo que quiero decir, si te interesa saberlo.

—Solo que me gustaban aquellos dulces, mamá. Vuelve a acostarte. De pronto me he acordado de aquellos dulces; eso es todo.

Porque el amor materno es la mayor broma que gasta Dios. Además, ¿quién puede decir cuál es la primera causa y cuál la última?

Abajo, en la cocina, crece el murmullo de voces y se oyen risas, seguidas de un portazo. Es Kitty de nuevo, que sale al jardín hecha una furia.

—No lo sé.

Mamá se sienta en la cama otra vez. Está cansada. Ahora no quiere a nadie.

—No sé dónde están —dice—. Los papeles de la casa. Los guardamos arriba. En un estante. No lo sé.

La he cogido por los hombros y la ayudo a tenderse en la cama.

—Voy a buscar a Bea.

—Sí —dice.

—Le diré que suba.

Pero no lo hago.

Cierro la puerta de la habitación y echo un vistazo al descansillo. Voy al dormitorio de las chicas mayores, miro en lo alto de los armarios y en su interior, salgo y hago lo mismo en mi antigua habitación. Bajo la mortecina luz amarilla, me subo a la cama de Alice y saco una caja de galletas con el rótulo «Papeles» escrito con la letra débil y adornada de mi madre. Busco lo que ella no ha conseguido encontrar, pero dentro de la caja hay documentos de lo más heterogéneos: certificados de confirmación, el diploma de danza irlandesa de Kitty y el de oratoria que obtuvo Ernest en los festivales de Maithiu; mi título de la Universidad Nacional de Irlanda, que me sorprende encontrar ahí, con mi precioso notable; las notas de la reválida de Liam, que seguro que le servirán de mucho ahora. Por lo visto, mamá se dedicó a guardar en esta caja cualquier pedazo de papel que fuera grueso, estuviera enrollado y careciera de valor. Me pregunto en qué lugar de la casa estarán los documentos realmente importantes, las partidas de nacimiento y los certificados de defunción, fotografías, contratos y escrituras. De pronto creo saber dónde los guarda mi madre y dejo la caja encima de la cama.

Sin embargo, he alborotado a los fantasmas. Están al otro lado de la puerta del dormitorio, como los fantasmas de mi niñez que antaño fueron, apostados tras la misma puerta. Su historia está ahí, en el descansillo de Griffith Way, aguardándome una vez más.

¿Quiénes son?

Ada, en primer lugar, pragmáticamente muerta. Una mujer anciana y menuda, la clase de fantasma que siempre se escabulle. Ada acepta el hecho de que está muerta. El pasado es un charco alrededor de sus pies.

También está Charlie, desgarbado y atezado. Charlie, que carecía de maldad y, sin embargo, todo lo hacía mal: contraía deudas, rompía promesas rotas y se acostaba con dependientas, amas de casa y alguna que otra actriz. Deseaba que su suerte cambiara, aunque su suerte siempre cambiaba y era siempre igual. Charlie no se adaptará al hecho de estar muerto hasta que vuelva a reunirse con Ada, su único y verdadero amor.

Estas son mis pesadillas. He de atravesarlas si quiero bajar por las escaleras.

Giro el pomo de la puerta y Nugent es una mancha de horror en el descansillo. Se expande como un olor por la casa. Nugent juega con su hermana Lizzie, ahora que los dos están muertos. Se besan y se consuelan. No respiran; enroscan y deslizan sus lenguas incesantemente, sin tomar aire, con frialdad.

Salvo el medio metro de moqueta que me separa de las escaleras y comienzo a bajar, peldaño a peldaño. Tengo nueve años, tengo seis años, vuelvo a tener cuatro años. No me agarro a la barandilla por temor a tocar algo que no sepa qué es. La luz de abajo parece disminuir cuanto más deprisa desciendo. ¿Quién la ha apagado? ¿Por

qué han apagado la luz del pasillo, habiendo un cadáver en la casa?

El último es siempre el peor. Mi tío Brendan, con pantalones cortos y calcetines hasta las rodillas. Está en el recibidor junto a la puerta de la habitación de los gemelos, la habitación donde murió el pequeño Stevie, y la cabeza de ese hombre de mediana edad está llena a rebosar de todas las cosas que tiene que decir a Ada y que ella no oirá. Los huesos del tío Brendan están mezclados con los de otras personas, de forma que hay una maraña de almas que murmuran y gimen bajo sus ropas y; saldrían con un rugido si se desabrochara la bragueta; si abriera la boca, se desbordarían entre sus dientes. Esas almas de los olvidados, obligadas a reptar, hacinarse y gemir dentro de él, no dejan descansar al tío Brendan: se rasca bajo el cuello de la camisa y salen a puñados. El único lugar de su cuerpo que no habitan son sus antipáticos ojos azules, y por eso Brendan se limita a mirarme fijamente mientras busco el interruptor de la luz; la camisa se le hincha y los locos y los molestos muertos escapan por sus orejas.

Se enciende la luz. Como siempre. Y bajo esa luz mi cuerpo es el cuerpo compasivo de una mujer de treinta y nueve años. Cuando entro en la sala, reina el silencio. No hay ningún fantasma con el cadáver de Liam, ni siquiera el suyo.

Las velas casi se han consumido.

Al fondo, junto a la ventana, hay un mueble —creo que lo llamábamos «el aparador»—, un voluminoso mueble de roble, con estantes para copas y jarras, y armarios en la parte inferior. Busco en estos y no encuentro nada. Es decir, encuentro de todo: una licuadora antigua en una bolsa de plástico transparente que con el tiempo se ha vuelto gris; unos pocos discos de vinilo de cuando mi madre estaba soltera, de Jussi Björling y Furtwán-gler; un Scrabble, un juego llamado Camel Run; una bolsa de malla con cuatro frutas artificiales descascarilladas; una rodillera para alguien a quien dejó de dolerle la rodilla hace muchos años. Luego decido mirar arriba. Detrás del calado ornamental que corona el mueble hay algunas cajas. Retiro el paño que las cubre, me subo y tiendo la mano hacia una caja de zapatos verde. La muevo con la punta de los dedos hasta acercarla a mí e intento levantar la tapa, donde mi padre escribió la palabra «Broadstone». Bajo y, una vez en el suelo, consigo abrirla.

Dentro hay una bolsa de papel de estraza que contiene algunas fotografías, todas en color sepia. Algunos recibos de los que debían de dar en las carnicerías de antes. Un grueso paquete de cartas escritas en papel azul con filigrana, como el que quizá elegiría una mujer, sujetas con una goma elástica. Y varios cuadernos azules de tapa dura, cada uno rodeado a lo largo por lo que Ada llamaba un «elástico de las bragas», sin importar para qué lo usara.

Son libros en alquiler; empiezan en 1937, cuando mi madre tenía ocho años. El primero abarca quince años, a razón de doce semanas por página. La misma letra, la misma pluma estilográfica, la misma anotación viernes tras viernes, con un pequeño

aumento anual. La estilográfica continúa en el segundo cuaderno y solo se reemplaza por un bolígrafo en el tercero, cuando el alquiler se cobra mensualmente y las entradas están escritas en lápiz, bolígrafo rojo o lo que quiera que se tuviera a mano.

¿Qué pintan esos libros en nuestra casa de Griffith Way, cuando ya hace dieciséis años o más que murió la abuela? ¿Por qué guardaría alguien algo así, salvo por temor... al largo brazo de la ley o a los inspectores de Hacienda, a que investigaran algún día la situación fiscal de una casa que nunca fue de su propiedad y tampoco de su madre? Mientras los devuelvo a la caja, intuyo con desazón qué significaban para el propietario, qué derechos podía hacer valer.

A partir de 1975 no hay nada. Páginas en blanco. ¿Acaso fue el año en que falleció Nugent? Cojo el último cuaderno y me vuelvo para mostrárselo a Liam, y entonces veo que Ada nos observa desde la puerta. Está ahí. No la veo como «veía» antes a los fantasmas en las escaleras. La veo como vería a una mujer de carne y hueso bajo la luz del recibidor.

No sé cómo fue el resto de la noche ni quién veló el cuerpo de Liam cuando yo me marché; supongo que Bea y Ernest la mayor parte del tiempo, aunque Kitty dice que en algún momento se trasladaron todos allí y jugaron a cartas. Por lo visto, yo armé un poco de alboroto en la sala. Mossie me metió en la boca una píldora amarga, Ernest intentó rezar conmigo y, como me negué en redondo a acostarme en mi antigua cama infantil, me subieron a un taxi y me enviaron a mi casa.

Cuando llegué, la casa estaba vacía, lo que fue una bendición para mí; creo que esta es una de las razones por las que ahora me paseo por ella de noche, para volver a experimentar esa sensación de cordura, de vacío, de ver que una habitación se abre sin más a la siguiente. Así que me quedé un rato levantada, luego subí al dormitorio e hice el amor con mi marido por última vez.

No lo tenía previsto, por supuesto. Después de la noche que había pasado, no tenía previsto mantener una relación sexual de ningún tipo, y menos aún la última relación sexual. Me metí en la cama y Tom estaba despierto. Y estaba enamorado de mí. No tiene sentido analizar sus motivos: me amaba y quería devolverme a la tierra de los vivos. Y tal vez, como mi alma estaba tan sensible, también quería dejar su impronta en ella. Mi cuerpo, en cambio, no estaba sensible. No sé cómo no lo notó. El caso es que secundé todos sus movimientos y le dejé entrar y en ningún momento le pedí que parara. Así pues, a mí también debía de apetecerme.

Tom no sabía qué había ocurrido en Griffith Way después de que se marchara. Ni que yo había tomado una pastilla (¿fue tal vez esta la causa?), ni que me sentía como un trozo de carne recién despedazada. No obstante se sentía muy conmovido. Si es que se sentía así. En cualquier caso, jadeó y tembló como si tuviera los nervios a punto de estallar.

Después nos quedamos tumbados cara a cara, arropados hasta el cuello con el edredón. En el curso de los años nos hemos dicho demasiadas cosas el uno al otro. Ahora, juiciosamente, permanecemos callados.

No obstante, él necesita decir algo más.

—Lo siento —dice.

Por un momento pienso que se está disculpando por la desafortunada relación sexual que hemos tenido, después me digo que tal vez está apenado por la muerte de mi hermano, pero en realidad se está disculpando por una infidelidad que cometió en el pasado; enseguida me dirá que no significó nada para él, y la situación resultará tan ridícula e insoportable, dadas las circunstancias (he decidido que esta es la última vez que me acuesto con mi marido) que me adelanto y le digo: «Está bien. Está bien...».

Él lo interpreta como una señal. Todo irá mejor a partir de ahora. Dice que yo debería hacer algo. Trabajar a media jornada o al menos dar un paseo todos los días ¿Y una casa? ¿Qué tal si compramos una casa y la reformo, ahora que el mercado está en pleno auge? Dinero. Podría ganar dinero sí. Asegura que ha estado demasiado ocupado, que ha tenido un bache, pero que ya hemos pasado lo peor, que todo ha acabado.

—¿Un bache? —repito.

—Por favor, no empecemos.

—Tus hijas se acostarán con hombres como tú —digo—. Hombres que las odiarán precisamente porque las desean.

Y él dice:

—¿Qué? ¡Dios mío, ya sabes...!

—¿Qué sé?

Creo que lo que quiere decir es que hay un límite en esas cosas, en lo que los hombres piensan. Que nada de eso es real. Que nadie mata a nadie, por ejemplo. Creo que lo que quiere decir es que esto de estar uno al lado del otro es todo cuanto tenemos.

Probablemente tiene razón. Por eso sigo tumbada a su lado y pienso en cómo se agranda el morado de mis partes íntimas.

—El cuerpo de los hombres es curioso —digo—. Jamás miente. Eso debe de ser práctico. Quiero decir que estáis hechos para decir la verdad. Conectado/desconectado. Me gusta/ no me gusta. Lo quiero/no lo quiero.

Y Tom replica:

—No es del todo así. —Y dice que no siempre existe una relación entre lo que un hombre quiere y lo que quiere su polla; a veces es difícil de distinguir.

—Oh —digo, y doy media vuelta y me pongo a dormir.

Fue a Ita a quien vi en la puerta, claro está; debería haberlo adivinado. No fue Ada, sino mi obnubilada hermana mayor, psicótica por la bebida y con una ridícula nariz operada.

Esto es lo que recordé cuando la vi:

Recordé una imagen. No sé de qué otra manera llamarlo. Una imagen de Ada junto a la puerta de la sala de Broadstone.

Tengo ocho años.

Los ojos de Ada descienden lentamente por mis hombros y mi espalda. Su mirada es furibunda; es como una luz, que endurece mi piel y la arruga como si la quemara. Delante tengo la oscuridad acogedora de Lambert Nugent. Estoy de cara a esa oscuridad, cayendo. Tengo en la mano su pene de anciano.

Es una imagen muy extraña. Está hecha de las palabras que la predicán. Recuerdo el «ojo» de su pene, que presiona mi ojo. «Tiro» de él y cae hacia mí. Lo «chupo» y de su boca sale un dulce de limón alargado.

Esto procede de una parte de mi mente donde las palabras y las acciones se confunden. Se remonta al mismísimo origen de las cosas y no estoy segura de si es verdad. Tampoco estoy segura de si es real. En cualquier caso, me repugna la maldad del hombre y me ahogo en ella; triángulos de negrura bajo sus pómulos afilados, cómo mueve lentamente la cabeza hacia un lado y se vuelven, aún con mayor lentitud, los ojos hacia la luz de la puerta abierta donde está plantada mi abuela.

Yo no creo en el mal —creo que somos humanos y falibles, y que construimos y destruimos cosas sin más— y, sin embargo, percibo como maldad el lento movimiento de su rostro en dirección a la puerta. En su pecho de anciano crece una burbuja; se hincha algo que en cualquier momento podría salir disparado por su boca abierta y mancillar el mundo entero.

¿Qué es?

No puedo moverme. En este recuerdo o sueño no puedo detenerlo ni hacer que continúe. Sea lo que sea lo que salga de su boca me horrorizará, aunque sé que no me hará daño. Inundará el mundo, pero no dejará en él ninguna marca. Ya está en la humedad de la moqueta y en el olor a Germolene: la sensación de que Lamb Nugent se está burlando de todos nosotros; hasta las paredes rezuman su maliciosa intención. El estampado del papel pintado se repite hasta la náusea mientras el miembro de Nugent, caliente, erecto y, con el paso de los años, incluso bonito, se agita, ufano y lloroso, en mi mano.

Y la palabra que pronuncia cuando la puerta se abre de par en par y su boca se abre por completo, la burbuja que estalla en la O que forman sus labios, es solo una:

«Ada».

Naturalmente.

¿A ella le gusta lo que ve? ¿Le gusta?

Cuando trato de recordar, o imagino que recuerdo, al mirar el rostro de Ada mientras el semen de Lamb Nugent se extiende en mi mano solo logro evocar un vacío, o su rostro inexpresivo. A lo sumo veo una palabra escrita en la cara de mi abuela, y esa palabra es: «Nada».

Ha llegado el momento de las culpas. El aire sucio de la sala de Ada sale por la puerta mientras ella permanece inmóvil bajo la luz amarilla del recibidor. Este es el momento en que nos damos cuenta de que todo ha sido culpa de Ada.

El hijo loco y la hija evanescente. Los interminables embarazos evanescentes de la hija evanescente, la forma como a cada uno de sus nietos nos trató la vida acabó evanescentemente mal. Ha llegado el momento de preguntarse qué hizo Ada — porque sin duda algo debió de hacer— para traer tanta muerte al mundo.

Sin embargo no la culpo. Y no sé por qué.

Es por Liam por quien debo dejar claras las cosas: qué ocurrió y qué no ocurrió en Broadstone. Porque existen las consecuencias. Eso lo sabemos. Sabemos que los hechos reales tienen consecuencias reales, algo que no tienen los hechos irreales. O casi reales. O comoquiera que deseen llamar a los hechos que se desarrollan en mi mente. Sabemos que existe una diferencia entre el cuerpo de carne y hueso y el cuerpo imaginado, que cuando de verdad tocamos uno, de verdad ocurre algo (aunque, en cierto modo, no lo que esperábamos).

Lo que quiera que le sucediera a Liam no ocurrió en la sala de Ada, a pesar de la imagen que guardo en mi mente. Nugent no habría sido tan estúpido. Los abusos tuvieron lugar en el garaje, entre los coches y las piezas de motor que tanto le gustaban a Liam. Y Nugent fue también una pesadilla para mi hermano fuera de allí, con acciones más corrientes. Estoy convencida de que era un sádico y de que tenía sus propios métodos. Tengo que dejar esto claro porque en algún rincón de mi mente, en alguna parte de mí obstinada y olvidada de Dios, pienso que deseo y amor son la misma cosa. Y no son la misma cosa; ni siquiera guardan relación. Cuando Nugent deseaba a mi hermano, no sentía por él el menor amor.

Esto es todo cuanto sé.

Podría decir además que Liam debió de desearlo también. O que deseaba algo.

«Mira lo que has conseguido —dice Nugent, mientras conduzco llorando por las calles iluminadas de la ciudad de Dublín—. Mira lo que has conseguido».

En cuanto a mí..., no creo que me gustara el garaje y jamás estuve mucho tiempo en él. Aunque estas noches, mientras conduzco, y cuando paro el automóvil, me pregunto, entre otras cosas, si también me ocurrió a mí.

¿Qué puedo decir? Creo que no.

Lo añado a mi vida como un hecho y pienso que sí, bueno, podría explicar algunas cosas. En cambio, lo añado a la vida de mi hermano y se revela crucial; es el lugar donde toda causa y todo efecto confluyen, el núcleo de la X. En cierto sentido, explica demasiado.

Esto es lo que en realidad sé:

Sé que Lambert Nugent abusó de mi hermano Liam. O que probablemente Lambert Nugent abusó de él.

Esto es lo que no sé: si fui objeto de los tocamientos de Lambert Nugent, si mi tío Brendan enloqueció por su culpa, si mi madre se volvió boba por su causa, si mi tía Rose y mi hermana Kitty se libraron de él. En resumen, no sé nada más acerca de Lambert Nugent: quién era y cómo lo conoció Ada; qué hizo y qué no hizo.

Sé que él podría ser la explicación del derrotero que tomaron nuestras vidas y sé algo más terrible aún: que no era necesario que nos hiciera daño para que sufriéramos el daño. Lo dañino era el aire que respiraba. Lo dañino era la forma en que nos vimos obligados a respirar el aire viciado por él.

Estoy de nuevo en la escuela de Saint Dymrna's, con la lengua manchada de tinta. Liam ya no duerme conmigo. Estoy en la cama con las braguitas puestas. Después me levanto y me enfundo los leotardos. Más tarde me levanto de nuevo y me pongo la blusa de la escuela: es importante estar preparada cuando llegue el momento. Me levanto otra vez y coloco mi pichi en el respaldo de la silla, dejo los zapatos debajo de esta y la pongo de cara a la puerta de modo que, cuando me vista, no tenga que dar media vuelta para salir de la habitación. Salto una vez más de la cama, doblo bien la banda del uniforme escolar y la meto en el zapato del pie derecho, con el otro extremo extendido sobre el suelo. Me levanto de nuevo y me pongo el pichi, después de lo cual me quedo dormida.

En la escuela, huelo a cansancio. Tengo arrugadas las tablas del pichi. No consigo desprenderme del contacto de las sábanas..., sábanas fantasma que me rozan y se deslizan bajo mi pichi mientras mi cuerpo da vueltas en la cama. Liam duerme en el otro extremo de la habitación y Kitty, a mi lado. Delante de mí, la hermana Benita nos enseña a rezar:

*Cuando me voy a la cama,
rezo al Señor que guarde mi alma,
y si muero antes de despertar,
ruego al Señor que se la lleve consigo.*

Si la Virgen María subió al cielo en cuerpo y alma, ¿cómo se las arregla para ir al baño?

—¿Qué has dicho? —papá me mira.

—Que si la Virgen María subió al cielo en cuerpo y alma, ¿cómo se las arregla para ir al baño? —repito, y mi padre me atiza un bofetón antes de que yo vea moverse su mano.

Esto ocurrió poco después de que volviéramos de casa de Ada, cuando me encontraba en el punto culminante de mi fase religiosa.

Lo recuerdo porque, aunque mi padre siempre pegaba a sus hijos, nunca era nada personal. A veces abofeteaba a tres a la vez y dejaba que el cuarto huyera, o se plantaba entre nosotros con la mano en alto mientras corríamos chillando a su alrededor. Con los chicos era diferente, por supuesto, pero por regla general mi padre no nos pegaba porque nos tuviera a su cargo, sino porque nos lo habíamos ganado. Por eso no estoy de acuerdo con Kitty cuando lanza acusaciones sobre malos tratos.

¡PLAF!, el sonido retumba en el costado de la cabeza, seguido de un silencio aturdido que, a los pocos minutos, queda roto por un círculo de dolor cada vez más amplio.

Sin embargo, casi valió la pena plantear la pregunta, porque es la única prueba que tengo de que nuestro padre era católico. Ni que decir tiene que mamá es católica, de esa forma en que lo son todas las mamás, pero durante unos catorce años me senté detrás de mi padre, en un banco de madera de la iglesia, todos los domingos por la mañana, y durante ese tiempo jamás le vi mover los labios. Nunca le oí rezar en voz alta, ni le vi inclinar la cabeza o hacer algo que hubiera podido llamar la atención si hubiera estado sentado en el piso de arriba de un autobús. Cuando llegaba el momento de la comunión, se quedaba de pie en el extremo del banco mientras pasábamos a su lado en fila, como quien deja salir a las ovejas del redil, pero nunca vi que nos siguiera hasta el comulgatorio. Mi padre acudía a la iglesia en su calidad oficial. Si quisiera indagar en sus creencias personales, no sabría por dónde empezar ni en qué parte de su cuerpo podría encontrarlas.

Pienso en él durante el funeral de Liam. Ernest está en el altar con sus vestiduras sacerdotales. El bordado de la parte delantera tiene un motivo maya, y se le ve muy guapo.

Los Hegarty, de los que cada vez quedan menos, estamos sentados en la primera fila por orden de edad. Ernest nos conmina a rezar y yo junto las gruesas manos de mi padre, me las acerco a los labios y digo con su voz: «Oh, Señor», pero se nota que falta convicción, es decir, su convicción. Mi padre no fue nunca una persona piadosa

y no creo que temiera el fuego del infierno; por eso, cuando mantenía las relaciones sexuales que fueron el origen de los doce hijos y los siete abortos que sufrió mi madre (que ahora está arrodillada en un extremo del banco), eso era lo único que hacía: disfrutar del sexo. No tenía nada que ver con lo que los curas le decían o dejaban de decir; simplemente era algo que necesitaba o quería hacer, algo que creía merecer.

Amaba a mi madre. Aunque cueste aceptarlo, es innegable que amaba a mi madre y que ella le correspondía. Sin embargo, no la amaba lo suficiente para dejarla en paz. No. Sospecho que mi padre tenía relaciones sexuales del mismo modo que sus hijos se emborrachan, esto es, a su pesar; no tanto por el placer como por acabar con él.

Esto es lo máximo que puedo entender del impulso que engendró al niño que ahora yace en el féretro colocado en el centro del altar. Porque Liam, en el ataúd, vuelve a ser un niño. No ocupa más que sus tres cuartas partes. Los años van alejándose de él. Va metabolizando los años hasta que orine el último delante de la tela metálica del estanque de Broadstone, a los nueve años.

¡Guau!

Todos los hermanos Hegarty tenemos resaca, incluido el que está en la caja. Es una sensación de calma impagable; una inflamación de los sentidos, entre el dolor y la calidez. Liam, por supuesto, es el que tiene la mayor resaca porque al final se emborrachó de verdad. Pilló una curda. Al final Liam perdió la cabeza. Durante un buen rato dormiré la mona.

Al final de la fila, mamá se ha vuelto transparente por obra de la dulzura y el sufrimiento. A su lado está Bea, que ha venido a la iglesia en su calidad oficial, como hacía papá. El siguiente es Mossie, que pronuncia en voz alta y clara las oraciones. Los demás las musitamos o guardamos silencio. A mi derecha está Kitty, encorvada y ferviente (aunque habría que preguntarse qué provoca ese fervor), y a mi izquierda, Ita, con la mente insensible como una piedra.

Intento creer en algo, ya que estoy aquí. Capto al vuelo una idea del absoluto, un pensamiento en expansión que estallará en mi mente como éter: Dios, el futuro o un bien mayor. Inclino la cabeza y trato de creer que el amor hará que todo sea mejor y que, si el amor no lo consigue, lo harán mis hijas. Paso de los pensamientos elevados a los más humildes y, durante muchos segundos seguidos, creo en la insignificancia y la necesidad de ser madre.

Pero esto es demasiado bonito para una Hegarty. En mi opinión, las creencias necesitan algo terrible para funcionar: sangre, uñas, un poquito de angustia.

Así pues, me aferró a mi angustia. Miro el ataúd de Liam e intento creer en el amor.

No es fácil.

Recuerdo el amor de Dios, la temporada que pasamos en casa de Ada, cuando yo

tenía ocho años y Liam nueve. Lo recuerdo con toda claridad. La hermana Benedict nos decía que lleváramos a Jesús en «nuestro corazón», y lo hice sin ningún problema. Contemplo mi corazón ahora y me doy cuenta de que aún queda un sentimiento en él, algo ardiente y batallador. Pongo los ojos en blanco bajo los párpados cerrados y parece que algo se abre en el centro de mi frente. Lo que siento en el pecho es como una lucha por encontrar palabras, mientras que lo de la frente es algo puro y vacío, como cuando ya se han dicho todas las palabras.

En eso estoy.

Fe. Tengo la biología de la fe. Solo necesito algo con que llenarla. Solo necesito las palabras.

Después de darme la bofetada, papá giró sobre sus talones y se alejó sin decir nada. Quizá se asustó a sí mismo. A mí, ciertamente, me asustó. Pero la verdad es que en aquella época yo no creía en el cielo y nunca creeré. Y cuando pensaba en el infierno me parecía un lugar muy tranquilo.

Aquí está Ada, sentada en el sofá de la sala, en Broadstone. Tiene una labor en las manos, una labor sencilla, probablemente esté cosiendo un dobladillo o haciendo un zurcido. Con ella hay una niña de ocho años, que soy yo.

Recuerdo la curva de su espalda; sus manos en el regazo; el movimiento de sus dedos al pasar el hilo. El sofá donde está sentada es granate y tiene un montón de cojines, sobre los que Ada no se reclina nunca: dos turcos de forma cilíndrica, con borlas en los extremos, que proceden del decorado de algún serrallo en el Gate Theatre; otro redondo de terciopelo rojo con un adorno de frunce flojo alrededor del borde, como la rodada de un coche de tela fabuloso; una serie de cojines pequeños y alargados como troncos con fundas de hilo metálico que forma estrías lilas y marrones, como la corteza de un árbol de un decorado teatral.

Ada está sentada delante de ellos, un poco inclinada sobre su labor, y de vez en cuando aparta la cabeza hasta la distancia que requiere la vista de una persona de cierta edad. Sin embargo, a mí no me parece vieja. Se la nota contenta, una mujer cabal; se la ve tal como es. Voy a sentarme a su lado; ella asiente al ver que me acerco y, cuando ha terminado la puntada o el nudo que estaba haciendo, tiende la mano sin mirarme y me acaricia la mejilla con los nudillos.

«Hola».

Esto es lo que recuerdo.

No salió ni entró nadie. Charlie no estaba en casa, el señor Nugent no importaba, Liam y Kitty debían de estar haciendo los deberes en la mesa del comedor, y yo estaba con Ada en el refugio de su sala, con las cortinas de terciopelo rojo como las de los teatros en las ventanas que daban a la calle y, en las paredes, fotos firmadas de Jimmy O'Dee, de las hermanas Adare, además del dibujo de un hombre de rostro moreno, con unos elegantes zapatos puntiagudos, que llevaba el rótulo «Otelo». Eran todos personajes de una obra que se estaba representando en otro lugar. Y ahí, fuera del escenario, era donde había que estar, con Ada, que no podía ser más que ella misma ni aunque lo intentara; caminaba por la vida con unos modales perfectos, callada, un poco severa a veces..., si bien nunca dejaba ver cuán severa podía llegar a ser. Sentada en la sala, una mujer de una pieza, Ada cose. Tiene detrás su pasado, el futuro le preocupa poco. Camina hacia la tumba a su ritmo.

Y yo, embelesada por un instante por la belleza de la labor que tiene en el regazo, observo cómo da otra puntada, tal vez dos, antes de ponerme en pie y salir corriendo de la habitación.

El alquiler de libros comienza en 1939, lo que me lleva a imaginar, en pocas palabras, que Charlie era el propietario de la casa hasta que se la jugó con Nugent. Dudo que esto sea cierto, pero persiste esta imagen: Charlie en las gradas del hipódromo de Leopardstown y Nugent inclinado sobre él como un cuervo, con los faldones del abrigo levantados por el viento.

«Toma», dice Charlie, con una despreocupación desesperante, mientras tiende el último pedazo de papel al hombre que quiere a su esposa más que él o, por lo menos, más apasionadamente.

«En el clavo».

Sin embargo, Nugent no parecía un cuervo, sino un hombre normal y corriente, según recuerdo, aunque lo único que me viene a la memoria de él era el extraño bultito que tenía en la oreja, como un bulbo pequeño, de un rosa brillante, y la imagen de su espalda inclinada hacia delante en el sillón orejero de la sala los viernes.

Un sábado llevo a las niñas a casa de mi madre, como acostumbro a hacer desde que murió Liam, y le pregunto con toda naturalidad dónde vivía antes de instalarse en Broadstone; dónde vivían antes de trasladarse a la casa que yo conocí.

—¿Qué? —dice mirándome como si yo fuera una desconocida.

—Cuando eras pequeña, mamá. ¿Dónde vivíais cuando eras pequeña?

—A la vuelta de la esquina —responde, y la noto nerviosa—. Creo que vivíamos a la vuelta de la esquina.

El pasado no es un lugar feliz. Y el dolor del pasado es más de ella que mío. ¿Quién soy yo para atribuírmelo? Mi pobre madre ha tenido doce hijos. No paraba de dar luz al futuro. Una y otra vez. Doce futuros. Más. Tal vez le gustara tener tantas criaturas. O quizá tuviera más pasado por limpiar que la mayoría de la gente.

Las cartas que encontré están escritas en papel azul con la filigrana distintiva de la marca Basildon Bond. Hay unas quince, todas ellas firmadas por L. Nugent o Lambert Nugent, y cada una más intrascendente que la anterior. Hay en ellas lagunas y lapsus, en los que leo ira o deseo. Lo haría, y es lo que hago, pero las cartas son poco menos que intrigantemente mudas.

Querida señora Spillane:

Me temo que no puedo descontarle los seis chelines que me adeuda desde la última Pascua. La obra que usted ha realizado en el rodapié del pasillo se llevó a cabo sin avisar, y su coste no puede rebajarse del alquiler. Así pues, espero que abone esa

cantidad cuando venza el próximo recibo.

Atentamente,

Lambert Nugent

Querida señora Spillane:

Créame si le digo que he tenido muy en cuenta sus intereses en el tema del garaje de atrás, al que, dicho sea de paso, se entra por el callejón.

Atentamente,

Lambert Nugent

Querida señora Spillane:

Sabe bien lo que quiero decir: las navidades no afectan al acuerdo establecido, que seguirá como hasta ahora en relación con este asunto.

*El hombre de la cisterna estará ahí el martes, y yo, **personalmente**, correré con todos los gastos.*

Presente mis respetos a su marido, el señor Spillane.

Suyo,

Lambert Nugent

Querida señora Spillane:

En relación con los siete chelines y seis peniques, no dudo que es posible que su marido no los tenga hasta pasado el día 5. Sin embargo, quiero recibir el dinero ese día.

Suyo,

L. Nugent

Querida señora Spillane:

No puedo autorizar lo que me pide con respecto al alquiler. Subarrendando la casa a la señora McEvoy contraviene usted todos los acuerdos en la materia y, como comprenderá, tengo derecho a solicitar un aumento del alquiler o a buscar otro inquilino, algo a lo que, como ya sabe, soy reacio. Estoy en mi derecho.

Confío en seguir manteniendo un acuerdo que resulta conveniente a todos los interesados.

Suyo,

Lambert Nugent

Querida señora Spillane:

Adjunto el recibo del techo del trastero.

Suyo,

L. N.

Querida señora Spillane:

Mi hijo me dice que ha pasado usted un trance apurado y quería desearle de todo corazón una pronta recuperación. No enviaré a Nat a su casa este viernes, sino que iré yo mismo, si no tiene inconveniente.

Atentamente,

Lambert Nugent

Al final, sin embargo, fue Nugent quien falleció primero.

Me parece que fue una relación de resentimientos súbitos y crueldades mezquinas. Puede que me equivoque..., tal vez esa sea la forma en que los propietarios se dirigen a sus inquilinos. Sin embargo, se percibe también cierto sometimiento; de Nugent, que trabajaba en el garaje, del que era dueño, y daba la vuelta para llamar a la puerta principal de la casa, de la que asimismo era dueño. Eso convierte el rito del té y las pastas en algo un tanto cruel por su parte y nos presenta a

Ada en su aspecto más encantador —más sexy, podría decirse—, porque así se muestran las mujeres cuando están a la defensiva. Treinta y ocho años pagando tantos chelines por semana; toda su vida depositadas poco a poco en la mano de Nugent. Treinta y ocho años engatusándolo con sus encantos femeninos, mientras él se sentaba y lo aceptaba, y le complacía, porque pensaba que tenía derecho a ello.

¡Y la amaba!, digo, tonta de mí. ¡Tenía que amarla!

Sin embargo, en lo referente al amor, Nugent era un don nadie; no tenía mucho amor que prodigar. Tenía la casa, tenía a la mujer, más o menos, y hacía lo que le venía en gana con los niños que pasaban por ella. Hasta su satisfacción era escasa. Porque en aquellos tiempos los niños importaban poco. Es evidente que nosotros, los tres Hegarty, importábamos poco.

Cuando Nugent veía a un niño, veía una oportunidad de vengarse —no me cabe duda de eso— y una forma de escapar de todo; el tedioso negocio del intercambio humano por el que un hombre ha de pasar para conseguir lo que quiere.

Piensen en eso. La amargura del hombre y la belleza del niño.

Una noche, en lugar de dirigir el coche en una dirección u otra, dejo que me lleve a donde quiera, que es, como siempre, al norte, esta vez más allá del promontorio de Howth Head, por la carretera de las Swords hasta Portrane.

Dejo atrás el psiquiátrico, giro hacia el mar y me detengo ante la verja del pequeño terreno entre cuyos escombros se encuentra mi tío matemático. Según Ernest, que conoce al cura local, hay más de cinco mil personas enterradas. No me sorprende. Un cubo de pánico se eleva de los cuatro muros. Junto a la verja el aire tiene el mismo zumbido que se oye bajo unos cables de alta tensión.

Me quedo un rato y noto cómo se me eriza el vello.

La luna está ya alta. A lo lejos, una línea de olas blancas se despliega a lo largo de la playa sin hacer ruido. El mar rompe contra las rocas, agitado por las contracorrientes y por alguna lejana tormenta. No corre ni una pizca de viento.

Me quedo aquí y pienso que no hay ningún lugar peor adonde pueda ir. Este es el peor lugar que existe.

En cuyo caso, no está mal. Si esto es lo máximo que puedo enloquecer, no está tan mal. Mi locura no hará daño a mis hijas, aunque tal vez tenga que cambiar un poco de vida: salir más, vender el Saab y comprarme otro coche.

En el suplemento inmobiliario de esta semana —el pequeño regalo que Tom me ha dejado en la mesa de la cocina— se anunciaba una casa en venta en la calle de Ada. No la casa de Ada, no todavía, pero todo se andará, porque la gente vende y se muda. Podría acechar la casa de Ada. Podría comprar esta otra en lo alto de la calle, remozarla y venderla después, hasta que llegue el día —no muy lejano, estoy segura— en que me encuentre en la sala de Ada, arrancando una esquina del papel pintado, mientras hablo con un agradable arquitecto sobre cómo restaurar la casa de arriba abajo. Llevaré un sencillo traje chaqueta y zapatos con tacones increíblemente ridículos, y caminaré, clic-clac, sobre las tablas desnudas del suelo, mientras le explico que quiero echar abajo el techo amarillo y las húmedas paredes, y derribar la entrada de la sala, pero salvar el fregadero de loza de Belfast que hay en la pequeña cocina, sobre el cual, mirando por la ventana que daba al patio de atrás, aprendí a imaginar. Admiraremos juntos, mi arquitecto y yo, el pequeño rosetón del techo y la preciosa chimenea donde se quemaban cartas, resguardos de apuestas, grasa de cerdo, los cabellos atrapados en el cepillo de Ada, que crepitaban al arder. Le pediré que limpien toda la casa con algo fuerte; no quiero una mujer con una fregona —le diré—, sino un equipo de hombres vestidos con monos, con depósitos a la espalda y esos tubos de acero con líquido a alta presión.

Y el garaje... lo transformaremos en un estudio, con claraboyas y paredes

blancas, y cubriré con parquet el antiguo suelo de cemento. Roble.

«¿Qué le parece el roble?», preguntaré.

Alquilaré la casa durante un tiempo. Y seré amable con los inquilinos. Y cuando haya acabado. Cuando yo sea buena. Cuando haya conseguido eliminar toda la porquería del lugar y hacer que huela a peonías y a jabón de esencias de maderas — un olor a limpio pero al estilo antiguo—, lo venderé por el doble de lo que me costó.

¿Te parece bien, Liam?

Está allí. De pie en la orilla del mar, contemplando las olas.

¿Te parece bien?

Parece un figurante de una película. Lleva un traje ancho de color marrón, que jamás se pondría en la vida real, y una gorra irlandesa que cubre sus juveniles cabellos, morenos y rizados. Sus ojos de azul irlandés se arrugan en las comisuras mientras escudriña la noche. No está solo. Hay otra persona más allá, un niño de pie en un espigón; plantados en cumbres y promontorios, estos vigías observan el mar.

Es como un anuncio de Guinness, pero en el que nadie se mueve.

Sobrevuela el lugar un avión enorme que se dispone a aterrizar. Es el primero del día, y lleva consigo la escarcha del Ártico. Nueva York, Terranova, Groenlandia, Portrane. Son las seis de la mañana. Hora de regresar a casa.

Subo al coche y pongo la mano en la llave, que se ha enfriado en el contacto. Es marzo. Han pasado casi cinco meses desde que Liam murió. El bebé de Ciara, que estaba en camino cuando la conoció, ya tiene un mes. Mi tercer hijo, el que podría tener con Tom, comienza a cansarse de esperar. Giro la llave y arranco el coche.

Liam se vuelve para observarme mientras me alejo. No sabe quién soy ni qué es el mar, ni qué clase de lugar es Broadstone. Está lleno de su propia muerte. Su muerte lo llena como una ciruela llena su propia piel. Hasta sus ojos están llenos. Estar muerto no es algo que pueda tomarse a la ligera. Le gustaría hacerlo bien. Da la espalda de los equívocos faros del coche y vuelve su rostro hacia el mar.

Llego a la carretera principal, pero el coche se niega a girar para volver a casa. En lugar de regresar, pues, voy al aeropuerto y al cabo de un rato subo a un avión.

Los suicidas atraen siempre multitudes. La gente se empuja para entrar: bloquea las puertas, se sienta en silencio en los últimos bancos y se apiña en los laterales de la iglesia; han venido por una cuestión de principios, porque un suicida ha dejado atrás a todo el mundo.

Ojalá se hubieran quedado en casa.

Estoy en el pórtico de la iglesia aguardando a que el coche de los deudos llegue de Griffith Way. Tom corre tras Emily junto a un banco. Rebecca está conmigo y no se soltará de mi mano. Me alegro de que las niñas me distraigan de toda esta gente, desconocidos y amigos, que me miran y no me saludan, o no todavía. Me ocupo de las niñas, reprendo a Emily y la envío con su padre: tendrá que adelantarse para sentarse con ellas en los primeros bancos.

Una mujer camina hacia mí entre la multitud. Sé que la conozco de algo. Si recordara de dónde, me vendría a la mente su nombre y sabría qué puede querer de mí. Ha estado llorando, y esto es lo más desconcertante. Cualquiera puede llorar por alguien una vez que ha muerto.

Es alta, de tez pálida y cabello moreno, lo cual debería ser suficiente; tendría que reconocerla por esto y por la expresión un tanto atribulada de mujer herida y dulce a la vez. Mira alrededor hasta que me localiza —sabía que era a mí a quien buscaba— y se acerca abriéndose camino entre la gente con torpeza. Es toda cadera y hombros, lleva una trinchera de color crudo y un vestido de punto beige.

Y entonces la recuerdo de la horrible visita que nos hizo Liam, cuando teníamos a los albañiles en casa y el suelo de las habitaciones de las niñas estaba levantado: Liam se presentó en medio de aquel caos en compañía de esta mujer, que no parece tener opinión propia. Ni siquiera acerca de lo que le apetece comer.

No sé cuánto tiempo vivió Liam con ella, ni si durmió en su cama individual ni si le hizo lo que solía hacer con las desdichadas con que salía. Y, por más que lo intento, no consigo recordar su nombre. En cambio, recuerdo que cuando partieron hacia el condado de Mayo comenzaba a caerme bien, con sus largas manos nerviosas, su tez con venitas azules y sus cabellos recogidos en un moño sin gracia. Recuerdo que deseé entonces que lograra infundir cierta paz en Liam.

Los años han pasado por ella, aunque perdura en su persona la sensación de dolor palpitante mientras los colores de las vidrieras se reflejan primero en su pecho y luego en la comisura de sus ojos. Sin embargo, todo eso desaparece cuando llega hasta mí. Me mira y su cara revela que tiene algo que decir. Lo que quiera que sea está pugnando por salir. Es lógico que le cueste tanto.

Sigo sin recordar su nombre.

—¿Te llamó Kitty? —pregunto—. Es un viaje muy largo.

Y de pronto me siento irlandesa mientras tomo su mano entre las mías para agradecerle que haya hecho el viaje, para darle la bienvenida y para permitirle expresar su pena.

—¿Irás al hotel? ¿Sabes dónde está? ¿Quieres que alguien te lleve en coche?

—Acabo de llegar —dice—. Acabo de llegar.

—¿Te has enterado? —pregunto aludiendo al suicidio de Liam, y ella asiente como si eso no viniera al caso.

—Este es Rowan —dice tendiendo el brazo hacia atrás para sacar a un niño que estaba escondido tras sus elegantes piernas. Bajo la vista y veo por primera vez al hijo de mi hermano.

Tiene la cabeza grande y el cuerpecito inclinado, y tardo un segundo en darme cuenta de que esto se debe a que solo tiene tres años. Como solo tiene tres años —camino de cuatro—, su cabeza oscila sobre el tallo de su cuello cuando la levanta para mirarme con los ojos azules de mi hermano; cuando su madre le dice: «Di hola», se escabulle de nuevo detrás de su trinchera. Asoma la cabeza para mirarme y enseguida la esconde, y me doy cuenta de que quiere que juegue al escondite con él. Quiere que me agache y me asome tras los delgados muslos de su madre. Así lo hago. «Hola, Rowan —le digo—. ¿Has venido en avión?» Digo «Hola, Rowan» otra vez, y «Hola, tesoro», mientras me pregunto con qué triquiñuela o argumento conseguiré que el pequeño venga a mis brazos y, al cabo de un rato, besarlo o aspirar su olor. Cómo le robaré o birlaré el permiso para restregar la mejilla sobre la tersa piel de su espalda, jugar con los huesecillos de su columna vertebral y estampar fuertes besos en sus tiernos brazos. Quizá con el tiempo. Quizá con el tiempo pueda hacerlo.

—Se le parece muchísimo —digo a su madre, cuyo nombre es Sarah. Desde el principio he sabido cómo se llama.

—Sí —asiente.

Y la mirada que cruzamos es de profundo aprecio.

—¿Os sentaréis delante con nosotros? —pregunto señalando los bancos más próximos al altar, aunque sé que quizá no sea el mejor momento para dar la noticia.

—No —responde—. Oh, no. Lo siento, solo entraré un instante.

—Lo entiendo. ¿Vendrás luego?

—Creo que sí —responde—. Supongo que debería.

—Sí, deberías.

Ya ha llegado el coche de los deudos, pero me doy cuenta de que soy incapaz de separarme del pequeño. Me acuclillo y sonrío. El se esconde de nuevo. Tiendo los brazos hacia él y se aparta aún más. Sabe cuánto le necesito. Entonces, como la persona malvada que soy, digo:

—Después, si venís con nosotros, habrá montañas y montañas de helado.

Eso le gusta.

Aquí vienen: mi madre, menuda, apoyada en el elegante brazo de Bea; Mossie, al otro lado, alto y apuesto, como solo pueden serlo los hombres con una profesión liberal; su amable esposa y sus tres hijos demasiado perfectos; Ita, que camina lentamente; los gemelos Ivor y Jem, que avanzan por el pasillo central tropezando el uno con el otro. Kitty, mi hermanita, se detiene para tomarme en silencio la mano con un gesto teatral. Cuando me vuelvo para despedirme, Sarah inclina la cabeza para indicarme que no desaparecerá, que sabe bien quién es y a qué ha venido.

Avanzo hacia el presbiterio, ahogada por la emoción, ya sea amor o tristeza, que inunda mi pecho. Mi rostro se convierte en la máscara de una mujer que llora, la mitad contraída en un sollozo que la otra mitad no permite proferir. No hay lágrimas. Doy la espalda al lado de la iglesia que parece más interesado por mi pena, solo para mostrarla al otro lado. Aquí llega. La lenta procesión de los Hegarty que quedamos con vida. No sé qué herida estaremos enseñando a los presentes, aparte de la herida de la familia. Porque en este preciso momento descubro que ser parte de una familia es la forma más atroz de estar vivo.

Tom se vuelve y, al verme la cara, se detiene. Me acompaña hasta el asiento que se encuentra delante de él y las niñas se sientan a mi lado.

—¿Estás bien? —me pregunta acariciándome la mano.

Emily se vuelve para abrazarse a mí o, mejor dicho, para aplastarme los pechos mientras finge admirar (o tal vez consolar) los botones forrados de mi elegante abrigo de luto.

—Deja tranquila a tu madre —dice Tom.

Sí. En los últimos días me han tocado demasiado. Cruzo las piernas al recordar el polvo que echamos la noche del velatorio. O que echó él. Y aguardo a que comience la misa. Todo el mundo quiere un trozo de mí. Y eso no tiene nada que ver con lo que yo o mi cuerpo podamos querer, sea lo que sea... Dios sabe que hace ya mucho tiempo que lo ignoro. Aquí estoy, sentada en el banco de una iglesia: manoseada, utilizada, amada y, sobre todo, muy sola.

En realidad sé lo que quiero. Quiero que quien en cierta ocasión me tocó la espalda en la cocina de mamá se descubra. Que diga otra vez que todo irá bien. Porque su caricia cariñosa logró tranquilizarme por completo, hasta que me volví y vi que no había nadie.

También quiero a Rowan. Lo anhele, no con los labios y las manos, sino con todo mi rostro. Mi piel lo quiere. Quiero frotarle con la nariz y sentir cómo sus finos cabellos me hacen cosquillas en el mentón. Quiero acariciarle la mejilla con las pestañas.

Esta fantasía se desarrolla en mi cabeza durante todo lo que sigue: la misa, el cura anciano y bobo y las palabras de Ernest desde el altar.

A Liam nunca le interesaron las cosas materiales, dice Ernest. Tenía un gran sentido del humor.

«Mi hermano siempre tuvo un rabioso sentido de la justicia», afirma, sin mencionar que, cuando bebía, esa rabia le hacía emprenderla a patadas con los autobuses. Pero en general su discurso está bien. Las palabras que pronuncia son acertadas, mientras al fondo de la iglesia mi gran secreto que pronto será revelado grita: «¡Hola! ¡Hola!», con marcado acento del sur de Londres.

La ceremonia ha acabado. Caminamos de nuevo tras el ataúd por el pasillo central y una vez fuera pregunto a Tom:

—¿Te acuerdas de la chica que trajo a casa la última o la penúltima vez que vino?

—¿Qué chica?

—Sí, la que no quería comer, siempre de mala cara, cuando teníamos a los albañiles en casa.

—No sé quién dices.

—Liam la trataba fatal.

—Ah, sí.

—Estaba embarazada —le digo—. Estaba embarazada, entonces.

—¿De él?

—No cabe duda de que es su hijo —respondo—. Es Liam. Su vivo retrato.

Los Hegarty estamos en el pórtico, estrechando medio millar de manos. No conozco ni a la mitad de esas personas, pero me da igual. Estoy esperando a que Sarah se acerque para llevarla aparte y decidir juntas cómo daremos la noticia.

—Siento lo que os ha pasado.

—Muchas gracias.

—Lo siento mucho.

—Es una gran pérdida.

Todos se disculpan por el hecho de que se nos ha muerto un ser querido, cuando el mundo está lleno de personas a las que no queremos.

—Íbamos juntos a la escuela —me dice un desconocido de mediana edad que, mientras pronuncia esas palabras, se transforma en el Willow de la borrachera de vodka que tenía un hermano guapísimo. Es él, no cabe duda, y eso me confunde. Ahora que sé quién es, no puedo volver a verlo como un hombre de mediana edad.

—Oh, Willow —exclamo como una tonta colegiala. El amor es una cosa, pero en el mundo hay tantas personas a las que querer que nunca las vemos.

Esto de enterrar a los muertos es una experiencia embriagadora.

Espero a que hayamos llegado al hotel, pero incluso entonces me falta el valor para dar la noticia. No puedo comunicársela a Bea, la dueña de todos los Hegarty. Tampoco puedo exponerla a la ironía de Ivor, a la inteligencia de Ita ni a las maravillosas dotes de gestión de Mossie. Necesito un niño, o un adulto con alma de

niño.

«Ven, Jem», digo a mi hermano menor, el benjamín y el más querido. Luego lo observo mientras va pasando la noticia a los otros; a mamá, la última. Bea quiere que se siente, pero mamá se niega. Mamá se queda de pie, se desabrocha el botón superior de la blusa y, con ojos de enajenada, comienza a quitarse el abrigo y mira alrededor, con un brazo todavía metido en la manga. Ve a Sarah y al niño, mientras Bea tira de la manga para liberar el brazo, y se encamina presurosa, mejor dicho, corre, para poner las manos sobre los hombros del niño; luego las levanta hacia su preciosa carita y le acaricia las mejillas. A continuación mira a Sarah, con los ojos entornados y esta se acerca educadamente para estrecharle la mano. Tras lo cual, como si nada hubiera ocurrido, mamá da media vuelta y se aleja de ellos.

Resulta difícil describir el efecto que ha tenido el niño sobre todos los Hegarty reunidos.

«¿Rowan? —murmuran—. Rowan».

Es como si nunca hubieran visto a un niño. Tiene los ojos de los Hegarty, decimos —complacidos, como si no fueran una maldición—, y los observamos para ver qué ser humano mira a través de ellos en esta ocasión. Es asombroso. Todos quieren tocarlo. No pueden evitarlo: se acercan a él y el pequeño se aparta asustado, tiembla incluso. La persona a quien elige en busca de refugio es ni más ni menos que Mossie, que lo sienta en una pierna y lo hace galopar, «¡Arre, caballito!», con tanta energía que a punto está de tirarlo al suelo. Mossie, que para Liam fue siempre un espejo negativo, disfruta con el crío y este con él. Los hijos de Mossie se reúnen alrededor, y por primera vez me doy cuenta de que son felices; por eso se portan tan bien con su amable madre y con su padre, que es firme pero justo: están contentos.

Descubrir esto acerca de mi hermano al cabo de tantos años es sorprendente; casi más sorprendente que saber de la existencia del hijo de Liam. Quizá porque todo lo relativo al hijo de Liam es demasiado fantástico para pensar en ello en el comedor de un hotel del extrarradio de Dublín, donde doscientas personas a las que más o menos conozco se sientan para comer sopa o melón, seguidos de salmón o carne de buey.

Lo devoramos todo. Hasta la tarta de manzana y el helado. No nos privamos de nada. Incluso untamos de mantequilla los bollitos de pan integral y pedimos otra taza de té. Muestro un interés desacostumbrado por la comida. Levanto la mirada del plato para observar a Rowan y vuelvo a bajarla para ensartar una croqueta de patata.

Reparo en otras cosas cuando consigo apartar la mirada del niño: Ivor conversa con Willow, el amigo de Liam, durante demasiado rato; intercambian una mirada con el párroco, nada menos, que coge el abrigo, y los mira de nuevo y sale del comedor. Ernest capta esta última mirada y toma nota. Y ahí está Ita, sentada junto a Ernest, al que coge del antebrazo con ambas manos mientras le habla; él no mira a Ita, sino al frente, con la expresión tensa y compungida que recuerdo de cuando me confesaba.

Alguien ha dado un micrófono a Kitty, que se ha puesto en pie, mientras Mossie da unos golpecitos en la copa con el cuchillo. Kitty deja el micrófono sobre la mesa y alza el rostro para cantar, con indescriptible dulzura, la canción favorita de Liam:

*Interrumpamos los placeres de la vida
y contemos sus muchas lágrimas,
mientras nos bebemos la tristeza con los pobres;
hay una canción que resonará
para siempre en nuestros oídos:
¡oh, malos tiempos, no volváis nunca más!*

Claro... Esa maldita canción. He cerrado con fuerza los párpados; las lágrimas son repentinas y punzantes.

*Esta es la canción, el suspiro de los afligidos:
malos tiempos, malos tiempos, no volváis nunca más.
Habéis rondado muchos días la puerta de mi cabaña,
¡oh, malos tiempos, no volváis nunca más!*

Varias voces desiguales se suman al estribillo, pero por algún milagro dejan que cante sola las estrofas mi incordiante hermanita, que, mirando al techo con ojos inocentes, toma cada nota y la entona con ternura.

*Mientras buscamos felicidad y belleza y música festiva y alegre,
unas figuras frágiles se desvanecen ante la puerta;
sus voces no se oyen,
pero sus miradas suplicantes dirán:
¡oh, malos tiempos, no volváis nunca más!*

No hay en toda la sala unos ojos que no se hayan empañado. Sentado en las rodillas de Mossie, Rowan se enfada al ver cómo su madre se enjuga las lágrimas.

«¡Calla! —dice de pronto. Y, después, más fuerte—: ¡Cállate ya!», con su dulce acento inglés, y todos nos echamos a reír. Jamás he estado en un funeral tan alegre.

Echo hacia atrás la silla y voy a buscar un cigarrillo.

Hace años que no fumo. Todos lo dejamos después de la muerte de papá, así que tengo que abordar a algún vecino con esta petición extrañamente íntima.

—¿Le importa si cojo uno?

—Adelante, adelante.

Voy a sentarme en el vestíbulo y fumo. El cigarrillo me sabe como el primero que

fumé, sentada en el colchón de Liam, en la habitación del pasillo que daba al jardín, en 1974.

El día en que se entera de que Lambert Nugent ha muerto, Ada pide una taza de café en Bewley's; nada extraordinario, solo un café con leche y una porción de tarta de crema. Cuando se lo llevan a la mesa, se quita los guantes con la misma precisión y rapidez que atrajeron la mirada de Nugent muchos años antes. Así pues, está muerto. Bebe un sorbo de café y corta la porción de tarta en trocitos que come, uno tras otro, hasta acabarlos.

Ada está preocupada por el alquiler, aunque no tiene motivos para preocuparse: hace años pidió asesoramiento sobre el tema. Aparecerá otro hombre que le cobrará el alquiler —le trae sin cuidado quién sea ese otro hombre—, y continuará pagando la misma cantidad por la misma casita y llevando la misma vida que hasta ahora. Aun así, tiene la impresión de que las ataduras se han roto, que los ladrillos y las tejas de pizarra y los dinteles de granito navegan ahora por un mar sereno y gris.

Todo ha terminado. Lo que quiera que hubiera entre ellos.

El viejo Nolly May.

O, como le llamaban a veces, Nolly May Tangerine, por el *Noli me tangere* de la Biblia.

¿Y por qué no? ¿Por qué no se le debía tocar?

«¿A que es muy gracioso?», decía Ada de Lamb Nugent después de tal o cual comentario, o de alguna insinuación: sobre lo mucho que gastaba en la carnicería o sobre la importancia de las navidades. «Es todo corazón», añadía acto seguido, con lo que quería dar a entender que, el día en que él muriera, pediría una porción de tarta de crema en Bewley's y se la comería con verdadero placer.

Ada tiene setenta años, una edad que para cierto tipo de mujeres no es sinónimo de vejez. Está siempre en danza y aún podría vivir veinte años más (aunque no vivirá veinte años más); no los cuenta. A los setenta, se queda tumbada en la cama, como todas nosotras y recuerda la calidez y la textura de las manos del último médico que la visitó. Sus manos, que ha liberado de los guantes de piel negra, son flacas e inquietas: un entramado de nervios, nudillos y huesos, como la arboladura de un barco. ¿Quién necesita un médico, cuando el cuerpo se encarga de transparentar cada una de sus partes para mostrar cómo funcionan? A Ada le gustan sus manos, incluso está un poco orgullosa de ellas: han sido muy hábiles durante todos estos años. En cuanto al resto del cuerpo, no se molesta en observarlo, pues desde hace tiempo está reñida con el espejo, que al parecer ya no le proporciona ninguna información útil.

En cambio, las manos, con las que ahora sumerge despacio la cucharilla para que el café gire sobre sí mismo y se mezcle con el azúcar, las manos le han prestado un buen servicio. Han cosido y descosido. Han realizado su labor de insecto y cambiado,

como haría una hormiga, la superficie de la tierra.

Y mientras chupa la punta de la cucharilla, Charlie está delante de ella, inclinado sobre una bolsa de papel, diciendo: «Oh, confortadme con manzanas», en el hipódromo de Fairyhouse, hace toda una vida.

Muy típico de un protestante eso de citar el Antiguo Testamento, piensa Ada. Y se pregunta por enésima vez si, después de todo, era el hombre que decía ser.

Si Ada hubiera llegado en esta vida a alguna conclusión, esta sería insignificante. «La gente —pensaba— no cambia, sino que simplemente se revela».

Ha aplicado esta máxima, con rotunda satisfacción, a los políticos chaqueteros, a las esposas infieles y a los niños rebeldes que al final se enderezan. Ahora la aplica al recuerdo de Charlie Spillane y a su corazón fiel, que en el curso de los años demostró ser más importante y fiel a ella. Si es verdad que las personas solo se revelan con el paso del tiempo, el hombre que se le reveló en Charlie Spillane fue de una bondad infinita, sin más, con todas sus evasivas y sus arrepentimientos, su buen ojo para las potras y las grandes oportunidades; la bondad de su marido brillaba con mayor intensidad para ella desde que murió.

Un gran misterio, la bondad.

Ada aprieta con la yema del dedo las últimas migas de tarta, pero se le caen cuando quiere llevárselas a la boca. Pasa la mano por la mesa para tirarlas al suelo y echa de menos a su marido, y a todos los hombres que una vez conoció y ahora están muertos. Todos dejaron tras de sí una cualidad, algo distintivo y difícil de captar. Si Ada creyera en algo, creería en esa persistencia que otros llaman alma.

En todo caso, Lambert Nugent no tenía alma, o no fue capaz de encontrarla. Nugent era la clase de hombre que desahogaba su rabia con los demás; el resto del tiempo apenas se le veía. La juventud ardiente, el hombre tembloroso, la llama blanca de su vejez: Ada había visto todo esto fugazmente; lo demás eran tinieblas hechas de comentarios breves, de miradas que se desviaban, de cosas que se ocultaban antes de mostrarse.

¿Qué tenía que esconder ese imbécil?

Cuando Nugent envejeció, su boca se volvió más ávida ante las galletas que ella le ofrecía, y su lengua y su garganta, todo el aparato gustativo, pareció convertirse en lo más sensible y vivo de su persona. A veces a Ada le parecía que prefería las galletas al alquiler que le pagaba, tan goloso era. Era un niño. Tal vez ese fuera el secreto: que tenía y siempre tendría cinco años. O dos.

Oh, Nolly May.

La madre de Nolly tendría que responder de eso, piensa Ada. Que el Señor se apiade de su alma (si consigue encontrarla).

Bebe un sorbo de café antes de haber masticado y tragado el último trocito de tarta, y eso la pone de pronto de mal humor. A Ada no le gusta mezclar las cosas en

su boca. Tampoco le gusta mezclar las cosas en el hogar. Esa aversión permea cada vez más su vida. Cada vez con más frecuencia olfatea la ropa que guarda en los cajones de la vieja cómoda y la lava una vez más. Últimamente lava los trapos de cocina y las toallas por separado, o no los lava, sino que los mete en agua hirviendo.

Se levanta y, mientras recoge sus cosas, piensa en el aneurisma que acabó con Nugent y se pregunta si eso dolerá..., sin duda no hay en esa zona nervios que hagan sentir dolor. A menos que fuera en el cerebro donde estaba el dolor, en cuyo caso quizá fuera la peor forma de morir.

Y abandona la cafetería para salir al rugido y las luces de Grafton Street, donde los autobuses pasan a toda velocidad, y al hacerlo es de nuevo una niña.

Ada con su maleta, el día en que murió su madre.

Dio media vuelta y salió de la casa con la maleta. Y todo lo que parecía imposible se hizo posible, al fin y al cabo. Tenía el don de los pies, que por sí mismos se colocaban uno detrás del otro para que pudiera marcharse, y tenía el don de las manos, para abrirse camino en la vida, y no volvió la vista atrás.

En el aeropuerto de Gatwick hay un hotel donde podrías vivir el resto de tu vida. Podrías alojarte allí hasta que te encontraran, y no te encontrarían nunca..., ¿por qué iban a encontrarte? Podrías comer los cruasanes rancios de las bandejas que se dejan en los pasillos, lavar la ropa interior en el lavabo e ir de habitación en habitación mientras el carrito de la limpieza hace su ronda.

Tienen un spa. Lo vi cuando me registré. Volví a las tiendas de la terminal sur y me compré ropa. También compré calcetines, medias y una bolsa para guardarlo todo..., una bolsa bonita, muy sencilla, de cuero repujado. Cuando regresé al hotel y pasé por el mostrador de recepción con el llavín plano de la habitación en la cartera, me di cuenta de que no sabía cómo salir de allí.

Hay tres restaurantes, según indica el letrero del ascensor, pero no tengo necesidad de ir a ellos. Puedo pedir que me suban a la habitación una ensalada César—todos los restaurantes de hotel tienen siempre ensalada César—. Puedo pasear por la habitación, porque siempre se puede pasear por una habitación si hay espacio suficiente. Y en la mía hay espacio suficiente para ir de la cama a la ventana, al televisor instalado en su soporte del rincón y al escritorio, que está bajo un espejo en el que también se refleja la cama. Una vez ahí, puedo detenerme a leer la información contenida en el cartapacio de piel y, después, acercarme al plancha-pantalones y a la banqueta con guías en la parte superior, destinada a dejar la maleta, si es que la llevas... La mayoría de los huéspedes de los hoteles de Gatwick no tienen maleta; su equipaje circula sin ellos por las alturas. Estar en un hotel de Gatwick no significa haber llegado. Todo lo contrario: significa que aún queda un largo trecho de viaje.

En el vestíbulo aguarda el contenido humano de un 747 cuyos motores se averiaron camino de Kazajistán. Esta es la segunda noche que pasan en un país al que no iban; tienen la ropa arrugada—pide a gritos un plancha-pantalones caliente— y la piel cenicienta. Deben de estar pensando en meterse en una bañera, o incluso se conformarían con una ducha, pero todavía no, porque no tienen ropa limpia para cambiarse. Echarán un vistazo al armario y encenderán la luz de la mesita de noche, tras lo cual se sentarán en la cama, luego se tumbarán, o apartarán el edredón bien estirado para meterse debajo de él; en cualquier caso, al cabo de un rato todos rodaremos, nos arrastraremos o nos precipitaremos hacia el olvidado minibar y nos preguntaremos si lo que contiene vale el precio que indica. Todo lo que contiene.

Esto no es Inglaterra. Es la ciudad volante. La de un tiempo de más.

San Miguel, Gordon's, Coca-Cola, Schweppes. Necesito algo más específico..., en la neverita no hay nada lo bastante específico para mí. Saco la carísima botella de agua y bebo hasta que el plástico se aplasta con un crac. Debería salir a comprar un

litro de agua. Debería ir al spa para que me depilaran las piernas a la cera. He de organizar el resto de mi vida. No puedo organizar el resto de mi vida con pelos en las piernas. Me pregunto si hay alguna forma de llegar a la tienda de Clarins del ala de embarque, donde una mujer con una bata blanca hace limpiezas de cutis en un cuartito del fondo, aunque las limpiezas de cutis me dejan la cara escoriada. Aun así, me muero de ganas de ponerme en manos de una mujer con una áspera bata blanca cuyos dedos me masajeen y den golpecitos en el rostro para devolverlo a su sitio, allí donde corre el peligro de desmoronarse.

Me sentía muy serena mientras conducía hacia el aeropuerto de Dublín. Me sentía muy cuerda y decidida. Tenía en mente la idea de volver a ver a Rowan, quizá, o caminar por última vez por el muelle de Brighton. Sin embargo, en cuanto las ruedas del avión tocaron tierra, supe a qué había venido. A dormir. Necesitaba dormir. Así pues, seguí un letrero que rezaba «Hotel» y que me llevó, como a menudo ocurre, a una cama firme, a un minibar repleto y a un mando a distancia de televisor que está para el arrastre.

Y duermo.

Despierto completamente vestida, me desnudo y me meto entre las frías y tersas sábanas.

«He intentado atraparte —dice el hombre en mi sueño—, pero no estabas en el año que correspondía». Es Michael Weiss. Ha nadado a través de las décadas para alcanzarme, se ha abierto camino entre las capas del tiempo. Cuando nos encontramos frente a frente, le digo: «¿Cómo estás, Michael?», y él responde: «Bien. Estoy bien».

Me despierto de nuevo y no sé si la luz que entra del exterior es la de la mañana o la del mediodía. Aprieto con el pulgar los blandos botones del mando a distancia para averiguar qué hora es por las noticias de la televisión. Son las seis y media de la tarde. He dormido ocho horas. Me doy la vuelta para seguir durmiendo, pero entonces, presa del pánico, tiendo el brazo hacia el teléfono para llamar a las niñas.

Contesta Tom.

—Hola, cariño. ¿Dónde estás? —Muy tranquilo, sereno.

—¿Puede ponerse Rebecca? —digo, y en el silencio que sigue pienso que muy bien podría decirme que no.

—Hola, mamá. —Por la voz parece más pequeña de lo que es.

—Hola, preciosa.

—¿Dónde estás?

—¿Estás bien? —pregunto—. Pronto volveré a casa.

—Ah. De acuerdo. —Alegre. Esto no es responsabilidad suya. Puede decirlo con toda razón.

—Di a tu hermana que se ponga.

Oigo la respiración de Emily.

—Hola —digo—. Hola.

Sigo oyendo su respiración. Para Emily, el teléfono es todavía un problema por resolver. («Tú no estás aquí —me dijo en cierta ocasión—. Yo sí estoy aquí»). Esta vez ha comprendido para qué sirve el maldito cacharro. Justo a tiempo.

—¿Mami?

—Sí, cariño.

—Quiero regalarte una palabra —dice—. Y esa palabra es «amor».

—Sí —digo tras un silencio—. Sí. Es una palabra muy bonita para regalar.

—Adiós. —Y para ahorrarme molestias, cuelga el auricular.

Emily. No sé si es una niña inteligente o rara... Le cuesta un poco relacionar las cosas, pero, cuando lo consigue, el resultado es sorprendente. Así que no hace falta que me preocupe por ella, pienso, y de pronto caigo en la cuenta de que estoy en el aeropuerto de Gatwick. He huido de mi hija. La he dejado atrás.

Sin embargo, no he abandonado a las niñas, están siempre conmigo. Me doy la vuelta entre las mantas y palpo los finos cabellos de Rebecca extendidos sobre la almohada, donde a veces le gusta acurrucarse a mi lado; los ojos de gata de su hermana observan desde algún lugar de la habitación. Son muy guapas. Cuando toco algo, evoco el tacto sedoso de sus cabellos y pienso que es una magnífica y callada victoria tenerlas en el mundo.

Rebecca Mary y Emily Rose. Están conmigo mientras duermo. Son muy pacientes. Se marchan un rato y me dejan descansar.

Me despierto otra vez y me ducho. Me pongo unas medias nuevas y tiro las viejas a la papelera. Descarto esta otra vida y abandono el hotel.

Una vez fuera, me sorprende ver que aún estoy en un aeropuerto, que el sueño continúa. He viajado durante largo tiempo y aún estoy aquí.

Palma.

Barcelona.

Mombasa.

Split.

Desde el panel de salidas, todas las ciudades donde nunca he estado me hacen señas como prostitutas, ajenas a mis deseos.

Fuerteventura.

Vilna.

Pola.

Cork.

¡Qué desvergüenza! La gente que me rodea no les hace caso, con toda razón, y se dedica a comprar. Los sigo en el ascensor acristalado hasta el piso siguiente y busco en Accessorize alguna baratija para las niñas, algo brillante o con flores. Miro a la

gente que guarda cola ante la caja y me pregunto si vuelven a casa o huyen de sus seres queridos. No hay otro tipo de viaje.

Y pienso que somos una clase curiosa de refugiados: escapamos de nuestra propia sangre o vamos hacia ella; palpítamos de aquí para allá a lo largo de las venas fantasmales que envuelven el mundo en un ovillo de sangre. Sobre esto reflexiono mientras espero en la cola de la tienda de Accessorize que hay en Gatwick Village, con mis dos pares de chancletas, que lucen en la tira de plástico una orquídea de seda —las de Emily— y una peonía rosa —las de Rebecca—. Continúo dándole vueltas a la idea del mundo envuelto en sangre, del mismo modo que una madeja de cordel está envuelta en el propio cordel. Si me limito a ir siguiendo el hilo averiguaré qué quiero saber.

Hacia o lejos de.

La tentación de volver al hotel es muy fuerte, pero me obligo a sentarme en la sala de espera de la terminal de salidas y me digo que podría elegir otro destino en la zona de facturación, aun sabiendo que no iré a ningún lugar salvo a casa.

Niza.

Djerba.

Edimburgo.

Dublín.

Por cierto, ¿dónde está Djerba, de todas formas?

Y en esta ocasión el avión aterrizará como es debido. Tengo la impresión de que no aterrizó como es debido la última vez que volé a Dublín. Kitty lloraba a mi lado y Liam estaba sentado más allá, acusándome, y el lugar donde tocamos tierra no era el lugar que yo conocía. Tal vez nada de aquello fuera real. Me siento como si hubiera pasado los últimos cinco meses en el aire.

De pronto, llamo a Kitty.

—¿Estás bien? —pregunto.

—¿Cómo dices?

—¿Estás bien? —Por un segundo tengo la sensación de que sabe de qué estoy hablando.

—Sí, estoy bien. ¿Y tú?

—Sí, estoy bien. Yo también estoy bien.

Y nos ponemos a hablar de otras cosas.

Sé lo que tengo que hacer: aunque sea demasiado tarde para la verdad, contaré la verdad. Me pondré en contacto con Ernest y le explicaré qué le sucedió a Liam en Broadstone, y le pediré que comunique esta viejísima noticia al resto de la familia (¡pero no se lo digas a mamá!) porque yo no puedo hacerlo, no tengo argumentos. No podría ver la desaprobación de Bea ni las lágrimas de pena de Ita, ni oír a Ivor comentar secamente: «¿Y cómo es, chicos, que os lo pasasteis tan bien?». Dios, odio

a mi familia, esas personas a las que no elegí querer, pero a las que quiero de todos modos.

Y qué patético es este intento mío de huir de ellos. Maldito aeropuerto de Gatwick. Debería estar en Barcelona, buscando una señal. Debería estar caminando por las calles de París, a la espera de que alguien me encontrara; un hombre que se acercará a mí para decirme: «¡Llevo mucho tiempo esperándote!», y después, semanas después, observaré cómo unos niños juegan en los Jardines de Luxemburgo y gritaré: «¡No! ¡No! Esto no puede ser».

Pero no quiero un destino diferente del que me ha traído aquí. No quiero una vida distinta. Solo quiero ser capaz de vivirla, eso es todo. Quiero despertarme por la mañana y dormir por la noche. Quiero volver a hacer el amor con mi marido. Porque, cada vez que él deseaba desarmarme, era el amor lo que volvía a ensamblarme, lo que volvía a unirnos a los dos. Ojalá recordara también esas veces. Ojalá recordara cada una de esas veces, como se recuerdan los lugares que se han visto..., algunos sorprendentes, otros exóticos, desconcertantes o tranquilos. Ojalá pudiera describir el momento en que comenzó la vida de Rebecca o cuándo Emily hizo saber que estaba en camino. O aquella ocasión —recuerdo ahora—, una tarde en que él se sentó a los pies de la cama, bajo la luz blanca de las cortinas, y me pareció que era alguien a quien conocía desde el principio, fuera cual fuera ese principio.

Me pongo en la cola para comprar el billete, y de repente he de cerrar los ojos. Me quedo con los párpados apretados y el permiso de conducir en la mano, y me aprieto el estómago para vencer la sensación de vacío, la sacudida..., el futuro, que vuelve para incordiarne. Un alma nueva, con los ojos como ciruelas.

Un niño.

Eh, Tom, tengamos este hijo. Solo uno más. Ya sé qué nombre le pondremos; oh, vamos. Esto te animará un montón.

Bueno, sí.

Y aunque sería maravilloso tener otro hijo, no es esto lo que más deseo mientras estoy en la cola con los ojos cerrados, en el aeropuerto de Gatwick: una mujer sin equipaje, sin objetos puntiagudos y nada que no haya empaquetado ella misma. Lo único que quiero es no tener tanto miedo. Nada más. Porque es miedo lo que siento mientras espero llegar al mostrador para comprar un pasaje para hoy o, si el precio es demasiado elevado, para el primer vuelo de mañana. No sé si podré subir por los pequeños escalones y entrar en el avión.

El aeropuerto de Gatwick no es el mejor lugar para sentirse dominado por el miedo a volar. Pero al parecer es lo que me está sucediendo; porque en esos aparatos se sube muy arriba y la caída puede ser muy grande. Bien es verdad que llevo meses cayendo. Llevo meses cayendo en mi propia vida. Y ahora estoy a punto de aterrizar en ella.

Agradecimientos

Gracias a Sinéad por revisar mi irlandés.

Y a Mary Chamberlain por revisar todo lo demás.

Gracias, como siempre, a Robin Robertson y Gilí Coleridge.

Anne Enright Bray, 2006



ANNE ENRIGHT BRAY nació en Dublín (Irlanda), el 11 de octubre de 1962. Estudió Bachillerato Internacional en Victoria, Columbia Británica, e Inglés y Filosofía en el Trinity College de Dublín.

Empezó a escribir en serio cuando su familia le regaló para su 21 cumpleaños una máquina de escribir eléctrica y ganó una beca para la Universidad de East Anglia para un curso de escritura creativa impartido por Angela Carter y Malcolm Bradbury.

Productora de televisión y directora de la RTE en Dublín, colaboradora de la BBC Radio 4, comenzó a escribir a tiempo completo en 1993. Sus escritos han aparecido en varias revistas, incluyendo *The New Yorker*, *The Paris Review*, *Granta*, el *London Review of Books*, *Dublin Review* y el *Irish Times*.

Ha publicado ensayos, cuentos y novelas. Su escritura explora temas como las relaciones familiares, el amor y el sexo, más allá de las dificultades de Irlanda.

Ha ganado el Davy Byrne's Irish Writing Award en 2004, el Royal Society of Authors Encore Prize, en 2007 el Premio Booker con su novela *El encuentro* y en 2008 el Irish Novel. Es miembro de la Royal Society of Literature.